



ELLE KENNEDY
#KISSME
CONTIGO HASTA EL FINAL

Elle Kennedy

Contigo hasta el final

*KISSME 4

Traducción de Lluvia Rojo

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1

Sabrina

—Mierda. Mierda. Mierda. *Mieeeeeerda*. ¿Dónde he puesto las llaves?

El reloj del estrecho pasillo me dice que tengo 52 minutos para hacer un trayecto de 68 minutos en coche si quiero llegar a tiempo a la fiesta.

Miro otra vez en el bolso, pero las llaves no están ahí. Recorro a toda velocidad las distintas estancias de la casa. ¿Vestidor? No. ¿Cuarto de baño? Acabo de entrar. ¿Cocina? Tal vez...

Estoy a punto de darme la vuelta cuando oigo un tintineo metálico detrás de mí.

—¿Estás buscando esto?

El desprecio se aferra a mi garganta mientras me giro para entrar en un salón tan pequeño que los cinco viejos muebles que lo ocupan —dos mesas, un sofá de dos plazas, un sillón y una silla— se agolpan como sardinas en lata. El trozo de carne sentado en el sofá agita mis llaves en el aire. Ante mi suspiro de irritación, él sonríe y se las mete debajo de su culo cubierto con un pantalón de chándal.

—Ven a por ellas.

Me paso la mano con frustración por el pelo recién alisado y miro fijamente a mi padrastro.

—Dame las llaves —exijo.

Ray me mira de forma lasciva como respuesta.

—*Joooder*. Sí que estás buena esta noche. Te has convertido en una nenita de verdad, Rina. Tú y yo deberíamos hacerlo.

Ignoro la mano carnosa que cae a su entrepierna. Nunca he conocido a un hombre tan desesperado por tocarse sus propios huevos. Hace que Homer Simpson parezca un caballero.

—Tú y yo no existimos el uno para el otro. Así que no me mires, y NO me llames Rina. —Ray es la única persona que me llama así, y lo detesto con toda mi alma—. Y ahora, dame las llaves.

—Ya te lo he dicho... Ven a por ellas.

Apretando los dientes, meto la mano debajo de su culo de vaca y palpo en busca de mis llaves. Ray gime y se retuerce como el asqueroso de mierda que es hasta que mi mano hace contacto con el metal.

Tiro de las llaves y me vuelvo a girar hacia la puerta.

—¿Por qué le das tanta importancia? —se burla a mi espalda—. No somos familia, así que no hay incesto.

Me detengo y uso treinta segundos de mi precioso tiempo para mirarlo con incredulidad.

—Eres mi padrastro. Te casaste con mi madre. Y... —Me trago un torrente de bilis—, y ahora te estás acostando con la abuela. Así que, no, no tiene nada que ver con que tú y yo no seamos familia. Tiene que ver con que eres la persona más asquerosa del universo y tu sitio debería ser la cárcel.

Sus ojos color avellana se entrecierran.

—*Cuidao* con lo que dices, señorita, o un día de estos vas a llegar a casa y las puertas van a estar cerradas.

Ya, claro.

—Pago un tercio del alquiler —le recuerdo.

—Bueno, pues igual tienes que pagar más.

Se vuelve a la televisión y dedico otros valiosos treinta segundos a fantasear con darle un golpe en la cabeza con el bolso. Perder esos segundos merece la pena.

En la cocina, la abuela está sentada a la mesa, fumando un cigarrillo y leyendo la revista de cotilleo *People*.

—¿Has visto esto? —exclama—. Kim K sale desnuda otra vez.

—Guay para ella. —Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y me dirijo a la puerta de la cocina.

He descubierto que es más seguro dejar la casa por la parte de atrás. Normalmente hay bandas que se congregan en las escaleras de entrada de las estrechas casas de nuestra calle. Una calle cuanto menos acaudalada, en esta parte cuanto menos acaudalada de South Boston. Además, nuestro aparcamiento está detrás de la casa.

—He oído que Rachel Berkovich se ha quedado preñada —comenta mi abuela—. Debería haber abortado, pero supongo que va en contra de su religión.

Aprieto otra vez los dientes y me giro para mirar a mi abuela. Como de costumbre, lleva una bata desgastada y unas zapatillas rosas de pelo, pero su cabello rubio teñido está peinado a la perfección y su rostro está completamente maquillado, aunque rara vez salga de casa.

—Es judía, abuela. No creo que vaya en contra de su religión, pero incluso si lo fuera, es lo que ella ha decidido hacer.

—Probablemente quiere esos cupones extra de comida que dan por maternidad —concluye mi abuela, echando un largo hilo de humo en mi dirección. Mierda. Espero no oler como un cenicero cuando llegue a Hastings.

—Seguro que esa no es la razón por la que Rachel ha decidido tener el bebé. —Ya tengo una mano en la puerta. Me muevo con inquietud esperando una oportunidad para despedirme de mi abuela.

—Tu madre pensó en abortar de ti.

Ya estamos.

—Vale, hasta aquí —murmuro—. Me voy a Hastings. Vuelvo por la noche.

Su cabeza se aleja de golpe de la revista y su mirada se estrecha mientras observa mi falda negra de punto, mi jersey negro de manga corta con cuello barco y mis zapatos de tacón de ocho centímetros. Puedo ver las palabras formándose en su cabeza antes incluso de que salgan de su boca.

—Qué esnob vas. ¿Vas a esa universidad pija tuya? ¿Tienes clases un sábado por la noche?

—Voy a un cóctel —le respondo de mala gana.

—*Oooh*, un cóctel. Espero que los labios no se te agrieten al besarle el culo a todos ahí en el pueblo.

—Vale, gracias, abuela. —Abro de un tirón la puerta de atrás, forzándome a añadir—: Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña.

Y es verdad que me quiere, pero a veces ese amor está demasiado contaminado, tanto que no sé si me hace daño o me ayuda.

No hago el trayecto al pequeño pueblo de Hastings en cincuenta y dos minutos ni en sesenta y ocho. Me lleva una hora y media de reloj porque las carreteras están fatal. Pasan otros cinco minutos antes de que encuentre un sitio para aparcar y, cuando llego a la casa de la catedrática Gibson, estoy más tensa que las cuerdas de un piano... y me siento igual de frágil.

—Buenas, señor Gibson. Siento mucho llegar tarde —le digo al hombre con gafas que aparece en la puerta.

El marido de la catedrática Gibson me ofrece una leve sonrisa.

—No te preocupes, Sabrina. Hace un tiempo horrible. Permíteme el abrigo. —Eleva una mano y espera pacientemente mientras yo me peleo con mi chaqueta de lana.

La catedrática Gibson llega cuando su marido está colgando mi chaqueta barata entre todos los abrigos caros del armario. Parece tan fuera de lugar como yo. Rechazo de una patada mi complejo de pobre y consigo sacar una amplia sonrisa.

—¡Sabrina! —grita la catedrática Gibson. Su dominante presencia me sobresalta—. Me alegro de que hayas llegado sana y salva. ¿Sigue nevando?

—No, solo llueve.

Hace una mueca de horror y me coge del brazo.

—Peor aún. Espero que tu plan no sea volver a la ciudad esta noche. Las carreteras serán una gran placa de hielo.

Como tengo que trabajar por la mañana, tendré que hacer ese recorrido independientemente de cuáles sean las condiciones de la carretera, pero no quiero que se preocupe así que le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Estaré bien. ¿Sigue aquí?

La catedrática me aprieta el antebrazo.

—Sí, aquí sigue. Y tiene unas ganas locas de conocerte.

Genial. Cojo aire profundamente por primera vez desde que llegué y dejo que me guíen, atravesando la habitación, hasta una mujer de pelo corto y canoso vestida con una americana larga y recta en color pastel sobre unos pantalones negros. El atuendo es más bien soso, pero los diamantes que brillan en sus orejas son más grandes que mi dedo pulgar. Y además... parece demasiado simpática para una catedrática de Derecho. Siempre me los había imaginado como criaturas serias y duras. Como yo.

—Amelia, permíteme que te presente a Sabrina James. Es la estudiante de la que te he hablado. De las primeras de la clase; tiene dos trabajos y ha sacado un 77 en sus exámenes de acceso a la facultad de Derecho. —Gibson se vuelve a mí—. Sabrina, te presento a Amelia Fromm, catedrática en Harvard, una investigadora extraordinaria en Derecho Constitucional.

—Es un placer conocerla —digo, extendiendo mi mano y rogando a Dios que esté seca y no sudada. He estado estrechando mi propia mano una hora antes de venir para ensayar este momento.

Amelia me aprieta la mano con ligereza antes de dar un paso atrás.

—Madre italiana y abuelo judío, de ahí la extraña combinación de mi nombre y apellido. James es un apellido escocés, ¿de ahí viene tu familia? —Sus brillantes ojos me analizan de arriba a abajo, y resisto el impulso de moverme con nerviosismo con mi ropa barata del Target.

—No lo sé, señora. —Mi familia viene de la alcantarilla. Escocia parece demasiado agradable y real para ser nuestra patria.

Ella agita una mano.

—No es importante. Apartemos la genealogía a un lado. Así que has pedido que te admitan en Harvard para tu postgrado, ¿no? Es lo que me ha comentado Kelly.

¿Kelly? ¿Conozco a alguna Kelly?

—Se refiere a mí, querida —dice la catedrática Gibson con una carcajada.

Me sonrojo.

—Sí, lo siento. Pienso en usted como la catedrática Gibson.

—¡Qué formal, Kelly! —le acusa la catedrática Fromm—. Sabrina, ¿a dónde más has enviado la solicitud de admisión?

—Boston College, Suffolk y Yale, pero Harvard es mi sueño.

Amelia eleva una ceja al oír las dos primeras, ambas facultades de segundo y tercer nivel en Boston.

Gibson acude en mi defensa.

—Quiere estar cerca de su casa. Y obviamente debería estar en algún lugar mejor que Yale.

Las dos catedráticas resoplan de forma despectiva a la vez. Gibson se graduó en Harvard, y por lo que parece, una vez te gradúas en Harvard, te conviertes en una persona *antiYale*.

—Según todo lo que Kelly ha compartido conmigo, parece que sería un honor para Harvard contar contigo.

—Estudiar en Harvard sí que sería un honor para mí, señora.

—Las cartas de admisión se van a enviar pronto. —Sus ojos brillan traviosos—. Me aseguraré de... recomendarte.

Amelia ofrece otra sonrisa y casi me desmayo de feliz alivio. No estaba lamiéndola el culo. Harvard es de verdad mi sueño.

—Gracias —consigo decir con voz quebrada.

Gibson señala la comida.

—¿Por qué no comes algo? Amelia, quiero hablar contigo sobre el informe ese que según me dicen ha salido de la Universidad de Brown. ¿Has tenido ocasión de echarle un vistazo?

Las dos se alejan, profundizando sobre la interseccionalidad del feminismo negro y la teoría de la raza, tema en el que Gibson es experta.

Voy a la mesa de los aperitivos, que está cubierta con un mantel blanco y repleta de quesos, *crackers* y fruta. Dos de mis mejores amigas, Hope Matthews y Carin Thompson, ya están ahí. Una de tez oscura y la otra de tez clara, son los dos ángeles más hermosos e inteligentes del universo.

Me acerco a ellas y casi colapso en sus brazos.

—¿Y? ¿Cómo ha ido? —pregunta Hope con impaciencia.

—Bien, creo. Dijo que sería un honor para Harvard contar conmigo y que la primera remesa de admisiones se enviaría pronto.

Cojo un plato y empiezo a cargarlo, deseando que los pedazos de queso fueran más grandes. Tengo tanta hambre que me podría comer un queso entero. Llevo todo el día con dolor de estómago por los nervios de esta reunión y, ahora que ha terminado, quiero tirarme de cabeza a la mesa con comida.

—Bah, estás admitida sí o sí —declara Carin.

Gibson es la tutora de las tres. La catedrática es una gran defensora de proporcionar ayuda a las mujeres jóvenes. Hay otras organizaciones de *networking* en el campus, pero su influencia está dirigida exclusivamente hacia el avance de la mujer y yo no podría estar más agradecida.

El cóctel de esta noche está pensado para que sus alumnas se reúnan con miembros de las facultades de los programas de postgrado más competitivos del país. Hope va en busca de una plaza en la facultad de Medicina de Harvard, mientras que el objetivo de Carin es MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Sí, el interior de la casa de Gibson es un océano de estrógenos. Además de su marido, solo hay dos hombres más. Voy a echar mucho de menos este lugar después de la graduación. Ha sido un hogar lejos del hogar.

—Cruzo los dedos —le digo en respuesta a Carin—. Si no entro en Harvard, entonces será Boston o Suffolk. —Que no estaría mal, pero Harvard prácticamente me garantiza un lanzamiento al trabajo que quiero tras graduarme: un puesto en uno de los mejores bufetes de abogados del país, o lo que todos llaman *BigLaw*.

—Entrarás —dice Hope con confianza—. Y espero que una vez que consigas esa carta de aceptación, dejes de matarte, porque, madre mía, cariño, se te nota muy tensa.

Muevo la cabeza en círculos para relajar mi rigidez. Sí, ESTOY muy tensa.

—Ya, tía. Mi agenda es una locura total estos días. Me acosté a las dos de la madrugada porque la chica que se suponía que iba a cerrar el Boots & Chutes me dejó colgada y tuve que cerrar yo, y después

me he despertado a las cuatro para ir a correos a organizar paquetes. He llegado a casa sobre las doce del mediodía, me he echado a descansar un rato y casi me quedo dormida.

—¿Todavía estás trabajando en los dos sitios? —Carin se aparta su pelo pelirrojo de la cara—. Habías dicho que ibas a dejar el de camarera.

—Todavía no puedo. Gibson me dijo que en la facultad de Derecho no quieren que trabajemos durante el primer año. La única forma de permitirme eso es teniendo suficiente pasta ahorrada para comida y alquiler antes de septiembre.

Carin hace un ruido compasivo.

—Te entiendo. Mis padres han pedido un crédito tan grande que podría comprarme un país pequeño con el dinero.

—Ojalá te mudases con nosotras —dice Hope con pesar.

—¿En serio? No tenía ni idea —bromeo—. Solo lo llevas diciendo dos veces al día desde que empezó el semestre.

Arruga su preciosa nariz en mi dirección.

—Te FLIPARÍA el sitio que ha alquilado mi padre para nosotras. Tiene ventanales y está justo al lado del metro. ¡Transporte público! —Mueve las cejas tentadoramente.

—Es demasiado caro, H.

—Sabes que yo cubriría la diferencia. O mis padres lo harían —se corrige. Su familia tiene más dinero que un magnate del petróleo, pero nunca lo adivinarías hablando con ella. Hope tiene más que nadie los pies en la tierra.

—Lo sé —digo mientras engullo unas minisalchichas—. Pero me sentiría culpable, y después la culpa se convertiría en resentimiento y ya no seríamos amigas, y no ser tu amiga es una mierda.

Sacude su cabeza en mi dirección.

—Si en algún momento tu obstinado orgullo te permite pedir ayuda, aquí estoy.

—Aquí ESTAMOS —interviene Carin.

—¿Ves? —Agito mi tenedor entre las dos—. Por esto no puedo vivir con vosotras. Significáis demasiado para mí. Además, esta fórmula me va bien. Tengo casi diez meses para ahorrar antes de que comiencen las clases el próximo otoño. Todo controlado.

—Por lo menos vente a tomar una copa con nosotras cuando acabe esta historia —dice Carin.

—Tengo que ir en coche a casa. —Hago una mueca—. Me toca ordenar paquetes mañana.

—¿En domingo? —pregunta Hope.

—Me pagan un 50 por ciento más. No he podido rechazarlo. La verdad es que debería irme a casa pronto. —Pongo mi plato sobre la mesa e intento ver qué está pasando más allá de la enorme ventana del mirador. Todo lo que veo es oscuridad y vetas de lluvia en el cristal—. Cuanto antes esté en la carretera, mejor.

—No. Con este tiempo, no. —Gibson aparece junto a mi codo con una copa de vino—. La previsión meteorológica anuncia placas de hielo. La temperatura está bajando y la lluvia se está convirtiendo en hielo.

Una mirada a la cara de mi tutora y sé que tengo que ceder. Lo hago, pero con gran reticencia.

—De acuerdo —digo—, pero protesto. Y tú... —Inclino la punta de mi tenedor en dirección a Carin—. Más te vale tener helado en el congelador si me tengo que quedar en tu casa; si no es así, me voy a cabrear mucho.

Las tres se ríen. Gibson se separa del grupo, dejándonos hacer de *networkers* todo lo bien que pueden hacerlo tres estudiantes de último curso de universidad. Después de una hora relacionándonos, Hope, Carin y yo cogemos nuestros abrigos.

—¿A dónde vamos? —le pregunto a las chicas.

—D'Andre está en el Malone's y le dije que le vería allí —me contesta Hope—. Tardamos unos dos minutos con el coche, así que no deberíamos tener problemas.

—¿En serio? ¿Al Malone's? Es un bar de jugadores de hockey —me quejo—. ¿Qué hace D'Andre ahí?

—Beber y esperarme. Además, necesitas echar un polvo, y los deportistas son tu tipo favorito.

Carin se ríe.

—Su único tipo.

—Oye, tengo una muy buena razón para preferir a los deportistas —argumento.

—Lo sé. Ya nos la has dicho. —Eleva las cejas y resopla—. Si quieres que te resuelvan una pregunta de estadística, ve a los frikis de las matemáticas. Si quieres cumplir con una necesidad física, ve a los deportistas. La herramienta de trabajo de un deportista de élite es su cuerpo. Ellos lo cuidan, saben como empujar sus límites, bla, bla, bla. —Carin hace un gesto con su mano izquierda.

Le saco mi dedo corazón.

—Pero el sexo con alguien que te gusta es mucho mejor. —Esto lo dice Hope, que lleva con D'Andre, su novio jugador de fútbol americano, desde primero.

—Me gustan... —protesto— durante la hora o así que los uso.

Compartimos una risa por mi comentario, hasta que Carin recuerda a un chico que bajó la media.

—¿Recuerdas a Greg «diez segundos»?

Me estremezco.

—Primero, gracias por sacar a la luz ese mal recuerdo, y segundo, no estoy diciendo que no los haya defectuosos. Solo digo que las probabilidades son mejores con un atleta.

—¿Y los jugadores de hockey son defectuosos? —pregunta Carin.

Me encojo de hombros.

—No te podría decir. No los he tachado de mi lista de polvos potenciales por su actuación en la cama, sino porque son capullos con privilegios que reciben favores especiales de los profesores.

—Sabrina, cariño, tienes que olvidarte ya de aquello —anima Hope.

—No. Los jugadores de hockey quedan descalificados.

—Dios, ¡pero no sabes lo que te estás perdiendo! —Carin se lame los labios con excesiva lascivia—. ¿Ese tío con barba que hay en el equipo? Quiero saber lo que se siente. Las barbas están en mi lista de cosas que hacer antes de morir.

—Pues adelante. Mi boicot hacia los jugadores de hockey solo significa que quedan más tíos para ti.

—Eso que dices me parece guay, pero... —Sonríe—. ¿Necesito recordarte que te tiraste al señor Di Laurentis?

Puaj. Eso es un recuerdo que NO necesito escuchar.

—Primero, estaba totalmente borracha —me quejo—. Segundo, fue en segundo, valga la redundancia. Y tercero, esa es la razón por la que paso olímpicamente de los jugadores de hockey.

A pesar de que la Universidad de Briar tiene un equipo de fútbol que ha ganado un campeonato, se la conoce como una universidad de hockey. Los tíos con patines son tratados como dioses. Un buen ejemplo es Dean Heyward-Di Laurentis. Estudia Ciencias Políticas como yo, por lo que hemos coincidido en varias clases, incluyendo Estadística en segundo. Esa clase fue la hostia de dura. Todo el mundo lo dio todo.

Todo el mundo menos Dean, que se estaba follando a la profesora asistente.

Y... ¡sorpresa!, le puso un sobresaliente, que no se merecía NI DE COÑA. Lo sé con certeza, porque el trabajo final lo hacíamos juntos y vi la mierda que le entregó.

Cuando me enteré de que había sacado un diez, le quería cortar los huevos. Fue superinjusto. Me dejé

la piel en esa clase. Joder, me dejo la piel en todo lo que hago. Cada uno de mis logros está manchado con mi sangre, sudor y lágrimas. Y mientras tanto, ¿a un imbécil se le entrega el mundo en bandeja? Menuda mierda.

—Se está cabreando otra vez —le susurra Hope a Carin.

—Está pensando en cómo Di Laurentis consiguió sacar un 10 en esa clase —dice Carin en un susurro gritado—. Necesita echar un polvo como el comer. ¿Cuándo fue la última vez?

Empiezo a extender el dedo corazón de nuevo cuando me doy cuenta de que no puedo recordar mi último polvo.

—Fue con... eh, ¿Meyer? El del equipo de lacrosse. Eso fue en septiembre. Y después, Beau... —Me ilumino— ¡Ja! ¿Veis? Solo ha pasado poco más de un mes. Para nada una emergencia nacional.

—Querida, alguien con tu agenda no puede estar un MES sin sexo —responde Hope—. Eres una bola ambulante de estrés, lo que significa que necesitas una buena dosis de polla por lo menos... todos los días —resuelve.

—Cada dos días —rectifica Carin—. Hay que darle tiempo al jardín privado para que descanse.

Hope asiente con la cabeza.

—Vale. Pero esta noche, nada de descanso para tu coño...

Suelto una carcajada por la nariz.

—¿Te queda claro, cariño? Has comido, te has echado una siesta por la tarde, y ahora necesitas un poco de morbo —afirma Carin.

—¿En el Malone's? —digo con cautela—. Acabamos de dejar claro que el sitio ese está petado de jugadores de hockey.

—No exclusivamente. Seguro que Beau está ahí. ¿Quieres que le pregunte a D'Andre? —Hope levanta el móvil, pero sacudo la cabeza.

—Beau requiere demasiado tiempo. El tío quiere hablar durante los polvos. Yo quiero hacerlo y marcharme.

—¡Oooh! ¡Se pone a hablar! Qué miedo.

—Para ya.

—Oblígame. —Hope echa hacia atrás la cabeza, golpeando sus largas trenzas contra mi abrigo y después sale de la casa de Gibson.

Carin se encoge de hombros y la sigue, y después de un segundo de duda, yo también. Nuestros abrigos están empapados cuando llegamos al coche de Hope, pero llevamos las capuchas puestas, así que el pelo sobrevive al aguacero.

Realmente no estoy de humor para ponerme a ligar con nadie esta noche, pero no puedo negar que mis amigas tienen razón. He estado hasta arriba de curro y tensión durante semanas, y durante estos últimos días sin duda he sentido... ganas. El tipo de ganas que solo pueden ser saciadas con un cuerpo duro y musculado y con una polla, esperemos, por encima de la media.

La cuestión es que soy extremadamente selectiva respecto a con quién me enrolló y, tal y como temía, cuando cinco minutos después las chicas y yo entramos en el Malone's, está repleto de jugadores de hockey.

Pero bueno, si esas son las cartas que me han tocado, supongo que no pasa nada por jugar con ellas y ver qué pasa.

Aun así, mientras sigo a mis amigas hasta la barra, tengo cero expectativas.

2

Tucker

—Aléjate de esa, chaval. Es tóxica.

Dean está ofreciendo su sabiduría —generalmente equivocada— a nuestro estudiante de primero y extremo izquierdo, Hunter Davenport, mientras entro en el Malone's huyendo de la lluvia torrencial.

Las carreteras están fatal y no tengo demasiadas ganas de estar aquí esta noche, pero Dean insistió en que teníamos que salir de fiesta. Dean ha estado todo el día deambulando de aquí para allá sin parar por nuestra casa, megagruñón y, obviamente, cabreado, pero cuando le pregunté por qué, se encogió de hombros y me dijo que estaba nervioso.

Mentira total. Se me podría considerar una persona tranquila en comparación con mis ruidosos compañeros de equipo, pero no soy tonto. Y ni de casualidad necesito ser un detective para juntar las pistas.

Allie Hayes, la mejor amiga de la novia de nuestro compañero de piso, se quedó a dormir en casa anoche.

Dean es un donjuán.

Las chicas adoran a Dean.

Allie es una chica.

Ergo, Dean se acostó con Allie.

Además, toda la ropa estaba esparcida por el salón, porque Dean es físicamente incapaz de tener relaciones sexuales en su dormitorio.

Aún no lo ha reconocido, pero estoy seguro de que en algún momento lo hará. También estoy seguro de que sea lo que sea lo que pasó entre ellos anoche, Allie no está buscando repetirlo. El por qué eso molesta a Dean, el rey de las citas de una noche, es algo que aún tengo que averiguar.

—A mí no me parece tóxica —dice Hunter mientras me sacudo el agua del pelo.

—Oye, Pluto —gruñe Dean en mi dirección—, sécate el pelo en otro sitio.

Resoplo y sigo la mirada de Hunter, que está pegada con Super Glue a una chica delgada de pelo castaño en la inmensa barra que mira justo en la otra dirección. Veo una falda corta, unas piernas de morir y cabello tupido y oscuro que cae por su espalda. Por no mencionar el culo más redondo, más apretado y más sexy que he tenido el placer de admirar jamás.

—Muy bien —observo antes de sonreírle a Dean—. Entiendo que ya te la has pedido, ¿no?

Su rostro se torna blanco de terror.

—Ni de coña. Es Sabrina, hermano. Ya me retuerce los huevos en clase cada día. No necesito que me los retuerza fuera de la uni.

—Espera un momento, ¿esa es Sabrina? —digo lentamente. ¿ESA es la chica que Dean jura que es su enemiga número uno?—. La he visto por el campus, pero no había caído en que ella era la chica de la que siempre te andas quejando.

—La misma —murmura.

—Pues qué pena, oye. Resulta muy agradable mirarla. —Más que agradable, la verdad. En el

diccionario, junto a «Atractivo», hay una foto del culo de Sabrina. También podría estar junto a las palabras «Increíble», «¡Joder!» y «Megarrico».

—¿Cuál es la historia entre vosotros dos? —mete baza Hunter— ¿Es una ex?

Dean retrocede.

—¿Qué dices?!

El estudiante de primero frunce los labios.

—¿Así que no estaré rompiendo el código de hermanos si le entro?

—¿Quieres entrarle? Adelante. Pero te advierto que esa cabrona te va a comer vivo.

Aparto mi cara para esconder una sonrisa. Suena a que alguien ha podido rechazar a Dean. Sin duda hay alguna historia entre ellos, pero incluso después de que Hunter le presione, Dean no suelta más información. Al otro lado de la estancia, Sabrina se da la vuelta. Probablemente haya sentido tres pares de ojos sobre ese culo, dos de los cuales tienen mucha hambre.

Su mirada encuentra la mía y la mantiene. Hay desafío en sus ojos. El competidor que hay en mí se levanta para hacerle frente.

¿Eres suficiente para mí?, parece estar preguntándome.

No tienes ni idea, cariño.

Una chispa de calor enciende su mirada... hasta que cae sobre Dean. De inmediato, sus exuberantes labios se afinan y extiende el dedo corazón hacia nosotros.

Hunter gruñe y murmura algo sobre que Dean arruina sus posibilidades. Pero Hunter es un niño y esa chica tiene suficiente fuego dentro como para encender el mundo. No puedo imaginármela queriéndose llevar a un chaval de dieciocho años a la cama, especialmente a uno que ve la derrota con el primer obstáculo. El chaval tiene que ser más fuerte si quiere jugar con los mayores.

Busco dinero en mi bolsillo.

—Voy a por una birra. ¿Necesitáis una recarga?

Los dos niegan con la cabeza. Después de haber cumplido mi deber de amigo, me dirijo a la barra y a Sabrina, llegando justo al mismo tiempo en el que el camarero le da su bebida.

Pongo un billete de veinte en la barra.

—Yo invito, y para mí una Miller cuando puedas.

El camarero coge el billete y va deprisa a la caja registradora antes de que Sabrina pueda oponerse. Me lanza una mirada contemplativa y después se lleva la botella de cerveza a los labios.

—No me voy a acostar contigo porque me hayas invitado a una cerveza —dice por encima del cuello de la botella.

—Espero que no —respondo encogiéndome de hombros—. Mi listón está más alto que eso.

Le ofrezco un gesto de cortesía con la cabeza y me dirijo con tranquilidad de vuelta a la mesa donde algunos de mis compañeros de equipo están reunidos. Detrás de mí puedo sentir sus ojos perforándome la espalda. Como no puede verme, permito que una sonrisa de satisfacción se extienda por mi rostro. Esta es una chica acostumbrada a que la persigan, lo que significa que tengo que introducir un poco de sorpresa en mi caza.

En la mesa, Hunter mira a otro grupo de chicas, y la cabeza de Dean está enterrada en su teléfono. Probablemente le esté enviando mensajes a Allie. Me pregunto si los otros chicos saben que hicieron el guarro anoche. Probablemente no. Garrett y Logan están en Boston con sus novias hasta mañana, así que es probable que no tengan ni idea aún. Pero Garrett no hacía más que insistirle a Dean para que mantuviera sus manos alejadas de Allie este fin de semana. No quería que ningún drama interfiriera en su actual vida perfecta con la mejor amiga de Allie, Hannah.

Dado que no ha habido broncas, pollos, ni llamadas de teléfono a gritos, apostarí a que Dean y Allie

están manteniendo el rollo de anoche en secreto.

Justo cuando Hunter abre la boca para soltarle una frase ridícula a una de las chicas que se ha dirigido a nuestra mesa, las luces parpadean amenazantes.

Dean frunce el ceño.

—¿Esto es el Apocalipsis o algo así?

—Está lloviendo con mucha fuerza —le digo.

Después de eso, Dean decide largarse. Yo me quedo en el bar, a pesar de que ni siquiera quería salir esta noche. No sé por qué, pero esa breve conversación con Sabrina me ha alterado más que un poco.

No es que haya escasez de chicas en mi vida. Puede que no presuma de mis conquistas como hacen Dean, Logan o mis compañeros de equipo, pero tengo mucha actividad. Incluso me permito algún rollo de una sola noche si me apetece.

Y ahora mismo, me apetece.

Quiero a Sabrina debajo de mí. Sobre mí. En cualquier lugar que quiera ponerse me parecerá bien. Y lo quiero con tantas ganas, que tengo que frotarme la barba con la mano para no ceder a la necesidad de deslizarla más abajo y frotar otra cosa.

Todavía no estoy seguro de cómo me siento con el tema de la barba. Me la dejé crecer en la época del campeonato la primavera pasada, pero se me fue de las manos en plan hombre de las montañas, así que decidí afeitármela durante el verano. Después creció de nuevo porque soy que te cagas de vago con eso y recortarla es mucho más fácil que afeitarse del todo.

—Siéntate, tío —me anima Hunter. Sus ojos dejan ver de forma activa que ellas son tres chicas y nosotros somos solo dos, pero estas chicas, a pesar de ser superguapas, no me interesan en absoluto.

—Todas tuyas, chaval.

Vacíó mi botella y vuelvo a la barra junto a la que Sabrina sigue de pie. Otro par de depredadores se ha acercado. Les dirijo una mirada de pocos amigos y me deslizo a un espacio recién desocupado a su lado.

Apoyo un codo detrás de mí contra la barra, ofreciéndole la ilusión óptica de que hay más espacio entre nosotros. Me recuerda un poco a esos caballos salvajes de ojos enormes, piernas largas y la promesa tácita de la mejor monta de tu vida. Pero si juegas tus cartas demasiado pronto, se escapará y será imposible capturarlo.

—Así que eres amigo de Di Laurentis.

Las palabras salen de forma casual, pero teniendo en cuenta que ella y Dean no se caen muy bien, probablemente solo haya una manera correcta de responder y esa es negarlo todo.

Aun así, no voy a hacerle eso a un amigo, ni siquiera para tener sexo. Y sea cual sea el asunto pendiente que Sabrina tiene con Dean, no me incumbe, al igual que la opinión de Dean sobre Sabrina no va a influirme en lo que estoy buscando con ella. Además, soy un gran defensor del dicho ese de que hay que empezar como uno quiere continuar.

—Es mi compañero de piso.

Sabrina no hace esfuerzo alguno en ocultar su repulsa, ni en que va a pasar de mí.

—Gracias por la cerveza, pero creo que mis amigas me están llamando. —Señala con la cabeza a un grupo de chicas.

Observo al grupo y ninguna de ellas está mirando en nuestra dirección. Vuelvo a ella con un triste movimiento de cabeza.

—Cúrratelo un poco más. Si quieres que me vaya, dímelo. Tienes pinta de ser una chica que sabe lo que quiere y que no tiene miedo a decirlo.

—¿Eso es lo que Dean te ha contado? Apuesto a que dice que soy una capulla, ¿a que sí?

Esta vez opto por mantener la boca cerrada. En lugar de hablar, le doy un sorbo a mi bebida.

—Tiene razón, lo soy —continúa—. Lo soy y no me siento mal por ello.

Echa hacia adelante su barbilla de una forma adorable. La pellizcaría, pero creo que perdería algún dedo y los voy a necesitar más tarde esta noche. Mi plan es tenerlos por todo su cuerpo.

Ella le da otro trago a la cerveza a la que le he invitado, y observo los delicados músculos de su garganta. Joder, es guapísima. Dean podría haberme dicho que se dedica a asesinar bebés y aun así yo estaría aquí. Sabrina tiene ese tipo de atracción.

Y no soy solo yo. La mitad de la población masculina del bar está lanzando miradas de envidia en mi dirección. Inclino mi cuerpo ligeramente para ocultarla de la vista de los demás.

—Vale —le digo sin importancia.

—¿Vale? —Su rostro muestra la expresión de confusión más bonita del mundo.

—Sí. ¿Se supone que debía ahuyentarme?

Sus cejas perfectas se juntan.

—No sé qué más te ha dicho, pero no soy fácil. No estoy en contra de los rollos, pero soy selectiva con quién dejo entrar en mi cama.

—Dean no me ha contado nada sobre ese tema. Solo dice que te gusta retorcerle los huevos. Pero ambos sabemos que el ego de Dean puede soportar un golpe de vez en cuando. La pregunta es si te mola. Parece que sí, porque él es el único tema del que hablas. —Me encojo de hombros—. Si es así, me piro ahora mismo.

Dean me dijo que no sentía nada por Sabrina, pero quiero asegurarme de que tampoco quedan emociones pendientes por su parte. El tono de su voz cuando dijo su nombre era de cabreo, pero no amargo, algo que entiendo como una buena señal. El enfado puede surgir de un montón de cosas. La amargura suele venir de sentimientos heridos.

Cuando —que no un «si» condicional— nos metamos en la cama, deberá ser porque ella quiere estar conmigo, no porque le parezca una manera de vengarse de Dean.

Su mirada viaja sobre mi hombro hacia donde mi compañero de equipo sigue sentado, luego vuelve a mí. Ella y yo bebemos en silencio un poco. Sus ojos marrón chocolate son difíciles de leer, pero tengo la sensación de que está sopesando mis palabras con cuidado. Puede ser que esté esperando a que yo hable, a que llene el silencio, pero estoy siendo paciente. Además, me da tiempo para analizarla de cerca. Y desde esta distancia, es aún más guapa de lo que pensaba.

No solo tiene un culo de primera división y unas piernas infinitas. Su escote es de esos que puede convertir a un hombre a una religión. En plan: «Gracias, Jesús, por crear a esta gloriosa criatura y, POR FAVOR, Señor, haz que no sea lesbiana». No mirar descaradamente a las bonitas colinas que se elevan sobre su camiseta es una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en la vida.

Por fin deja su botella en la barra.

—Solo porque seas guapo no significa que esté interesada en ti.

Sonrío.

—Por algo habrá que empezar.

Una sonrisa forzada sale de las comisuras de sus labios. Se seca la mano en su falda y la extiende.

—Sabrina James. Ya he oído todas las bromas posibles sobre si soy una bruja y no, no estoy pillada por Dean Di Laurentis.

Cojo su mano y aprovecho el contacto para tirar de ella y acercarla un poco más hacia mí. Con esta chica hay que ir paso a paso.

—John Tucker. Me alegra oír eso, pero debes saber que Dean es como un hermano para mí. Hemos estado codo con codo en el hielo durante cuatro años, llevamos viviendo juntos tres, tengo la intención de

soltar un discurso en su boda y espero que él haga lo mismo en la mía. Dicho esto, también te digo que es mi amigo, no mi padre.

—Espera, ¿te vas a casar? —dice confundida.

Es gracioso que, de todo lo que he dicho, sea esa parte de la que habla. Acaricio la parte exterior de su brazo con mi mano y, sin apretarla, rodeo su muñeca con mis dedos.

—En el futuro, querida. En el futuro.

—Vaya. —Coge su cerveza y la deja cuando ve que está vacía—. ¿De verdad QUIERES casarte?

—En algún momento. —Me río ante su asombro—. Ahora no, pero sí, un día quiero estar casado y tener un hijo o tres. ¿Tú?

El camarero llega y le suelto otros veinte dólares en su dirección.

Pero Sabrina niega con la cabeza.

—Tengo que conducir. Una cerveza es mi límite.

Pido dos aguas en su lugar, y el camarero vuelve al instante con dos vasos altos.

Las luces parpadean una vez más, mandándole una sacudida de urgencia a mis entrañas. Tengo que cerrar este acuerdo pronto o lo perderé por completo.

—Gracias —dice mientras bebe agua—. Y no. No me veo a mí misma con hijos o marido en un futuro próximo. Además, pensaba que a los jugadores de hockey les gustaba jugar a varias bandas.

—En algún momento incluso los mejores se retiran. —Sonrío sobre mi vaso.

Se ríe.

—Vale, vale. Te concedo eso. Y, ¿qué carrera estás estudiando, John?

—Tucker. Todo el mundo me llama Tucker o Tuck. Y Empresariales.

—¿Para gestionar todo el dinero que ganes con el hockey?

Todavía no le he soltado la muñeca y, con cada frase, voy eliminando la distancia que hay entre nosotros.

—No. —Bajo la mirada a mi rodilla—. Demasiado lento para la liga profesional. Me hice bastante daño en la rodilla en el instituto. Soy lo suficientemente bueno como para tener beca aquí, pero conozco mis límites.

—Vaya, lo siento. —Hay sincero pesar en su tono de voz.

Dean es imbécil. Esta chica es tan maja como la que más. Estoy impaciente por poner mi boca en ella.

Y mis manos.

Y mis dientes.

Y mi polla dura como el acero.

—No lo sientas. Yo no lo hago.

Deslizo mi brazo a lo largo de la barra hasta que Sabrina básicamente está de pie en el círculo de mis brazos. Sus pies están entre los míos y, si moviese mis caderas ligeramente hacia adelante, haría el contacto que mi cuerpo está deseando que haga con todas sus fuerzas. Pero si hay una cosa que he aprendido en todos los años que he jugado al hockey es que la paciencia tiene recompensa. Uno no lanza de inmediato cuando el *stick* recibe el disco. Uno espera al hueco adecuado.

—La verdad es que nunca fue lo que quise —agrego—. Y creo que es una de esas cosas que tienes que perseguir a tope.

Y entonces me lo da: el hueco.

—Y ¿qué es lo que quieres?

—A ti —contesto sin rodeos.

Ocurren dos cosas. Las luces se apagan por completo y a ella casi se le cae el vaso. La máquina de discos se para y de repente el bar se queda demasiado tranquilo. A nuestro alrededor hay algunas

carcajadas y algún grito de consternación.

—No os quitéis los pantalones, niños —grita uno de los camareros—. Vamos a ver qué pasa. El generador se encenderá en cualquier momento.

Como si eso fuera una señal, un zumbido llena el aire y a continuación un tenue resplandor de luz ilumina la habitación repleta de gente.

—¿Todavía tienes sed? —pregunto, acariciando el interior de su muñeca con movimientos largos y suaves. Subo hacia la parte interna del codo y bajo otra vez hasta la muñeca. Lo repito. Una vez y otra vez, y otra más.

Su mirada baja a nuestras manos unidas y sus ojos se ensanchan como si acabara de darse cuenta en ese preciso momento de que nos hemos estado tocando durante los últimos diez minutos más o menos. Me acerco y acaricio mi nariz contra el borde exterior del lóbulo de su oreja, llenando mis pulmones con su olor a especias.

Podría estar aquí todo el día. Hay algo maravilloso en prolongar la expectación hasta que casi duele. Hace que la liberación posterior sea todavía más explosiva. Tengo la sensación de que el sexo con Sabrina James me pondrá la cabeza del revés.

No puedo aguantar más.

Después de hacer una respiración profunda, una que impulsa sus tetas perfectas contra mi pecho, se retira. No demasiado, pero lo suficiente como para crear una línea de distancia.

—No me van las relaciones —dice sin rodeos—. Si hacemos esto...

—¿Hacer qué? —No puedo evitar provocarla.

—ESTO... No te hagas el tonto, Tucker. Eres más listo que eso.

Una risa se me escapa.

—Está bien. De acuerdo... —Agito una mano—. Continúa...

—Si hacemos esto —repite—, es solo sexo. Nada de sensación rara a la mañana siguiente. Nada de darse el número de teléfono.

Le doy una última caricia antes de liberarla, dejando que lea en mi silencio lo que ella necesita. Dudo mucho que una vez vaya a ser suficiente para ninguno de los dos, pero si eso es lo que necesita creer esta noche, me parece bien.

—Entonces, vámonos.

Sus labios se curvan.

—¿Ahora?

—Ahora. —Humedezco mi labio inferior con la lengua—. A menos que quieras quedarte aquí un rato más y seguir ignorando el hecho de que nos morimos por arrancarnos la ropa el uno al otro.

Deja escapar una risa gutural que va directa a mis huevos.

—Muy buena, Tucker.

Dios. Me flipa la forma en la que mi nombre sale de sus labios sensuales y carnosos. Quizá le pida que lo diga cuando haga que se corra.

El deseo que crece atravesándome es tan fuerte que tengo que apretar el culo y respirar por la nariz para intentar frenarlo. Agarro el codo de Sabrina y nos abro camino a empujones hacia la puerta. Algunas personas dicen mi nombre, o me dan palmaditas en la espalda para darme la enhorabuena. Los ignoro.

Fuera sigue diluviando. Tiro de Sabrina para acercarla a mí y pongo mi cazadora de hockey color plata y negro sobre su cabeza. Afortunadamente, mi *pick-up* está cerca.

—Aquí.

—Buen sitio para aparcar —comenta.

—No me puedo quejar. —Es una ventaja de ser titular en el equipo de hockey de la universidad

ganadora del campeonato.

Le ayudo a subir a la *pick-up*. Después me deslizo en el asiento del conductor y arranco el motor.

—¿A dónde?

Ella tiembla un poco, aunque no estoy seguro de si es por el frío o por otra razón.

—Vivo en Boston.

—Entonces a mi casa. —Porque ni de coña puedo esperar la hora que se tarda en llegar a la ciudad.

Mi polla está a punto de explotar.

Pone su mano en mi muñeca antes de que pueda meter la marcha atrás.

—Vives con Dean. ¿No va a ser un poco incómodo para ti?

—No. ¿Por qué lo sería?

—No sé. —Su dedo índice se desliza hacia delante para frotar mis nudillos.

Aprieto los dientes a la vez que mi erección casi atraviesa la cremallera. La única razón por la que no la besé un segundo después de salir del bar es porque, si hubiera empezado, probablemente me la habría tirado contra el muro del edificio. Pero ahora me está tocando, y mi autocontrol es más esquivo que una nube de vapor.

—Hagámoslo aquí —dice con decisión.

Arrugo la frente.

—¿En la *pick-up*?

—¿Por qué no? ¿Necesitas velas y pétalos de rosa? Es solo sexo —insiste.

—Querida, sigue diciendo eso y voy a empezar a preguntarme si de verdad es a mí al que quieres convencer. —Mi respiración se corta cuando su pulgar acaricia en pequeños círculos el centro de la palma de mi mano. A tomar por culo. Le tengo demasiadas ganas—. Pero, vale, ¿me quieres echar un polvo en esta *pick-up*? Pues nada, en la *pick-up*.

Sin decir una palabra, meto la mano debajo del asiento y lo echo hacia atrás todo lo que da de sí. A continuación, me quito la cazadora y la tiro en el asiento de atrás.

—¿Tienes alguna instrucción para tus ligues exclusivamente sexuales? —digo arrastrando las palabras—. Tipo «nada de besar en los labios».

—Claro que no. ¿Me parezco a Julia Roberts?

Arrugo mis cejas.

—¿*Pretty Woman*? —suelta—. ¿La prostituta con el corazón de oro? ¿La que no besaba en la boca a los clientes?

Sonrío.

—¿Estás diciendo que me vas a besar?

Suelta una risita.

—Si no me besas, me cabrearé. Necesito besos. Si no, prefiero quedarme en casa con mi vibrador.

Una sonrisa se arrastra cruzando mi cara. Con la espalda contra la ventana y mi bota en la base de la palanca de cambios formo una cuna para su delicioso cuerpazo y la atraigo hacia mí.

—En ese caso, ven a por lo que necesitas.

3

Sabrina

Tucker está ahí sentado con una leve sonrisa en su rostro y una inmensa erección en sus pantalones. Mi lengua se escapa de mi boca para humedecer mis labios mientras la excitación palpita a través de mis venas. Dios, ese monstruo va a ser una delicia dentro de mí.

Mi mirada se posa en su cuidada barba, y me pregunto, por un instante, si debería haberle dado a Carin la oportunidad de tirárselo. Después de todo, las barbas están en su lista de cosas pendientes. Pero ahora que lo pienso, me intriga pensar cómo será sentir esa mata de pelo entre mis piernas. ¿Suave? ¿Raspará? Aprieto mis muslos al pensar en ello.

Hope y Carin tenían mucha razón... Necesito echar un polvo y, jugador de hockey o no, creo que Tucker es el hombre perfecto para la tarea. Tiene confianza en sí mismo pero sin ego, que es lo que más me puede poner del mundo. Cuando me dijo «a ti» en respuesta a mi pregunta sobre qué quería, casi me corro en las bragas.

Y parece un tío seguro y firme, alguien a quien un terremoto no sería capaz de sacudir. Incluso siento admiración por la forma en la que ha dado la cara por Dean, aunque esa lealtad podría haber sido un inconveniente. Tucker tenía que saber que mintiéndome sobre su amistad con Dean sus opciones conmigo habrían sido mayores. Pero eligió la honestidad, lo que más valoro de todo.

—¿Necesitas que te guíe? —Su tono de voz es bajo y ronco, arrastrando cada sílaba. *Ne-ce-si-tass*.

Dios bendito, ese acento del sur.

—Solo estoy analizando mis opciones. —Me encanta que esté ahí sentado, diciéndome que haga lo que necesite. Como si su enorme polla solo existiese para mí.

No puedo esperar más, pero tampoco puedo decidir qué quiero hacer para empezar. Mi boca se hace agua al imaginar su capullo rozando contra mi lengua, pero mis entrañas se mueren de deseo cuando pienso en estar entre sus brazos mientras me colma hasta el fondo.

—¿Por qué no empezamos con esos besos que tanto te gustan? —sugiere.

Me encuentro con su mirada ardiente.

—¿Dónde? —pregunto con timidez, algo poco habitual, porque yo nunca soy tímida. Pero hay algo en su seguridad en sí mismo que saca a la mujer en mí, y me doy cuenta de que no me molesta en absoluto.

Se toca con un enorme dedo su labio de abajo.

—Aquí.

Tan seductoramente como puedo, me muevo sobre la consola hasta llegar a su regazo, lo que hace que mis tacones caigan al suelo de la *pick-up*. Sus labios se abren invitándome, pero no junto inmediatamente mis labios con los suyos.

En vez de eso, le paso los dedos por la barba, de un lado de la mandíbula al otro.

—Suave —murmuro.

Su mirada se estrecha y se inunda con tanta lujuria que resulta difícil respirar. Y entonces me agarra, cansado de esperar y cansado de hablar.

Nuestras bocas se juntan de golpe en un beso agresivo. Enreda una mano en mi pelo y no estoy segura

de si lo hace para tener mejor ángulo o para hacer más palanca y tener más fuerza en su invasión. Sea por lo que sea, su lengua me hace sentir cosas mágicas allí abajo. Me estoy olvidando de por qué he estado a punto de rechazarle.

Es alto, está bueno, tiene el pelo oscuro, barba desaliñada... ¿Por qué lo dude siquiera? Ah, es verdad. Porque es un jugador de hockey.

Aparto mi boca, arrancándola, y jadeo.

—Solo para que conste, no me gustan los jugadores de hockey. Esto es una vez y ya.

Echa mi pelo hacia un lado para descubrir mi garganta.

—Apuntado. No te voy a recordar esto cuando me pidas una segunda ronda.

Riéndome, le agarro la cabeza y la sujeto contra mí mientras recorre con su lengua mi garganta en su camino hacia la parte superior de mi pecho.

—No va a pasar jamás.

—No te cierres en banda. Es más fácil rectificar. Y más elegante.

Sus palabras suenan un tanto apagadas mientras entierra su cara en mi escote. Una mano callosa tira de mi jersey hacia abajo y a continuación escucho un gruñido de frustración, cuando el escote no baja lo suficiente como para darle acceso a lo que quiere.

Lo bueno es que nuestras necesidades coinciden. Meto las manos entre nuestros cuerpos y tiro del jersey hacia arriba para quitármelo y su boca se engancha a mi pezón antes de que me pueda quitar el sujetador. Cuando echo hacia atrás las manos para abrir el cierre, sus manos las apartan de un manotazo.

Mi risa ante sus ansias desaparece en mi garganta cuando su mano cubre mi pecho descubierto. Me arqueo ante su áspera caricia. Ay, Dios, hacía demasiado tiempo..., demasiado. Mientras la boca de Tucker se llena chupando un pezón duro, sus dedos aprietan y juegan con el otro.

Se le da bien. Sabe cómo de fuerte morder, cómo de suave besar y, a pesar de la erección en sus pantalones, actúa como si pudiera pasarse succionando el pezón toda la noche.

Froto la parte inferior de mi cuerpo sobre su erección, intentando apartar a tientas la falda que nos separa para sentirlo mejor. Quiero la falda fuera ya, joder. Quiero que su cuerpo desnudo se frote contra el mío. Lo quiero dentro de mí.

Lo quiero todo.

Busco la parte de abajo de su camiseta. No me ofrece ninguna ayuda porque en este momento está demasiado concentrado en mis tetas. Encuentro el dobladillo y tiro de él. Solo entonces se separa de mí, y el aire frío de la *pick-up* hace que mis pezones se pongan aún más duros.

—No necesito más preliminares —le digo mientras arrastro su camisa sobre su cabeza.

Oh, Dios, alerta «músculo». Decenas de músculos apretados, suaves y marcados se deslizan bajo mis manos. Es imposible no adorar a los deportistas.

Sus manos excavan bajo mi falda.

—¿De verdad que no?

No hay nada elegante en la forma en la que sus dedos apartan a un lado mi tanga, y no me advierte cuando mete dos de ellos dentro de mí. Es sexy, guarro y me pone a mil. El aire silba entre los dientes cuando inhalo con fuerza.

—Te gusta, ¿verdad? —murmura.

—No está mal —miento, y me castiga al instante sacando un poco los dedos—. Vale. Me gusta.

Los saca del todo y utiliza sus dedos húmedos para tocar mi clítoris en suaves círculos. Todo mi cuerpo se tensa, se contrae y pide más a gritos.

—Solo te gusta, ¿eh? —se burla.

Me rindo.

—Mucho. Me gusta mucho.

—Ya lo sé. —Parece satisfecho—. No me gusta decir esto, Sabrina. Pero has cometido un gran error.

—¿Qué? ¿Por qué?

Sus dedos tiran de mi tanga hasta que la tela corta mis labios hinchados.

—Porque voy a dejar por los suelos a todos los chicos que tengas en el futuro. Me disculpo de antemano.

A continuación, tira de la tela hacia un lado y mete de golpe tres dedos. La crudeza gráfica del acto me pilló muy por sorpresa. Puedo sentirlo —a él— en todas partes. Incluso hasta en los dedos del pie. Una ola de excitación se estrella sobre mí. Mierda, está haciendo que me corra. ¿Cómo es posible?

Lo miro con la boca abierta, y él sonrío de nuevo, los dientes blancos contrastan con su piel bronceada y su barba, plenamente consciente de que está dejándome flipada. Sus dedos se mueven de nuevo, dos de ellos frotando contra ese punto que casi nadie encuentra nunca más que yo.

Y sigue frotando cuando mete sus dedos dentro de mí. Y me sigo corriendo. Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los párpados y me entrego al placer que recorre en espiral mi cuerpo y lo atraviesa hasta que me convierto en una masa temblorosa de sensaciones.

Cuando caigo de vuelta a la Tierra, me encuentro tumbada sobre su pecho, respirando entrecortadamente. Nunca me había corrido tan fuerte en mi vida, y el tío ni siquiera ha estado dentro de mí. Mi corazón late con fuerza a una velocidad increíble, y a mi perezosa mente le cuesta seguir el ritmo.

Es solo un chico. Un chico normal, me recuerdo a mí misma. Una polla y dos huevos. Esto no es nada especial.

—Hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales —murmuro cuando mi respiración comienza a normalizarse—. He estado superestresada. Mi cuerpo necesitaba con urgencia desfogarse.

Tres dedos largos se flexionan dentro de mí.

—No hace falta que te justifiques, querida.

Hay cierta diversión engreída en su tono de voz, pero el tío me acaba de dar un orgasmo haciéndome un dedo, algo que NUNCA me pasa, así que supongo que no puedo reprocharle nada. Arrastra las yemas de sus dedos por mis sensibles terminaciones nerviosas cuando se retira, consiguiendo otro estremecimiento involuntario por mi parte.

Su mano se eleva de entre nuestros cuerpos y la humedad brilla en sus dedos, a pesar de la oscuridad de la *pick-up*. No estoy preparada para la excitación que me sacude cuando se los chupa hasta que quedan limpios.

Trago saliva.

Un tirón rápido de una palanca y su asiento queda completamente plano. Tucker se acuesta y me hace señas otra vez.

—Ven aquí y fóllate mi cara. Necesito más de eso.

Ay, Dios. Pero ¿quién ES este tío?

Quizá no debería subirme la falda hasta la cintura y arrastrarme hacia adelante, pero lo hago. Es como si me hubiera hechizado y no fuera capaz de desobedecerle.

—Prepárate —dice con voz ronca—, porque voy a hacer que te corras otra vez.

—Eres muy chulito, ¿no?

—No. Estoy seguro de que va a pasar. Y tú también. Y ahora dame ese precioso coñito y súbete a mi lengua.

Ay, madre del amor hermoso. El sexo con Tucker es más guarro y más sexy de lo que pensaba que iba a ser. Por su aspecto, uno no diría que es así, pero ¿no pasa siempre con los más callados?

Me gusta lo que hace, casi demasiado.

Su aliento templado calienta mi piel mientras bajo hacia su rostro.

—Oh, sí. —Es lo último que dice antes de que su boca se pegue a mí.

No solo utiliza su lengua. Usa también sus labios y sus dientes para raspar mi clítoris, ahora hipersensible. Una mano me sujeta por la cadera mientras con la otra me hace un dedo. ¿Y su lengua? Me chupa en lametazos largos y suaves hasta que acallo mis sollozos contra mi muñeca. Después aparta mis labios con dos dedos y me mantiene abierta mientras clava su lengua con fuerza dentro de mí.

Tenía razón. Necesito prepararme. Me agarro a los lados del asiento y después me corro. Tucker me lleva hasta el borde del acantilado y me lanza al vacío.

Mientras sigo temblando tras mi segundo orgasmo de la noche, Tucker me levanta de su cara y me baja hasta su regazo, donde de alguna forma su polla se ha salido de sus vaqueros. Meto la mano entre nosotros y la agarro.

—Espera —suelta, pero es demasiado tarde.

Me muerdo el labio de abajo mientras el ancho capullo me penetra lentamente. Con avidez, empujo hacia abajo, con ganas de llenarme. Sus manos se encuentran con mis caderas, y exhalo un suspiro de satisfacción anticipada que se interrumpe con un grito de consternación cuando me aparta.

—Condón —dice con seriedad.

Miro hacia abajo a nuestras pelvis con sorpresa. Nunca cometo ese error. Nunca. Mi mano vuela hacia mi boca.

—Lo siento. No estaba pensando con claridad...

Él busca a tientas en sus vaqueros, encuentra su cartera y me lo lanza.

—No tiene importancia. Ha sido solo la punta.

Un pícaro guiño me arranca una risa de sorpresa. Abro el envoltorio metálico con la boca y le pongo la goma sobre la parte de arriba de su polla.

—Estoy limpia —me siento obligada a decirle—. Me hago la prueba después de... —Dejo de hablar, pensando que hablar de ligues anteriores no es correcto cuando estoy desnuda a punto de hacer que me atravesara la polla de otro—. Bueno, eso, después.... Y estoy tomando la píldora.

—Todo en orden por mi parte también —dice. Sus párpados revolotean hasta cerrarse durante un momento mientras desenrollo el condón por la ancha y caliente columna de carne. Un gemido se escapa de su boca y después me aparta con suavidad la mano para hacerse cargo él.

—¿Lista? —pregunta, colocando el capullo en mi entrada.

No sé si asiento, gimo o ruego, pero cualquiera que sea el sonido que sale de mi boca debe sonar a aprobación, porque empuja hacia arriba con un movimiento rápido hasta que se ajusta bien hasta el mismo fondo.

—Joder, qué coño tan apretado.

—Y tú qué polla tan grande —suelto, revolviéndome encima de él.

Agarra mis caderas para que me quede quieta y bombea superficialmente en mí.

—No te muevas.

—No lo puedo evitar. —La fricción es tan agradable... Si creía que sus dedos y su lengua eran mágicos, su polla es sobrenatural. Le siento POR TODAS PARTES.

Cavo mis rodillas en el asiento de cuero y descanso las manos sobre su pecho. Los músculos se flexionan bajo las palmas de mis manos, y barro con mi mirada su abdomen marcado, el pelo claro de su pecho, y la delgada línea que conduce directamente hasta el cielo.

Tucker es tan delicioso a la vista como al tacto. Me pregunto a qué sabrá, pero eso tendrá que venir más tarde. En este momento, necesito follármelo hasta que mi ansiedad por Harvard, el dinero y mi vida familiar salgan de mi cabeza por completo. Quiero que alguien me destroce y él es el hombre perfecto

para hacer el trabajo.

Me dejo caer de golpe sobre él. Una fiera mirada le cruza el rostro y, a continuación, una enorme mano se engancha a mi culo. Impulsa su cuerpo hacia arriba, apoyándose en algún lado. A pesar de que yo estoy arriba, el que claramente tiene el control es él, que es exactamente lo que quiero.

Sus dientes están apretados y siento el pellizco de sus dedos en mi culo, empujándome hacia abajo con cada impulso hacia adelante. Aprieto mis muslos alrededor de su cuerpo y me rindo a su control, permitiéndole que me lance a un estado de inconsciencia.

—Córrete para mí —murmura—. Goza todo lo que necesites.

Dentro de mí su polla late, y después sus dedos encuentran mi clítoris, lo acarician y provocan que el orgasmo me eleve como un cohete y tiemblo con tanta fuerza que apenas puedo estar encima de él.

Tucker sube una parte de su cuerpo para estrecharme contra su pecho, golpeando contra mí con tanta fuerza que tengo que levantar las temblorosas manos hasta el techo de la *pick-up* para evitar que mi cabeza se pegue un golpe contra él.

Él se mueve dentro de mí, una y otra vez, hasta que de pronto él es el que tiembla, inconsciente, y con dificultades para mantener ningún tipo de control. Se deja caer en el asiento, llevándome con él.

Me permito unos segundos egoístas para recuperar el aliento, regocijándome contra el enorme pecho que hay debajo de mí. Los temblores dan paso a la alegría. Una parte de mí quiere estirar este momento hasta el infinito, acurrucada en el regazo de este tío, mientras que su mano recorre con dulzura, de arriba abajo, mi espalda.

—¿Seguro que no quieres quedarte en mi casa? —pregunta.

Por un segundo casi digo que sí. Sí, a ir a su casa. Sí, a otra ronda de sexo. Sí, al desayuno por la mañana, haciendo pellas en el trabajo y pasando todo el día en la cama con él. Esa necesidad me sorprende y me asusta.

Respiro hondo y recojo los pedazos de mi compostura que Tucker acaba de desbaratar y esparcir en añicos con este polvo.

—No. Tengo que irme a mi casa.

Es solo sexo.

Exacto. Es solo sexo. John Tucker es bueno en la cama. Tan bueno que deberían darle un premio. Pero no es mejor que otras cosas que he probado antes. Solo lo parece por la tensión a la que estoy sometida. O incluso, si es el mejor sexo que he tenido, solo quiere decir que él es un punto más en la teoría «los deportistas son buenos en la cama». Resistencia. Dedos y lengua de primera clase. Una polla que podría servir como modelo para los vibradores tamaño XL en un *sexshop*.

Rebusco mi jersey y mi chaqueta. Me los pongo rápidamente, sin ni siquiera fijarme en si me los he puesto bien o del revés. Necesito salir de esta *pick-up* y entrar en mi coche.

—Estoy lista —anuncio—. Mi coche está solo a un par de manzanas de aquí.

Sus preciosos rasgos se suavizan.

—Pareces estar un poco en *shock*.

Me doy la vuelta nerviosa, pero su expresión solo muestra preocupación.

—Estoy bien —le aseguro.

Tucker se sienta y se quita el condón, lo ata y lo tira en un montón de servilletas. Toca las llaves durante un momento y después arranca la *pick-up*.

—¿A dónde vamos?

Dejo escapar un suspiro de alivio.

—Está en Forest. Frente a la casa grande.

—Perfecto.

Conducimos la corta distancia en silencio. En cuanto veo mi coche, el impulso de huir es difícil de resistir. He abierto la puerta antes de que la *pick-up* se haya detenido por completo.

—Hasta luego —le digo sin darle importancia.

—Te acompaño al coche.

Levanta sus caderas para tirar de sus vaqueros hacia arriba, alertándome del hecho de que todavía está medio desnudo. Trato de no mirar cuando se guarda su polla semidura. Podría aguantar otra ronda. Fácilmente.

Mi cuerpo suplica más contacto, algo que ignoro bajándome de la *pick-up*. Cuando Tucker se une a mí, tiene puesta otra vez la camiseta. Sus vaqueros están sobre las caderas, con la cremallera bajada. Aún tiene las botas puestas.

Un gorgoteo histérico se dispara en mi garganta. ¿Me ha follado así de bien sin ni siquiera quitarse las botas?

—Te sigo hasta tu casa —dice.

—Te lo he dicho antes, vivo en Boston.

Se encoge de hombros.

—¿Y? Las carreteras están fatal y quiero asegurarme de que llegas bien.

—Estaré bien. He hecho este recorrido mil veces.

—Entonces mándame un mensaje cuando llegues a casa.

—Nada de números de teléfono —le recuerdo, sintiendo un pánico extraño.

—O un mensaje, o te sigo. —La rotundidad resuena en su voz.

Quién me iba a decir que tendría una aventura de una noche con el último caballero que queda en el planeta.

—De acuerdo. —Cojo mi teléfono del bolsillo de la chaqueta—. Pero te estás cargando todas las buenas sensaciones.

Sus ojos de color marrón claro brillan.

—No debería importar mucho, ¿no? Porque como esto no se va a repetir...

Tiene una puta respuesta para todo.

—Deberías estudiar Derecho —murmuro—. Dame tu número.

Le doy a la pantalla mientras me dice los números, después abro la puerta de mi coche y prácticamente me lanzo al asiento del conductor. Por suerte, el motor de mi Honda, que no siempre es de fiar, arranca al instante. Abro mi ventana un par de centímetros y suelto un precipitado «Buenas noches, Tucker», al que él responde con un rápido movimiento de cabeza.

Lo observo en el espejo retrovisor durante casi una manzana, una figura solitaria contra un fondo iluminado por la luna, antes de forzar la mirada hacia adelante. Ahí es donde me tengo que concentrar.

El camino de regreso a casa pasa como en una nube, eso sí. Mi cabeza reproduce una y otra vez la ardiente escena sexual. Estúpida cabeza.

Pero... es que el sexo ha sido TAN bueno... ¿Sería de verdad tan malo volver a verlo?

Aparco en el asfalto agrietado de la plaza de aparcamiento detrás de mi casa y me quedo ahí sentada por un momento. Después paso una mano por mi pelo alborotado postpolvo y cojo mi móvil.

Yo: *Ya he llegado.*

La respuesta es inmediata.

Él: *Bien. Me alegra oírlo. Puedes volver a usar este número de nuevo cuando quieras.*

¿Quiero usarlo —usarle— de nuevo? Es muy tentador. John Tucker está bueno como nadie, folla como Dios, y estaba tan relajado que nada parecía perturbarlo. No me ha hecho ninguna pregunta difícil y no parecía interesado en querer más de lo que yo podía ofrecer. ¿Con qué frecuencia aparece un tío como

él?

Yo: *Lo tendré en cuenta.*

Él: *Hazlo, querida.*

Tengo un pulgar sobre mi labio, recordando cuánto me gustó su forma de besar. *Argh.* Tal vez acabe usando ese número OTRA VEZ.

El agotamiento me golpea nada más salir del coche. Necesito dormir... YA MISMO. Mañana va a ser un día tan largo y agotador como el de hoy, y no puedo decir que tenga ganas de que llegue.

Cuando atravieso la puerta, la abuela está sentada en el mismo lugar que la dejé. Sospecho que la única vez que se ha movido en las cuatro horas o así que he tardado ha sido para ir a orinar la botella de dos litros de Coca-Cola que hay vacía en la mesa de la cocina. Estaba llena antes de salir. No obstante, hay una revista diferente frente a ella. Creo que es el *Enquirer*.

Se fija en mi aspecto desaliñado.

—Pensé que tenías una fiesta tipo cóctel. — Se le forma una sonrisa en la cara—. Parece que tú estabas incluida en el menú.

El calor inunda mi cara. Sí. No hay nada como una palabra de la abuela para poner el mundo otra vez en su sitio.

Ignoro la pulla y me dirijo hacia la puerta.

—Buenas noches —murmuro.

—Buenas noches —me responde, y sus risas me siguen hasta el dormitorio.

Después cierro con pestillo mi puerta, saco mi teléfono y busco el nombre de Tucker. Durante un buen rato, lo miro fijamente. Estoy tentada de escribir algo. Cualquier cosa.

En vez de eso, voy a la pantalla de información y le doy a BLOQUEAR. Porque no importa lo sexy que sea, o cuántos orgasmos me pueda provocar: no hay lugar en mi vida para una segunda ronda con él.

4

Tucker

El sonido del motor de un coche acelerando me despierta de golpe. Fuera todavía está oscuro, pero puedo distinguir una mínima línea de luz en el horizonte, una franja de color gris sobre un fondo negro. Subo la palanca de mi asiento y dejo que el mecanismo me empuje hacia arriba, justo a tiempo para ver un pequeño Honda Civic salir de la casa de Sabrina James.

Medio dormido, miro la hora en el tablero de control. Las cuatro de la mañana. Cuando su coche me sobrepasa, puedo ver su pelo oscuro y, antes de darme cuenta, me he metido en el tráfico detrás de ella.

Anoche la seguí hasta Boston porque las carreteras seguían heladas y estaba preocupado por ella. Además, no las tenía todas conmigo de que fuera a escribirme un mensaje. Después del último orgasmo, se cerró totalmente. Era evidente que no se sentía cómoda con esa intimidad. Tengo la sensación de que podría decirle cualquier guarrada y le parecería estupendo, pero una palabra amable y cariñosa y saldría por patas.

Joder, si es que, con tanta prisa por escapar, prácticamente saltó de la *pick-up*. Pero no me lo tomé como algo personal.

Estiro mi espalda lo mejor que puedo. Hacía mucho tiempo que no dormía en la *pick-up* y mi cuerpo me está recordando la razón exacta de por qué. Pero era o pillar un poco de sueño, o arriesgarme a volver a Hastings con las carreteras resbaladizas. Elegí dormir en la *pick-up*.

El coche de Sabrina atraviesa a toda velocidad un semáforo en ámbar y a continuación gira hacia la izquierda con brusquedad. Para cuando la alcanzo, ya está aparcando en el parking de empleados de una oficina de correos de South Boston. Un segundo después, baja a trompicones del asiento del conductor con su uniforme de trabajo y el pelo largo recogido en una cola de caballo.

Una sonrisa aparece en mi cara. ¿Está megabuena, es lista como el hambre y además es trabajadora? Joder. A mi madre le encantaría esta chica.

###

Regreso a Hastings con una sonrisa de tonto del culo en la cara y me tiro en la cama para dormir durante tres míseras horas. Después vuelvo a saltar sobre mi *pick-up* y voy al campus para reunirme con mi grupo de estudio, porque tenemos un examen tocho de Marketing mañana. Aunque teniendo en cuenta mi estado de aturdimiento, no estoy seguro de que esta sesión para empollar a las nueve de la mañana me vaya a ayudar mucho. Dos tazas de café consiguen despertarme un poco, y cuando la sesión acaba, alrededor de las once, me siento mucho más alerta.

En lugar de ir a casa de inmediato, pillo un tercer café y saco mi teléfono. Es hora de hacer un poco de investigación, y prefiero hacerlo en la cafetería que en casa, donde mis curiosos compañeros de piso pueden empezar a hacer preguntas.

Sé que Sabrina tiene clases con Dean, pero Dean no es exactamente fiable en lo que se refiere a ella, así que llamo a la única otra persona de Ciencias Políticas que conozco: Sheena Drake. Es una de mis ex,

pero sigue siendo una buena amiga. En realidad, no puedo pensar en ninguna ex con la que no me lleve bien.

Yo: *Q sabes d Sabrina James?*

Sheena responde de inmediato, lo que indica que, o no ha salido mucho de fiesta anoche, o se ha ido tanto de fiesta que no se ha acostado aún.

Ella: *Uf. La odio.*

Frunzo el ceño ante la pantalla.

Yo: *Por?*

Ella: *Xq está más buena q yo. Cabrona.*

Mi intenso resoplido llama la atención de los tres estudiantes de la mesa de al lado. Aparece otro mensaje de Sheena.

Ella: *Pero está más buena q TODAS, así q supongo q no me puedo cabrear. X q me preguntas por ella?*

Yo: *La conocí anoche. Me pareció guay.*

Ella: *No te puedo decir. Tengo 2 clases con ella, pero no habla mucho. Eso sí, es megainteligente. Según dicen, solo se enrolla con deportistas.*

Tomo un sorbo de mi café mientras le doy vueltas. Supongo que tiene sentido, ya que se enrolló conmigo anoche. Mi teléfono vibra con otro mensaje de Sheena:

Ella: *T mola?*

Teniendo en cuenta que mi lengua, mi boca, mis dedos y mi polla estuvieron en ella anoche, creo que se podría decir que he pasado por la fase MOLAR. Aun así, solo escribo: *Puede.*

Ella: *Ya te digo q te mola!!! Cuéntamelo todo!!!*

Yo: *Nada q contar. T veo en Economía mañana.*

Ella: *Sip.*

Yo: *Bss. Gracias, love.*

Ella: *<3*

Me desplazo por mi lista de contactos en busca de otra persona que pueda conocer a Sabrina, pero solo un nombre llama mi atención. Joder, claro, tenía que haberle llamado a él primero.

Me trago de golpe el resto de mi café y voy hacia la puerta. Mando un mensaje rápido, pero no me responde al momento, así que en vez de esperar, envío otro mensaje, esta vez a Ollie Jankowitz, el compañero de piso de la persona a la que estoy intentando localizar.

Yo: *Estás con Beau?*

Él: *Negativo.*

Yo: *Sabes dónde está?*

Él: *Gim.*

Bueno, pues ha sido fácil.

Dejo mi *pick-up* en el parking de estudiantes y decido ir andando porque el estadio de fútbol americano se encuentra a pocos pasos de la cafetería. Mi carnet del equipo de hockey de Briar no me permite el acceso a las instalaciones de la zona de entrenamiento, pero por suerte llego a la puerta al mismo tiempo que un defensa de segundo y me deja entrar.

Me encuentro a Beau Maxwell en la sala de pesas, trabajando pectoral y brazos. Beau es el adorado *quarterback* de Briar y, hasta donde yo sé, el último tío que mantuvo el interés de Sabrina durante un significativo período de tiempo.

Beau es amigo; más cercano a Dean que a cualquiera de nosotros, pero aun así somos colegas y prefiero que se entere de que me mola Sabrina por mí que por los cotilleos de la gente. Los deportistas

pasan el mismo tiempo que los demás hablando de líos, novias, y futuros rollos.

—Maxwell —digo mientras cruzo la sala, que huele a sudor y a productos de limpieza industrial—. ¿Tienes un minuto?

Beau solo mira el espejo.

—Por supuesto. Voy a hacer *press* de banca en un minuto. Me puedes vigilar si quieres.

—Suenan bien. —Me siento en el banco junto a él y mentalmente cuento sus repeticiones mientras las va haciendo. Cuando lleva diez, deja caer el *kettle bell* de 23 kilos y se gira hacia mí.

—Estoy con pesas ligeras, doble repetición —explica, sintiendo la necesidad de justificar el peso de la barra: 23 kilos en cada lado.

—¿Te viene bien levantar peso? —No sé mucho de los *quarterbacks*, pero me da la impresión de que cualquier músculo adicional puede afectar al lanzamiento con el brazo.

—Solo pesos ligeros —reitera.

Cuando vuelve a tumbarse y estira los brazos, me sitúo en la parte frontal de la banca. Con ese peso, dudo que pueda hacerse daño, por lo que vigilarle es bastante innecesario, pero me da algo que hacer mientras hablamos.

—Me han dicho que te liaste con Sabrina James en otoño. —Empiezo con torpeza—. ¿Te sigue molando?

Beau inclina la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos. Tiene unos ojos azul vivo en los que estoy seguro que la mitad de las tías de Briar se han perdido. O han soñado con perderse.

—*Naah*, para nada — responde por fin—. ¿Por? ¿Tienes pensado zumbártela?

Ya lo he hecho, amigo. Pero repito lo que le dije a Sheena:

—Puede.

—Ok. Bueno, si estás buscando algo más que un rollo, no es tu chica.

—Ah, ¿sí?

—Ya te digo. En serio, Tuck, la tía está cerrada como una almeja. No tiene tiempo para nada. —Beau arruga la frente—. Tiene como cuatro o cinco curros y su agenda es un Tetris. En plan médico de guardia.

—Bueno saberlo.

Termina sus repeticiones en silencio. Cuando ha terminado, se levanta y le lanzo una botella de agua que me encuentro junto al banco.

—¿Necesitas más ayuda? —pregunto.

—*Naah*, ya me apañó.

—Entonces ya nos vemos por ahí. —Doy un paso, y a continuación le miro de nuevo—. Hazme un favor. Que esta conversación quede entre nosotros, ¿vale?

El asiente.

—Entendido.

Estoy en la puerta de salida cuando me llama Beau.

—Oye, ¿y si te digo que me sigue interesando?

Me doy la vuelta para mirarlo a los ojos.

—Lo sentiría por ti.

Beau se ríe.

—Ya me lo imaginaba. Bueno, pues te deseo suerte, amigo, pero te advierto que hay tías más fáciles de conseguir que Sabrina.

—¿Por qué querría a una tía fácil? —Le lanzo una sonrisa—. Eso no parece divertido.

5

Sabrina

Hoy es uno de esos días. Esos días en los que vivo dentro de unos dibujos animados y yo soy el Correcaños yendo a toda velocidad de un sitio a otro, sin un solo momento para sentarme o respirar.

Bueno, técnicamente sí que me siento mucho rato en las clases de la mañana, pero no es para nada relajante, porque estamos preparando nuestros trabajos de Derecho Constitucional que conformarán la totalidad de mi nota y elegí, estúpidamente, uno de los temas más difíciles: las diferentes normas legales aplicadas al análisis de la constitucionalidad del derecho.

El desayuno consiste en un cruasán de queso que engullo de camino desde el aula de Teoría Política Avanzada a la de Medios de Comunicación y Gobierno. Y ni siquiera llego a terminármelo, porque con las prisas me tropiezo con uno de los adoquines del camino que atraviesa serpenteando el campus, y mi cruasán acaba en un charco de barro.

Mi estómago gruñe de enfado durante la clase de Medios de Comunicación y Gobierno, después ruge con más fuerza y enfado cuando me encuentro con mi tutora para hablar del tema de los pagos de la matrícula. Esta mañana no he visto ninguna carta de aceptación en el buzón, pero tengo que confiar en que al menos me habrán admitido en uno de los postgrados a los que aspiro. Incluso las universidades de segundo nivel cuestan un ojo de la cara, lo que significa que necesito una beca. Si no entro en una facultad de Derecho de las buenas, me puedo ir olvidando de las ofertas de trabajo *BigLaw* con sus cheques *BigLaw*. Eso significaría una deuda demoledora, desmoralizadora e interminable.

Después de la reunión, tengo una tutoría de una hora para mi clase de la Teoría de Juegos. El encargado es el profesor asistente, un tipo delgado con pelo a lo Albert Einstein y con el molesto y pretencioso hábito de incorporar palabros complicados en cada frase que pronuncia.

Soy una persona inteligente, pero cada vez que estoy cerca de este tío me pongo a buscar palabras en la *app* de diccionario de mi teléfono a escondidas debajo de la mesa. En serio, no hay ninguna razón para que una persona utilice la palabra *parsimonioso* cuando se puede decir simplemente *lento*, a menos que sea un idiota integral, por supuesto. Pero Steve se ve a sí mismo como un tío importante. Aunque, según los rumores, sigue siendo profesor asistente porque ha suspendido dos veces su tesis y no puede conseguir plaza como profesor asociado en ningún sitio.

Una vez terminada la reunión, meto el portátil y un cuaderno en mi bandolera y voy directamente hasta la puerta.

Tengo tanta hambre que me encuentro un poco mareada. Afortunadamente, hay un puesto de sándwiches en el vestíbulo del edificio. Salgo pitando por la puerta, pero me paro en seco cuando una cara conocida me saluda.

Mi corazón da unas volteretas tan fuertes que me da hasta vergüenza. Llevo el último día y medio obligándome a no pensar en este tío, y ahora me lo encuentro aquí de pie, en persona.

Mi mirada lo devora con ansia. Otra vez lleva puesta su cazadora de hockey. Su pelo castaño rojizo está despeinado por el viento, sus mejillas están sonrojadas como si acabara de entrar del frío de afuera. Sus vaqueros azules gastados cubren sus larguísimas piernas y tiene las manos enganchadas

relajadamente en los bolsillos.

—Tucker —digo con tono agudo.

Sus labios se curvan.

—Sabrina.

—¿Q... q... qué estás haciendo aquí? —Ay, Dios, estoy tartamudeando. ¿Qué me pasa?

Alguien me empuja por la espalda. Me apresuro a apartarme de la puerta para que los otros estudiantes puedan salir. No estoy segura de qué decir, pero sé lo que quiero HACER. Quiero tirarme encima de este hombre, envolver mis brazos alrededor de su cuello, mis piernas alrededor de su cintura, y atacarle con mi boca.

Pero no lo hago.

—Estás ignorando mis mensajes —dice con sinceridad.

El sentimiento de culpa me hace cosquillas en la garganta. No estoy ignorando sus mensajes... No los he recibido. Bloquéé su teléfono.

Aun así, mi corazón da otra voltereta absurda al enterarse de que me ha estado enviando mensajes. De repente, me gustaría saber qué decía en ellos, pero no voy a preguntar. Eso solo significaría buscar problemas.

No obstante, por alguna razón estúpida, confieso:

—Te he bloqueado.

En lugar de sentirse ofendido, se ríe.

—Sí. Me imaginé que podías haberlo hecho. Por eso he tenido que localizarte.

Entrecierro los ojos.

—¿Y cómo me has localizado exactamente? ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Le he pedido tu horario a mi profe de tutoría.

Abro la boca de par en par.

—¿Y ella te lo ha dado?

—Sí, me lo dio encantado. Y es ÉL.

La incredulidad y la indignación se mezclan en mi sangre. Qué cojones. La facultad no puede dar los horarios de los estudiantes a cualquiera que pregunte por ellos así como así, ¿no? Es una violación de la privacidad. Aprieto los dientes y decido que lo primero que haré cuando me dé de alta en el Colegio de Abogados será demandar a esta estúpida universidad.

—¿También te ha dado mi certificado de notas? —murmuro.

—No. Y no te preocupes; estoy convencido de que no están pasando tu horario en plan folletos por el campus. Solo me lo ha dado porque juego al hockey.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor? ¿Recordarme que eres un idiota privilegiado que recibe un trato especial por dar vueltas en una pista de hielo con patines y ganar trofeos?

Empiezo a andar a buen ritmo, pero Tucker es alto y sus pasos devoran el suelo. Está junto a mí en un segundo.

—Lo siento. —Parece lamentarlo de verdad—. Si te sirve de algo, no suelo jugar el comodín de deportista para conseguir favores. Joder, le podría haber pedido a Dean tu horario, pero pensé que te haría incluso menos gracia.

En eso tiene razón. La idea de Tucker hablando de mí con Dean Di Laurentis me pone la piel de gallina.

—Vale. Bueno, me has localizado. Y ahora, ¿qué quieres, Tucker? —Camino más rápido.

—¿A qué tanta prisa, querida?

—Mi vida —murmuro.

—¿Cómo?

—Siempre voy con prisa —aclaró—. Tengo veinte minutos para pillar algo de comer antes de mi próxima clase.

Llegamos al vestíbulo, donde al instante me pongo en la cola del puesto de sándwiches y analizo el menú de la pared. El estudiante que hay delante de nosotros se aparta del mostrador antes de que Tucker pueda hablar. Me apresuro a dar un paso adelante para hacer mi pedido. Cuando meto la mano en mi bolsa para sacar la cartera, la mano de Tucker se posa sobre la mía.

—Te invito —dice, sacando un billete de veinte dólares de su cartera de cuero marrón.

No sé por qué, pero eso me jode aún más.

—¿Las bebidas en el Malone's y ahora el sándwich? ¿Qué? ¿Estás intentando ir de guay? ¿Asegurándote de que sé que tienes pasta?

Cierto dolor parpadea en sus profundos ojos marrones.

Mierda. No sé por qué me estoy enfrentando a él. Es solo que... aparece de repente admitiendo que ha pedido favores para buscarme, pagando mi comida...

Se suponía que iba a ser algo de una sola noche y ahora está aquí, invadiendo mi espacio, y no me gusta.

No, eso no es verdad. Me ENCANTA que invada mi espacio. Es tan sexy y huele tan bien... como a sándalo y cítricos. Quiero enterrar mi nariz en esa fuerte columna que tiene por cuello e inhalar su olor hasta colocarme por contagio.

Pero no hay tiempo para eso. El tiempo es un concepto que no existe en mi vida, y John Tucker es una distracción demasiado grande.

—Te estoy invitando al sándwich porque así es como me educó mi madre —dice en voz baja—. Si quieres, puedes decir que estoy chapado a la antigua, pero es mi estilo.

Me trago otra oleada de culpabilidad.

—Lo siento. —Mi voz tiembla ligeramente—. Gracias por la comida. Te lo agradezco.

Bordeamos el mostrador hasta el otro extremo, esperando en silencio mientras una chica de pelo rizado prepara mi sándwich de jamón york y queso gruyer. Lo envuelve y me lo meto bajo el brazo mientras abro la Coca-Cola light que he pedido. A continuación, retomamos la marcha. Tucker me sigue por la puerta, mirándome divertido mientras hago malabares con mi bolso bandolera y mi bebida, a la vez que desenvuelvo el sándwich.

—Deja que coja yo esto —Me quita la botella de la mano. Veo dulzura en su rostro mientras me observa hincarle el diente al pan de centeno ligeramente tostado.

Apenas mastico antes darle un segundo bocado. Eso le hace reír.

—¿Tienes hambre? —bromea.

—Estoy famélica —admito, y ni siquiera me importa si estoy siendo grosera por hablar con la boca llena.

Desciendo rápidamente los amplios peldaños. Una vez más, me alcanza.

—No deberías comer mientras andas —aconseja.

—Voy fatal de tiempo. Mi siguiente clase está al otro lado del campus, así que... ¡Oye! —exclamo cuando me coge del brazo y me aparta de mi trayectoria—. ¿Qué haces?

Ignorando mis protestas, me lleva a uno de los bancos de hierro forjado que hay en el césped. Aún no ha nevado este invierno, pero la hierba está cubierta de una capa plateada por las heladas. Tucker me obliga a sentarme, después se deja caer a mi lado y planta una mano en mi rodilla, como si tuviera miedo a que fuera a salir corriendo. Algo que, por cierto, estaba considerando hacer antes de que esa mano enorme me tocara. El calor de la mano me abrasa traspasando mis medias y me calienta las entrañas.

—Come —dice con dulzura—. Tienes dos minutos para recargar energía, querida.

Y de repente, obedezco, igual que obedecí la otra noche cuando me dijo que me subiera en su cara, cuando me ordenó que me corriera. Un escalofrío me recorre la espalda. Dios, ¿por qué no puedo quitarme a este tío de la cabeza?

—¿Qué decías en los mensajes? —suelto.

Me lanza una sonrisa misteriosa.

—Supongo que nunca lo sabrás.

Muy a mi pesar, le devuelvo la sonrisa.

—Algo guarro, ¿a que sí?

Silba con inocencia.

—¡Tengo razón! —le acuso, y justo después experimento una sacudida de recriminación hacia mí misma, porque, mierda, apuesto a que era algo sexy, delicioso y maravilloso.

—Mira, no te voy a robar mucho tiempo —dice—. Sé que estás liada. Sé que vas y vienes de Boston cada día. Sé que tienes unos cuantos trabajos...

—Dos —le corrijo. Mi cabeza se eleva desafiante—. ¿Y cómo lo sabes?

Se encoge de hombros.

—He estado preguntando por ahí.

¿En serio? Mierda. Si bien me siento alagada, me da un poco de miedo pensar a quién ha podido estar preguntando y en lo que le habrán dicho. Aparte de con Hope y Carin, no paso mucho tiempo con mis compañeros. Y sé que a veces puedo parecer distante...

Bueno, vale..., más bien borde. Distante es solo un eufemismo agradable para BORDE. Y aunque no es que me encante que mis compañeros piensen que soy una capulla, no tiene mucho remedio. No tengo ni el tiempo ni la energía para charlar un rato, tomarme un café después de clase o pretender que tengo algo en común con los niños ricos y elitistas que componen la mayor parte de esta universidad.

—Adonde quiero llegar —termina—, es que lo entiendo, ¿vale? Estás superagobiada. Y yo no te estoy pidiendo que lleves mi cazadora de la uni, ni mi anillo de clase, ni que seas mi novia.

No puedo evitar reírme ante la imagen rollo *Pleasantville* que ha descrito.

—Entonces ¿qué me estás pidiendo?

—Una cita —dice con sencillez—. Una cita. Quizá terminemos follando de nuevo...

Mi cuerpo vibra de alegría.

—O quizá no. Sea como sea, quiero verte otra vez.

Lo miro mientras se pasa una mano por su pelo rojizo. Joder, ¿quién habría pensado que los pelirrojos podrían estar tan buenos?

—No me importa cuándo. Que quieras comer algo tarde por la noche, guay. Que mejor pronto por la mañana, guay también, siempre y cuando yo no tenga entrenamiento. Estoy dispuesto a jugar según tus reglas y a adaptarme a tu horario.

El placer y la sospecha se pelean dentro de mí, pero es la última la que gana.

—¿Por qué? Quiero decir, sé que fue increíble para los dos, pero ¿por qué tienes tantas ganas de verme de nuevo?

Trago saliva cuando me corrige con una constante e intensa mirada. Luego me asusta aún más con la pregunta:

—¿Crees en el amor a primera vista?

Ay, mierda puta.

Intento ponerme de pie.

Tira de mí y me sienta en el banco de nuevo mientras suelta una risa profunda.

—Relax, Sabrina. No estoy diciendo que esté enamorado de ti.

¡Más le vale no estarlo! Cogiendo aire para tranquilizarme, pongo el sándwich a medio comer en mi regazo e intento conseguir que mi tono de voz no transmita lo cagada de miedo que estoy.

—Entonces ¿qué me estás diciendo?

—Ya te había visto por el campus antes de la noche en el Malone`s —admite—. Y sí, pensé que estabas buena, pero no es que estuviera desesperado por averiguar quién eras.

—Vaya, gracias.

—Decídate, querida. ¿Quieres que esté enamorado de ti, o quieres que no me importe una mierda?

¡Ambas! Quiero las dos cosas y ese es el problema, joder.

—A lo que iba, que sí te había visto antes. Pero la noche en el bar, cuando nuestras miradas se cruzaron... Sucedió algo mágico —dice sin rodeos—. Y sé que tú también lo sentiste.

Cojo mi sándwich y le doy un pequeño bocado, masticando más lentamente de lo normal adrede para retrasar mi respuesta. Me está acojonando otra vez, con su mirada confiada y su tono de voz firme. Nunca he conocido a un tío que puede soltar frases como «amor a primera vista» y «sucedió algo mágico» sin al menos tener la decencia de sonrojarse o parecer mortificado de vergüenza.

Por fin, me obligo a contestarle.

—Lo único mágico que ocurrió fue que nos gustó lo que vimos. Feromonas, Tucker. Nada más.

—Eso fue una parte —coincide—. Pero hubo algo más y lo sabes. Sentimos una conexión cuando nos miramos el uno al otro.

Subo la Coca-Cola Light a mis labios y me trago casi la mitad.

—Quiero explorar esto. Creo que estaríamos haciendo el tonto si no lo hiciéramos.

—Y yo creo que... —Me esfuerzo por encontrar las palabras—. Creo que...

Creo que eres el tío más fascinante que he conocido.

Creo que eres increíble en la cama y quiero follarte de nuevo.

Creo que, si fuese capaz de que me rompiesen el corazón, tú tendrías el poder para romperlo.

—Creo que me expresé con claridad esa noche —termino—. No estoy en el mercado para una relación, ni siquiera para un *follamigo*. Solo quería sexo. Tú me lo diste. No hay más.

No me pasa desapercibida la decepción que inunda sus ojos. Me genera una punzada de arrepentimiento y hace que mi estómago se retuerza de dolor, pero ya he marcado esta trayectoria y ahora tengo que completarla. Soy muy buena en mantenerme en el rumbo decidido.

—Sé que los deportistas sois megacabezotas, y que no os dais por vencidos cuando queréis algo, pero... —Cojo aire—, te estoy pidiendo que te rindas.

Su mandíbula se tensa.

—Sabrina...

—Por favor. —Me estremezco ante el tono de desesperación en mi voz—. Ríndete, ¿vale? No quiero empezar nada. No quiero una cita. Quiero... —Me levanto con piernas temblorosas—. Quiero ir a clase, eso es todo.

Después de un largo silencio interminable, él también se levanta.

—Por supuesto, querida. Si es lo que quieres.

No es un farol, ni sus palabras contienen la más mínima promesa, en plan: *por supuesto, querida, voy a rendirme... por ahora. Pero que sepas que te perseguiré hasta agotarte.*

No. Hay una rotundidad en sus palabras que me entristece. John Tucker es sin duda un hombre de palabra, y aunque debería admirarlo por eso, de repente me veo convertida en una hipócrita, porque ahora soy YO la que se siente decepcionada.

—Nos vemos por ahí —dice con voz ronca.

Y luego se marcha a paso largo sin decir nada más, dejándome ahí, mirando cómo se va con tristeza.

He hecho lo que había que hacer. SÉ que es así. Incluso si tuviera muchísimo tiempo libre para intentar algo con él, no hay sitio en mi vida para alguien como Tucker. Él es dulce y sincero... y claramente tiene pasta. Yo en cambio soy una borde estresada que vive en una cloaca. Él puede hablar todo lo que le dé la gana de las conexiones a primera vista, pero no cambia la realidad.

No soy la chica adecuada para John Tucker, ni nunca lo seré.

6

Tucker

El entrenamiento de hoy es una puta mierda. Esta temporada, el equipo no acaba de conectar y el entrenador Jensen, al tener varias derrotas empañando nuestro currículum, nos está exigiendo sin piedad. La derrota de ayer nos dejó muy nerviosos: nos enfrentamos a un equipo de Segunda División que ni de coña debería habernos machacado en el hielo como lo hizo.

El nuevo entrenador defensivo, Frank O'Shea, solo está empeorando las cosas. Le he dado las gracias a mis estrellas de la suerte por no estar en la defensa. O'Shea parece estar emprendiendo una *vendetta* contra Dean y no para de desafiarle y darle la brasa por sus errores.

Las mejillas de Dean se ponen más rojas que una manzana cada vez que O'Shea abre la boca. Según cuenta Logan, solía ser el entrenador de Dean en el instituto. Es evidente que hay algo ahí, en su pasado, pero sea lo que sea, Dean no lo está compartiendo con los demás. Pero tampoco está contento. Y es que no solo les obliga a ambos a quedarse entrenando hasta más tarde, sino que, al parecer, ha obligado a Dean a entrenar al equipo infantil del colegio de primaria de Hastings.

Voy patinando hacia el banquillo después de mi turno y me tiro contra la pared, me echo un chorro de agua en la boca y veo a Garrett volar atravesando la línea azul. De momento no se ha marcado ni un gol en el partido de hoy. En serio, así de malos somos. Ni siquiera podemos meternos un gol los unos a los otros durante un entrenamiento, y no es precisamente porque nuestros porteros estén en su mejor forma... es que ninguno de los delanteros da pie con bola, yo incluido.

Suena el silbato. El entrenador empieza a gritarle a uno de los defensores de tercero por hacer un despeje ilegal.

—¿Qué cojones ha sido eso, Kelvin?! ¡Has tenido cuatro oportunidades para pasar el disco y decides hacer un puto despeje ilegal! —El entrenador parece estar a punto de arrancarle el pelo.

No se lo puedo echar en cara.

—Podría haber hecho ese pase si estuviere ahí fuera jugando —se queja Dean a mi lado.

Lo miro con compasión. Una de los primeros cambios que hizo O'Shea fue reorganizar las líneas de defensa. Emparejó a Dean con Brodowski, y a Logan con Kelvin, cuando todos sabemos que Logan y Dean son imparables juntos.

—Estoy seguro de que O'Shea se dará pronto cuenta de su error.

—Sí, ya. Esto es un castigo. El hijo de puta me odia.

Mi curiosidad se despierta de nuevo.

—¿Me recuerdas por qué?

La expresión de Dean se nubla aún más.

—Olvídalo.

—No estoy seguro de que sepas esto —le digo con amabilidad—, pero los secretos se cargan las amistades.

Eso le hace reír.

—¿De verdad quieres hablar conmigo de secretos? ¿Dónde coño has estado todo el fin de semana?

Al instante mi rostro se vuelve inexpresivo. No tengo problemas en confesarles mi vida amorosa a mis amigos, pero no quiero hablar de Sabrina con Dean, especialmente sabiendo su opinión sobre ella. Además ¿qué coño podría contar? Pasa de mí. Le pedí que saliera conmigo y me dijo claramente que no, que eso no pasaría nunca.

Si pensara que existe la más mínima posibilidad de que su verdadera intención es que la persiga, tal vez no habría aceptado un no por respuesta. Tal vez habría aparecido después de sus clases un par de veces más, le habría comprado un par de sándwiches, le habría cortejado con mis encantos y habría insistido con mi acento sureño cuando sintiese que se alejaba.

Pero vi la mirada en sus ojos. Lo que dijo, lo dijo en serio: no quiere volver a verme. Y aunque no tengo ningún problema en ser el que va detrás, no voy a ir detrás de una tía que no está interesada.

Aun así, es una puta mierda. Cuando estábamos sentados en ese banco el otro día, todo lo que quería hacer era ponerla sobre mi regazo y follármela allí mismo, y a tomar por culo los que pasaran por allí. El propio Dean podría haber estado allí de pie dándole golpes a su reloj que yo tampoco habría parado. Tuve que tirar de toda mi fuerza de voluntad para suprimir los impulsos primarios, pero, Dios, hay algo en esa chica que...

No es solo su belleza, aunque eso precisamente no molesta en absoluto. Es... es... joder, ni siquiera soy capaz de expresarlo con palabras. Tiene esa coraza exterior dura, pero por dentro es tan suave como la mantequilla. Veo destellos de vulnerabilidad en sus ojos oscuros sin fondo y solo quiero... cuidar de ella.

Los chicos se reirían si supieran lo que estoy pensando ahora mismo. O, qué coño, tal vez no. Ya me toman el pelo todos los días en casa por mi lado «protector». Soy el cocinero del lugar, me encargo de la mayor parte de la limpieza y me aseguro de que todo en la casa funcione correctamente.

Pero así es como me crio mi madre. No tuve padre. Murió cuando yo tenía tres años y apenas lo recuerdo. Pero mi madre ha compensado su ausencia con creces, y la figura paterna que me faltaba llegó en forma de mis entrenadores de hockey.

Texas es un estado de fútbol americano. Probablemente habría tirado por ese camino si no fuera por unas vacaciones en las que fuimos a Wisconsin cuando yo tenía cinco años. Una vez al año, mamá y yo visitábamos a la hermana de mi padre en Green Bay. O al menos lo intentábamos. A veces el dinero no nos lo permitía, pero hacíamos todo lo posible.

Durante esa visita, un día la tía Nancy me forró de ropa y me llevó a patinar. Hace un frío de flipar en Green Bay, y me imagino que las bajas temperaturas son la peor pesadilla de la mayoría de la gente de allí, pero a mí me encantó el frío en las mejillas, el silbido de aire gélido en mis oídos mientras patinaba en ese estanque al aire libre. Unos cuantos niños más mayores estaban jugando al hockey y me entusiasmó verlos volar por el estanque. Me pareció divertidísimo. Cuando mamá y yo volvimos a Texas a la semana siguiente, anuncié que quería jugar al hockey. Se rio compasivamente, pero me siguió el rollo y buscó una pista de hielo abierta todo el año, a una hora de casa.

Creo que ella pensó que se me pasaría. Pero en vez de eso, empecé a amarlo aún más.

Y ahora estoy aquí, en una prestigiosa universidad de la Ivy League de la costa este, jugando al hockey para un equipo que ha ganado tres campeonatos nacionales consecutivos. Pero tengo la sensación de que no va a haber un cuarto, no si jugamos como estamos jugando últimamente.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha olvidado hablar?

Miro y descubro a Dean observándome con expresión de recelo ¿Qué...? Ah, sí, quiere saber qué he hecho el finde.

—He quedado con unos colegas —digo distraído.

—¿Qué colegas? Todos tus colegas están aquí. —Agita una mano señalando a la pista—. Y sé a ciencia cierta que no has estado con ninguno de ellos.

Me encojo de hombros.

—Tú no conoces a estos colegas. —Y llevo mi mirada de vuelta al hielo mientras Dean se queja a mi lado.

—Joder, tronco, eres peor que Antoine y Marie-Thérèse.

Mi cabeza vuelve a él

—¿Cómo?

—Olvidalo —murmura.

¿Quién coño son Antoine y Marie-Thérèse? Igual que Dean conoce a todos mis amigos, yo conozco a todos los suyos, y estoy segurísimo de que no conocemos a nadie con esos nombres. Pero mira, da igual. No quiero que me meta presión buscando respuestas, así que yo no voy a meterle presión a él.

—¡Sí, señor! —grita una voz desde el otro lado del banquillo.

Vuelvo a centrarme en la pista a tiempo de ver a Garrett lanzar una bala que sobrepasa a Patrick, nuestro portero de último curso. Es el primer y único gol del partido de entrenamiento y todos los chicos en el banquillo golpean sus guantes contra el muro para celebrarlo.

El entrenador hace sonar su silbato y nos despide, así que acabamos el entrenamiento de buen humor. Más o menos. A los defensores se les pide que se queden más tiempo, como de costumbre, y no me pasa desapercibida la frustración en la mirada de Dean y de Logan. O'Shea va a tener que relajarse un poco si quiere ganarse el respeto de este equipo.

En el vestuario me quito mi sudoroso jersey y las protecciones y tiro los pantalones de hockey sobre el suelo reluciente. Tenemos unas instalaciones supermodernas. La sala es enorme, los armarios son de cuero acolchado y el sistema de ventilación es de primera. Solo huele UN POCO a calcetines viejos aquí dentro.

Garrett se pone de pie a mi lado y se quita el casco. Su cabello oscuro está húmedo de sudor y se le pega a la frente. Cuando sube la mano para alisarse el pelo, miro las chulísimas llamas que lleva tatuadas en su bíceps. Siempre me hacen pensar en que yo también me quiero hacer un tatu, pero entonces recuerdo la chapuza que Hollis se hizo en la pierna después de nuestra primera victoria en la *Frozen Four*. Han pasado tres años y todavía lleva calcetines largos la mayor parte del tiempo para taparlo.

—¿Crees que volveremos a recordar alguna vez cómo se juega al hockey? —dice con ironía.

Resoplo.

—La temporada acaba de empezar. Nos irá bien.

No parece muy convencido. Ni tampoco lo parece Hunter Davenport, que se asoma con mirada amarga.

—Cada día lo hacemos peor —gruñe el chico de primero. Y después, en plan niño de dieciocho años, tira un guante contra la pared.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor y suspiro de alivio cuando no veo al entrenador. El tío se habría pillado un rebote que te cagas si ve a uno de nosotros con una pataleta en el vestuario.

—Tranqui, chaval —le dice Mike Hollis, de tercero, a Hunter. Lleva el torso desnudo y está en proceso de quitarse los pantalones—. ¿Qué más da si perdemos un partido en el entrenamiento?

—No es por el partido de entrenamiento —suelta Hunter—. Es que somos una puta mierda.

Hollis inclina la cabeza.

—Anoche follaste, ¿no?

El estudiante de primero de cabello oscuro arruga la frente.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Todo. Hicimos el ridículo en ese partido, nos machacaron, y aun así seguías teniendo tías haciendo cola para chupártela. Da igual que ganemos o perdamos... Seguimos siendo jugadores de hockey. Somos

los putos amos de la uni, colega.

—Dice un hombre sin ambición —dice Garrett. Sus labios tiemblan.

Hollis se encoge de hombros.

—Oye, no a todos nos la pone dura la liga profesional como a ti. Algunos de nosotros solo estamos felices de hacer esto para pillar coñito.

Un fuerte suspiro suena desde el extremo del largo banco que abarca la longitud de nuestras taquillas. Colin «Fitzy» Fitzgerald, un enorme estudiante de tercero con el pelo desaliñado y más tatuajes que un motero, camina hacia Hollis y le da un azote en el culo.

—¿Alguna vez hablas de otra cosa que no sea de coños? —le pregunta Fitzy.

—¿Por qué iba a hablar de otra cosa? Los coños son geniales.

En eso tiene razón. Pero por desgracia no voy a experimentar ningún coño genial durante al menos... mmm, ¿un mes? ¿Dos? No estoy seguro de cuánto tiempo le llevará a mi polla olvidarse de Sabrina James. Si me enrollara con alguien en este momento, lo único que haría sería compararla con Sabrina, y eso no sería justo para ninguna de las personas involucradas.

—Ah, oye —dice Hollis de pronto—. Hablando de coños...

Garrett resopla. Fuerte.

—Me voy a Boston este finde —continúa Hollis—. Me quedaré a dormir en casa de mi hermano. ¿Queréis venir? Vamos de bares, a un par de discotecas, tías buenas... Será divertido.

Nuestro capitán frunce el ceño.

—Tenemos partido el sábado.

Hollis agita una mano.

—Estaremos de vuelta a tiempo.

—Más te vale. —Garrett se encoje de hombros—. De todos modos, no puedo ir. Tengo planes con mi chica este fin de semana. —Su rostro adquiere una expresión distante, una mezcla de asombro y dicha total. Después se dirige a la zona de las duchas.

Extingo la envidia que se levanta en mi garganta. Garrett lleva con Hannah un año y no parece que ese brillo especial de nuevo amor vaya a desaparecer. Está tan enamorado de su novia que es casi repugnante. Lo mismo pasa con Logan, quien recientemente volvió con su novia Grace y le profesó su amor en directo por la radio.

Es como si no estuviera del todo... bien, o algo así, que los dos donjuanes más grandes que conozco hayan sentado la cabeza. De todos nosotros, yo soy al que le van todas esas movidas del compromiso y demás. Cuando llegué por primera vez a Briar, pensé que conocería a la mujer de mis sueños, a «ella», en las actividades de presentación de la primera semana del primer año, que saldría con ella los siguientes cuatro y que le pediría matrimonio después de la graduación. Pero no ha sido así para nada. He salido con muchas chicas, también me he acostado con muchas de ellas, pero ninguna era «ella».

Mientras tanto, Garrett y Logan encontraron a sus elegidas cuando no las estaban buscando. Son unos cabrones con suerte.

—¿Tuck? —dice Hollis animándome—. ¿Boston? ¿Finde de tíos? ¿Te apuntas?

Mi primer impulso es decir que no, pero mi cabeza tropieza con la palabra «Boston». Sé que Sabrina dijo que no quería volver a verme, pero... ¿de verdad me diría que me fuera a la mierda si por casualidad me la encuentro en la ciudad? A ver, ella vive allí, y por casualidad conozco su dirección, así que... ¿quién sabe, verdad? Quizá un bar con puntuación de cinco estrellas en Yelp nos lleve a mis colegas y a mí a un local increíble en su barrio. Quizá nos encontremos. Quizá...

¿Quizá te estás convirtiendo en un acosador?

Ahogo un suspiro. Vale, mi cabeza está definitivamente metiéndose en territorio susceptible de cárcel.

Pero aun sabiéndolo, no puedo evitar decir:

—Claro, voy. No me importaría ver un partido de los Bruins en un bar o algo así.

—Yo también me apunto —decide Fitzzy—. Quiero pasarme por una tienda de videojuegos en el centro.

Tienen un juego de rol que no puedo encontrar en ningún sitio *online*. Tendré que joderme y gastarme dinero real.

La mirada horrorizada de Hollis va desde Fitz hasta mí.

—¿Un partido de los Bruins? ¿Una tienda de videojuegos? ¿Por qué soy amigo vuestro?

Arqueo una ceja.

—¿Prefieres que no vayamos?

—No. —Suelta un suspiro—. Pero por lo menos INTENTAD fingir que os apuntáis al plan para pillar coñito.

Me río y le doy unos golpes en el hombro.

—Si eso te hace sentir mejor, *no problem*. Fitzzy y yo nos apuntamos...

Miro a Fitz, animándolo con la mano.

—... para pillar coñito —terminamos al unísono.

Sabrina

Cuando regreso de Briar, estoy derrotada.

No puedo decidir qué detesto más: si los fines de semana, en los que estoy en el club hasta las dos o las tres de la mañana, y después me tengo que poner a clasificar cartas y paquetes desde las cuatro hasta las once; o entresemana, que o bien tengo clase por la mañana y oficina de correos después, o un turno en la oficina de correos a horas intempestivas seguido de las clases. Hoy ha tocado lo último, así que cuando suelto la mochila en el suelo del pasillo, estoy de verdad muerta de cansancio.

Incluso si quisiera estar con Tucker otra vez —y la mayoría de las partes de mi cuerpo están a favor de ese reencuentro—, estoy demasiado cansada como para hacer nada que no sea tumbarme bocarriba.

Aunque... eso tampoco estaría del todo mal. Él me podría tocar, follarme despacio, y yo podría simplemente estar tumbada y disfrutarlo.

Me doy una bofetada mentalmente. Tucker y su superrabo son lo último en lo que debería estar pensando.

En la cocina, la abuela está removiendo algo en una olla al fuego. Lleva unos vaqueros ajustados, un top de lycra que está perdiendo su elasticidad, y sus omnipresentes zapatillas rosa pálido.

—Huele muy bien —le digo.

La salsa roja que bulle a fuego lento está llenando la cocina con el aroma más celestial del mundo. Mi estómago ruge y me recuerda que no he comido nada desde el *bagel* que me compré para desayunar antes del trabajo.

—Chica, parece como si te fueras a desplomar. Siéntate. La cena estará lista en un segundo.

No necesito que me lo digan dos veces, aunque cuando veo la mesa vacía, me desvío y cojo platos y cubiertos. Por el marco de la puerta, veo la parte superior de la cabeza de Ray mientras mira fijamente la televisión. Es probable que se esté tocando. Me estremezco mientras saco los platos del armario.

—¿Quieres agua o leche? —pregunto al comenzar a poner la mesa.

—Agua, cariño. Estoy un poco hinchada. ¿Sabías que Anne Hathaway es intolerante a la lactosa? No toma nada de lácteos. Igual deberías pensar en quitar los lácteos de tu dieta.

—Abuela, eso significa nada de queso o helado. A menos que un médico me diga que los productos lácteos van a matarme, yo estoy a tope con las vacas.

—Lo que digo es que los lácteos pueden ser la razón por la que estás cansada todo el rato. —Mueve una cuchara en mi dirección.

—No, estoy segura de que es porque estoy trabajando en dos sitios y haciendo un curso completo en la uni —contesto con sequedad.

—Si la tía deja de tomar lácteos, ¿será menos capulla? —pregunta Ray mientras entra lentamente en la cocina. Lleva los mismos pantalones de chándal de siempre. La tela está tan desgastada alrededor de la entepierna que juro que puedo ver una leve insinuación de piel rosada.

Casi me da una arcada, así que me giro antes de que se cargue mi apetito.

—Ray, no empieces —se queja la abuela—. Cariño, ¿me acercas el colador?

Mi padrastro me da un codazo cuando paso a su lado.

—Te está hablando a ti.

—No me digas.... Porque sabe que hablar contigo es como hablar con el sofá. Consigue los mismos resultados.

Pongo el vaso de agua junto al plato de la abuela y después voy al fregadero para coger el colador. La abuela vierte la salsa en un tazón mientras yo me encargo de los espaguetis.

Ray, por su parte, se apoya en la nevera como un sapo perezoso, mirando cómo vamos y venimos por la cocina.

Odio a este hombre con todo mi corazón. Desde el primer momento en el que mi madre lo trajo a casa para que lo conociera cuando yo tenía ocho años, supe que era conflictivo. Se lo dije a mi madre, pero nunca se le dio bien hacerle caso a su hija. Y según parece, tampoco se le dio bien quedarse. Mi madre se largó con otro capullo gilipollas cuando yo tenía dieciséis años y no la hemos visto desde entonces. Llama un par de veces al año para «ver qué tal», pero por lo que sé, no tiene planes de volver nunca más a Boston.

Ni siquiera sé dónde vive ahora mismo. Lo que sí sé es que no hay razón para que Ray esté viviendo AQUÍ. No es mi padre —ese título está reservado para el cabrón de mierda que abandonó a mi madre después de dejarla preñada—, y sin duda no es parte de la familia. Creo que la única razón por la que la abuela le mantiene por aquí es porque los cheques de su baja por enfermedad pagan una tercera parte del alquiler. Imagino que se lo folla por el mismo motivo. Porque es práctico.

Pero, Dios, es tan inútil y despreciable que incluso los gusanos se tapanían la nariz al verle. Si los gusanos tuvieran nariz, claro está.

Solo cuando la mesa está completamente puesta y la humeante pasta está lista para ser servida, Ray se sienta.

—¿Dónde está el pan? —exige.

La abuela se levanta corriendo de la silla.

—Ay, mierda. Está en el horno.

—Ya voy yo —le digo—. Quédate sentada. —Por mucho que los comentarios de la abuela me puedan doler, esta mujer me ha criado, vestido y alimentado, mientras Ray estaba sentado sobre su culo gordo, fumando marihuana y masturbándose mientras veía partidos por la tele.

Miro un instante su espalda y veo, por primera vez, un sobre blanco metido dentro de sus pantalones. Es probable que sea una factura. La última vez que nos ocultó una factura, porque había visto una docena de películas porno de pago, tuvimos que pagar un cargo de demora de tres meses. Nuestro presupuesto solo funciona si no tenemos sorpresas inesperadas como esa.

Cojo los panecillos del horno, los vuelco en una cesta y los llevo a la mesa. Cuando me agacho, le arranco el sobre de la parte posterior del pantalón de chándal.

—¿Qué es esto? —exijo, agitándolo en el aire—. ¿Una factura?

—No será de esas películas guarras otra vez, ¿verdad, Ray? —Los costados de los finos labios de la abuela bajan.

Se pone rojo.

—Pos claro que no. Ya te he dicho que ya no veo esa mierda. —Se mueve en su silla y me dirige una sonrisa zalamera—. Es para ti. —Arranca el sobre de mis manos y se lo pasa por debajo de su nariz—. Huele a capulla pija y engreída.

Un destello de color carmesí en el borde hace que mi corazón lata más rápido. Me lanzo hacia el sobre, pero Ray levanta su brazo hacia arriba fuera de mi alcance, obligándome a apretarme contra él. Dios, le DETESTO.

—Dale la carta —le reprende la abuela—. La comida se está enfriando.

—Estaba de coña —dice, dejando caer el sobre sobre mi plato.

Mi mirada se queda fija en el escudo carmesí de la esquina superior izquierda.

—Ábrelo —insiste mi abuela.

Noto un toque de impaciencia en su tono de voz. Puede ser que se burle de mi inútil educación y mis ridículos sueños, pero creo que en el fondo está superemocionada. Al menos tendrá esto para fardar con esas otras mujeres en la peluquería, cuyas nietas están venga a tener bebés en lugar de entrando en Harvard.

Pero... el sobre es muy estrecho. Todas mis cartas de aceptación de las universidades venían en sobres gigantes repletos de bonitos folletos y catálogos.

—Está acojonada. Casi seguro que no la han *acceptao*. —Las palabras de Ray están adornadas con desprecio y el tono es de regocijo.

Cojo la carta y la abro con el cuchillo de Ray. Cae una sola hoja de papel. Tiene varios párrafos, ninguno de los cuales leo del todo mientras hago una búsqueda de las palabras importantes.

Enhorabuena. ¡Has sido admitida en la facultad de Derecho de Harvard! Esperamos que puedas unirte a nosotros en Cambridge como parte de la clase de...

—¿Y bien? —pregunta la abuela.

La sonrisa más grande que conoce la Humanidad se extiende por toda mi cara. Mi hambre, mi cansancio, mi cabreo con Ray... todo desaparece.

—Me... han admitido. —Las palabras salen con un chillido de aliento. Me lo repito a mí misma, y esta vez estoy gritando—: ¡Me han admitido! ¡Ay, Dios! ¡Me han admitido!

Muevo la carta en el aire mientras bailo a lo loco por toda la cocina. Normalmente no bajo la guardia si está Ray, pero en este momento, este hijo de puta ni siquiera existe para mí. La emoción bombea por mi sangre junto con una sensación de alivio tan grande que no puedo permanecer de pie por mucho más tiempo. Caigo en los hombros de la abuela y le doy un gran abrazo.

—Supongo que ahora serás todavía más arrogante —se queja, y ni siquiera me importa.

—*Naah*, esto no la hace especial ni nada así —dice Ray arrastrando las palabras—. Tiene dos agujeros como cualquier otra zorra. Tres si tenemos en cuenta la boca.

Espero a que la abuela me defienda, pero al parecer los celos están ganando la batalla al orgullo. Ella se ríe de su desagradable comentario, y tal que así, se acabó mi celebración con estas personas. Estoy MEGAIMPACIENTE por salir de esta casa.

Pero me niego a dejar que nada afecte a mi felicidad en este momento. Me giro sobre mis talones y camino dando saltitos por el pasillo para llamar a mis chicas.

—¿Qué pasa con la cena? —grita la abuela a mi espalda.

La ignoro y sigo caminando. En mi habitación, me tiro en la cama y les escribo un mensaje a mis amigas.

Me han admitido.

Hope gana a Carin por una milésima de segundo.

OMG! Enhorabuena!!!!!!!

Carin responde: *FOTO! FOTO! FOTO!*

Hago una foto de la carta de aceptación y la envío. Mientras espero sus respuestas, corro por el pasillo, lleno el plato con pasta, me meto un panecillo en la boca y vuelvo corriendo a mi habitación. La abuela y Ray comentan algo, pero no proceso lo que dicen. Solo la pura felicidad llena mis oídos.

Hay una docena de respuestas cuando cojo otra vez el móvil.

Hope: <3

Carin: *LOVE! LOVE! LOVE! Eres increíble!!*

Hope: *Estoy muy orgullosa de ti. Vas a ser la mejor abogada de la HISTORIA. Por favor, dime q me vas representar si me demandan por negligencia.*

Carin: *ESTO ES LO MAS MARAVILLOSO!*

Hope: *Cuándo podemos sacarte a cenar o algo? Y «no», «nunca» o «no va a pasar» son respuestas inaceptables.*

Mastico mi panecillo mientras las contesto.

Yo: *A) las dos tenéis servicios legales gratuitos para siempre.*

B) Celebrémoslo mañana. Prometo pedir lo suficiente como para hacer q tu tarjeta de crédito se ponga a llorar.

Hope: *Eso no es posible ;) Reservo en Santino's.*

Carin: *Hay q reservar ahí?!*

Hope: *No lo sé! Es una forma de hablar. Pero podríamos ir al Malone's otra vez si quieres sexo de celebración.*

Yo: *Todavía tengo el número del tío del último sábado. Y tú, q? Tu jardín privado consiguió una visita privada anoche?*

Las dos salieron sin mí a una fiesta en casa de Beau Maxwell. Me pregunto si Tucker estaba allí. Y si es así, me pregunto a quién se llevó a su *pick-up* esta vez. La idea de él recorriendo con sus manos grandes y callosas los pechos de otra chica me hace apretar los dientes de envidia, pero no tengo derecho a estar celosa. Después de todo, he bloqueado su número. Le dije en términos muy claros que no estaba interesada en salir con él.

Entonces, ¿por qué lo desbloqueaste, eh?

La voz burlona en mi cabeza me hace morderme los labios. Vale, lo he desbloqueado. Pero no fue porque quiera salir con él ni nada. Solo pensé que podría ser útil en caso de una... emergencia.

Dios, soy tan patética...

Mi teléfono suena, sacándome de mis pensamientos.

Carin: *No, he sido un angelito.*

Hope: *Mentirosa! Dios, q mentirosa. Bajó las escaleras con un pelo postpolvo con más volumen q el de Cher. Sube la foto!! Ahora mismo, o lo hago yo.*

Carin: *Ok. Te odio.*

A veces me encantaría vivir con ellas. Engullo más pasta mientras espero la foto de Carin. Cuando la imagen aparece, casi me ahogo con un espagueti.

Yo: *Te liaste con Teen Wolf anoche?*

Carin: *No. Brad Allen.*

Busco en mi memoria y llego a chico de más de uno noventa con cara redonda y dulce.

Yo: *El defensa del equipo de fútbol americano? Parece un querubín!*

Carin: *Síp. Resulta q tiene un fetiche: los chupetones. Lo bueno es q hace frío, xq las camisetas d tirantes quedan descartadas.*

Yo: *Además d su intento por succionarte la sangre de las tetas, te lo pasaste bien con él?*

Carin: *No estuvo mal. Sabía usar su maquinaria.*

Yo: *Ja! Mi teoría d los deportistas gana fuerza!*

Hope: *Entre lo d Tucker y Brad Allen, parece q la hipótesis de B es correcta.*

Carin: *Ambas sabéis q así no es como funciona el método científico, verdad?*

Yo: *Sí, pero no me importa.*

Hope: *Eso significa q con Tucker va a haber segundo asalto?*

Yo: *Lo dudo. Es bueno, pero cuándo tengo tiempo?*

Nos escribimos unos minutos más, pero mi pico de adrenalina está desvaneciéndose. Dejo mi plato a medias en la mesita de noche y abrazo la carta de Harvard contra mi pecho. Está pasando. Todas las cosas buenas por las que he trabajado con tanto esfuerzo se están cumpliendo. Ahora nada puede detenerme.

Me duermo con una feliz y enorme sonrisa en la cara.

###

Otro día, preciosas mías, escribo a mis amigas al día siguiente, después de los mensajes de Hope para preguntarme si quiero comer con ellas.

Hope: *Ohhhh, por q??*

Yo: *La catedrática Fromm me ha invitado a una visita al campus. Estoy en Boston, me he saltado la última clase. FYI: soy oficialmente demasiado buena para vosotras.*

Hope: *Bss! Escribe contando q tal. Estoy impaciente d q llegue el año q viene y estemos las 3 en Boston como estudiantes licenciadas!!!*

Carin está en clase, pero sé que recibiré un mensaje suyo en cuanto salga. Cojo la línea roja hasta Harvard Square. Juro que incluso la estación de metro huele bien, a diferencia de cualquier otra parada de la misma línea, que huele a basura, pis rancio y fuerte olor corporal. Y el campus es precioso. Quiero extender los brazos al máximo y girar en un círculo ridículamente feliz.

Según mi mapa, los dieciocho o más edificios que componen la facultad de Derecho están al otro lado del campus. No obstante, no tengo prisa, así que me tomo mi tiempo y doy un paseo tranquilo, admirando todos los enormes edificios de ladrillo, las decenas y decenas de árboles que todavía se aferran a sus últimas hojas, y las extensiones de hierba..., algunas de las cuales siguen verdes en algunas zonas. Es Briar con una dosis de esteroides. Incluso los alumnos parecen más inteligentes, más ricos, más importantes.

La mayoría de las chicas lleva puesto lo que me gusta llamar «uniforme de niña rica»: náuticos de Sperry, vaqueros Rag & Bone y sudaderas Joie, de esas que parecen recién sacadas del fondo de un contenedor de basura pero que en realidad cuestan doscientos dólares. Sé todo esto por el armario de Hope.

Pero que mi falda negra y mi camisa blanca hayan salido de una tienda de saldos no significa que no pertenezca a este sitio. Puede que no tenga tanto dinero como la gente de aquí, pero mi cerebro podría competir sin problemas con cualquiera de estos estudiantes.

Abro las puertas de Everett, el edificio en el que está el despacho de la catedrática Fromm. Cuando llego al escritorio de la recepcionista, me presento. Me hace escribir mi nombre en el libro de entradas y me indica con un gesto que me siente.

No llevo allí ni un minuto cuando un chico joven, con una camisa a cuadros blancos y azules y una corbata azul marino, sale de un pasillo lateral que no vi cuando llegué.

—Hola. Soy Kale Delacroix. —Ofrece su mano.

Se la estrecho de forma automática, sin saber muy bien por qué está aquí, mientras que me pregunto por qué alguien llamaría a su hijo «Kale».

—Soy Sabrina James.

—Estupendo. Bienvenida al Asesoramiento Legal Gratuito de Harvard. Aquí tienes el formulario de admisión. Si necesitas que te ayude con algo, llámame.

Me da una carpeta. Analizo el documento, sin entender por qué tengo que rellenar un formulario para ver a la catedrática Fromm. Saco el bolígrafo del clip y empiezo a escribir mi nombre. Entonces me paro. Aunque no me mola parecer estúpida, considero que es mejor preguntar qué mierdas está pasando.

—¿Esto es asesoramiento legal? Porque yo no...

Él me interrumpe.

—No te preocupes. Para eso está la asistencia jurídica gratuita. Para la gente sin recursos. —Las últimas palabras están teñidas con condescendencia.

Mis pelos de la nuca se erizan.

—Sé qué es...

—¿No entiendes lo que pone? —Me arranca la carpeta de las manos, le da la vuelta al papel y después me la planta otra vez sobre las manos. Ahora el formulario está en otro idioma.

—Claro que lo entiendo —gruño entre dientes.

—Ah, vale. Puedo rellenar el formulario por ti si no se te da bien escribir. Hay muchas personas con tu mismo problema que vienen aquí. ¿Es alguna incidencia doméstica? ¿Un tema de alquiler? Aquí no llevamos temas de responsabilidad civil. —Una vez más, me suelta una sonrisa condescendiente.

—Estudio aquí —le digo—. Quiero decir..., voy a estudiar aquí.

Nos miramos el uno al otro un instante mientras espero a que mis palabras le calen. Puedo ver cuando lo hacen, porque la piel blanquísima del chico palidece aún más.

—¿En serio? Dios, pensé que...

Sé lo que ha pensado. Ha visto mi abrigo desgastado y me ha catalogado como una persona pobre con necesidad de servicios legales gratis. Y la parte más humillante de esto es que no va por mal camino. Si necesitara un abogado, no podría pagarlo.

—¿Hay algún problema? —interrumpe una nueva voz. Una jirafa de mujer aparece detrás de Kale con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—No, no hay ningún problema, profesora Stein. —Kale me ofrece una tensa sonrisa, pero en sus ojos brillan una advertencia: no me jodas con esto.

La sonrisa que le doy a cambio está repleta de dientes.

—Aquí «Tale» ha pensado que era una cliente, pero la verdad es que estoy aquí para ver a la catedrática Fromm.

La mujer me estudia, valorando con rapidez la situación. Cuando me quita la carpeta, inclina la cabeza hacia la escalera.

—Segundo piso, primera puerta a la izquierda. —Le devuelve la carpeta a Kale.

—Es KALE —sisea él cuando se marcha con la espalda rígida.

La profesora niega con la cabeza.

—Los estudiantes nuevos, que... —dice con una disculpa débil antes de caminar en la dirección opuesta.

Cuando Kale desaparece al final del pasillo, escucho una voz aguda saludándolo.

—Qué fuerte. Eso ha sido supergracioso. ¿De verdad has confundido a esa chica con una inmigrante ilegal?

Debería continuar mi camino, pero tengo los pies clavado en el suelo. La recepcionista me mira con expresión de dolor.

—¿Has visto lo que llevaba puesto? —Kale protesta desde el pasillo—. Parecía sacado de la caja en donde metemos lo que no nos vale por cutre para el mercadillo solidario anual en contra de la violencia doméstica.

Una nueva voz interviene.

—¿De qué os reís?

—Kale ha confundido a una estudiante que ha venido a ver a Fromm con una sintecho.

Con las mejillas encendidas, me encuentro con los ojos de la recepcionista.

—Tenéis que hacer algo con la acústica de este sitio.

Se encoge de hombros.

—Si piensas que eso es lo peor que se escucha por aquí cada día, prepárate para una dolorosa sorpresa.

¡Qué pensamiento más alegre! La idea de quedarme por aquí ya no me resulta tan atractiva, así que subo los escalones de dos en dos. La puerta de la catedrática Fromm está en el primer piso. Está hablando por teléfono, pero me ve al instante.

—Sabrina, adelante. —Pone una mano sobre el teléfono y me hace un gesto para que entre—. Solo será un minuto. —A la persona que está al teléfono, dice—: Tengo que colgar. Ha entrado una estudiante. No te olvides de recoger las cosas en la tintorería.

La oficina está llena de libros, la mayoría de ellos publicaciones de leyes en tapa dura color verde oliva con las palabras «North Eastern Reporter» en letras doradas en el lomo.

Me siento en la silla de cuero negro que hay delante de la mesa y me pregunto cómo sería sentarse en el otro lado. Eso significaría que lo habría conseguido y que nadie me confundiría con un cliente de asesoramiento legal gratuito nunca más.

—Bueno... ¡felicidades! —Me sonrío—. Te lo quise decir la otra noche, pero no quería arruinar la sorpresa.

—Gracias. No puedo expresar lo emocionada que me siento.

—Tu currículum es impecable, pero... —Hace una pausa y mi corazón comienza a latir con violencia.

No puede anular mi admisión, ¿verdad? Una vez mía, no puede ser revocada, ¿no?

—Kelly mencionó que tenías dos trabajos, ¿no es así? —termina.

—Sí, soy camarera y clasifico correspondencia en una oficina de correos. —La catedrática Gibson conoce perfectamente en qué bar trabajo de camarera, pero me dijo que no era necesario que la Universidad de Harvard se enterara, por lo que guardo el secreto—. Pero mi intención es dejar los dos puestos de trabajo antes del inicio de las clases este otoño.

Eso hace feliz a Fromm.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. Es verdad que eso que se decía antes de que si uno miraba a su izquierda y a su derecha, uno de los tres ya no estaría aquí el curso siguiente, ya no se da. Pero sí que hay algún que otro estudiante que abandona sus estudios después del primer año. No quiero que tú seas uno de ellos. Tu foco de atención este otoño que viene tiene que estar en tus estudios. Se espera de ti que asimiles más información en una noche de la que la mayoría de los estudiantes de una licenciatura tienen que asimilar en un semestre.

Coge dos libros de una pila que hay en el suelo y los empuja por el escritorio. Según los títulos, uno trata de derecho administrativo y el otro del arte de la escritura.

—Cuando tengas tiempo, y te sugiero que lo tengas, practica tu escritura. El bolígrafo aquí es tu arma más poderosa. Si escribes bien, llegarás lejos. La otra es Derecho Administrativo. Mucha gente se queda estancada en las diferencias entre las Normativas y el Derecho Corporativo y la Responsabilidad Civil. Es bueno estar un paso por delante. —Da otro empujoncito a los libros hacia mí.

—Gracias —le digo con agradecimiento, cogiendo los libros y poniéndolos en mi regazo.

—De nada. Saluda a Kelly de mi parte cuando vuelvas a Briar.

Bueno, pues claramente me están echando.

—Gracias —repito con torpeza, y a continuación cojo los libros y me pongo de pie.

Me he saltado una clase, he cogido el metro y he soportado un humillante encuentro con un imbécil llamado Kale... Y ¿para qué? ¿Para una conversación de cinco minutos y dos recomendaciones de libros?

Cuando llego a la puerta, la catedrática Fromm me llama otra vez.

—Y Sabrina, permíteme que te dé un consejo. Invierte un poco del dinero del préstamo en un nuevo armario. Te ayudará a que te sientas como en casa y la competición no parecerá estar tan desequilibrada. Uno se viste para el trabajo que quiere, no para el que tiene.

Asiento con la cabeza, con la esperanza de que mis mejillas no estén completamente rojas. Y yo que pensaba que la hora de *Humilla a Sabrina* se había terminado.

En el segundo paseo por el campus, todo parece un poco más apagado. Esta vez noto que las grandes manchas de césped son prácticamente marrones, y que los árboles están desnudos y sin hojas. Y que los estudiantes tienen una constante: son ricos y privilegiados.

Cuando llego a casa, tiro los libros en mi cómoda y me acuesto en la cama. Hay una esquina cerca de mi ventana en la que el yeso está agrietado y amarillento. El agua ha ido filtrándose por ahí desde que tengo memoria, pero una vez se lo comenté a la abuela y me soltó tal resoplido que no he vuelto a decir nada.

Me giro sobre mi espalda y miro hacia el techo. Ahí también hay grietas en el yeso, además de unas manchas de color marrón que siempre me he preguntado qué son. ¿Tal vez haya una fuga en el techo?

Una ráfaga de vergüenza me inunda, pero no estoy segura de por qué siento vergüenza. ¿Por mi casa, fea y destartalada? ¿Por mi ropa barata? ¿Por mí en general?

Date lástima a ti misma más tarde. Ahora toca pagar las facturas.

Dios. La última cosa que quiero hacer ahora es salir de un sitio bochornoso para meterme en otro, pero no tengo mucha elección. Mi turno en Boots & Chutes empieza en una hora.

Me obligo a ponerme de pie y cojo los minipantalones cortos y el sujetador que me sirven de uniforme. Mientras me pongo la ropa y me maquillo, me recuerdo a mí misma que solo voy a tener que hacer esto diez meses más. Me subo en mis zapatos de plataforma de *stripper* de quince centímetros, me pongo la chaqueta de lana destrozada y me dirijo al club de *striptease*. Donde, por desgracia, es el único lugar en el que realmente encajo.

Soy vulgar. Vivo con personas vulgares. Pertenezco a un sitio vulgar.

La pregunta es: ¿seré capaz de sacudirme el hedor de mi pasado para sentir que pertenezco a Harvard? Pensé que sí podría.

Pero esta noche, sinceramente, ya no lo sé.

8

Tucker

—Somos una puta mierda —se queja Hollis.

—No somos muy buenos —reconozco.

El entrenamiento de hoy ha sido otra vez desastroso, lo que no vaticina nada bueno para el partido de mañana contra Yale. Tenía la esperanza de que este viaje a Boston nos distrajera un poco de lo mal que estamos jugando, pero llevamos sentados en el mismo bar casi una hora y solo hemos hablado de hockey. El partido de los Bruins que brilla en varias pantallas que nos rodean no ayuda mucho. Ver a un buen equipo jugar bien al hockey es solo la guinda de este pastel de mierda.

Miro mi botella de cerveza vacía y la agito en el aire para que me vea la camarera. Voy a necesitar cinco más de estas si quiero sacar de mí este mal rollo.

Hollis sigue quejándose a mi lado.

—Si no empezamos a jugar un poco en la defensa, podemos decirle adiós a nuestras opciones a otro *Frozen Four*.

—Es una temporada larga. No hay que tirar la toalla todavía —dice Fitzy desde el otro lado de la mesa. Se está bebiendo una Coca-Cola, porque esta noche le toca conducir y no beber.

—¿Vais a hablar de hockey toda la noche? —se queja Brody, el hermano de Hollis. Tiene veinticinco años, pero parece mucho más joven, con su cara bien afeitada y su gorra de los Red Sox hacia atrás.

—¿De qué más vamos a hablar? Este bar es un campo de nabos. —Hollis le lanza una servilleta a su hermano.

No se equivoca. Solo hay dos chicas. Tienen más o menos nuestra edad, están la hostia de buenas y da la casualidad de que se están metiendo mano la una a la otra en la mesa de la esquina. El 95 por ciento de los tíos que hay aquí dentro, yo incluido, hemos lanzado miradas a las chicas y a su morreo. El otro 5 por ciento está ocupado morreándose mutuamente.

—Vale, *pringaos*. —Brody Heaves suelta un suspiro exagerado—. ¿No os mola este sitio? Pues pirémonos.

—¿A dónde? —pregunta su hermano pequeño.

—A un sitio donde hay tías.

—*Perfect*.

Tres minutos más tarde nos subimos al coche de Fitzy y seguimos al Audi de Brody por la ciudad.

—Un coche muy chulo —observo, haciendo un gesto hacia el brillante coche plateado que hay delante.

—Lo tiene en *leasing* —me informa Hollis—. Le mola ir de tío importante, pero la verdad es que no lo es.

—Dios —dice Fitzy desde el asiento del conductor—. ¿Es alguien que conoces?

Se gana una peineta de nuestro compañero de equipo.

—Tronco, Soy más importante que tú, *pringao*. Ni siquiera echaste un polvo esta semana por tu cumpleaños.

—No andaba buscando sexo. Créeme, si hubiese sido así, no me habrías visto en toda la noche.

—¡Si casi ni te vimos! ¡Te fuiste pronto a tu casa a jugar con la consola!

—Me fui a probar en la consola el juego que YO mismo he diseñado, listo —corrige—. No veo que tú hagas nada productivo con tu tiempo.

—La verdad es que usar mi polla es MUY productivo, muchas gracias.

Escondo una sonrisa. Siempre me pregunto cómo estos dos pueden ser tan buenos amigos. Hollis es un tío gritón con una sola cosa en el cerebro: las tías. Y Fitzy es un tío serio e intenso, con una sola cosa en su cabeza: los videojuegos. O quizá dos cosas, porque el chaval adora hacerse tatuajes. De alguna manera hacen que su amistad funcione, aunque parezca que principalmente es a base de discusiones y de hacerse la peineta el uno al otro.

Nos detenemos en un camino de grava y aparcamos al lado de Brody. Su Audi no se ve fuera de lugar junto al resto de los coches que hay ahí, aunque ninguno encaja con el tipo de bar. Un letrero de neón sobre el edificio anodino brilla con las palabras «Boots & Chutes», colocadas bajo una chica medio desnuda montando un toro.

Hollis mira el letrero boquiabierto.

—¿En serio? ¿Un bar de tetas rollo *western* en Boston? Esto va a ser una puta mierda. —Parece querer darle un puñetazo a su hermano.

—¿No eras tú *Mister Feliciano*? —Brody pasa un brazo alrededor de Hollis y nos hace un gesto para que nos adelantemos—. Pequeños... queríais coñitos, ¿no? Pues aquí los tenéis.

—¿Es esto lo que pasa cuando se acaba la universidad? ¿Que hay que pagar para ver tetas? —Hollis agacha la cabeza—. No pienso irme de Briar, hermano. Nunca.

Me río.

—Oye, piensa en todas las *groupies* de hockey que quedarán para ti cuando Garrett y Logan empiecen a jugar en los equipos profesionales.

Eso le levanta el ánimo de inmediato.

—Ahí le has *dao*, tío. Y mira... —Señala el letrero—. Ahora ya no tienes que irte de Boston. ¿Por qué querrías volver a Texas cuando aquí tienes vaqueras para ti?

—Tentador —digo con sequedad—, pero creo que me quedo con mi plan original.

A menos de que a mi madre de repente le empiece a molar la costa este, volveré a Patterson después de graduarme. No estoy seguro de que nuestro pequeño pueblo sea un buen lugar para empezar un negocio, pero siempre podría intentar abrir algo en Dallas y volver a casa los fines de semana. Mi madre se ha sacrificado un huevo para que yo llegue a donde estoy ahora, y no pienso dejarla sola.

El club de *striptease* apesta a sudor, humo y desesperación. Delante, en nuestro grupo, el hermano de Hollis mete algo en las manos del gorila de la puerta y mantiene una breve conversación con él.

—No se toca. Bailes privados a partir de quinientos. —Llama con la mano a una camarera—. Primera fila, a la derecha del escenario —le dice.

Todo el mundo comienza a moverse.

Todos menos yo.

—¿Algún problema?

La voz aguda del gorila hace que me mueva.

—No —digo con tranquilidad.

Pero la verdad es que es posible que sí lo haya. Es más, tengo un problema de los gordos. Un puto problema gigante.

Porque bajo el marcado *eyeliner* y el pelo con volumen, reconozco a la camarera. Por Dios, he tenido mis manos y mi boca por toda esa piel expuesta.

La mirada sorprendida de Sabrina se queda fija en la mía. Veo cómo todo el color se desvanece de su

rostro, que ya es mucho decir, porque no escatimó colorete cuando se puso el maquillaje.

—Por aquí —murmura. Se da la vuelta con un movimiento de su pelo oscuro, pero antes veo el destello de advertencia en sus ojos.

Lo pilló. No quiere que les diga a mis colegas que nos conocemos. La entiendo. Probablemente esto es la hostia de raro para ella.

—¿Qué tipo de tías curran aquí? —pregunta Hollis mientras observa el increíble culo de Sabrina, apenas cubierto por los diminutos pantalones cortos que lleva puestos.

—Tías buenas —responde Fitzzy con sequedad.

Eso es quedarse corto. Las chicas aquí están más que buenas. Están la hostia de espectaculares. La fuente: mis globos oculares.

Las hay altas, bajas, con curvas. De tez clara, oscura y todo lo que hay entre medias. Pero mi mirada sigue volviendo a Sabrina, como si estuviera conectada a un hilo invisible que está controlado por su perfecto culo.

—Me retracto de todo lo chungo que dije sobre las vaqueras en el aparcamiento. Cualquiera de estas chicas puede montarme sin problemas.

El calor se cuaja en mis entrañas. No me gusta la idea de que a Hollis, o a cualquiera de los tíos que hay aquí, le monte Sabrina. Sabrina es mía.

—¿Estás bien? —me pregunta Fitzzy—. Pareces cabreado.

Cojo aire.

—Sí, lo siento. Estaba pensando en el equipo.

Se lo cree.

—Es una buena razón para cabrear a cualquiera. Venga. Vamos a tomarnos una copa y a olvidarnos del hockey.

Asiento con la cabeza ausente; estoy demasiado hipnotizado por el centro de la espalda de Sabrina. Está completamente desnuda excepto por una tira diminuta que podría deshacerse si le soplo justo en el lazo. Mi mirada sigue bajando, analizando la elegante hendidura de su columna vertebral, que baja hasta la parte de arriba de sus cortísimos pantalones de satén negro.

Cuando llegamos al escenario estoy semiempalmado, algo que me da una vergüenza que lo flipas. Que se me ponga dura simplemente por verle el culo a una chica no es algo que me haya pasado desde el instituto.

Me fuerzo a levantar la vista justo a tiempo para evitar una mesa llena de chicos universitarios. Uno de ellos extiende la mano para darle una palmada en el culo a Sabrina cuando esta pasa balanceándose junto a él.

Una sacudida de rabia se dispara por mi columna vertebral. Doy un empujón hacia adelante, pero un gorila que está sentado en la base del escenario alcanza al gilipollas antes que yo.

—No se toca, imbécil. —Arrastra al chaval vestido con un polo hasta que está de pie—. Tira *pa* fuera.

—Oye, lo siento —protesta el cabrón—. Ha sido un acto reflejo.

Pero el portero no le escucha y arrastra al tío fuera del local. Sus amigos no hacen más que verle salir.

Hollis sonrío.

—Son la hostia de estrictos aquí.

—Necesitamos a ese tío en nuestro equipo —dice Fitzzy.

—Ya te digo.

Sabrina extiende la mano.

—¿Os puedo ofrecer algo, chicos? —Su voz apenas es audible por encima del tema de baile que retumba a todo volumen en el club.

—Una cerveza de barril de lo que tengas. —Mantengo la mirada fija por encima de su barbilla, lo que es un puto milagro.

Me doy cuenta de la infelicidad que baña su cara. No hace falta ser un genio para adivinar que está avergonzada, y no sé cómo decirle que me importa una mierda donde trabaje, que no hay diferencia.

Brody se deja caer en la silla junto a mí. Descansa los antebrazos sobre la mesa y se inclina hacia adelante para mirar a la mujer semidesnuda que baila a metro y medio de distancia. La chica alta y pelirroja está en proceso de desprenderse del tanga para quedarse solo con una funda de cuero que rodea su cintura con dos pistolas de mentira.

—¿Y para ti?

El hermano de Hollis aparta la mirada de la vaquera desnuda y mira a Sabrina.

—Whisky, solo.

—Enseguida.

—Gracias, pequeña.

Con una sonrisa forzada, Sabrina desaparece y, no sé cómo, consigo controlarme y no abalanzarme hacia Brody por encima de la mesa. Sabrina no es su «pequeña». Si se lo vuelve a decir una vez más, no estoy seguro de si seré capaz de contenerme y no darle una paliza de las buenas.

—Me resulta familiar —grita Hollis en mi oído—. La camarera. ¿No?

Me encojo de hombros.

—No sé.

Fitzy se gira para analizarla mientras Sabrina se inclina hacia adelante para tomar nota en una mesa cercana.

—Creo que se parece un poco a Olivia Munn.

—Ni de coña. Esta chica está un millón de veces más buena —afirma Hollis. Y a continuación se encoge de hombros—. Bueno, igual no la conozco.

Su hermano sonrío.

—Luego le pregunto por qué nos resulta familiar. Ya sabes, cuando esté de rodillas delante de mí.

Aprieto los puños contra mis muslos. Tengo que apretar fuerte o haré picadillo a hostias al hermano de Hollis, y después Hollis se cabreará. Y Hollis me cae bien.

Por suerte, Brody decide dejar de ser un gilipollas. Es como si en algún nivel de su subconsciente hubiese entendido lo cerca que he estado de asesinarle. Se vuelve hacia mí y dice:

—Mikey me dijo que ibas a empezar tu propio negocio.

Asiento con la cabeza.

—Ese es el plan.

—¿Tienes algo en mente?

—Estoy dándole vueltas a algunas ideas, pero no me he decidido por nada todavía. He estado centrado en el hockey.

—Ya, te pillo.

—Pero una vez acabe la uni, evaluaré mis opciones.

—Si necesitas ayuda, dime. Tengo un par de chivatazos con nuevas oportunidades. Para pillar desde el comienzo. No estoy seguro de cuánta pasta tienes, pero estas oportunidades de inversión no están abiertas a todo el mundo. Un día tienes doscientos mil, y tres años más tarde te compra Facebook y eres multimillonario. —Hace un chasquido con los dedos como si fuese así de fácil.

—Suena interesante. Quizá te llame cuando esté listo para tomar algunas decisiones. —Estoy asintiendo con la cabeza otra vez, pero en realidad no tengo ningún plan de llamar a Brody Hollis para que me asesore con mis inversiones. Prefiero que no me timen con una estafa piramidal, muchas gracias.

Sabrina regresa con una bandeja en la mano y, al instante, toda mi atención es para ella. Pone las bebidas en la mesa de pie a mi derecha, sobre mi hombro. Me imagino que lo hace porque es menos probable que yo le pellizque el culo, y no porque quiera frotarme la mejilla con sus tetas.

—Vuelvo en un rato para ver como vais —dice antes de salir escopetada. Dios santo. La observo con admiración, con ganas de correr detrás de ella y darle un abrazo. Servir a un montón de chicos de Briar —por no hablar de a uno con el que se ha acostado— no puede ser cómodo para ella. Podría haberle pedido a su jefa que la cambiara a otra zona, pero no lo ha hecho. Sigue haciendo su trabajo como si nuestra presencia no le afectara en absoluto.

Durante la siguiente media hora, los chicos y yo miramos cómo las *strippers* hacen su trabajo. Bueno, los chicos las miran. Yo estoy totalmente centrado en Sabrina. Le lanzo miradas furtivas cada vez que puedo, casi sin prestar atención a lo que pasa a mi alrededor. A lo lejos, vagamente, oigo risas, silbidos y trozos de conversación, pero todo mi mundo se ha reducido a Sabrina James. El balanceo sensual de sus caderas mientras camina. Los zapatos de tacón que hacen que sus largas piernas parezcan incluso más largas. Cada vez que pasa junto a nuestra mesa reprimo el impulso de tirar de ella hacia mi regazo y besarla hasta dejarla sin sentido.

—¿Cuánto cuesta una chica como tú? —Una fuerte voz grita detrás de mí arrastrando las palabras.

—No soy bailarina.

Mis hombros se tensan cuando reconozco la voz de Sabrina. La mujer del escenario acaba de terminar y el volumen de la música se ha reducido mientras la siguiente chica se prepara para empezar. Cuando me giro en mi silla, veo que los asquerosos de la fraternidad insisten.

—Pero lo harías si el precio estuviera bien —dice con voz de borracho uno de los gilipollas.

—No. Yo solo sirvo copas. —Desde donde estoy, puedo ver la tensión en sus delgados hombros.

—¿Qué pasa si quiero algo más que una copa? —se burla Gilipollas Máximo.

—Créeme, no quieres gastarte tu dinero en mí. Bailo fatal. —Su tono es trivial en la superficie, pero debajo es duro como el acero—. ¿Os traigo algo más?

—Cariño, no estoy pidiendo un espectáculo de Broadway. Solo quiero que hagas botar tus tetas y tu culo en mi cara. Y que tal vez te frotes un poco contra mí...

Hasta aquí. Ya he tenido suficiente.

Me doy cuenta de la cara de confusión de Fitzy cuando me levanto de golpe de mi silla y voy hacia la Mesa de los Gilipollas.

—Ha dicho que no —gruño.

Gilipollas Máximo me sonrío.

—Es una puta *stripper*, colega.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Ha dicho que no —repito.

Por el rabillo del ojo veo a Sabrina ir hacia atrás.

—¿Pero tú de qué vas? —pregunta Gilipollas Máximo—. Métete en tus asuntos o te voy a...

Las patas de la silla detrás de mí arañan el suelo y Gilipollas Máximo se encoge en su silla, mientras casi trescientos kilos de jugadores de hockey le miran fijamente desde arriba. Fitzy resulta particularmente amenazante con sus dos brazos llenos de tatuajes y el corte sobre la ceja que se hizo durante el último partido.

—Me vas a... ¿qué? —pregunto, levantando una ceja.

—Nada —responde con sequedad el chaval de la fraternidad.

—Es lo que me parecía. —Les muestro los dientes a todos los Gilipollas antes de que los chicos y yo volvamos a acomodarnos en nuestras sillas.

Me lleva un segundo darme cuenta de que Sabrina está a medio camino de la sala. Se da la vuelta un instante, para mirar en dirección a nuestra mesa. Cuando nuestras miradas se encuentran, noto una inconfundible tristeza.

Antes de que pueda detenerme a mí mismo, saco el móvil y le envío un mensaje. No sé si sigo bloqueado, pero no pierdo nada por intentarlo.

Siento lo que ha pasado.

No espero respuesta, así que cuando mi teléfono vibra tres minutos después, estoy de verdad sorprendido. Pero entonces me cabreo porque lo que escribe es:

Me has seguido hasta aquí?

Tardo un minuto en serenarme. Le doy un trago a mi cerveza, cojo aire y después le contesto con:

Nos vemos en el baño?

Esta vez, responde al momento.

5 min.

Durante los siguientes cuatro minutos, tengo que esforzarme para no mirar fijamente el móvil. O no poner el temporizador. La impaciencia burbujea en mi estómago, haciéndose más intensa con cada segundo que pasa. Cuando me pongo de pie, estoy la hostia de tenso.

—Voy a mear —digo, pero los chicos no me prestan atención. Hollis y Brody están demasiado ocupados metiendo billetes de un dólar en el tanga de una *stripper*, mientras Fitzzy los mira con cara de aburrimiento.

Me abro camino a través de la multitud, en su mayoría tíos, hacia la puerta que hay al otro lado de la oscura sala. Boots & Chutes se ha tomado muy en serio lo de la temática del Viejo Oeste. Unas puertas estilo *Saloon* separan los aseos de la sala principal, y en los letreros de los cuartos de baño pone «Pistoleros» y «Potras». Desde detrás de la puerta de las Potras, escucho sonidos amortiguados de gemidos femeninos mezclados con gruñidos masculinos. Muy elegante.

—¿Y? ¿Lo has hecho?

Me giro al oír la voz de Sabrina. Ella se acerca, con los brazos cruzados sobre su pecho con tanta fuerza que su escote se desborda fuera del sujetador.

—¿Quieres decir que si te he seguido hasta aquí? —Tenso los labios—. No, querida, no te he seguido.

Me observa fijamente durante varios segundos antes de asentir.

—Vale. Te creo. —Después se gira para alejarse.

No, no, no.

—Sabrina —digo en voz baja.

Se detiene.

—¿Q... qué?

Algo dentro de mí se derrite cuando escucho cómo se le quiebra la voz. Sigue de espaldas a mí, su columna es como una barra de metal. Para cuando la alcanzo, todo atisbo de indignación que sentía por su injusta suposición se ha desvanecido. Le toco el brazo con suavidad para darle la vuelta y nos quedamos frente a frente.

—¿Sabrina? —Mantengo mi tono de voz suave y firme.

Traga saliva visiblemente.

—Aquí es donde trabajo.

Asiento despacio.

—Aquí es donde trabajas.

—¿Ya está? ¿No tienes nada más que decir al respecto?

Acaricio su hombro desnudo con la yema del pulgar, contento al sentir cómo se estremece.

—Este es tu lugar de trabajo. Te pagan para que trabajes aquí. Imagino que utilizas la nómina para pagar tus facturas. ¿Qué más quieres que diga?

Pero sé lo que esperaba de mí. Que la juzgase. Palabras de menosprecio. Quizá algún que otro comentario verde.

Pero yo no soy ese tipo de persona.

Sigue mirándome, hasta que finalmente una pequeña sonrisa aparece en sus preciosos labios.

—Estoy esperando a la parte en la que me dices que tú NUNCA vienes a este tipo de sitios, que tus amigos te arrastraron aquí en contra de tu voluntad, bla, bla, bla.

—Estaría mintiendo si te dijera que nunca he estado en un club de *striptease*. Pero la verdad es que se podría decir que sí me han arrastrado aquí esta noche... Yo voté por ir a un *Sports Bar*. Y la única razón por la que he venido a Boston es porque... —Paro ahí porque lo último que quiero hacer es asustarla de nuevo y que se vaya.

—Porque ¿qué?

A tomar por culo. Me encojo de hombros y digo:

—Tenía la esperanza de que quizá podría encontrarme contigo.

Sabrina se ríe.

—Boston es una ciudad grande, ¿de verdad esperabas encontrarte conmigo así de repente?

—Esperarlo, no. ¿Tener la esperanza? Sí, sí y mil veces sí.

Eso le provoca otra risa.

Nos miramos el uno al otro por un instante. Mi voz sale áspera cuando murmuro:

—Has desbloqueado mi número.

—He desbloqueado tu número —coincide.

Después se humedece su labio de abajo con la punta de la lengua y reprimo un gemido. Joder, quiero besarla.

—Debería... volver al trabajo.

Solo noto la más pequeña de las reticencias en sus palabras, pero un atisbo es todo lo que necesito.

—¿A qué hora acabas?

—A las dos.

—¿Quieres que hagamos algo cuando hayas terminado?

No responde de inmediato. Me quedo ahí de pie, aguantando la respiración, con la esperanza de que el deseo abrumador y crudo que siento por ella no se note en la expresión de mi rostro, deseando con todas mis fuerzas que diga...

—Sí.

9

Tucker

Espero a Sabrina en el aparcamiento. Casi todos los coches se han ido, solo quedan una media docena que probablemente pertenecen a los empleados. Los chicos se volvieron al apartamento de Brody hace un par de horas, donde probablemente se quedarán toda la noche bebiendo. Les dije que iba a ver a una chica para picar algo, lo que hizo que Hollis quisiese chocar los cinco conmigo, a la vez que se quejaba de la persona de mierda que era yo por no asegurarme de que la chica llevase a una amiga.

Después de dejarme en un *diner* de los que abren toda la noche a unas manzanas del club, el lugar de mi supuesta cita, maté una hora comiéndome una hamburguesa y dándole sorbos a un café para no quedarme dormido a los cinco minutos de ver a Sabrina. Después fui caminando de nuevo hacia el Boots & Chutes, y ahora estoy apoyado en la puerta del conductor del Honda de Sabrina, controlando la entrada principal con expectación.

Cuando aparece, mi excitación sube un nivel. Lleva un abrigo de lana hasta las rodillas. Debajo, sus piernas están desnudas.

Mi polla da un espasmo cuando me pregunto si seguirá llevando los pantaloncitos cortos. Y entonces me reprendo a mí mismo, porque antes pude ver lo avergonzada que estaba por llevar tan poca ropa.

—Hola —dice mientras se acerca.

—Hola.

Quiero besarla, pero no me está mandando ninguna señal en plan «ven aquí, grandullón». Pero necesito tocarla, así que doy un paso y le meto un mechón de pelo detrás de la oreja.

Vacilante, se muerde el labio.

—¿A dónde vamos?

—¿A dónde quieres ir? —Dejo que sea ella la que decida.

—¿Tienes hambre?

—No. Acabo de comer. ¿Tú?

—Me tomé una barrita energética durante mi último descanso.

Le guiño un ojo.

—Pensaste que ibas a necesitar energía, ¿eh? ¿Y eso?

Sus mejillas se tornan del color rosa más bonito del mundo. Veo que intenta reprimir una sonrisa y, cuando la libera, me doy una palmadita en la espalda mentalmente. Es tan guapa cuando sonrío... Me encantaría de verdad que lo hiciera con más frecuencia.

Mira a su alrededor.

—Tu *pick-up* no está.

—Ya, está en Hastings. Hemos venido en el coche de Fitzzy.

Asiente con la cabeza y se muerde el labio otra vez.

—Yo... bueno..., ¿qué hacemos entonces?

—Cero presión. —Me acerco aún más, apoyando con suavidad una mano en su cadera, mientras que la otra recorre la línea de su mandíbula. Mi pulso se acelera cuando no se aparta de mi contacto. —

Podemos dar un paseo. Quedarnos en el coche charlando. Lo que quieras.

Sabrina deja escapar un suspiro que provoca una nube blanca en el aire frío de la noche.

—No me apetece andar. Hace frío y me duelen los pies de estar de pie toda la noche. Y mi coche es demasiado pequeño para ti. Estarías incómodo en cinco segundos.

—¿Quieres volver a tu casa?

Se pone tensa.

—En realidad no. —Suelta otro suspiro—. No quiero que...

—¿Qué?

—No quiero que veas dónde vivo. —Su tono es defensivo—. Es muy cutre, ¿vale?

Mi corazón se contrae un poco. No respondo porque no estoy seguro de qué decir.

—Bueno, mi habitación no —dice más tranquila—. Mi cuarto no es cutre. Sabrina se queda en silencio, como si se estuviera librando una batalla interna.

—Lo que dije antes va en serio —digo en voz baja—. Cero presión. Pero si te preocupa que vaya a juzgar dónde vives, para ahora. Me da igual si vives en una mansión o en una choza. Solo quiero pasar tiempo contigo, donde sea y cuando sea.

Cuando froto sus labios con el pulgar, la tensión se esfuma de sus hombros.

—Vale —susurra por fin—. Vamos a mi casa.

Busco su cara.

—¿Seguro?

—Sí, está bien. Prefiero estar en un sitio cálido y acogedor en este momento. No es que mi casa sea cálida y acogedora, pero sin duda es más cálida que el parking.

Una vez ha tomado una decisión, abre la puerta y se desliza detrás del volante del conductor. Me meto en el lado del copiloto. Y Sabrina no estaba equivocada; mis piernas no caben en este coche. Incluso cuando empujo el asiento hacia atrás al máximo, sigue sin haber espacio para estirarlas.

Arranca el coche y sale del aparcamiento.

—No vivo muy lejos de aquí.

Después de eso, no dice mucho más el resto del trayecto. No sé si es que está nerviosa o se arrepiente de haber aceptado pasar un rato conmigo, pero espero con todas mis ganas que no sea lo último.

No le animo a que hable, porque sé lo delicado que puede ser. Paciencia, así se llama este juego. Y la paciencia con Sabrina James viene con una recompensa. Tiene tanta pasión que simplemente es cuestión de ayudarla a alcanzar un nivel de confort que le permita dejarse llevar.

Cuando giramos en su calle, finjo que es la primera vez que estoy aquí. Que no reconozco las estrechas y destartaladas casas en fila. Que no he dormido en mi *pick-up* sobre esa acera desigual la noche en que la seguí hasta su casa para asegurarme de que había llegado bien.

Sabrina gira para meterse en un camino de entrada junto a la casa, conduciendo hasta la pequeña marquesina en la parte de atrás. Apaga el motor y sale del coche en silencio.

—Por aquí —dice cuando rodeo el vehículo.

No me coge de la mano, pero sí que me mira para asegurarse de que la sigo cuando sube los tres escalones del porche trasero. Sus llaves tintinean suavemente en la tranquila noche mientras abre la puerta.

Un segundo después entramos en una pequeña cocina. Está forrada de un feo papel pintado de amarillo y rosa con dibujos, y en el centro hay una mesa de madera cuadrada rodeada por cuatro sillas. Los electrodomésticos parecen viejos, pero claramente funcionan: ollas y sartenes sucias están esparcidos por los fuegos de la cocina.

Sabrina palidece ante el desorden.

—Mi abuela siempre se olvida de limpiar después de hacer las cosas —dice sin encontrar mi mirada. Echo un vistazo por el estrecho cuarto.

—¿Vivís las dos solas?

—No. Mi padrastro también vive aquí. —No entra en detalles y no le pregunto por ellos—. Pero no te preocupes, los viernes por la noche toca póker... Por lo general se queda hasta tarde y después llega a casa tambaleándose en algún momento cerca del mediodía del día siguiente. Y mi abuela se toma un Stilnox todas las noches antes de acostarse. Duerme como un tronco.

No me preocupaba, pero me da la sensación de que no está tratando de tranquilizarme a mí, sino a sí misma.

—Mi habitación está por aquí. —Se mete en el pasillo antes de que pueda decir nada.

La sigo, observando lo estrecho que es el pasillo, el nivel de suciedad de la moqueta y el hecho de que no hay fotos de familia colgadas en las paredes. Mi corazón comienza a doler, porque la caída de los hombros de Sabrina me dice que se avergüenza de este lugar.

Mierda. No me gusta ver su mirada tan derrotada. Quiero hablarle de la pintura descascarillada de nuestra casa en Texas, de cómo durante todo el instituto dormí en la habitación más pequeña de la casa para que mi madre pudiese utilizar la habitación más grande como su salón de belleza en casa para complementar lo que ganaba en su trabajo en la peluquería del pueblo.

Pero no digo nada. Ella es la que marca los tiempos.

Su habitación es pequeña, ordenada, y claramente su refugio. La cama de matrimonio está perfectamente hecha con un edredón de color azul claro. Su escritorio está impecable, sobrecargado de libros de texto cuidadosamente apilados. Huele a limpio y fresco. A pino, limón y a algo adictivamente femenino.

Sabrina se desabrocha el abrigo, se lo quita y lo deja sobre la silla del escritorio.

Mi boca se hace agua. Se ha puesto una camiseta sobre el pequeño sujetador que constituye su «uniforme» de trabajo, pero sigue con esos pequeñísimos pantalones cortos. Y con los tacones. Hostia puta, esos tacones.

—Bueno —comienza.

Me desabrocho la cazadora.

—Bueno —repito.

Sus ojos oscuros siguen el movimiento de mis manos mientras me deshago de la cazadora. Luego mueve la cabeza con brusquedad de un lado a otro, como si intentara olvidarse de... ¿mi imagen? Supongo. Escondo una sonrisa.

—Cuando dije que no quería comprometerme, iba en serio —dice.

—Lo sé. Por eso no te he llamado. —Me acerco a su escritorio, mirando los títulos de sus libros de texto, los tropecientos que hay.

Hay un pequeño tablero de corcho en la pared, con fotos clavadas. Sonríe a una foto en la que Sabrina está entre otras dos chicas. La de la izquierda tiene el pelo de color rojo brillante y está sacando la lengua mientras le pellizca el culo a Sabrina de una manera exagerada. La de la derecha tiene unas trenzas largas y finas, y le está dando un beso a Sabrina en la mejilla. Las dos, obviamente, la adoran, y siento una chispa de aprobación al saber que al menos hay dos personas ahí que la respaldan.

—Mis chicas —explica Sabrina acercándose a mí. Señala a la de la derecha—. Ella es Hope. —Señala a la de la izquierda—. Y esta es Carin. Son mis ángeles de la guarda. En serio.

—Parecen unas tías muy guays. —Mi mirada se desplaza sobre las otras fotos antes de aterrizar en un trozo de papel blanco con el emblema de Harvard en una esquina—. Dios santo —susurro—. ¿Eso es lo que creo que es?

Toda su cara se ilumina.

—Sí. Me han cogido para el postgrado de Derecho en Harvard.

—¡Sí, señor! —Me muevo con rapidez y tiro de ella hacia mí para abrazarla—. Enhorabuena, querida.

Estoy orgulloso de ti.

—Yo también estoy orgullosa de mí. —Su voz suena ahogada contra el costado de mi cuello.

Oh, mierda. Este abrazo ha sido una mala idea. Ahora en todo lo que me puedo concentrar es en la forma en la que sus tetas redondas y turgentes se aprietan contra mi pecho. Juraría que sus pezones también están duros.

La respiración de Sabrina se entrecorta en cuanto siente el cambio en mi cuerpo.

—Lo siento —digo con arrepentimiento, echando las caderas hacia atrás—. Mi polla se ha hecho un lío.

Una risa sale de su boca. Inclina la cabeza para mirarme divertida. Y cachonda. Sin duda estoy viendo una chispa de deseo.

—La pobre —murmura—. ¿Tengo que explicarle la diferencia entre un abrazo y follar?

Jo-der. Esta chica no puede decir la palabra «follar». Suena demasiado a promesa cuando abandona esos labios carnosos.

—Creo que es lo más inteligente —contesto con solemnidad—. Aunque no es la más lista del mundo... Quizá le vendría bien que le dieras una clase práctica particular.

Levanta una ceja.

—¿Qué ha pasado con lo de cero presión?

—Eh, solo estoy jugando. No hay ninguna presión, cielo. —A excepción de la presión que hay detrás de mi cremallera, eso sí.

Se queda en silencio por un momento. Ya no estamos abrazados. Estamos de pie a solo unos pocos centímetros de distancia.

—¿Quieres la verdad? —dice—. Tiendo a funcionar mejor bajo presión. A veces necesito... un empujoncito.

Pillo la solicitud implícita, pero, aunque mi polla se pone más dura, me obligo a mostrar moderación.

—No voy a darte ningún empujoncito. No, a no ser que esté cien por cien seguro de que es algo que tú quieres. —Analizo su expresión—. ¿Es lo que quieres?

Se humedece los labios.

—Lo... es.

—No es suficientemente. Dime exactamente qué quieres.

—A ti.

—Sé más específica. —Joder, debo de ser masoquista, pero esta chica me ha rechazado dos veces desde que nos acostamos. Necesito asegurarme de que estamos en el mismo rollo.

—Quiero... Quiero... ESTO. —Su palma cubre mi paquete y mi erección casi sale de los pantalones de golpe.

—¿Dónde lo quieres? —Mi voz es pura grava.

—En mi boca.

Adiós moderación. Sabrina James, literalmente, ha lanzado una bola contra mi moderación con esas tres palabras cargadas de morbo.

La estoy besando antes de que ninguno de los dos pueda parpadear. Y es el tipo de beso que va de cero a cien en un segundo morboso. Mi lengua se desliza a través de sus labios entreabiertos en un golpe ansioso. Ella jadea de placer y me devuelve el beso, su lengua se enreda con la mía durante unos segundos que derriten cualquier pensamiento, antes de que recorra a besos el camino hasta mi cuello. Su

pecho se eleva cuando inhala profundamente, y el suave gemido va directo a mis huevos.

—Hueles tan bien —susurra, y después sus labios están por todas partes. Viajan a lo largo de los tendones de mi cuello, rozando la clavícula, haciéndome cosquillas en la barbilla. Casi me vuelve loco.

Desliza una mano entre nosotros y me frota sobre los pantalones. No baja la cremallera. No mete la mano por dentro. No sé si es porque me está provocando o porque está esperando ese empujoncito que supuestamente necesita. Dado que no tengo paciencia para lo primero, me agarro a lo último.

—Saca mi polla —digo con brusquedad.

Sus labios se curvan provocativamente.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Has dicho que la querías en tu boca. —Aprieto los puños a los costados—. Así que, métela en la boca.

Emite un delicioso sonidito, una mezcla entre un gemido, un jadeo y un suspiro. Siento cómo tiemblan sus dedos mientras desabrocha el botón de mis vaqueros, pero sé que no son nervios, porque su expresión está nublada de excitación.

—Quise hacer esto aquella noche en tu *pick-up* —confiesa—. Pero estaba demasiado impaciente por sentirte dentro de mí.

Con delicadeza saca mi polla empalmada de mis bóxers y la rodea con los dedos. Me quito las botas de una patada, y después tiro de mis vaqueros y mis calzoncillos. También los alejo de una patada.

—La camiseta —me ordena en tono divertido—. Quiero verte el pecho.

Esta chica me va a matar. Me quito la camisa y me quedo de pie desnudo frente a ella. Ella está completamente vestida, si se le puede llamar «ropa» a unos pantalones cortísimos y una camiseta fina como un papel.

Mientras su mirada excitada me devora, le lanzo un agradecimiento rápido a los dioses del hockey por haber inventado un deporte tan agotador. El hockey es un juego difícil y peligroso que requiere horas y horas de entrenamiento. Me ha dado músculos en lugares que ni siquiera sabía que los tenía. Y ahora, todo ese trabajo me está dando sus frutos multiplicados por dos con esta mirada hambrienta en la cara de Sabrina.

—Tu cuerpo es una locura —me informa.

Me río.

—Mira quién lo dice —contesto antes de rodear sus tetas sobre la camiseta.

Me aparta las manos de golpe.

—¡No me distraigas! Tengo un trabajo que hacer.

Le disparo una mirada desafiante.

—Pensé que se te daría bien la multitarea. Teniendo en cuenta que siempre estás tan ocupada....

—Oye, puedo hacer varias cosas a la vez como una *pro*. Es solo que en este momento no quiero. Quiero saborearlo. —Dice la seductora promesa mientras se agacha lentamente para ponerse de rodillas.

Su pelo cae sobre un hombro mientras me mira desde abajo. Dios bendito, nunca he visto un *show* más morboso en la vida. Me agacho y le froto la boca con el dedo pulgar. Quiero ver esos labios envueltos alrededor de mi polla. Quiero ver cómo su garganta se las arregla para tragársela entera.

—Chúpamela —digo en voz baja y ronca mientras sigue arrodillándose sin tocarme.

Escucha el tono torturado de mi voz y se apiada de mí, inclinándose para besar la punta de mi pene. Me da un lametón mínimo con la lengua, pero eso es suficiente para enviar una corriente eléctrica que me recorre toda la espalda. Ay, madre, no voy a aguantar mucho ni de coña.

Le agarro la parte posterior de la cabeza y le animo a que se acerque más. Automáticamente, abre la boca y la mitad se desliza dentro. El calor húmedo me rodea, haciéndome gemir. Es la hostia de

increíble, y eso es ANTES de que empiece a trabajar con la lengua.

—Oh, joder —ahogo cuando me lame la sensible cara inferior.

Sabrina se ríe y el sonido retumba por toda mi polla y late en mis huevos. Me atormenta con bombeos lentos y perezosos de su mano. Con profundos, húmedos tirones de su boca. Con lametazos dulces y suaves de su lengua. Y todo el rato hace los ruidos más sexys que he oído en mi vida. Gemidos diminutos de excitación y jadeos entrecortados que confirman que está tan cerca de perder el control como yo.

Le acaricio el pelo. Es la hostia de suave y sedoso mientras se mueve entre mis dedos. Muevo mis caderas, poco a poco, porque quiero que esto dure. Pero cuando su boca de repente se desliza hacia delante y sus labios envuelven con fuerza la base, no hay nada que pueda detener el orgasmo.

Enterrado en su garganta, me voy como un petardo. Pasa tan rápido que ni siquiera tengo tiempo de advertirle.

—Sabrina —digo en un graznido, intentando salir.

Ella gime e intensifica la succión, cogiendo todo lo que tengo para darle.

El placer es tan intenso que casi me derriba. Mis rodillas chocan entre sí. Mi cerebro dejó de producir pensamientos coherentes justo en el instante en el que puso su boca sobre mí.

Al cabo de un rato, soy capaz de sentir la suave caricia de su mano sobre mis muslos, el cosquilleo de sus dedos a lo largo de mi pene mientras le da una última caricia antes de levantarse de un salto.

—Ha sido divertido —me dice.

Suelto una carcajada ¿Divertido? ¡Menudo eufemismo!

—Ha sido absolutamente increíble —le corrijo tirando de ella hacia mí.

La beso hasta que la dejo sin aliento. Mis piernas siguen temblorosas, pero mis manos son firmes como rocas cuando metódicamente le quito la camiseta y tiro de la cinta que mantiene su sujetador estilo bikini en su sitio. Con nuestras bocas aún cerradas la una sobre la otra, la empujo hacia la cama, avanzando junto a ella hasta que no le queda más remedio que caer sobre sus codos y extenderse sobre su espalda.

Le quito los tacones, uno por uno, tomándome mi tiempo para besar cada uno de sus tobillos bien formados. Entonces me deshago de sus pantaloncitos, los lanzo al otro lado del dormitorio y cojo otra vez los tacones.

Sabrina levanta una ceja.

—¿Me los vas a poner otra vez?

—Oh, ya te digo que sí. No tienes ni idea de lo buena que estás con estos tacones.

Introduzco uno de los pequeños pies de nuevo en el *stiletto*, luego el otro. Cuando he terminado, la miro fijamente unos segundos largos y me pregunto cómo puedo tener tanta suerte. Sabrina es toda ella largas piernas, dulces curvas y una piel suave y aceitunada. Su pelo oscuro está retirado detrás de su cabeza, sus labios rojos son brillantes y están separados. Y esos tacones que gritan «fóllame»... Dios santo. Es el sueño húmedo máximo.

Me levanto hasta ponerme de rodillas y me acerco arrastrándome. Mi polla se está despertando de nuevo, pero la ignoro. Puede descansar un rato mientras juego un poco.

—Me cuesta creer lo guapa que eres —digo con voz ronca, llevando mi mano entre sus piernas.

Cuando froto la yema del dedo pulgar sobre su clítoris, sus caderas se disparan hacia arriba en respuesta.

Sonrío. Un simple roce y ya está cachonda para mí. O quizá se ha puesto cachonda cuando me daba una mamada que pertenece a los libros de historia.

Paso mi dedo por la ranura hacia su abertura, y gimo cuando descubro que está empapada.

—¿He hecho yo esto? —murmuro.

La travesura recorre sus ojos.

—Lo siento mucho, pero no. Me he imaginado que eras Tom Hardy mientras te la chupaba.

—Men.Ti.Ra. —Empujo un dedo dentro y ella emite un gritito en voz alta. —Sabías perfectamente de quién era la polla en tu boca.

Sabrina se retuerce contra mi dedo explorador. Le sumo otro, junto los dos, y le acaricio el canal interior, mientras que el pulgar hace provocadores círculos sobre el clítoris.

—Vale, lo sabía —dice con un jadeo—. ¿Quién tiene que imaginarse a una estrella de cine cuando tú ya eres una fantasía hecha realidad?

Y vaya si a mi ego le gusta escuchar eso. Y a mi polla desde luego le gusta la forma en la que su coño se aprieta alrededor de mis dedos. Recuerdo lo apretada que estaba la última vez, lo bien que se sentía, y una vez más me olvido que estoy intentando ser paciente.

Gimiendo, le abro los muslos con mi mano libre y me agacho para enterrar mi cara donde quiere estar mi polla. Cuando mi lengua la toca, Sabrina gime en voz lo suficiente alta como para despertar a los muertos. Espero que la pastilla para dormir de su abuela esté haciendo su trabajo, porque si no es así, vamos a sufrir una incómoda interrupción de las buenas.

Beso, lamo, chupo y juego hasta que mi cuerpo no puede aguantar más. Hasta que mi mente se cierra de nuevo y se vacía, menos un pensamiento: *necesito estar dentro de ella*.

Quitar de golpe mi boca tiene como resultado una queja decepcionada de Sabrina. Mi barba ha dejado zonas rosas por todos sus muslos, pero a ella no parece importarle. Retuerce y dobla las piernas, con una mirada borracha de sexo en su cara.

—Tucker —suplica.

—Un momento, querida. —Me apoyo sobre el borde de la cama para coger mis pantalones y sacar el condón de la cartera.

Me observa mientras me lo pongo. Su mirada ya no está nublada de frustración. Está encendida, ardiendo de expectación.

—Métete dentro de mí —me ordena.

—A sus órdenes.

Con una sonrisa, me arrastro otra vez hacia ella, con un puño agarrando mi polla para guiarla en su interior. Ambos gemimos cuando me meto dentro. Pero, al parecer, no lo suficientemente dentro. Sus piernas, largas y sedosas e increíbles, se envuelven alrededor de mi cintura al instante. Me clava los tacones en el culo y levanta las caderas para profundizar el contacto, y es la mejor sensación del mundo.

Me dejo caer hasta que mis codos descansan a cada lado de su cabeza.

—Preciosa —murmuro, mirando fijamente su cara enrojecida. Agacho la cabeza y la beso de nuevo, mientras que mi polla late en el apretado calor de su cuerpo.

Intento ir despacio. Joder, lo intento con todas mis ganas. Pero Sabrina tiene otros planes.

Metete la mano en mi pelo y tira de él hasta que nuestras bocas se separan.

—Necesito más. —Suenas tan desesperada como yo me siento.

—Dime qué necesitas.

—Esto. —Coge mi mano y la mete donde nuestros cuerpos se unen. Sus dedos cubren mis nudillos mientras me obliga a acariciar su clítoris—. Y esto. —Se impulsa hacia arriba y comienza a follarse a sí misma usando mi cuerpo.

Y, señoras y caballeros: hasta aquí.

Mi ritmo lento y medido se desintegra. En vez de eso, follamos como animales. Entro en ella con todo lo que tengo. La palma de mi mano permanece pegada a su abultado clítoris, frotando *a tempo* con cada frenético empuje. En solo unos segundos, los dos somos figuras sudorosas sin aliento. Los muelles del colchón crujen por la fuerza de nuestro polvo. El cabecero golpea contra la pared en un rítmico *pum-*

pum-pum que coincide con el latido salvaje de mi corazón.

Ella se corre antes que yo, agarrándome los hombros mientras se estremece debajo de mí. La mamada quitó la urgencia, así que ahora duro más tiempo. Dios, más tiempo del que quiero, porque me muero de ganas de correrme. Cada músculo de mi cuerpo está agarrotado, pidiendo a gritos la liberación que aún no puede conseguir.

—Córrete —susurra Sabrina.

Y a continuación sus dedos se clavan en mi culo, uno se desliza hasta el pliegue y...

Hasta AQUÍ.

Disparo con un grito ronco. Me olvido de cómo me llamo. Es probable que haya perdido el sentido un minuto. Me siento embriagado y genial, y sigo sintiendo cosquilleo en mis huevos, pero como creo que podría estar aplastándola, obligo a mi cuerpo a apartarse de ella y caigo sobre mi espalda.

—Mierda —murmuro, mirando al techo—. Eso ha sido...

Un golpe en la puerta me interrumpe.

—¿Os lo estáis pasando bien ahí dentro? —dice una ebria voz masculina arrastrando cada palabra—.

Sin duda es lo que parece.

Sabrina se queda congelada como un ciervo en medio de un camino rural. El resplandor postsexo que tenía se desvanece al instante. Su cara palidece y sus dedos se curvan en la colcha.

—Lárgate —le suelta a la puerta.

—¿Qué? ¿No vas a presentarme a tu amigo? No seas así de grosera, Rina.

—Lárgate, Ray.

Pero el hijo de puta no se va a ninguna parte. Empieza a dar golpecitos en la puerta otra vez, con su risa borracha haciendo eco en el pasillo.

—¡Deja que conozca a tu amigo! Venga, que seré muy majo.

Sabrina salta de la cama y empieza a coger la ropa. Rápidamente me pongo a hacer lo mismo, porque es obvio que quedarnos tumbados en la cama desnudos no es una opción.

Se pone una camiseta de tirantes y un pantalón corto de algodón, va hacia la puerta con paso fuerte y la abre de un tirón.

—Lárgate de mi puta puerta, Ray. Lo digo en serio.

El hombre de la puerta se abre paso y la sobrepasa, estirando el cuello para poder verme bien. Cuando nuestras miradas se cruzan, se ríe de nuevo.

—¡Anda! ¡Has cazado a un amiguito deportista! ¡Mira qué músculos! —Su pelo graso cae sobre su frente cuando gira la cabeza hacia Sabrina—. Te gustan los músculos, ¿eh? Sí, está claro que te gustan. Te he oído chillar como una perra en celo desde el salón.

—Lár.Ga.Te —gruñe Sabrina.

—Tu voz es muy sexy cuando te corres...

A tomar por culo con ESTO. La indignación hierve en mis entrañas cuando avanzo. No me importa una mierda que este tío sea el padrastro de Sabrina. Este puto enfermo no puede hablarle de esa manera.

—Ya está bien —digo en voz baja—. Te ha dicho que te largues.

Sus cejas se disparan hacia arriba.

—¿Quién coño eres tú para darme órdenes? Esta es MI casa, chaval.

—Y este es su cuarto —respondo.

—Tucker —empieza Sabrina, pero Ray la interrumpe.

—Rina, dile a tu deportista que cierre el pico. O si no, se lo voy a cerrar yo.

Sí, claro. Podría noquear a este hijo de puta de un puñetazo. Está tan pedo que se balancea sobre los pies.

—Ray. —La voz de Sabrina es aparentemente tranquila—. Me gustaría que te fueras, por favor.

El silencio se extiende entre nosotros tres. Finalmente, Ray resopla de una manera dramática y se acerca lentamente a la puerta.

—Dios, eres una zorra pija y estirada, ¿eh? Solo estaba bromeando.

—Vete a bromear a otra parte —digo con frialdad.

—Cállate, musculitos. —Pero no se queda en el cuarto.

Oímos sus pasos tambaleantes por el pasillo. Un segundo después, una puerta se cierra.

Poco a poco, me giro hacia Sabrina. Mi estómago se retuerce de preocupación. Y también siento una punzada de miedo, porque no me gusta la idea de que ese capullo duerma a solo dos puertas de ella.

Antes de que pueda hablar, se mete el pelo detrás de las dos orejas y dice:

—Estoy muy cansada. Probablemente deberías irte.

Mi mirada se dispara al pasillo.

—No me va a molestar —susurra, como si me hubiera leído el pensamiento—. Cierro mi puerta con pestillo por la noche.

No estoy seguro de que una puerta cerrada con pestillo mantenga a ese hijo de puta fuera del cuarto. Ray no es tan alto ni fuerte como yo, pero tampoco es un enclenque. De músculo blandito, sí, pero no enclenque...

—Estaré bien —insiste, y la expresión de su cara me dice que tiene tantas ganas de que me vaya como yo ganas de quedarme.

—¿Seguro que estarás bien? —pregunto por fin.

Asiente con la cabeza.

—Bueno. Yo... pues entonces me voy—. Saco el móvil del bolsillo y me meto en la aplicación Uber. Después me tomo un tiempo innecesariamente largo con el móvil, con la esperanza de que cambie de opinión.

No lo hace. Espera en silencio mientras yo localizo un coche, después me acompaña a la cocina, me abre la puerta y susurra un suave:

—Buenas noches.

No me da un beso de despedida.

10

Sabrina

No estoy seguro de si me has bloqueado otra vez o no. En la remota posibilidad de q no lo hayas hecho... eres la hostia en la cama, espectacular. Tu cuerpazo casi eclipsa ese cerebro tan sexy que tienes. Casi... Quiero verte otra vez. En la cama, fuera de ella. Lo q sea.

Me gusta fingir que soy insensible a cosas ordinarias como los sentimientos. Que mi enfoque es superpreciso en plan láser, que nada me puede sacar del camino que me propuse en sexto de primaria. Pero cuando observo a esa chica frotándose contra Tucker al otro lado del patio, asuntos como Harvard, los sobresalientes, o desafiar a quienes me odian, quedan aparcados a empujones por una oleada de celos.

Quiero ir ahí, sacar mi móvil del bolso y ponerle una captura de pantalla de su mensaje subido de tono delante de la cara de la tía.

¿Ves? ¡Es mío!, le soltaría en un gruñido y me lo llevaría de ahí. O quizá le tiraría al suelo y empezaría a follármelo delante de todo el campus de Briar.

—B, no se sabe bien si quieres asesinar a Amber Pivalis o follarte a Tucker. Las dos cosas son ilegales en la uni. —Hope se ríe en mi oído.

¿Amber? Su nombre va directo a mi lista negra.

—No tengo tiempo para esto —murmuro, subiendo mis libros un poco más alto en mis brazos. No estoy segura de si me estoy hablando a mí misma o a Hope. O quizá a ambas.

—¿Cuál es tu definición de «esto»? ¿Tu repentina obsesión con Tucker o tu exasperante rechazo a permitirte disfrutar de la vida?

—Si tus cejas suben más en tu frente, oficialmente formarían parte del pelo. —Esa es mi «no-respuesta».

—Estar cerca de ti me provoca tics extraños. —Hope mueve ambas cejas arriba y abajo.

—¿Le pones estas caras a D'Andre en la cama? ¿Es algún extraño fetiche suyo?

—Conoces bien lo que le pone a D'Andre y no son mis cejas.

—Ah, Dios. Es verdad. Siento haber sacado el tema. —La preferencia de D'Andre por los buenos culos no ha pasado desapercibida para ninguna de las amigas de Hope, pero no es algo en lo que me guste insistir, ni siquiera como distracción a Amber.

Miss Tanga está acariciando el brazo de Tucker con sus dedos, mientras este escucha con atención cada cosa estúpida que sale de su estúpida boca. Podría estar contándole las teorías nihilistas de Nietzsche, pero daría igual porque Tucker seguiría como un bobo.

—¿Vamos a estar aquí todo el día viendo el espectáculo Amber y Tucker o vamos a comer algo?

Sus nombres ni siquiera suenan bien juntos. Su apodo en plan Brangelina sería *Tamber* o *Aucker*, y ambas opciones son ridículas.

El mío y el de Tucker sería *Sucker*, que en inglés podría referirse al sexo o a cómo me siento ahora: como una imbécil. Porque, ¿por qué coño está ligando con otra chica después de mandarme un mensaje sobre el sexo conmigo?

—A comer —gruño, pero mis piernas me llevan hacia la derecha, que no es en la dirección del comedor.

—Sabes que el Carver's está a nuestra izquierda, ¿no? —dice Hope como si estuviera intentando no partirse la caja.

Me paro en seco, pero es demasiado tarde. La cabeza de Tucker se eleva y me ve. Puedo sentir el calor de su sonrisa desde aquí.

Mierda, esto es un error. Lo de hace tres noches fue un error. Lo de hace una semana fue un error. Pero atravesar a zancadas el enorme patio cuadrangular como una novia celosa es, sin duda, un error.

Me agarro del brazo de Hope y camino muy rápidamente en la dirección opuesta.

—Me muero de hambre. Vamos a comer algo.

—Sabes que correr es algo que solo hago en la cinta con mis zapatillas y mi ropa de *running*, ¿verdad? —Mi amiga trota junto a mí, tratando de seguirme el paso con unos pies embutidos en unas caras botas de ante, con un tacón tan alto como mi mano.

Aumento la velocidad.

—No puedo oírte ahora mismo. La vergüenza ha generado un cortocircuito en mi sistema nervioso.

—Si la vergüenza es la causa de tu mal funcionamiento, me gustaría saber qué te ha hecho atravesar corriendo el patio.

Como si no lo supiera. Pero antes de que pueda responder, Tucker aparece a mi derecha.

—¿Dónde está el incendio? —dice.

Hope se detiene.

—Gracias a Dios que nos has alcanzado. —Se pasa la mano por la frente en un movimiento exagerado—. No estoy hecha para el ejercicio al aire libre.

—Déjalo, Hopeless —le siseo por un lado de mi boca.

Sonríe sin arrepentirse de nada.

—Voy dentro a coger sitio. Cuando hayas acabado, me buscas. —Me sobrepasa para darle un apretón a Tucker en el bíceps—. Puedes unirme a nosotras si quieres, guapo.

Alguien gruñe. Espero que todo el mundo piense que son mis tripas, pero por la amplia sonrisa de Hope y la sonrisa de Tucker, sé que me han pillado. Al menos Tucker tiene la decencia de esperar a estar fuera del alcance del oído de Hope antes de abrir la boca.

—¿Ignorando otra vez mis mensajes?

—Ha sido solo uno y solo han pasado tres días. —Me quedo mirando hacia adelante con terquedad en vez de a su precioso rostro y sus profundos ojos marrones.

—Pero nadie lleva la cuenta, ¿verdad?

Ni siquiera necesito mirarlo para saber que está sonriendo. Siento la sonrisa en cada palabra.

Nos quedamos ahí un momento, sin hablar ninguno de los dos. Supongo que él me está mirando mientras yo miro todo menos a él. Por último, recupero mis ovarios y me giro hacia él.

La sonrisa ha desaparecido. Ahora frunce el ceño con cierta perplejidad, como si pensara que soy un rompecabezas que está tratando de resolver. Una docena de preguntas dan vueltas en mi cabeza y me tomo un momento para ordenarlas, hasta que doy con la que me molesta más: el terrible momento con Ray antes de que Tucker se fuese de mi casa la noche del viernes.

—El otro día fui a la Universidad de Harvard —comienzo a decir con torpeza—. Me senté en el vestíbulo y un estudiante me confundió con una persona sin recursos que necesitaba asistencia jurídica gratuita.

—Mierda.

Hago un gesto para que no se compadezca.

—Después le dije que en realidad iba a empezar a ir a Harvard con él el próximo otoño. Después fui a ver a una profesora que es una buena amiga de mi tutora y me dijo que tenía que comprar ropa nueva. Hasta este fin de semana, eso fue probablemente uno de los momentos más humillantes de mi vida. Bueno, si no tenemos en cuenta el día que en el instituto me vino inesperadamente la regla durante la clase de gimnasia. Mientras escalaba una cuerda.

Se ríe.

—Ay.

—Pero... ¿que escucharas toda esa mierda que soltó mi padrastro? —Me detengo y me estremezco—. Es una escena que me gustaría borrar.

—Sabrina...

Le corto.

—Mi vida es como un horrible episodio tras otro de la serie *Amas de casa de South Boston: Edición Barrios Bajos*. Y si dejo de sacar todo matrículas, si no puedo competir... —Mi voz se quiebra un poco y tengo que parar.

Tucker no dice nada. Me mira con una expresión que no puedo descifrar. Me aclaro la garganta.

—Si no puedo competir, no puedo salir de ahí, algo que, francamente, no puedo aceptar. Y, aunque el sexo contigo es absolutamente increíble, supone una distracción. Me distraes —confieso.

Deja escapar una respiración lenta y constante.

—Cielo, ¿crees que eres la única que tiene a un miembro de la familia del que avergonzarse? Mi tío Jim es literalmente uno de esos tipos que representan el estereotipo de tío chungo. Toca a los miembros de su familia de una forma muy rara. Ninguna de mis primas quiere estar cerca de él. Si te llevara a alguna reunión familiar, estaría diciéndote burradas e intentando tocarte el culo. No creo que me responsabilizaras a mí, ¿verdad?

—No, pero... —empiezo a decir que no es lo mismo, pero ambos sabemos que no es verdad. Sí es lo mismo. Aunque Ray no es mi padre, es un gilipollas con el que se casó mi madre y al que dejó atrás como una maleta que no quieres. Como a mí.

—Y a pesar de lo que piensas, no tengo pasta. Tengo una beca completa de hockey. Si Briar no me hubiese ofrecido eso, estaría en una universidad pública en Texas. —Se encoge de hombros—. Tengo algunos ahorros y mi plan es usarlos para arrancar mi vida después de la universidad, pero no soy el gilipollas que piensas que soy.

—Yo no pienso que seas un gilipollas —digo entre dientes, pero no niego que recelo de los chicos con dinero.

Me estudia durante un instante.

—Déjame que te haga una pregunta. El fondo fiduciario de Dean aumenta en interés cada trimestre más de lo que vale toda mi herencia. ¿Su polla era diferente cuando estuviste con él?

Me estremezco por un momento, porque mi rollo de borrachera con Dean Di Laurentis no es algo en lo que me guste pensar. Pero, a la vez, pensar que el dinero de Dean pueda hacer que su polla se sienta de una forma diferente es tan absurdo que no puedo evitar que se me escape un resoplido.

—No me acuerdo. Estaba muy pedo y él también.

—¿Te sentiste genial al día siguiente?

—Por Dios, no.

—Así que el dinero da igual una vez que te pones. No importa cómo de grande sea la cartera de alguien. A todos nos duelen las cosas. Todos queremos. Somos lo mismo. Y ni el pasado, ni con quién vivas o de dónde seas, nos tienen que importar. Estás creando tu propio futuro, y yo quiero ver a dónde te lleva ese camino hacia adelante. —Tucker desliza un dedo bajo la correa de mi bandolera—. Vamos a

que comas algo. ¿Qué tal si te llevo esto mientras te acompaño al comedor?

Según parece, la clase de filosofía se ha acabado, algo que me alegra porque no estoy preparada para responder a nada de lo que me acaba de decir.

En vez de eso, le dejo que coja mi bolsa. Caminamos en silencio unos pasos hasta que me siento obligada a preguntar:

—¿No hay nada que te afecte?

Él asiente con la cabeza con solemnidad mientras se engancha la bolsa más arriba en su hombro. Cualquiera otra persona tendría una pinta ridícula con una mochila a la espalda y una bandolera estilo mensajero colgada del hombro, pero por alguna razón, probablemente por su enorme pectoral y su altura, él lo hace con éxito.

—Sí, muchas cosas, pero intento no permitir que me depriman. Es un desperdicio de energía.

—Solo di una —le ruego—. Algo de lo que te sientas avergonzado. Un defecto. Algo que te moleste.

—Que no me llames me molesta.

—Eso es modestia, no vergüenza.

—Me has rechazado. Dos veces —me recuerda—. ¿Cómo puede ser que admitir que me molesta se considere modestia?

—Porque hemos tenido buen sexo, y por lo tanto sabes que volvería a acostarme contigo en diferentes circunstancias —rebato.

En algún lugar en el fondo de mi cabeza, reconozco que esta conversación está llegando a niveles ridículos. Estoy discutiendo con un tío, con el que me he acostado, sobre cómo no es posible que me pueda acostar otra vez con él porque es demasiado bueno en la cama. Mi vida oficialmente es una farsa.

—¿Qué es una circunstancia normal para ti? —pregunta con curiosidad, igualando su largo paso al mío, más corto.

—No lo sé. No puedo ver las cosas con tanta perspectiva.

Se detiene justo antes de la entrada del Carver Hall.

—Mentira.

—¿Qué?

—Mentira. Sabes exactamente dónde quieres estar probablemente dentro de cincuenta años, no solo en los próximos cinco.

Mis mejillas se calientan, porque tiene razón.

—Escucha. Esto es así. —Tucker extiende la mano y coge un mechón de mi pelo para frotarlo entre sus dedos antes de metérmelo detrás de la oreja—. Me encantó acostarme contigo. Me encantó oír esos pequeños gemidos morbosos que hacías cuando te chupé el clítoris, y me encantó sentir como temblabas como una hoja cuanto te corriste debajo de mí. —Sus palabras subidas de tono están en marcado contraste con el tono directo y la mirada fija que clava en mis ojos—. Pero no me gustó cómo tu padre...

—Padrastra —le corrijo.

—Padrastra... te trató. La verdad es que no me gustó nada. No me gustó nada que vivas con alguien así y me alegro de que vayas a marcharte, porque eso es lo que vas a hacer, ¿verdad? Te estás matando para tener las mejores notas, la mejor puntuación, que te admitan en las mejores escuelas de postgrado. Todo para poder escapar.

Su pulgar se arrastra por mi mejilla.

—No quiero ser una distracción, pero quiero estar contigo. Creo que hay algo en todo esto, pero soy una persona paciente y ahora cogeré lo que me quieras dar. No estoy aquí para añadir presión ni para hacerte las cosas más difíciles. Lo que quiero es aliviar tu carga.

Mi corazón golpea con fuerza en el espacio que nos separa, un espacio que se acorta con un paso.

—Mi padre murió cuando yo tenía tres años —dice con voz ronca—. Fue un accidente de coche. Casi no tengo recuerdos suyos. Lo que sí recuerdo es despertarme oyendo llorar a mi madre por la noche. Recuerdo ver su expresión cuando no me podía pagar unos patines nuevos o un nuevo videojuego. Recuerdo cómo se enfadó conmigo una vez que estaba haciendo el bruto en el salón y empotré la lámpara en el televisor. Me echó una buena bronca por eso. —Su expresión es de tristeza, no de enfado—. Ella tenía dos trabajos para asegurarse de que yo pudiera jugar al hockey, y cuando me gradúe esta primavera, la voy a sacar de todo ese duro trabajo. Pero también sé que quiero a alguien con quien compartir mi vida. Mi madre está sola. No quiero eso para mí. Y no quiero eso para ti tampoco.

Cuando me besa, no se parece en nada a nuestros anteriores morreos. Esos eran brutos, morbosos y con una gran carga sexual. Este beso es suave como un pétalo y dulce como el almíbar que vierte en sus palabras. Siento como si estuviese vertiendo sobre mi cabeza sensibilidad a litros. Con cada toque de sus labios contra los míos, repite la promesa de que me dará solo lo que le pida.

Y es este beso. Este beso dulce, tierno y reflexivo el que me asusta más que nada de lo que he sentido en la vida.

11

Tucker

Un par de días después de mi conversación con Sabrina en el patio, me levanto del sofá de Fitzzy y me preparo para un entrenamiento brutal mañanero. No tenía pensado quedarme en su casa anoche, pero nuestra sesión de videojuegos duró hasta las dos de la mañana y no tenía ningún sentido ir casa cuando nos teníamos que despertar a las cinco y media para el entrenamiento de las seis.

Fitzzy vive solo en un apartamento del tamaño de una caja de zapatos en Hastings. Su «dormitorio» está separado del salón por una cortina que cuelga del techo. Para llegar al diminuto cuarto de baño casi tengo que pasar por encima de su cama.

El enorme y tatuado jugador de hockey está tumbado boca abajo, durmiendo como un tronco, así que cuando voy al cuarto de baño, le doy una palmada en el culo no demasiado delicada.

—Despierta, amigo. A entrenar —gruño.

Murmura algo ininteligible y se da la vuelta.

Encuentro un cepillo de dientes de repuesto en un cajón junto al lavabo y lo abro. Mientras me lavo los dientes, miro el móvil para ver si Sabrina me ha enviado un mensaje mientras lo tenía en silencio anoche.

No lo ha hecho. Mierda. Tenía la esperanza de que mi discurso y mi increíble y fantástico beso podría haberle hecho cambiar de opinión en lo de salir conmigo. Supongo que no fue así.

En cambio, encuentro la conversación más flipante en el chat de grupo que tengo con mis compañeros de piso. Todos los mensajes son de la noche anterior, y son la hostia de raros.

Garrett: *Q cojones, D?!*

Dean: *No es lo q piensas!!*

Logan: *Es difícil confundirse. Un baño romántico con esa cosa gigante de color rosa! En tu culo!*

Dean: *No estaba en mi culo!*

Garrett: *No voy a preguntar dónde estaba.*

Dean: *Me traje a una chica a casa!!*

Garrett: *Claaaaaaaro*

Logan: *Claaaaaaaro*

Dean: *Os odio, tíos.*

Garrett: *<3*

Logan: *<3*

Enjuago mi boca, escupo y suelto el cepillo de dientes en la pequeña taza en el lavabo. A continuación, rápidamente, escribo un texto.

Yo: *A ver... Q me he perdido?*

Como tenemos entrenamiento en veinte minutos, los chicos ya están despiertos y obviamente con el móvil disponible. Dos fotos aparecen a la vez. Garrett y Logan me han mandado fotos de unos consoladores de color rosa. Ahora estoy aún más confundido.

Dean inmediatamente mensajea: *Xq tenéis fotos de consoladores a mano?*

Logan: *PLMNEEMC*

Dean: ??

Yo: ??

Garrett: *Por lo menos no está en mi culo.*

Resoplo porque estoy empezando a atar cabos.

Logan: *Guay, G! Lo has pillado a la primera.*

Garrett: *Pasamos demasiado tiempo juntos.*

Yo: *XFA, decidme q habéis pillado a D jugando con vibradores.*

Logan: *Ya te digo q sí.*

Dean se apresura a objetar de nuevo: *ME TRAJE UNA CHICA A CASA!!!!!!*

Los chicos y yo le picamos un par de minutos más, pero tengo que parar cuando Fitzy entra tropezándose en el baño y me empuja a un lado. Tiene el pelo superdespeinado y está completamente desnudo.

—Tengo que mear —murmura.

—Buenos días, cariñito —digo con alegría—. ¿Quieres que te haga un poco de café?

—Dios. Sí. Por favor.

Riéndome, salgo del baño y camino cuatro pasos hasta su cocina. Cuando finalmente emerge del baño, le pongo una taza de café en la mano, cojo la mía y digo:

—Anoche Dean se metió un consolador por el culo.

Fitzy asiente con la cabeza.

—Tiene sentido.

Me río a mitad de un sorbo. El café se derrama sobre el borde de mi taza.

—Sí, ¿eh?

Vuelve a asentir, apura el café. Yo ya estoy vestido y listo para marcharme, así que me termino el café tranquilamente mientras Fitzy va de un lado al otro del apartamento buscando algo de ropa que ponerse.

Cinco minutos más tarde, salimos al frío de la mañana y nos dirigimos a nuestros respectivos coches. Por suerte llevo mi equipación en la parte de atrás, así que no tengo que pasar por casa. Y aunque es una total gilipollez, Fitz y yo vamos a toda hostia haciendo una carrera hasta la uni. Gana él, porque mi *pick-up* es vieja y más lenta que la melaza.

Llegamos al estadio con diez minutos de sobra, lo cual está guay, porque mi teléfono elige ese momento para sonar. Mi pulso se acelera ante la idea de que pueda ser Sabrina.

No lo es. Estoy un poco decepcionado cuando veo el número de mi madre y después me siento mal, porque quiero mucho a mi madre.

—Nos vemos dentro —le grito a Fitzy, que está saltando de su coche. Él asiente y se marcha mientras yo contesto la llamada—. Hola, mamá. El entrenamiento está a punto de comenzar, así que no tenemos mucho tiempo.

—Ah, no te entretengo entonces. Solo llamaba para ver qué tal y para saludar.

Su voz familiar hace que algo dentro de mí se ablande. Lo juro, mi madre siempre tiene ese efecto en mí. Puedo estar tenso como un palo y una palabra suya afloja todos mis músculos. Creo que soy un niño de mamá, pero no puedo ser otra cosa. No tengo padre.

—Te has levantado temprano —comento. Son solo las cinco en Texas, lo que es pronto incluso para ella.

—No podía dormir —admite—. Me han encargado peinar a todas las asistentes a una boda hoy. Estoy nerviosa.

—Bah, no hay nada de qué preocuparse. Eres la mujer que susurra a los cabellos, ¿recuerdas?

Mamá se ríe.

—Eso sí. Pero el maquillaje, no tanto. Esos cursos que hice el verano pasado ayudan, pero, Dios, chico, ¡estoy como un flan! ¡¿Cómo podría vivir conmigo misma si soy la mujer que arruina el día más importante de una novia al ponerle la cara como un payaso?!

—Lo vas a hacer muy bien —le aseguro—. Te lo garantizo.

—*Oooh*, ¿una garantía? ¿Ni siquiera una sencilla promesa? Tienes mucha confianza en tu madre, John.

—Por supuesto que sí. Porque mi mami es una estrella del rock.

—Sí que he criado a un chico encantador, ¿eh?

—Sí. —Sonríó mientras mantengo en equilibrio el teléfono en el hombro y bajo de la *pick-up*.

—Bueno, dame un rápido resumen de lo que has estado haciendo —me pide.

Voy hacia los escalones gigantes de la entrada a las instalaciones de hockey de Briar.

—No mucho —le confieso—. Hockey, clases, amigos..., lo de siempre.

—¿Todavía no hay ninguna novia? —Noto un punto burlón en su voz.

—No. —Dudo—. Pero he conocido a alguien.

—¡*Oooh!* ¡Cuéntamelo todo!

Me río, meto la mano en el bolsillo para sacar mi carné de estudiante y abrir las puertas delanteras. La seguridad es estricta aquí.

—No tengo nada que contar aún. Pero en cuanto tenga más detalles, serás la primera en saberlo. Pero bueno, tengo que irme. Estoy entrando en la pista.

—De acuerdo. Llámame cuando tengas más tiempo para charlar. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero.

Cuelgo y paso mi carnet por el lector, salgo disparado hacia el elegante vestíbulo con aire acondicionado, donde las camisetas enmarcadas cuelgan de las paredes, y los banderines de colores de los campeonatos cuelgan del techo.

Ojalá hubiera tenido más tiempo para hablar con mamá, pero cuando se trata de jugar al hockey en Briar, no cabe despistarse. El entrenador Jensen dirige un programa de primera que se enorgullece de su excelencia y trabajo duro. Que últimamente estemos haciéndolo como el culo no significa que esos valores se hayan perdido.

A paso rápido me dirijo a los vestuarios. Todavía tengo el teléfono en la mano y, después de un momento de duda, me dejo llevar por el impulso de mensajear a Sabrina.

Yo: Buenos días, querida. Has pensado en lo q hablamos? Aquí tengo una oferta de primera cita con tu nombre escrito por todas partes...

A continuación, guardo el móvil y me meto en el entrenamiento.

#Sabrina

Ya llego tarde para encontrarme con las chicas, pero cuando salgo a todo correr de mi tutoría, sé de inmediato que voy a llegar incluso más tarde.

Beau Maxwell y algunos de sus amigos están reunidos en la parte inferior de la escalera, rodeados por media docena de fans femeninas de fútbol americano. Desde donde estoy, resulta evidente que los chicos están disfrutando de su atención. Aunque Briar es principalmente una universidad de hockey, los jugadores de fútbol también reciben mucho protagonismo por estos lares.

—¡S!

Beau se separa del grupo cuando me ve en los escalones. Sus ojos azules se iluminan, lo que provoca ceños fruncidos poco favorecedores en las caras de las chicas que tiene a su alrededor. A ninguna le

gusta que le robe a su *quarterback*/potencial rollo para la noche, pero a mí no me importa mucho, la verdad. No he hablado con Beau desde hace semanas y no puedo negar que me alegra verlo.

Desciendo las escaleras mientras él las asciende y nos encontramos a mitad de camino para un abrazo. Sus brazos musculosos y fuertes me envuelven y me levantan y me balancea en el aire. Me río, haciendo caso omiso de las *groupies* que me asesinan con los ojos.

—Hola —digo cuando me baja de nuevo al suelo—. ¿Qué tal todo?

—No muy bien, la verdad. No muy bien para nada. Mi cama está fría y solitaria sin ti.

Sé que está de coña porque su puchero es exagerado. Pero ni siquiera esa expresión tan tonta le hace menos atractivo. Con su pelo oscuro y sus rasgos cincelados, Beau es megasexy. Nos conocimos en una fiesta la primavera pasada, donde, en cuestión de segundos, me conquistó con su sonrisa con hoyuelos y su encanto despreocupado. Creo que nos fuimos a la cama unos diez minutos después de eso, y es uno de los pocos tíos con los que me he permitido estar más de una vez.

Pero ahora estamos los dos cara a cara y no siento nada por él. Ningún cosquilleo. Ningún calentón. Ningún «quiero darle otra vez». Por muy estupendo que esté Beau, él no es el chico con el que quiero estar desnuda estos días.

Ese honor recae en John Tucker. También conocido como el tío más bueno, paciente y dulce del planeta. También conocido como el tipo que me invitó a una cita con un mensaje esta mañana y al que aún no he respondido.

—En serio, princesa, ¿qué he hecho para merecer tal castigo? —Se agarra el corazón con dolor exagerado, y los entrecejos fruncidos y cabreos de las *groupies* se hacen más pronunciados y gigantes respectivamente.

—Ajá. Estoy segura de que tu cama ha estado triste y vacía desde que salí de ella. Apuesto que estás viviendo la melancólica y solitaria vida de un monje.

—No del todo. —Me guiña un ojo—. Pero al menos intenta actuar como si echaras de menos zumbarte a esto. —Pasa una mano delante de él, de la cabeza a los pies.

Y, sí, «esto» es muy atractivo. Me refiero a un pectoral ancho, brazos esculpidos, piernas largas y músculos para dar y tomar.

Pero Tucker también tiene todas esas cosas.

—Veo que tu ego es aún más enorme que de costumbre —digo sonriendo. Beau asiente enfáticamente.

—Así es. No tan grande como mi polla, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero no me quejo.

—Aparte de tu enorme polla y tu ego, ¿qué tal te va la vida? ¿Cómo está Joanna? —Conocí a la hermana mayor de Beau, Joanna, en una de sus fiestas, y verlos a los dos pelearse fue muy entretenido.

—Está genial. Sigue haciendo ese espectáculo en Broadway y triunfando. —Suspira—. Me pregunta por ti todo el tiempo.

—¿En serio?

—Sí, sí. Piensa que soy un idiota por no pedirte que seas mi novia.

—¿En serio? —repito secamente.

—Intenté decirle que soy demasiado hombre para ti, pero Jo insiste en que tú eres demasiada mujer para mí. Obviamente, está equivocada.

Mis labios se contraen divertidos.

—Obviamente. ¿Y qué más? ¿Qué tal va la temporada?

Su expresión relajada se tambalea un poco.

—El equipo ha perdido dos partidos esta temporada.

La compasión se clava en mi pecho. Sé lo importante que es el fútbol para él.

—Estoy segura de que todavía podéis cambiar las cosas —le aseguro, aunque no tengo ni idea de si es cierto o no.

Al parecer no lo es.

—*Naah*, estamos jodidos —dice con tristeza—. Dos derrotas prácticamente garantizan que no vamos a llegar a los *playoffs*.

Ah, mierda. Y también es su último año en Briar.

—Bueno, pero al menos llevaste al equipo a ganar un campeonato durante tu tiempo aquí —le recuerdo—. Eso ya es algo, ¿no?

—Claro. —Pero no parece muy convencido de ello. Se aclara la garganta y me ofrece una sonrisa a la que le falta el brillo de antes—. En fin. Que me ha encantado encontrarme contigo. Prometí no abrir la boca, pero creo que no pasa nada por sacar el tema contigo si tú eres la otra parte.

Arrugo la frente.

—¿La otra parte de qué?

Él me lanza una sonrisa amplia, y esta vez SÍ llega a sus ojos.

—La épica persecución de Tuck.

Ay, Dios.

—¿De qué estás hablando? —digo con tono agudo.

—Ja. Venga, no te hagas la tonta, peque. Hace una semana o así vino a verme al gimnasio, y conozco al tío: ni de coña lleva una semana sin verte.

La ansiedad me pellizca el vientre. Es posible que Beau y yo hayamos terminado superbién, pero eso no significa que me sienta cómoda hablando de otros chicos con él.

Como si lo hubiese notado, suaviza su tono.

—Todo bien, S. No tienes que darme detalles si no quieres. —Se encoge de hombros—. Solo quería que supieras que es un buen tipo.

Eh, ¿qué?

—Eh, ¿qué? —le digo en voz alta.

Beau se ríe.

—Tucker —aclara, como si yo no supiese de quién estamos hablando—. Sé que haces una cruzada contra los jugadores de hockey...

—¡No es verdad! —protesto.

—¡Joder, ya te digo que sí! —Se ríe aún más—. ¿Quieres que te enumere todas las veces que tuve que quedarme ahí sentado escuchando mierda sobre Di Laurentis? En realidad, ni siquiera sería capaz de enumerarlas. Fueron muchas.

—Puede que haya habido un par de ocasiones —admito con un gruñido.

—Una par, un centenar, es lo mismo, ¿verdad? Pero sí, ni siquiera voy a intentar defender a Dean, que es la hostia de guay, por cierto. Sé que no vas a cambiar de opinión sobre él. Pero Tucker es de verdad de fiar. Es uno de los tipos más majos que he conocido nunca.

Yo igual, pienso con irónica amargura. Y en voz alta pregunto:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque te conozco. —Extiende la mano y coge un mechón de mi pelo. Detrás de nosotros, un jadeo indignado suena entre las *groupies*—. Probablemente has pensado en un millón de razones para no dar a Tuck una oportunidad. Y si una de esas razones es que realmente no te mola, pues entonces, guay, no salgas con él. Pero si sí que te mola, no dejes que esta gran cabecita tuya... —Golpea con suavidad mi cabeza— te diga lo contrario, ¿vale?

—Probablemente deberías dejar de tocarme. Tus fans se están cabreando. Resopla.

—¿De verdad crees que el que te toque va a impedir que una o dos, o todas, me la chupen esta noche? Palidezco.

—Qué asco, Beau.

—Es la verdad, Sabrina. —Mueve las cejas—. Soy un Dios por aquí. No puedo hacer nada mal.

Bueno. Debe ser guay vivir en un mundo donde todo se te entrega a ti en bandeja de plata, donde los errores no significan nada.

Me guardo mis pensamientos cínicos para mí misma.

—Entonces, ¿qué fue exactamente lo que te dijo Tucker?

—Que le gustas. —Beau vuelve a encogerse de hombros—. Quería saber si nuestra historia sería un problema para él. Le dije que no.

La boca se me abre de par en par.

—O sea, que prácticamente te pidió permiso para salir conmigo, ¿no?

—¿Permiso? —Beau resopla lo suficientemente fuerte como para que todos sus amigos nos miren—. Sí, ya, más bien me anunció que le molabas y que si yo tenía algún problema con eso, pues ajo y agua.

Reprimo la sonrisa que está tratando de salir a la superficie. A pesar de sus palabras dulces y sus modestas sonrisas, resulta que Tucker es un follador alfa. No sé por qué eso me pone tanto, pero lo hace.

—En fin, que no hagas el tonto con esto —dice Beau muy serio—. Alguien como Tuck podría ser bueno para ti. Puede evitar que estudies hasta matarte.

—¡Ah! —exclamo—. Antes de que se me olvide, ¡he entrado en Harvard!

—¿De verdad? —Su cara se parte en la sonrisa más grande y ancha—. Joder, tía, ¡enhorabuena!

Y entonces me arrastra de nuevo a sus brazos para darme un abrazo de oso, mientras que sus guapísimas *groupies* me lanzan otra mirada asesina.

12

Sabrina

El BMW de Hope me está esperando en el parking. Cuando subo al asiento trasero, me encuentro a Hope y Carin cantando una canción de pop horrible, y ya no me siento culpable por hacerlas esperar. Es evidente que se lo han pasado pipa.

—Y entonces ¿cuál es ese sitio nuevo al que vamos? —pregunto cuando termina la canción.

—Ahora verás —suelta Hope desde el asiento del conductor.

Mis amigas intercambian miradas divertidas, lo que levanta inmediatamente mis sospechas.

—Si es el bar hippie ese raro en Boston en el que ponían chupitos de alfalfa al que me llevasteis, me largo de aquí ahora mismo. No estoy de coña.

—Este sitio te gustará —me asegura—. Tiene todas tus cosas favoritas.

No necesito ver sus caras para saber que están sonriendo de satisfacción.

—Voy a confiar en vosotras —advierdo—. No rompáis el código de amigas.

Carin se gira.

—Olvida el código de amigas. ¿De qué hablabais tú y Beau?

Me inclino hacia delante y les cuento la conversación que acabo de tener con el *quarterback* estrella de Briar.

—Joder, ese tío va en serio —exclama Hope.

—¿Beau o Tucker?

—Tucker. ¡Pava! ¿Fue a uno de tus ex a declararle sus intenciones? Chica, este tío está colado.

—Qué raro, ¿verdad? Quiero decir, que me esté «persiguiendo» así activamente. Es... raro. —Dirijo esto mayormente a Carin. Hope es una romántica. Ella cree que todos los del reality *El soltero* están ahí para encontrar el amor cuando el resto de los espectadores saben que el programa va de unos cuantos *donnadies* en busca de fama.

Pero Carin me decepciona.

—No es raro... Es genial. A ver, yo he tenido rollos. Me he encontrado con la mirada de un chico al otro lado de la habitación, o ha venido a hablar conmigo, pero nunca he tenido alguien que me persiga.

—Yo igual —dice Hope, lanzándome una mirada desde el espejo retrovisor—. D'Andre me invitó a salir mientras estaba caminando en la cinta del gimnasio. Me dijo que nunca había visto a una chica sudorosa más guapa que yo. —Suspira soñadora—. Le dije que sí inmediatamente. Si hubo alguna persecución, duró cinco minutos en total. Nos fuimos a la cama en la segunda cita, ¿recordáis?

—¿Cómo es? —Carin me mira como si yo fuese un fascinante descubrimiento nuevo que acaba de meter en una placa para el microscopio.

—¿Hope en la cama? Bueno, pues besa muy bien, pero necesita mejorar el resto de su técnica. —La broma es mala, pero no estoy dispuesta a ceder. Me cuesta aceptar que me siento como una niña aturdida por el firme y decidido asedio de Tucker.

Hope extiende el dedo corazón.

—Soy un polvo impresionante. Mi técnica es perfecta. Si fuera mejor, D'Andre no podría salir de la

cama. Que es lo que pasa en realidad; tengo que echarlo...

—Es cierto —confirma Carin—. D'Andre siempre suplica como un niño triste cuando tiene que irse por las mañanas.

—¿Es así con Tucker? —me provoca Hope.

—¿De verdad queréis saber cómo me siento al respecto? —Exhalo un suspiro largo y fuerte, decidida a ser honesta con mis amigas y conmigo misma. —Me siento tonta y débil, y no me mola. Debería ser inmune a esto. Quiero decir, él solo es un chico. Me he acostado con un montón de chicos antes y estoy segura de que habrá muchos más en el futuro. Así que, ¿por qué estoy medio floja y nerviosa con este?

—¿Por qué sentir algo por alguien es una debilidad? —me reprende Hope—. Sé que piensas que YO soy débil.

—Dios, no. Pero tú...

Eres rica y guapa e inteligente, y yo tengo que dejarme la piel para todo.

Frustrada, me clavo el nudillo del pulgar en la sien.

—Tú eres más desenvuelta y equilibrada que yo. Yo siempre me siento como si estuviera a un paso del desastre. La otra noche tuve un sueño en el que la catedrática Fromm entraba en el Boots & Chutes mientras yo estaba en el escenario con solo un tanga y mucha purpurina. Me desperté en *shock*, porque yo estaba convencidísima de que habría un email en mi ordenador diciéndome que mi admisión a Harvard había sido revocada.

Frente a mí, Hope sacude sus trenzas.

—Cariño, lo acabas de decir tú misma. Tus horarios son terribles. La razón por la que estás tan estresada es porque solo te das una o dos horas a la semana para relajarte.

—Tiene razón —dice Carin—. Y mira, creo que es genial que quedes con nosotras una vez a la semana, pero a este paso, vas a fundirte incluso antes de llegar a Harvard. Eso es lo que te está diciendo tu sueño.

—Briar está lleno de estudiantes espectaculares. El postgrado en Derecho no va a ser más competitivo de lo que ya has vivido. —Hope me mira con seriedad en el espejo—. Baja el ritmo, Sabrina. O, al menos, baja el ritmo mientras puedas.

—No tienes que casarte con ese chico —interviene Carin—. Tener una cita o buen sexo no significa tener un compromiso. También es un estudiante, lo que significa que tiene que estudiar. Juega al hockey, lo que significa que tiene entrenamientos y partidos. Si vas a salir con alguien, tiene que ser alguien cuya vida también esté ocupada, ¿no?

Hope levanta una ceja.

—Él tiene un partido esta noche...

Me quedo boquiabierta.

—¿Le estás siguiendo o algo? ¿Cómo sabes que tiene un partido?

—He mirado el calendario del equipo en la web de Briar.

Carin asiente con entusiasmo.

—¿Quiénes sois vosotras y dónde están mis amigas? —pregunto—. ¡Ni siquiera os MOLA el hockey!

—A mí sí —protesta Carin—. ¡Mi padre hace una fiesta de la Copa Stanley todos los años!

Me vuelvo hacia Hope, que se encoge de hombros.

—Ni me gusta ni me disgusta. Y no tengo nada en contra de ir a un partido si eso significa ver a mi mejor amiga pasar, por fin, un buen rato.

—Vamos —dice Carin—, no tenemos que quedarnos todo el partido. Lo vemos un rato y quizá después puedes ver a Tucker para decirle lo maravillosamente bien que ha jugado y lo sexy que está con su uniforme. De hecho... —Saca la mano por la ventana. —Ya estamos.

—¿Aquí es donde vamos a cenar? —Miro las millonarias instalaciones de hockey de Briar, y a todos los estudiantes que fluyen hacia el interior.

Carin sonrío.

—Sí. Te encantan los perritos calientes, ¿verdad?

—D'Andre nos espera dentro —añade Hope.

Yo suspiro.

—¿Así que él también estaba al tanto de este plan diabólico nuestro?

—Por supuesto. Es mi compinche en el crimen. —Hope apaga el motor y ella y Carin se desabrochan el cinturón de seguridad—. Muy bien, vamos a por ello. No perdamos más tiempo, B.

Me asomo al estadio de nuevo, sintiéndome extrañamente nerviosa.

—No estoy segura de esto.

—Bah, vamos —me persuade Carin—. Este sitio está lleno de tus cosas favoritas: deportistas.

Le saco la lengua, pero ella simplemente se ríe.

—Oye, si pasas de Tuck, entonces intentaré tachar «barba» de mi lista de cosas por hacer. —Carin parpadea inocentemente—. A ver, solo si a ti no te mola ese chico tan increíble y musculoso que te ha dado el mejor sexo de tu vida, deberías apoyar que nos enrollemos Tuck y yo.

La imagen del pequeño cuerpo de Carin debajo de la enormidad de Tucker me revuelve el estómago.

—Es Tucker. No Tuck. —Me sonrojo cuando escucho la rigidez en mi propia voz.

A Hope le entra un ataque de risa.

—Dios, si pudieses ver la cara de cabreo que tienes ahora mismo... —Se ríe Carin—. Cariño, estás muy pillada.

Hope saca una petaca de su bolso.

—Si el partido es horrible, nos pillamos un buen pedo mientras vemos a un montón de chicos blancos patinar por ahí con cuchillas en los pies.

Su descripción de lo que cree que es el hockey hace que Carin y yo nos partamos de la risa. Y cuando mis amigas saltan fuera del coche, decido salir y seguir las hasta la entrada del estadio.

Tienen razón en muchas cosas. Sí que necesito un descanso, y quizá, solo quizá, necesito a Tucker.

###

No entiendo mucho de deportes y apenas veo partidos. No porque no me gusten, sino porque nunca he tenido tiempo para profundizar en ninguno. Sé un poco de fútbol americano por Beau. Y un poco de béisbol porque eso es todo lo que Ray ve por la tele en primavera.

De hockey, no tanto.

Pero tengo que admitir que ver jugar al equipo de Briar es más interesante de lo que pensaba.

Estoy aplastada entre Hope y Carin, con D'Andre sentado al otro lado de Hope. No sé si tenemos buenos asientos o no. Carin dice que sí, pero yo hubiera preferido estar sentada justo detrás del banquillo del equipo local, para así poder observar a Tucker toda la noche. En vez de eso, tengo que encontrar satisfacción mirándole en el hielo.

Hope me dijo que su camiseta es la número 46. Supongo que se enteró por la web de la uni. Así que fijo mi mirada en la camiseta plata y negro en la que se lee 46, maravillada por la confianza con la que sujeta el palo. No creo que yo pudiera agarrarme a un palo de hockey con esos guantes de boxeo tan tochos.

Cuando les comento esto a mis amigas, D'Andre se parte el culo de risa.

—Esos son guantes de hockey, tía. No son guantes de boxeo.

—Ah. —Me siento estúpida.

En mi defensa, nunca había estado antes en un partido de hockey, así que, ¿por qué se debería esperar de mí que conociese el nombre de cada elemento de la equipación? Sé que hay palos o *sticks*, discos y redes. Sé que algunos jugadores son delanteros, porque eso es lo que me dijo Tucker que era él. Y sé que otros jugadores son defensores, porque eso es lo que Beau me contó que era Dean.

Aparte de eso, soy una completa ignorante sobre el juego. Nunca hubo ninguna razón para estudiármelo, porque los jugadores de hockey han formado parte de mi lista de los «ni de coña».

Igual que los novios.

Argh. No me puedo creer que haya dejado que mis amigas me convencieran para esto. No tengo tiempo para novios. E incluso si lo tuviera, Tucker no es mi tipo. Es demasiado majo. Y dulce. E increíble.

Ese hilo de vergüenza que sentí cuando Ray nos interrumpió mientras follábamos todavía revolotea en mi cabeza cada vez que pienso en ello. Fue superhumillante. Y aunque Tucker me aseguró que no le hacía cambiar su opinión sobre mí a peor, una parte de MÍ sí tiene un bajo concepto de mí misma.

No me gusta de dónde vengo. No me gusta Ray. A veces hasta odio a mi propia madre. Sé que se supone que debo quererla porque me dio a luz, pero la tía me abandonó. Simplemente SE LARGÓ.

—¡Es vuestro, chicos! —grita un fan entusiasta, que me saca de golpe de mis sombríos pensamientos.

Echo un vistazo al hielo para ver a Tucker patinar de nuevo. La noche en que nos conocimos me contó que una lesión de rodilla que tuvo de pequeño le hacía ser lento, pero, santo Dios, no parece lento PARA NADA. Va tan rápido que es como una mancha yendo de un extremo a otro de la pista en menos de lo que dura un parpadeo.

Sus compañeros de equipo son igual de rápidos y apenas soy capaz de seguir el disco. Pensé que lo tenía Tucker, pero después la multitud ruge de decepción y giro la cabeza para ver cómo el disco negro rebota en uno de los postes de la portería. Imagino que era otro el que lo tenía, pero Tucker gana el rebote. Se lo pasa a uno de sus compañeros de equipo. Cuando el chico golpea el disco otra vez hacia Tuck, me levanto acelerada para poder ver mejor su tiro a portería.

Lo falla. Me quejo de frustración. Carin se ríe cuando me desplomo en mi asiento, pero no se burla de mí por mi repentina explosión de rollo fan.

El partido sigue sin goles hasta el final del tercer tiempo. No me puedo creer que hayamos estado presenciando treinta minutos de hockey y que nadie haya marcado todavía. Uno podría pensar que lo encontraría aburrido, pero estoy sentada en el borde de mi asiento, preguntándome qué equipo será el primero en hacer sangre al otro.

Es Briar.

Cuando la luz sobre la portería se ilumina, un tema de rock suena a todo volumen por megafonía y los hinchas locales gritan celebrándolo. El locutor dice que el gol lo ha marcado un tal Mike Hollis y que la asistencia era de... John Tucker.

Brinco sobre mis pies otra vez, animando al equipo en voz alta. Esta vez, mis amigas sí que dicen algo.

—Está muy pillada —comenta D'Andre.

—Ya te lo dije —le dice Hope a su novio.

—¿Qué? —suelto a la defensiva—. Ha sido una maniobra de puntuación muy buena.

Carin se inclina hacia adelante.

—¿Maniobra de puntuación? —dice entre risas—. Por Dios, B, pillla la movida. Se llama marcar un GOL.

—¡Márcate un gol! —respondo infantilmente.

D'Andre se ríe.

—Muy bueno.

Me siento y me pongo a ver el rapidísimo partido con la respiración contenida. Para mi alivio, Briar resiste la presión del otro equipo y ganamos 1-0 cuando suena el timbre final. Todo el mundo está de buen humor cuando van saliendo del estadio, yo incluida.

Me siento feliz de haber venido esta noche. Y por muy insegura que esté sobre si debo llegar a algo con Tucker o no, no puedo negar que tengo muchas ganas de verle y darle un abrazo y decirle que ha jugado un partido increíble. Seguro que me devolverá el abrazo. Me dará las gracias. Quizá me propondrá que nos subamos a esa *pick-up* que tiene para celebrarlo en plan sexy...

Si lo hace, sinceramente, no creo que esta vez fuera a decir que no.

—Según parece, todas las conejitas se congregan fuera de los vestuarios —me susurra Carin mientras caminamos en fila por el vestíbulo principal—. Así que esperémosle fuera. Habrá menos gente.

—¿Las conejitas?

—Conejitas. *Groupies* del hockey. Fanáticas. Como prefieras llamarlas... —Se encoge de hombros—. Ya sabes, las chicas que buscan hacer guarradas con un jugador de hockey.

—Ah. Vale. Lo pillo. —Yo también me encojo de hombros, porque no tengo nada en contra de las chicas que quieren eso. Después de todo, mi requisito para mis rollos es «solo deportistas».

Pero cuando el deportista al que estoy esperando finalmente sale del edificio, no está solo.

Mi espalda se tensa cuando veo a Tucker parar en las escaleras con su brazo colgando de una rubia bajita. Él lleva su cazadora de hockey y ella un anorak de color rojo brillante, pero por la forma en la que mi estómago se retuerce de celos, se podría pensar que están completamente desnudos y follando descaradamente en las escaleras.

—Vámonos —les siseo a mis amigas.

Una mano firme rodea mi muñeca.

—Solo están charlando —dice Hope en voz baja.

Mis mejillas se hunden cuando rechino los dientes.

—Tiene su brazo alrededor de ella.

NO voy a hacer el ridículo por un jugador de hockey, especialmente por uno que dice lo mucho que quiere salir conmigo y luego sale de una celebración postpartido con el brazo alrededor de otra chica.

Le lanzo otra mirada. Sí. Sigue con el brazo alrededor de ella. Y se ríe de lo que le dice Rubita.

Mis molares se están convirtiendo en polvo, pero parezco incapaz de mirar a otro lado. Rubita envuelve ambos brazos alrededor de la cintura de Tucker y le da un abrazo fuerte. Ella ladea la cabeza hacia él. Él sonrío.

Y entonces mi corazón se destroza y se hace añicos, porque la cabeza de Tucker se acerca a la de ella. Su boca baja más y más hasta que, finalmente, la besa...

13

Sabrina

...en la frente.

Tucker besa a Rubita en la frente.

Y luego le riza el pelo como si fuese una niña de tres años.

—Joder. ¿Le ha besado la frente? —suelta D'Andre—. Qué chungo.

Es igual. ¡Sigue siendo un beso! Y ya ni quiero saber quién es esa tía. Me siento gilipollas por haber venido esta noche.

Tucker es Mister Popular, con su ejército de fans, sus modales impecables y ese pelo rojizo que le hace parecer que pertenece a una *sitcom* antigua sobre una familia en donde la vida es perfecta, perfecta, perfecta.

Yo soy la alumna destacada, la cabrona que estudia hasta que se le salen los ojos y trabaja cada segundo de cada día, para tratar de salir de la alcantarilla en la que nació, y así poder estar al lado de todos los niños de Briar sin sentirse inferior.

—Vámonos —repito.

Mis amigas deben darse cuenta de que voy muy en serio, porque todas dan un paso hacia adelante. Estamos a medio metro de la base de la escalera cuando escucho mi nombre.

—¡Sabrina!

Mierda. Me ha visto.

—Espera.— Su voz suena ahora más cerca.

Me vuelvo hacia Carin en una súplica silenciosa para pedir ayuda, pero ella solo sonrío. Cuando me giro hacia Hope y D'Andre, hacen que miran sus móviles. Traidores.

Con un suspiro, me doy la vuelta y me uno a Tucker a medio camino.

Está visiblemente emocionado de verme, sus ojos brillan y su boca sexy está curvada en una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Digo la primera chorrada que se me ocurre.

—Estaba por la zona.

—Ah, ¿sí? —Su sonrisa se ensancha—. ¿Y por casualidad has visto algo del partido mientras estabas por la zona?

—Pues la verdad es que lo he visto entero. Muy buena asistencia.

—Creía que no sabías nada de hockey.

—Y no sé. Solo estoy repitiendo lo que dijo el locutor por megafonía.

—¡Tucker! —Alguien le llama desde el grupo de jugadores—. ¿Vienes o qué?

Se gira para contestar a gritos:

—¡Os veo allí! —Y ahí está su sonrisa otra vez—. ¿Quieres venir a mi casa para celebrar la victoria con nosotros?

Niego con la cabeza.

—Tengo que ir a casa. Trabajo mañana. Además... —*No lo digas...* —, la verdad, no me apetece... —

¡No lo digas, hostias, Sabrina! — ser una sujetavelas. —Termino, y quiero darme una torta a misma.

Sus cejas castaño oscuro se disparan.

—¿De qué estás hablando?

Aprieto los dientes.

—Querida —dice.

—La Caperucita de ahí —murmuro, señalando con la cabeza a Rubita, que ahora está charlando con uno de los amigos de Tucker—. Parecía que teníais una cita.

—¿Una cita? Eh, no. —Se echa a reír—. Es Sheena, una amiga. —Hace una pausa—. Bueno, una ex.

Me lanzo a lo que dice.

—¡¿Ves?!

—¿Qué si veo qué? Es una ex, pero también es una amiga. Me llevo guay con un montón de mis exnovias.

Por supuesto. Ninguna chica del universo se volvería loca con este tío en plan rallarle la *pick-up* o destrozarla con un bate de béisbol. Es supermajo. Es imposible odiarlo.

—Estás celosa —bromea.

—No —miento.

—Claro que lo estás. —Está encantado—. Te gusto.

—No. —Miento de nuevo—. Ya te lo he dicho. Estaba por la zona. Pensé que por qué no saludar.

—Vamos, querida, que no eres así. ¿Por qué no nos sacas de este sufrimiento y me dices que sí de una vez?

—¿Sí a qué?

—A una cita. Di que sí y ya está.

Mi boca se abre para formar palabras. O, más bien, una palabra. *Sí*. Quiero decirla. De verdad que sí, pero no me mola que me pongan en un brete. Puedo sentir las miradas de mis amigos sobre nosotros, están disfrutando. Y ahora también nos miran algunos de sus amigos. Y Tucker es demasiado bueno y amable, y yo soy pobre y guardo las distancias, y mi padrastro es un asqueroso total y todo resulta demasiado abrumador en este momento.

Así que, cuando finalmente contesto, no es con la palabra que quiere oír:

—Tus amigos te están esperando —murmuro, y a continuación regreso con rapidez a mi gente antes de que pueda objetar.

Carin me mira un momento a la cara y me lleva hacia el parking donde D'Andre tiene el coche.

—¡Uf! —gimo cuando no estamos a la vista de Tucker—. ¡Soy una imbécil integral!

—No eres imbécil —objeta Hope.

—Si acaso, eres demasiado inteligente —dice Carin—. Tu cerebro es tu mayor enemigo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que piensas demasiado. Todos te hemos visto la cara hace un momento. Te gusta ese tío. Te gusta mucho.

—Me asusta —suelto.

Tres pares de ojos parpadean con sorpresa.

—Es demasiado perfecto, chicos. —Gruño otra vez—. Y yo soy un desastre total casi todo el rato. Tengo miedo de que si llega a conocerme mejor, se dará cuenta de que...

—¿Y qué si lo hace? —interviene Hope.

Mis dientes se clavan en mi labio inferior.

Carin me toca el brazo.

—Tienes que salir con él. En serio, Sabrina, lo lamentarás si no lo haces. Y si hay algo que sé que

odias son los remordimientos.

Tiene razón. Quiero matarme a mí misma cada vez que dejo pasar una oportunidad.

—Mira —dice cuando dudo durante demasiado tiempo—. Vayamos a una cita doble.

—¿Una cita doble? —repito en voz baja.

—*Aaah*, un trío. —Hope sube y baja las cejas—. Guarrillas.

—Relax, Hopeless —ordena Carin—. Estoy hablando de una cita doble en plan normal.

Le doy vueltas. La verdad es que sí que quita bastante presión.

—Está bien... eso sí lo puedo hacer.

Carin sonrío.

—Guay. Ahora mándale un mensaje antes de que cambies de idea. Ah, y más vale que el tío con el que me emparejes esté bueno. Y asegúrate de que sabe cómo utilizar su lengua.

—Estoy aquí, lo sabes, ¿no? —D'Andre mueve una mano carnosa en el aire—. ¿Qué os parece, pervertidas, si dejáis de tratar a mi clan masculino como objetos?

Hope se ríe.

—¿Quién está utilizándoos como objetos? —responde Carin—. Solo estoy diciendo que quiero un tío que sea mañoso con la lengua. Ese debe ser el requisito previo para cada miembro de ese «clan masculino» del que hablas, D. En el colegio, deberían enseñar a leer, a escribir y a mover bien la lengua.

—Chavala, creo que te pueden encerrar por pensar eso —advierte.

Hope sigue partiéndose de risa sin control durante otro minuto antes de recuperar la suficiente compostura como para acercarse a mí y apretarme el brazo.

—Esto te va a venir bien.

—Si sale mal, podré soltarte un «¿te lo dije?».

—Me lo escribiré en la frente con un rotulador permanente negro —promete.

Mientras mis amigos se dirigen hacia el coche de Hope, reúno todo el valor que puedo encontrar y escribo a Tucker antes de convencerme a mí misma para no hacerlo:

Si digo que sí, no significa nada.

Su respuesta es inmediata.

Él: *Significa que sí.*

Yo: *Pero no me estoy comprometiendo a nada más allá de esta cita.*

Él: *Es un poco presuntuoso, ¿no? Solo te he pedido una cita.*

Me quedo mirando el móvil fijamente. ¿Lo estaba yo leyendo bien? El tío me habla del amor a primera vista, de que quiere casarse y tener hijos y ¿solo quiere verme una vez más y echarme un polvo?

Él: *Es broma, querida. Estoy esperando a la tercera cita para pedirte matrimonio. ¿Cuándo?*

Yo: *Voy con mi amiga Carin y tú tienes que llevar al tío más bueno que conozcas.*

Él: *Soy el tío más bueno que conozco. Buscaré al segundo tío más bueno de la uni. ¿Tiene alguna preferencia?*

Yo: *Alguien que sepa usar su lengua.*

Él: *Una vez más, ese soy yo. No estoy seguro de cómo podré averiguar cómo de buenos son los otros tíos con su equipamiento. No es un tema que salga a menudo.*

Yo: *Ese es el precio de mi tiempo.*

Él: *Me pongo con ello.*

Hay un pequeño retraso, y después aparece otro mensaje.

Él: *No te arrepentirás.*

###

Tengo la idea perfecta para una cita, me mensaja Carin una hora más tarde. Son las once y me estoy preparando para acostarme, porque me tengo que levantar a las cuatro para clasificar correo. Al mensaje le sigue una foto ligeramente borrosa. Toco la pantalla para aumentarla hasta que soy capaz de descifrar alguna palabra.

Yo: ¿Vamos a quedar para dibujar? No tengo habilidades artísticas. Incluso mis monigotes son horribles. Ya lo sabes. Te burlaste de mi muñeco del Ahorcado una vez.

Ella: Eso NO era un Ahorcado. Eso era... A ver, los brazos deberían salir de los costados, no del cuello. De todas formas, esto está tirado. Es en plan dibujos con números. Bebemos/pintamos/nos lo pasamos bien. Si la cita es horrible, tú y yo podemos beber hasta olvidarnos de todo.

Yo: Ok. ¿Cuándo sería? Solo estoy disponible domingo, martes, miércoles, jueves.

Ella: Lo sé. Por eso he elegido esto, tonta. Es un domingo sí, otro no. Es decir, mañana por la noche.

¿Y yo qué sé? La foto que ha enviado es enana y borrosa, y podría parecer una reunión de grupo en la iglesia el sábado por la mañana.

Yo: Voy a ver si T está disponible.

Ella: Te apuesto a q lo está.

No voy a apostarme nada a eso. En su lugar, escribo a Tucker.

Yo: ¿Te ape un rato de dibujar con números?

La alerta de mensaje suena en mi móvil cuando me estoy poniendo mi camiseta del pijama y mis bóxers.

Él: ¿Es rollo Enredo pero desnudos?

Yo: No tengo ni la más remota idea.

Le mando la foto. Igual él puede entender algo, porque yo no pillo nada.

Él: ¿Esto lo han hecho con una cámara de verdad o lo han dibujado unos duendes?

Yo: Carin es científica, no artista. Por cierto, ¿has encontrado a alguien?

Él: Sí. Viene mi amigo Fitz. Y antes de q preguntes, no tengo ni idea de sus habilidades orales. Pero es megainteligente, es un jugador brutal y nunca he oído ninguna queja.

Hago un pantallazo del mensaje y se lo envío a Carin.

Yo: Te parece bien?

Ella: Me mandas una foto?

Escribo a Tuck: Me mandas una foto?

Él: De q?

Por Dios. Esto es un juego absurdo de teléfono real.

Yo: Tucker dice: de q?

Ella: Cara, abdominales, culo. Polla no.

Otro pantallazo y se lo envío a Tucker. Mientras que él se piensa la petición, me lavo la cara y los dientes. Para cuando me subo a la cama, tengo un mensaje esperándome. Una foto de un tío impresionante de pelo oscuro lanzando a Tucker en el aire llena mi pantalla.

Uau. Es increíble lo buenos que están los jugadores de hockey de Briar. ¿Acaso es un requisito para formar parte del equipo? ¿Poder darle al disco para que vaya a 100 kilómetros por hora y ser además la estrella del calendario anual?

Le reenvío la foto a Carin, que a cambio me envía un emoji con el pulgar hacia arriba. A continuación escribo otra vez a Tucker.

Yo: *Nos parece bien.*

Él: *Hora / sitio? En serio, no se ve nada en la foto.*

Yo: *Mañana. 20h. Carin dice que hay alcohol.*

Él: *Ok*

Estoy a punto de soltar mi teléfono cuando aparece un «escribiendo». Después desaparece. Y luego vuelve a aparecer de nuevo. Por fin, vibra con un mensaje.

Él: *Las fotos d pollas son d verdad tan malas?*

Ahogo una risita. ¿Esa es su pregunta?

Yo: *Por? Me vas a enviar una?*

Él: *Me da q puede ser una pregunta trampa. Quieres una?*

Yo: *Depende del contexto. Fotos de pollas porque sí = no quiero. ¿Otras? No sé. Nunca me han mandado una q me mole de verdad. Has enviado alguna? Muchas?*

Él: *Se me han cansado los pulgares. Espera.*

El teléfono vibra en mi mano un segundo después.

—Hola —respondo.

—Eh. —Hace una pausa—. Oye, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión sobre la cita?

—Mis amigas me han dicho que me vendría bien —admito.

—Tus amigas tienen razón. —Puedo oír la sonrisa en su voz—. De todos modos, siento que es una conversación que debemos tener en persona para así poder verte la cara. Los *emojis* de berenjena no tienen suficientes matices.

Eso me hace reír.

—Cierto.

—Pero tú estás en Boston y yo en Hastings, así que tendrá que ser así, por teléfono. Puede ser que haya enviado una foto una vez, pero porque la pidieron. Ella me envió una antes.

—¿En serio? A mí no me mola mucho eso. Demasiadas fotografías vengativas por internet. —Además, nunca he estado lo suficiente con un tío como para querer enviarle una foto. Pero eso no lo comparto con Tucker—. ¿Así que hay fotos del poderoso plátano de Tucker en internet?

—Todavía no me han etiquetado en Instagram, así que tengo la esperanza de que no estén por ahí. Pero gracias por llamar poderoso a mi pene. Te estamos agradecidos. —Se lo está pasando bien y eso tiñe sus palabras.

—¿«Te estamos»? ¿Tú y tu pene?

—Sí —dice con alegría.

Me acurruco más abajo en las sábanas.

—¿Le has puesto nombre a tu pene?

—¿No hace eso todo el mundo? Los chicos le ponen nombre a todo lo que es importante para ellos: coches, pollas,... Uno de mis compañeros en el equipo de hockey del colegio le puso nombre al *stick*, algo absurdo, porque los palos se rompen todo el tiempo. Cuando acabó la temporada, había usado doce.

—¿Cómo se llamaban?

—Se dedicó a añadir un número al final, tipo iPhone 6 y iPhone 7. Lo único que en su caso era Henrietta I, Henrietta II, etcétera.

Suelto una risita.

—Debería haber usado la convención que se usa en la nomenclatura de los huracanes.

—Querida, no era lo suficientemente inteligente como para elegir dos nombres. Imagínate doce.

Querida. Mi corazón se dispara con esa palabra. Las otras veces que la ha utilizado, me sonaba a algo dicho porque sí. ¿Pero ahora? ¿Después de decir que los chicos le ponen nombre a las cosas que son

importantes para ellos?

Apago mis interpretaciones fantásticas antes de que me lleven a un lugar peligroso. *Estamos flirteando. Mantén un tono discreto.*

—¿Cómo se llama tu pene?

—No, no —me regaña—. Eso es información solo para mi mujer. No te lo puedo decir hasta nuestra luna de miel.

Me quedo esperando a que la inevitable sensación de incomodidad empiece a hacerme cosquillas en el cuello. Pero no pasa nada. Al parecer, los chistes improvisados sobre el matrimonio ya no me molestan.

—Y entonces ¿qué es lo que hace que una foto de la polla sea buena? —pregunta—. Lo que no significa que te vaya a mandar una.

—¿Eso también es información solo para tu mujer? —bromeo.

—Eso es para mi prometida.

Aparto a un lado ese pensamiento y reflexiono sobre su pregunta.

—Totalmente gráfico no me mola. Necesito contexto, como te he dicho antes. Tu mano rodeándola estaría guay. Tienes unas manos bonitas.

Oigo un crujido, unos pasos y después el pestillo de una puerta cerrándose. Se ha ido a un lugar privado, y saberlo hace que ciertas partes de mi cuerpo tengan espasmos de excitación.

—Tenía que irme del salón. Tenemos amigos en casa y que estés pensando en mi polla es la hostia de sexy. Estoy demasiado empalmado como para estar en público.

Mi pecho parece pesar tanto que se me hace difícil respirar. Mientras me muevo bajo el edredón, escucho su aliento.

—¿En qué estás pensando? —murmura.

Cojo un poco de aire para llenar mis pulmones, de repente agotados. Sé a dónde va esto. Si me quedo al teléfono, vamos a terminar poniéndonos cachondos el uno al otro hasta el punto de que voy a tener que masturbarme cuando hayamos terminado. Tucker permanece en silencio, dejando que sea yo la que tome la decisión. Meto la mano entre mis piernas como si la presión pudiera hacer que la sensación desapareciera, pero el contacto solo intensifica mi deseo.

Mi voz es ronca cuando comienzo a hablar.

—No puedo dejar de pensar en ti cogiéndote la polla. Solo que ahora estás moviendo la mano, acariciándote a ti mismo.

Cuando no hay respuesta inmediata, me sonrojo, pensando que he ido demasiado lejos. Pero sus siguientes palabras me dicen que está ahí conmigo.

—Me estás matando.

Me muerdo el labio y me froto con más fuerza.

—Yo también me estoy poniendo a mil.

—Eso no ayuda, porque ahora te estoy imaginando sonrojada y muerta de ganas. ¿Estás mojada, Sabrina?

Mis dedos se deslizan por mi coño.

—Mucho.

—Mierda. ¿Qué estaría haciendo yo ahora si estuviera allí?

—Chupándome —digo al instante. Su lengua es lo más.

En el otro lado de la línea, oigo otro crujido y después una voz ronca que dice:

—¿Necesitas un juguete?

—Sí, dame un segundo. —A tientas rebusco en el cajón de mi mesa y encuentro la caja de tampones en donde escondo mis cosas de Ray: algo de dinero enrollado en un plástico vacío de un tampón y mi

vibrador. Cojo este último y lo enciendo.

—Listo —le digo mientras coloco el juguete vibrante contra mi clítoris. Mis caderas se arquean hacia arriba y se me escapa un pequeño grito.

—Dios —se queja—. Métele dentro, lentamente. Constante. Mi mano está en ese vibrador y mi lengua está en tu clítoris.

Mientras da sus órdenes y dibuja una representación erótica, yo me meto el juguete dentro y lo saco. Es un alivio no tener que pensar, entregarme por completo a él. No digo nada más. No puedo, la verdad. Estoy demasiado concentrada en escucharle, en dejar que su acento sureño se vierta sobre mí como sirope caliente, en escuchar las instrucciones, sucias y con voz ronca, diciéndome que bombee el vibrador con más fuerza, que le imagine chupándome el coño, diciéndome lo guapa y sexy que soy, y que no había estado tan empalmado en su vida.

Me corro mientras el sonido de él tocándose a sí mismo se mezcla con mis jadeos de placer. Su voz llena mi mundo.

—Buenas noches, querida —dice cuando mi respiración se ralentiza.

—Buenas noches —consigo decir. Y entonces me quedo dormida. Profunda y completamente satisfecha.

14

Sabrina

—¿Vamos a pintar un desnudo? —La sospecha me invade cuando tiro de la puerta del local Wine & Brushes. El letrero muestra sin complejos dos maniquís de madera articulados dispuestos en un sórdido abrazo. Apropiado para un bar de vinos de un pueblo universitario, supongo—. Hiciste la foto esa borrosa a propósito —acuso a mi amiga.

—Por supuesto que sí —dice Carin en tono engreído—. No quería que tuvieras una excusa para decir que no. —Entra y se detiene a dos pasos de la puerta, su mirada fija en la barra que cruza el espacio. —Muy guapo —susurra en voz baja—. Buen trabajo, B.

Sonrío.

—Encantada de llevarme un reconocimiento no merecido.

Cada una de nosotras coge una copa de vino de una bandeja que hay junto a una mesa antes de seguir andando. Nuestras citas están apoyadas en la barra hablando entre ellos. Incluso encorvados, son como una cabeza más altos que toda la gente que hay en el local. Veo a otras chicas mirando un segundo a sus citas y después lanzando ávidas miradas hacia Tucker y Fitzy.

Son esas miradas las que me impulsan a atravesar la sala y ponerme de puntillas para darle a Tucker un beso en los labios.

Las comisuras de su boca sexy se curvan como si supiese exactamente lo que estoy haciendo.

—Qué bien verte, querida. ¿Dormiste bien anoche?

—Sí. ¿Tú?

—Como un bebe.

Carin no se pierde nada.

—¿Has dormido en Boston? —dice con recochineo.

Niega con la cabeza.

—Solo escuché una historia interesante.

Utilizo la copa de vino para reprimir una sonrisa, mientras Tucker hace las presentaciones.

—Carin, él es Colin, pero todo el mundo lo llama Fitzy.

—Me gusta más —anuncia—. Carin y Colin suenan demasiado cursi juntos.

El chico de más de metro ochenta sonrío con timidez y aprieta la mano de Carin con la suya, agitando con cuidado como si tuviese miedo de hacerle daño. Pero no debería preocuparle eso. Es una chica pequeña, pero fuerte.

—¿Sois compañeros de piso? —pregunta Carin. No disimula para nada cuando le admira de arriba abajo.

No puedo negar que estoy haciendo un poco lo mismo. Fitzy es increíblemente guapo. Tiene el pelo oscuro y despeinado, y dan ganas de pasarle los dedos. Y esos tatuajes... mmm. Lleva una camiseta que enseña dos brazos llenos de diseños intrincados y un montón de imágenes rollo fantasía: veo varios dragones y al menos una espada. Y también hay tinta que asoma del cuello de la camiseta. A Carin en general no le molan los tíos tatuados, pero sus ojos están pegados a este en concreto.

—No. Vivo solo —le contesta Fitzzy—. Tucker vive con los victoriosos.

—¿Los victoriosos? —repito, pero creo que sé la respuesta.

La expresión de Tucker muestra diversión.

—Garrett y Logan son las estrellas. Ambos van a ser *pros* del hockey. Y ya conoces a Dean.

Arrugo la nariz cuando menciona su nombre.

—No la hagas empezar —advierde Carin.

Fitzzy ofrece una media sonrisa.

—¿Una chica que no adora a Dean? No sabía que existían.

—¡Sacó un sobresaliente porque se estaba acostando con la profesora asistente! —digo quejándome.

Carin pone su mano sobre mi boca.

—Te lo advertí. Vamos, Fitzzy. —Deja caer su mano y llama con su dedo al enorme jugador de hockey

—. Vamos a buscar un sitio para sentarnos. Ya he escuchado esta historia y no es una buena idea. —

Tararea un par de líneas de *Frozen* mientras se lo lleva lejos.

Emito un sonido de frustración desde la parte posterior de la garganta, pero dado que la mitad de mi público se ha marchado, me vuelvo a la única persona que queda.

—¿También vas a decirme que deje ya el tema?

—*Naah*, aférrate a eso el tiempo que quieras. No es mi papel decirte lo que te enfada. —Me cubre la nuca con su enorme mano y se inclina para susurrarme al oído—. Pero me encantaría poder decirte qué hacer luego esta noche.

Mi cuerpo se tensa de inmediato. El sexo con Tucker es lo menos estresante y lo más agradable de mi vida ahora mismo y, mientras me apoyo en él, me doy cuenta de que ya no me interesa pelearme contra la atracción que existe entre nosotros. Mis amigas tienen razón: NECESITO esto. No solo el sexo, también la compañía. Salir con un tipo inteligente y guapo que no quiere nada más que estar conmigo de cualquier manera posible.

Creo que voy dejar que fluya y a ver qué pasa.

—Trato hecho.

Me guiña el ojo.

—Se me están ocurriendo algunas ideas.

—Como si no las tuvieras antes —me burlo.

—Tengo más ideas todavía. Me inspiras mucho.

Su mirada sexy hace que dé un paso adelante y levante la mano contra su pecho —su pecho megacuadrado y definido y muy lamible y precioso. Bajo mi mano, sus músculos se flexionan y su corazón late rápidamente. Me pongo de puntillas para...

Una tos fuerte detrás de nosotros me hace bajar.

—¿Sí? —le dice Tucker a Fitzzy sin apartar sus ojos de los míos.

—Quizá queráis sentaros. Todo el mundo está esperando por vosotros.

Me doy la vuelta y veo que la mayoría de la gente que hay en la sala se ha acomodado en sus sillas, bien esperando a que nos sentemos, o bien con la esperanza de que empecemos a meternos mano en frente de ellos. Las largas mesas están dispuestas en forma de C, y hay una pequeña tarima en el centro donde supongo que estará el modelo. Cada uno de nosotros tenemos nuestro propio caballete, un lienzo y una gran variedad de pinceles y pinturas acrílicas. Es muy guay.

—A menos que os vayáis a despelotar y servir como nuestros modelos, venid a sentaros —ordena Carin.

La mano de Tucker se desliza hacia abajo, consiguiendo que se me ponga toda la piel de gallina en su recorrido hasta mi mano. La agarro y tiro de él hacia las sillas que hay junto a Carin.

—Se supone que tienes que esperar hasta después de la cita para saltarle encima —susurra mientras me siento.

Pongo la copa de vino a un lado y cojo un pincel.

—Las normas son para los tontos y la gente aburrida.

Roza un pincel sobre mi nariz con gesto de asco en broma, pero la monitora comienza a hablar y nos callamos por costumbre.

—¡Hola a todos! ¡Soy Aria y seré vuestra monitora esta noche! ¡Estoy superentusiasmada con el grupo de hoy!

Ay, madre. Nuestra profe es una bola gigante de energía que va saltando sobre sus pies mientras se dirige a los participantes. En su cabeza hay un remolino desordenado de rastas en plan medusa, que se mueven como serpientes mientras ella habla y pega saltitos.

—¡Lo primero que voy a hacer es presentaros a nuestro modelo! Él es Spector.

¡¿Spector?!

Tucker se balancea en su silla y cuando me giro, le veo reprimiendo oleadas de carcajadas. Le planto una mano en la rodilla para que se quede quieto.

—Sé amable —siseo.

—Lo estoy intentando. —Se ríe mientras se dice a sí mismo en un susurro—: Spector.

Un tipo alto con una bata blanca se adelanta y saluda al grupo con la mano. Su pelo negro es más largo que el mío y tiene esos ojos entornados a lo James Franco que lo hacen parecer perpetuamente fumado.

—Hola. —Es todo lo que dice.

Después se quita la bata.

Reprimo un grito, porque, *oh, my God*, su pene está AHÍ. Y es impresionante.

A mi lado, Carin también se da prisa en analizar la mercancía.

—¡Bueno, bueno, eso sí que sí! ¡Hola, anaconda humana! —le dice al modelo antes de barrer con la mirada al resto de mujeres del público—. Damas, creo que Spector merece un lento aplauso, ¿no?

Ahora soy yo la que intenta no reírse, porque vaya si las mujeres rompen todas a aplaudir muy, muy lentamente, lo que les lleva a un estallido de aplausos más fuerte, seguidos de silbidos y piropos. El tono del rostro del pobre Spector es tan rojo que parece pertenecer a la gama de colores que tengo en frente.

Tucker resopla con fuerza en la silla junto a la mía, mientras Fitzzy se echa hacia atrás y por detrás de Carin me pregunta:

—¿Carin es siempre así?

—Normalmente, es peor —digo con alegría.

Eso no parece desanimarle. Nuestra monitora, por su parte, está empezando a cabrearse.

—¡Chicos! —Da palmadas con las manos—. ¡Concentraos! ¡Haced vuestro precioso arte! —Su expresión severa se desmorona y le sustituye una sonrisa—. Lo cual, por supuesto, incluye la maquinaria de Spector.

Esta es la cita más rara que he tenido en mi puta vida.

Aria nos hace un resumen de cómo funciona todo. No es muy complicado. Bebemos vino y pintamos el pene de Spector. Sorprendentemente, Tuck, Fitz y los otros hombres de la sala están instantáneamente por la labor. Se abren los tubos de pintura, se levantan los pinceles y nos ponemos a hacer nuestro precioso arte.

Más o menos.

Torpemente arrastro el pincel sobre el lienzo. He mezclado amarillo, blanco y marrón para intentar crear un tono de piel color carne para mi cuadro de Spector, pero parece que se ha puesto un espray bronceador horroroso.

Tucker pasa uno de sus pinceles secos por un nudillo de su mano en el que tiene un hematoma.

—Se me ocurren una docena de usos interesantes con esto. Igual me lo llevo a casa.

Resoplo.

—Los pinceles no son juguetes sexuales.

—¿Eso quién lo dice?

Trabajamos sin parar durante la siguiente hora. Carin es superbueno en esto. Igual que Fitzy que, según Tuck, diseña sus propios videojuegos. Tucker, sorprendentemente, no lo hace mal, a pesar de que parece estar evitando la región púbica en su pintura.

—Vas a tener que acabar pintando su tema —le digo con recochineo.

Me guiña un ojo.

—Estoy guardando lo mejor para el final.

En la otra sección de mesas, un chico con el pelo rubio liso y una camiseta de los Red Sox levanta la mano.

—Profe, ¡no puedo hacer el pubis! ¡Parecen hormigas pequeñas!

Un estallido de risas resuena en la sala. Creo que el de los Red Sox también está en una cita doble, porque él y su chica están sentados junto a otra pareja, que están histéricos partiéndose de risa

—En serio, Spec —dice en voz alta el amigo de los Red Sox—. Te podrías haber depilado un poco antes de venir aquí esta noche, ¿no crees?

—No puedo —responde Spector desde su tarima, con tono de aburrimiento—. Mi contrato no me lo permite.

¿¿Tiene un contrato?! ¿Para posar desnudo y que le pinten en un bar universitario?

—El vello púbico añade textura a la pintura —explica Aria al grupo—. Pero el arte trata de la interpretación de lo que se ve, ¿recordáis? Pintad lo que veis aquí dentro... —Da palmadas con la mano sobre su corazón—, no lo que veis aquí. —Ahora apunta a los ojos.

—¿Qué mierdas significa eso? —le susurro a Tucker, cuya cara está completamente roja de tanto reír.

—Como... ¡¡eso!! —exclama Aria de pronto—. ¡ESO es interpretación!

Miro para ver cómo tira del lienzo de Fitzy sacándolo del caballete. El enorme chaval murmulla algo en protesta, pero Aria no le hace caso y sube la pintura con gesto ostentoso.

Mi boca se abre de par en par cuando veo lo que ha pintado el amigo de Tucker. Es Spector, pero una versión del tipo en plan duro con un casco y empuñando un escudo. En lugar del tan comentado pene, Fitzy ha pintado una espada de diseño complejo que sobresale de la entrepierna del chico. Es una espada digna de *Juego de Tronos*.

—¡Tronco! —exclama Tucker, impresionado.

—¡Es increíble! —Una Carin con los ojos abiertos como platos le dice entusiasmada a su cita.

Fitzy se encoge de hombros.

—No está mal.

Su modestia me hace sonreír. Sonrío con más ganas cuando Aria le devuelve el lienzo y le suplica que no se lo lleve y que lo deje allí.

Retomamos nuestros cuadros, haciendo bromas y bebiendo vino. De vez en cuando, Tucker se inclina hacia el pobre señor mayor que hay a su lado y le ayuda.

—No, hombre, es mejor que sombree aquí —le aconseja—. Imagínese que la luz está dándole al brazo desde allí arriba. En ese caso, la sombra sería aquí abajo.

El anciano carraspea en voz alta.

—Todo esto es una pérdida de tiempo.

—¡Hiram! —le regaña su esposa.

—¿Qué? Es cierto —dice en tono malhumorado, y a continuación nos lanza a mí y a Tucker una mirada arisca—. Esto ha sido idea SUYA.

—Porque pensé que te lo pasarías bien —protesta la mujer de pelo canoso—. Siempre me has dicho lo mucho que envidias mis habilidades artísticas.

La pareja parece estar en los sesenta y largos. O, qué coño, igual tienen ochenta años. Nunca se me ha dado bien averiguar la edad. Además, las personas mayores parecen tan jóvenes últimamente. La abuela podría pasar por mi hermana mayor.

—Dios, Doris, lo siento, ¡pero no aprendí a dibujar a gente desnuda cuando me disparaban en Vietnam!

Doris golpea su pincel sobre la mesa.

—¡Ya hemos hablado de este tema! El doctor Phillips ha dicho que no puedes hablar más de Vietnam. Es destructivo para nuestra relación.

—Ese fue el momento más duro de mi vida —responde él obstinado.

—¿Y crees que fue fácil para mí? —pregunta—. ¿Estar en la casa criando a dos niños en pañales mientras tú estabas en otro país cazando *Charlies*?

Él grita indignado:

—¡Tú estabas limpiando culos y yo matando seres humanos!

Me muerdo el labio para no reír, a pesar de que esto no es una conversación especialmente divertida. Es posible que se me haya subido el vino a la cabeza.

—A ver, a ver —dice Tucker arrastrando las palabras—. Hiram, amigo, su mujer es preciosa y claramente está entregada a usted. Y, Doris, Hiram luchó por su país para que usted y sus hijos estuvieran seguros... Piense en lo mucho que debe de quererla para haber hecho eso. Así que no se peleen, ¿vale? ¿Por qué no se centran en pintar a ese agradable chico de ahí y en hacer justicia a su maquinaria?

Fitzzy resopla de risa desde el otro lado de Carin.

Lo mismo hace Hiram, cuya voz se vuelve ronca cuando se dirige a su esposa.

—Lo siento, Dorrie. Tienes razón, esto es una idea estupenda.

—Y tú fuiste muy valiente en la guerra —dice de forma magnánima.

Hiram se inclina y le da unas palmaditas en el hombro a Tucker.

—Bueno. Enséñame ese truco del sombreado.

Mi corazón se derrite mientras veo a Tucker ayudando al señor mayor. Doris, por su parte, está sonrojada, probablemente pensando en cuando le ha dicho que era preciosa.

—Me gustas, chaval —le dice Hiram a mi cita.

Sí. A mí también me gusta.

#Tucker

Todos nos sentimos tontos y con un puntito al salir del bar con nuestros lienzos envueltos bajo el brazo. Bueno, todos excepto Fitzzy. La monitora le hizo dejar su cuadro allí para poder enseñarlo en sus futuras clases.

En la calle el aire es frío, pero eso no impide que Hiram diga:

—He visto una heladería al venir. Vayamos a ver si todavía está abierta.

Y sí, nuestra cita doble se ha convertido en una cita triple, y de repente nos vamos a tomar un helado con un viejo veterano de Vietnam y su dulcísima esposa.

Agarro la mano de Sabrina mientras paseamos por la acera. Sinceramente, no esperaba pasármelo tan bien esta noche. Es que... ¿una clase de pintura? Hay un millón de cosas (guarras) que habría preferido

hacer, pero esto no ha ido mal del todo. Incluso Fitzzy se ha reído más veces esta noche de lo que nunca le había oído en el pasado.

La heladería está a punto de cerrar cuando llegamos, pero el chico que se disponía a echar el cierre en la puerta se apiada de nosotros y abre la caja registradora. Dándole las gracias efusivamente, pedimos cucuruchos de gofre y después volvemos al parking del bar.

Ahora que ya no discuten, Hiram y Doris nos regalan historias sobre sus cuarenta y seis años juntos. Han atravesado momentos bastante angustiosos, pero estoy más interesado en los recuerdos felices que describen.

Cuarenta y seis años. Es la hostia de surrealista pensar en estar con alguien durante tanto tiempo. ¿Estoy totalmente loco por querer lo mismo?

Sabrina parece igualmente fascinada por sus historias y, cuando la pareja de ancianos se sube a su pequeño coche y se marcha, ella parece realmente decepcionada de que se vayan.

—Nos vamos a terminar nuestro helado en mi coche —anuncia Carin, y no hay nada discreto en la forma en que lo dice. Con una sonrisa traviesa, tira de la mano de Fitzzy y lo arrastra hacia el cinco puertas azul aparcado al otro lado del aparcamiento.

Mi amigo gira la cabeza para mirarme y me sonrío.

—Claramente se van a enrollar —dice Sabrina.

—Sí.

La llevo a mi *pick-up*. Una vez estamos instalados en el asiento delantero, le doy al contacto y enciendo la calefacción. Lo del helado probablemente ha sido una mala idea. Sabrina está temblando visiblemente mientras esperamos a que la *pick-up* se caliente.

—Pues eso —digo.

—Pues eso.

—Ha sido divertido.

—¿Qué parte? ¿Cuando el de los Red Sox pintó hormigas como si fueran un pubis? ¿O cuando Hiram y Doris describieron lo que fue vivir la locura de cirugía de pecho en los años ochenta?

—Joder. ¿Y cuando ha dicho que había estado pensando en operarse los «senos»?

—Santo Dios. ¡Casi me muero! —Sabrina se parte de risa a mi lado; el tono alto de su risa provoca una oleada de calor en mi pecho.

Mierda. Esta chica me gusta muchísimo. Ella es... increíble. No es la reina de hielo que Dean no para de decir, ni lo más mínimo. Es inteligente, divertida, cariñosa y...

Y creo que podría estar enamorándome.

Mi risa se apaga.

—¿Qué pasa? —pregunta Sabrina inmediatamente.

—Nada —miento. Es eso o decirle lo que estoy pensando, y estoy bastante seguro de que no quiere oírlo.

No me quiero ni imaginar su respuesta si admito que me estoy enamorando de ella. Hemos follado dos veces y hemos tenido UNA cita. Es demasiado pronto para sacar el verbo que empieza por Q en la conversación.

—¿Estás seguro? —Parece preocupada—. Tienes una arruga superprofunda justo... aquí. —Con suavidad me pasa dos dedos por la frente.

—*Naah*, estoy bien. —Me muevo en mi asiento y me acerco más a ella—. Me lo estoy pasando genial.

—Yo también. —Su labio inferior sale un poco hacia fuera—. Me gustaría...

—¿Te gustaría qué?

Suspira.

—Me gustaría poder ir a mi casa contigo, pero tengo que levantarme a las cuatro de la mañana. Para mí no es la mejor noche para trasnochar.

—Estamos igual. Tengo entrenamiento a las siete.

—Así que nada de sexo —dice con tristeza.

—No, a menos que quieras hacerlo otra vez en la *pick-up*.

El interés parpadea en sus ojos oscuros antes de desaparecer resignado.

—Es tentador, pero me sentiría rara acostándome con alguien, con Carin a unos tres metros de distancia.

—Estoy bastante seguro de que Carin no nos está prestando atención en este momento.

Sabrina niega con la cabeza.

—Créeme, no van a estar ahí mucho más rato. Ella tiene una norma superrestricta de nada de sexo en la primera cita. Fitzy solamente va a sacar unos cuantos morreos. —Se ríe—. Y probablemente un calentón de huevos.

—¿Y yo? ¿Me van a odiar mis huevos cuando llegue a casa?

—No sé. Eso dímelo tú. —Y a continuación se desliza sobre la consola de la *pick-up* hasta mi asiento y me besa.

Cuando su lengua seductora se arremolina sobre la mía, le envía un rayo de deseo a mis huevos. Me quejo contra sus suaves labios.

—Sí —digo con voz ronca—. Sin duda voy a tener que poner un poco de hielo sobre mis chicos esta noche.

—Oh, pobrecito —susurra, y después empieza a torturarme con besos hambrientos y deslizando la mano lentamente sobre mi entrepierna.

Nos enrollamos un rato, ninguno de los dos ansiosos por ir más lejos. Pero aun así es la hostia de sexy. Cuando nos separamos, las ventanas de mi *pick-up* están empañadas y yo estoy empalmado como un poste de portería.

—Debería irme a casa —dice con pesar.

Asiento con la cabeza, ofreciendo una sonrisa burlona.

—¿Piedra, papel o tijera para decidir quién llama a la ventanilla de estos?

Resulta innecesario, porque de repente oigo un golpe en MI ventanilla. La bajo con la manivela y me encuentro con la cara enrojecida de Carin mirándome. Sus labios están hinchados y su pelo es una maraña de rizos rojos.

—Perdonad —dice con un tímido encogimiento de hombros—. Pero B me dijo que tenía que irse a las diez y media, y es más tarde que eso ya...

Muy, muy a mi pesar, me deslizo para bajar de la *pick-up* y corro a la puerta de Sabrina para abrirla. Su expresión es tan reacia como la mía.

Un Fitzy de pelo despeinado está apoyado a un lado de mi *pick-up*, y Carin le da una palmada en el culo cuando se dirige a su coche.

—¿Vamos a hacer esto otra vez? —le digo bajito a Sabrina.

—¿Pintar desnudos? No lo sé. Una vez creo que es suficiente.

—Otra cita —corrijo—. ¿Me vas a llamar cuando tengas un hueco libre?

Medio esperaba una ristra de argumentos, pero Sabrina simplemente se pone de puntillas, me besa en los labios y se aparta para decir:

—Por supuesto.

15

Tucker

Diciembre

Yo: *Te echo d menos.*

Ella: *Yo tb te echo d menos.*

Yo: *¿Hay alguna posibilidad de que podamos cambiar eso y nos veamos? Llevo mi polla...*

Ella: *ME PARTO. No va implícito? Venís en el mismo paquete.*

Yo: *Paquete es la palabra perfecta. Un paquete muy grande. ;)*

Vale, me estoy pasando, pero, joder, la echo mucho de menos. No la he visto en una semana, que es... siete días de más. Desde nuestra doble cita del mes pasado, nos hemos intentado ver al menos dos o tres veces a la semana. Con nuestras frenéticas agendas, es un milagro haber conseguido sacar momentos libres, así que era solo cuestión de tiempo que nuestros horarios nos ganaran la partida.

Estas últimas dos semanas, los dos hemos estado ocupados con cosas de la uni. He tenido algunos entrenamientos brutales, y partidos, y después ha llegado Acción de Gracias y ya me había comprometido a pasar las vacaciones con Hollis y su familia. Tuve la tentación de rajarme y ver a Sabrina en su lugar, pero ella tenía que trabajar y confesó que preferiría que no estuviera por ahí en el club de *strippers* mientras atiende las mesas. Al parecer, Boots & Chutes es «Ciudad lo Peor» los días festivos.

Me muero por verla, así que cuando leo su siguiente mensaje, mentalmente cierro el puño con fuerza, victorioso.

Ella: *Si no te importa el viaje, te vienes a Boston hoy? Estoy con un trabajo de Derecho Constitucional, pero puedo descansar muchas veces si quieres hacerme compañía.*

Ni siquiera dudo.

Yo: *De camino.*

Me he duchado y cambiado de ropa por si se daba la posibilidad de verla esta noche. Bajo corriendo a la planta baja, con la esperanza de poder salir de la casa desapercibido.

—¡Tuck, ven aquí! Necesitamos una opinión adulta.

Mierda. He estado tan cerca.

Sigo la voz de Garrett hasta el salón, donde me lo encuentro a él y a Hannah en el sillón. Ella está en su regazo, él tiene sus brazos alrededor de ella, y se les ve tan felices y en paz, que siento una punzada de envidia. No son los únicos. Logan, Fitz y un amigo de Logan, Morris, están en el sofá, con los mandos de la consola en las manos. El juego de disparos en primera persona al que están jugando está en pausa en la pantalla plana.

—¿Qué pasa? —Trato de ocultar mi impaciencia—. Estoy saliendo.

Desde el sofá, Logan arquea una ceja.

—Has salido mucho últimamente.

Me encojo de hombros.

—Sitios a los que ir, gente a la que ver.

—¿Alguna vez nos vas a decir su nombre? —pregunta Hannah con tono alegre.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —le contesto con inocencia. Garrett hace un gesto con una mano.

—En este momento me da igual la chica misteriosa de Tuck. Necesito a alguien que me apoye... Y pronto.

Sonrío.

—Que te apoye en qué.

—Dean y Allie.

Ah. Me preguntaba cuándo íbamos a tener esta asamblea familiar. Todos hemos vuelto de nuestros respectivos viajes de Acción de Gracias para descubrir que Dean y Allie son oficialmente pareja.

No me sorprende oírlo, porque yo ya sospechaba que se habían liado, pero estoy un poco flipado con que estén saliendo. Dean no ha tenido novia desde que lo conozco.

—Al parecer, soy el único que piensa que es la peor idea del mundo desde los caballos —dice Garrett cabreado.

—¿Los caballos? —repiten Logan y Fitzzy al unísono.

—¿Los caballos, así en general? —pregunta Morris confundido.

—Que se les haya domesticado —gruñe—. Su lugar es la naturaleza. Fin de la historia.

—Cariño —Hannah mete baza—, ¿estás diciendo eso porque tienes miedo de los caballos?

Abre la boca de par en par.

—No tengo miedo de los caballos.

Ella hace caso omiso de la negación.

—Ay, Dios, ahora todo encaja. Por eso no querías ir a la feria de Acción de Gracias en Filadelfia. — Hannah mira a los demás—. Mis tíos querían llevarnos a una especie de festival con unos puestos superguays y un zoo de mascotas... y equitación. Dijo que le dolía LA TRIPA.

Garrett aprieta visiblemente los dientes.

—Es que me dolía la tripa. Comí demasiado de ese puto pavo, Wellsy. De todos modos, no me gusta nada esto de Dean y Allie. Me van a joder vivo cuando lo dejen.

—Puede ser que no lo dejen —señala.

Arrugo la frente.

—¿Y cómo va a afectarte a ti eso?

Como no le pillo la lógica, me lo explica despacio

—Los bandos, amigo, los lados. La gente se separa, sus amigos se posicionan. Dean es mi amigo, por lo que, obviamente, el código de hermanos dice que tengo que ponerme de su lado. Pero esta de aquí...

—Señala con el pulgar a Hannah—, es mi novia. Novia supera a amigo. Wellsy se pondrá del lado de Allie y yo tendré que ponerme del lado de Wellsy, *vis-à-vis*, estaré del lado de Allie.

—No creo que estés usando *vis-à-vis* correctamente —suelta Morris.

—Sí, creo que la palabra que estás buscando es «ergo». —Los labios de Logan se contraen con violencia.

—Yo no esperaría que te pusieses del lado de Allie por mí —protesta Hannah—. Y estás comportándote como un imbécil con este asunto. Somos adultos. Si lo dejan, todos podremos coexistir en paz.

—Ross y Rachel coexistieron —coincide Logan.

Fitzzy resopla.

Garrett está demasiado ocupado mirando a Hannah.

—No me puedo creer que te parezca guay. Es tu mejor amiga. Dean se va a cargar esto... ¡lo sabes!

Su novia se encoge de hombros.

—Todo lo que sé es que Allie está feliz. Y si Allie es feliz, yo estoy feliz.

—¿Tuck? —pregunta Garrett.

Dudo. Por un lado, a Dean parece molarle de verdad Allie, al menos a juzgar por las limitadas interacciones que he presenciado. Por otro lado, el chaval no tiene una pizca de formalidad en su cuerpo. Allie es una buena chica. Yo no quiero que Dean le haga daño.

De cualquier manera, no es asunto mío.

—Wellsy tiene razón. Son adultos. Si quieren estar juntos, ¿qué más da?

Él me fulmina con la mirada.

—Traidor.

—Amigo, la chica le dejó KO en el suelo anoche —dice Logan con una sonrisa—. Ya sabes lo enorme que es su ego... Si su ego ha podido con eso y Dean sigue queriendo estar con ella, entonces es que va en serio.

Aunque no quiero hacerlo, me echo a reír. Mierda. Me habría gustado que los demás chicos hubieran estado aquí anoche para ver todo el caos. Después del partido en Scranton, Dean y yo llegamos a casa. Estaba totalmente a oscuras y Allie y la hermana de Dean estaban viendo una película de terror. Las chicas se acojonaron y Allie tumbó sin querer a Dean con un pisapapeles, y ahora tengo munición suficiente como para torturarlo durante el resto de su vida.

—Ah, oye, hablando de anoche —dice Hannah—. ¿Llegó bien la hermana de Dean a Brown? Me habría encantado conocerla.

—Créeme —dice Fitzy desde el sofá—. Tienes suerte de no haberlo hecho. Logan se ríe.

—Pobre de ti, una rubia cañón tirándose a tu cuello. ¡¿Cómo se atreve?!

El otro chico se pone rojo.

—¡Me pidió que le enseñara la polla!

—¿Y eso es un problema porque...?

Cuando Morris y Garrett empiezan partirse el culo de risa, Fitzy se encoge de hombros.

—Las tías agresivas no son lo mío. Me gusta ir a mi propio ritmo, ¿vale?

Estoy tentado a decir que eso es mentira, porque seguro que no pareció importarle cuando la amiga de Sabrina, Carin, lo arrastró hasta su coche para enrollarse con él. Pero Fitz y yo no hemos hablado de lo que pasó esa noche, así que permanezco en silencio. Además, si menciono la doble cita, todo el mundo va a preguntarme con quién estaba yo.

La última vez que nos vimos, Sabrina me dijo con recochineo que no le contaba a la gente lo nuestro porque me avergüenzo de ella. Lo que no es el caso. Mis amigos tienen la mala costumbre de meter las narices en la vida amorosa de los demás... Por ejemplo, la obsesión de Garrett con Dean y Allie. Así que sí, prefiero que mi relación con Sabrina no sea diseccionada por todos mis colegas, no cuando aún es tan nueva.

Y además, sé que está secretamente aliviada de mantenernos en la clandestinidad. La única vez que utilicé la palabra «relación» para describirnos, se puso superrara y nerviosa.

—Ok, me tengo que pirar —le digo a todo el mundo—. ¿Algún otro asunto de adultos que tengáis que discutir? ¿O me puedo marchar?

—Vete —gruñe Garrett, espantándome con la mano—. De todas formas, no has ayudado nada.

#Sabrina

La lengua de Tucker está en mi boca antes incluso de que pueda cerrar la puerta principal. A pesar de las oleadas de calor que asaltan mi cuerpo, me obligo a interrumpir el beso. La abuela está en la cocina y lo último que necesito es que salga y vea esto.

—Está mi abuela en casa —murmullo.

Pienso que mostraré decepción, pero Tuck simplemente asiente con la cabeza.

—Guay. ¿Quieres presentármela?

Algo que he aprendido al salir con Tucker este último mes es que no hay absolutamente nada que le desconcierte. Se toma todo con calma, ajustándose y adaptándose según sea necesario. Ni siquiera sé qué aspecto tiene cuando se cabrea.

—Tengo que advertirte... mi abuela es un poco... directa. —Esa es mi discreta manera de decir que es una «capulla borde». Mientras vamos a la cocina, rezo para que mi abuela no se comporte como una cabrona con Tucker.

Cuando entramos, está en la mesa hojeando un número del *US Weekly*.

—¿Se ha olvidado Ray las llaves otra vez? —pregunta la abuela sin levantar la vista.

—Eh. No. —Me muevo con torpeza—. Abuela, te presento a Tucker.

Su cabeza vuela hacia nosotros. Inmediatamente, el interés llena su mirada. Analiza a Tucker de la cabeza a los pies, su mirada lujuriosa es tan descarada que siento cómo se calientan mis mejillas.

—¡Abuela! —le regaño.

Sale del trance.

—Es un gran placer conocerte, Tucker. —Hace hincapié en la palabra «placer».

Genial. Mi abuela está tirándole los tejos a mi..., bueno, no estoy segura de lo que es. Pero el tono seductor de la abuela no me mola nada.

—Soy Joy, la abuela de Sabrina.

—Encantado de conocerla, señora. —Él extiende su mano para saludar y ella mantiene el apretón demasiado tiempo. El tiempo suficiente para que él parezca incómodo cuando da un paso atrás.

—Sabrina no me ha contado que tiene novio.

—Solo somos amigos —respondo.

Los hombros de Tucker se tensan.

Dios, mierda. No quería herir sus sentimientos. Simplemente, no quiero que la abuela se entrometa y nos pregunte cuándo es la boda o algo así.

—Pensé que estabas demasiado ocupada para tener amigos. —Mi abuela levanta una ceja burlona.

Aprieto los dientes.

—No estoy demasiado ocupada para tener amigos. Salgo por ahí con Hope y con Carin, ¿no?

Pero en vez de responder, se gira hacia Tucker.

—Y ¿qué vais a hacer esta noche... par de amigos?

Hablo antes de que él pueda hacerlo.

—Vamos estar en mi cuarto un rato. Quizá veamos una peli o algo así.

Una sonrisa de superioridad curva sus labios.

—Pues muy bien. Intentad que el volumen sea bajito, ¿ehhhh?

Y todos sabemos que no se refiere al volumen de la televisión.

Con mis mejillas ardiendo, me llevo a Tucker fuera de la cocina.

—Lo siento —digo cuando estamos en el pasillo—. Mi abuela puede ser muy impertinente.

Su mirada encuentra la mía.

—¿Por qué es impertinente que pregunte lo que somos el uno para el otro?

Aparto la mirada. Ahí me ha pillado.

La verdad es que la razón por la que no quiero que la abuela haga preguntas es porque no tengo respuestas. No sé lo que Tucker y yo somos el uno para el otro. Todo lo que sé es que lo echo de menos cuando no está. Que cada vez que en mi teléfono aparece un mensaje suyo, mi corazón se eleva como un montón de globos de helio. Que cuando me mira con esos ojos marrones de párpados caídos, olvido mi propio nombre.

Vamos a mi habitación. Él se sienta en el borde de la cama mientras yo cierro y le echo el pestillo a la puerta. Pasan un par de segundos. Después se da unas palmaditas en su regazo y me dice:

—Ven aquí, cariño.

Estoy en él en un abrir y cerrar de ojos, con mis piernas alrededor de su cintura y mis dedos en su pelo.

—Te he echado mucho de menos —le susurro, presionando mis labios contra los suyos.

Besar a Tucker es como sumergirse en un baño caliente. Hace que mi piel vibre con un cosquilleo y convierte mis extremidades en gelatina, envolviéndome en una manta de calor de la que no quiero volver a salir. Su lengua se arrastra sobre mi labio inferior antes de entrar en mi boca. Sus manos están calientes mientras se deslizan con firmeza bajo mi camiseta de tirantes y acaricia mis caderas desnudas.

Antes de darme cuenta, estamos hechos un nudo en la cama, arrancando la ropa del otro mientras nuestras bocas permanecen encajadas. Cuando estamos desnudos, mi cuerpo se aprieta contra el suyo, ávido por liberarse. Tucker está igual de ansioso. No hay juegos preliminares, no hay palabras. Cojo un condón de mi mesita de noche, se lo lanzo y se lo pone sin demora.

Es el sexo más silencioso que hemos tenido. Tiene que ser así, porque la abuela está justo al final del pasillo. Y hay algo sexy y perverso en la forma silenciosa en la que estamos follando. Él me llena por completo, entrando y saliendo de mi interior palpitante a un ritmo lento y delicioso que me vuelve loca.

—Me voy a correr pronto —susurra en mi oído.

Abro los ojos para encontrarme con sus preciosas facciones en tensión, sus dientes hundiéndose en su labio inferior mientras se esfuerza por guardar silencio.

Esta magnífica vista consigue hacer añicos la tensión que está creciendo en mi interior. Cuando el orgasmo se estrella contra la superficie, jadeo, me agarro a su ancha espalda y lo sostengo con firmeza mientras se estremece encima de mí.

Después, se da la vuelta y tira de mí. Sus dedos pasan por mi pelo mientras enredo una pierna sobre la parte inferior del cuerpo. Nos quedamos acurrucados en silencio durante un rato, hasta que finalmente Tucker rompe el silencio diciéndome lo que ha estado haciendo últimamente. Nos hemos enviado mensajes de forma regular, así que ya sabemos la mayoría de las historias, pero la voz de este tío es tan sexy que sería feliz escuchándole recitar el menú de un restaurante si eso significa tener el ronroneo de su acento sureño en mi oído.

Ahogo unas risitas con mi mano cuando me cuenta que la novia de Dean —quién lo iba a decir— dejó a Dean inconsciente con un pisapapeles la noche anterior. Le beso el hombro cuando confiesa lo mucho que está deseando ver a su madre las próximas vacaciones. Y cuando admito lo estresada que estoy por los exámenes finales, me acaricia la espalda y me dice que seguro que lo voy a petar.

Al rato, nos vestimos y ponemos una peli, pero él es el único que la ve. Yo abro un libro de texto y empiezo a subrayar con un rotu fluorescente pasajes que quiero usar como fuente en mi trabajo. Tucker se ríe levemente con la comedia picante que aparece en el pequeño televisor montado en la pared.

De vez en cuando se inclina y me besa la sien, me acaricia la mejilla o me pellizca un pezón.

De vez en cuando yo me inclino sobre él y le chupo en el cuello, le acaricio la barba o le pellizco el culo.

Es la noche más perfecta que podía haber imaginado. Y en el fondo de mi cabeza, una pequeña voz no para de susurrar: *podría acostumbrarme a esto...*

16

Tucker

Cuando me bajo del avión en Dallas, mamá me está esperando en la parte de abajo de la escalera mecánica con tres globos. Uno podría pensar que llego a casa de la guerra en vez de una universidad pija de la costa este.

—¡Mírate! —exclama.

La cojo en brazos y le doy unas vueltas antes de dejarla otra vez en el suelo. Acerca su cara a mi cuerpo y el olor familiar a laca y amoníaco flotan hacia arriba.

—¿Qué es lo que tengo que mirar? —bromeo.

Me ofrece una sonrisa sentimental de madre antes de envolver un delgado brazo en mi cintura y pegarme un pellizco.

—Lo guapo que estás. Tienes un aspecto estupendo.

Me encojo de hombros mientras comenzamos a andar hacia la salida.

—Me siento muy bien.

—Gracias a Dios. Pensé que estarías deprimido por cómo va la temporada. —No es habitual que televisen nuestros partidos, pero ella sigue los resultados en internet.

—¿Por eso has traído los globos?

—¿Crees que los globos son para ti? Porque no lo son.

—¿Y por qué en el plateado pone «Bienvenido a casa, hijo»?

—Estaba de oferta. Habría comprado el de «Soy la mejor mamá del mundo», pero costaba cinco dólares más.

—Vaya, ¿el patriarcado también está cargándose la venta de globos?

Me da con las cintas a las que van sujetos los globos y se ríe.

—Es un mundo terrible, por eso necesitamos globos.

—Esto me recuerda sospechosamente al incidente del delantal rosa —protesto de broma, pero cojo los globos de todos modos y me agacho para plantarle un beso en la coronilla. Al igual que no lo hizo el delantal rosa que me dieron mis compañeros de piso, atravesar el aeropuerto con unos globos no va a dañar mi ego.

—Si yo fuera tú, les daría a todos algo de color rosa a cambio.

Pienso en el consolador rosa con el que a Dean le gusta meterse en la bañera.

—No es mala idea. Tengo que comprar algún regalo antes de volver. Me aseguraré de que todo lo que compro es rosa o está lleno de purpurina. O, si es posible, las dos cosas. —Garret y Logan se morirían de risa con la idea de regalarle a Dean un consolador rosa y con brillitos. Hago una nota mental para acordarme de enviarles un mensaje a los chicos más tarde.

—¿No has facturado maleta? —me pregunta cuando sobrepasamos las cintas de equipaje.

—No, mamá. —No necesito mirar su cara para saber que está decepcionada—. Ya sabes que tengo que volver para el entrenamiento. Aunque la temporada esté siendo un desastre, sigo estando obligado a ponerme los patines. Ese es el precio de la beca.

Mi ocupada agenda durante las vacaciones siempre ha sido una fuente de tristeza para mi madre, que hace todo lo que está a su alcance para celebrar cosas. Vive para la Navidad, que es por lo que me he venido hasta casa a pesar de que muchos de los chicos se han quedado en Briar.

—Pensé que tal vez al ser este el último año, y al ver que no se os estaba dando bien, te permitirían pasar todas las vacaciones conmigo.

—No funciona así. Además, pronto estaré dándote la tabarra todo el tiempo y me suplicarás que me vaya —le advertí.

Pero mientras lo digo, mi cabeza vuelve a Sabrina. Estará en Boston los próximos tres años. Me pregunto cómo vamos a hacerlo para que funcione.

Me pregunto si ella quiere que funcione.

Todo sería mucho más fácil si nos hubiésemos conocido el año pasado. O, qué coño, incluso el semestre pasado, pero ahora solo nos quedan unos cuantos meses más en el mismo código postal y, por razones que no estoy totalmente dispuesto a analizar, en especial con mi madre a mi lado, la distancia que se avecina entre ambos me jode un huevo.

Lucho contra el impulso de volver a subirme en el avión y regresar a Boston. Pero tendré que conformarme con los mensajes, las llamadas y tal vez, si tengo suerte, un poco de Skype. Me gustaría ver cómo usa su juguete cuando yo no estoy.

Casi me choco contra el todoterreno de mi madre, perdido en mis pensamientos sobre Sabrina y su vibrador. Me aclaro la garganta.

—¿Te importa si conduzco yo?

Me tira las llaves.

—Jamás me quejaría de que estás demasiado conmigo. Ya sabes que me encantaría que volvieras a vivir en casa.

—Ya, bueno, pues eso no va a pasar. No hay mujer en el mundo que quiera salir con un chico que vive con su madre —digo, abriendo la puerta para que suba.

Se sube con el ceño fruncido.

—¿Qué hay de malo en vivir con tu madre?

—Todo, y lo sabes. —Y entonces me inclino hacia delante y le planto otro beso en la frente para suavizar la herida.

Durante las cuatro horas de viaje a Patterson, me pone al día con los cotilleos locales de Patterson.

—La hija de María Solís ha venido a casa. Está en la Universidad de Texas. Ahora se corta el pelo en Austin, pero sus modales siguen siendo de lo más exquisitos. El otro día pasó solo para decir hola.

Asiento con la cabeza distraídamente, preguntándome si Sabrina habría dicho que sí si la llego a invitar a que viniera a casa conmigo en vacaciones. Pensé que la invitación no habría recibido una buena acogida, no solo porque lo vería como una señal de que estamos avanzando demasiado rápido, sino porque necesita el dinero de sus curros. Antes de irme, Sabrina estaba casi fuera de sí de felicidad porque iba a ganar un 50 por ciento más.

—Deberías pedirle una cita. —La voz de mamá entra en mis ensoñaciones otra vez.

—¿A quién? —pregunto.

—A la hija de María Solís —responde con impaciencia.

Aparto un segundo la vista de la carretera para lanzarle una mirada de incredulidad.

—¿Quieres que tenga una cita con Daniela Solís?

—¿Por qué no? Es guapa e inteligente. —Mi madre se echa hacia atrás en su asiento y se cruza de brazos.

—Y además es gay.

Su boca se abre de par en par.

—¿Dani Solís es gay?

—Creo que el término adecuado es lesbiana —digo, recordando mi curso de Estudios de Género.

—No puede ser —protesta mi madre—. Es demasiado guapa.

—Mamá, las chicas guapas pueden ser lesbianas.

—¿Estás seguro? Quizá es bisexual. Dicen que los chavales experimentan en la universidad.

—¡Fue al baile de fin de curso con Cassie Carter! Les arreglaste el pelo a las dos.

—Pensé que eran amigas.

—Tuvieron que ir como amigas, porque el comité del baile no les permitió asistir como pareja.

El pueblo del oeste de Texas en el que crecí se inclina un poco hacia el lado conservador. Dani y Cassie SÍ eran amigas, lo único es que se besaban y se metían mano en el pasillo. Y volvían locos a todos los chicos adolescentes que no perdían detalle desde la distancia. Más de una noche de adolescencia fantaseé sobre las cosas que esas dos chicas hacían en privado. Probablemente era algo impropio, pero la mayoría de mis pensamientos desde los diez hasta los diecisiete encajaba en la categoría de impropio.

Mi madre se deja caer en su asiento. Está claro que en su cabeza había desarrollado un elaborado plan para juntarnos a Dani y a mí.

—¿Recuerdas que te dije que había conocido a una chica? —le digo despacio, pensando que es mejor soltar esto ahora, antes de que empiece a intentar emparejarme con todas las chicas de Patterson.

—Vaya —Su tono es cauteloso—. Pensé que no era nada.

—Ahora lo es. Te caería bien. Saca notazas, tiene dos trabajos y le acaban de aceptar en la facultad de Derecho de Harvard para el postgrado.

—¿Harvard? ¿Eso no está en Boston?

La preocupación es intensa en su voz. Lo pilló. Le preocupa que si me enamoro de una chica en Boston, no vuelva a casa, y por eso soltó lo de Dani Solís incluso antes de llegar a casa.

—Sí. En Cambridge. —Ni siquiera le puedo prometer o asegurar nada, porque en este momento no sé qué voy a hacer con Boston, Patterson ni nada. De lo único de lo que estoy seguro es de que quiero estar con Sabrina.

—¿Cuánto dura el postgrado de Derecho?

—Tres años—. También llamado «demasiado tiempo para estar separados».

—Tu plan sigue siendo volver a casa y montar un negocio, ¿verdad? Estuve hablando con Stewart Randolph el otro día. ¿Te acuerdas de él? Es el dueño de la inmobiliaria en Pleasant. Está pensando en jubilarse y ese chaval que tiene no quiere marcharse de Austin. Parece que Randy podría estar interesado en escuchar ofertas.

Agarro el volante un poco más fuerte. Sabrina me preguntó un vez que si había algo que me molestaba. Bueno, pues hacer infeliz a mi madre está en lo más alto de mi lista. Pero la idea de comprar el negocio inmobiliario de Stewart Randolph podría estar cerca del segundo puesto. De hecho, la idea de sentarme en la oficina de Randolph todos los días, con una corbata, me da urticaria. Tengo varias ideas sobre lo que voy a hacer cuando me gradúe, y ser agente de una inmobiliaria no es una de ellas, sobre todo en Patterson, con una población de 10.000 habitantes.

—Hablaré con él —me oigo decir a mí mismo.

—Muy bien. —Por lo menos alguien está satisfecho—. Ah, por cierto, los Solís vienen a cenar a casa esta noche.

—Dios santo, mamá.

—No blasfemes, John.

Cojo aire en una respiración profunda y rezo para tener paciencia, preguntándome cuándo podré

mandarle un mensaje a Sabrina.

###

—Mi madre te ha denominado oficialmente un «buen partido». —Dani se sienta a mi lado en los escalones de la pequeña casa de dos pisos en donde he vivido toda mi vida.

Choco mi vaso de sangría contra el suyo.

—Eso está guay. Voy a poner eso en mi perfil de Tinder.

—También me ha contado que tienes una cantidad secreta de dinero con el que me cubrirás cuando te dé el primogénito de rigor. —La sonrisa de Dani se extiende de oreja a oreja. Es evidente que todo esto le está encantando y me ha dicho que eras muy guapa y muy lista. —Ahogo un suspiro, pensando en la otra niña guapa y lista a la que no he escrito desde el *he aterrizado* de hace horas.

Su respuesta de *Guay! Me alegro!* no me proporciona mi dosis diaria necesaria de Sabrina. Creo que es verdad eso de que la ausencia aviva el cariño, porque la echo un huevo de menos.

—¿Y tú que le dijiste?

Devuelvo la atención a mi amiga.

—Que pensaba que eras lesbiana. Mi madre contestó que quizá eras bisexual.

Eso hace que Dani se encienda. Se parte literalmente por la mitad de la risa; se ríe con tanto ímpetu que su sangría se derrama por todo el borde del vaso.

Le quito la bebida de la mano, para que no nos duche y la pongo al otro lado. Dani tarda un rato en recomponerse, así que acabo mi sangría y después el resto de la suya.

—Tuck, lo siento —jadea, pasándose una mano empapada de vino por la cara—. La idea de Mamá Tucker albergando la esperanza de que sea bisexual para poder emparejarnos es demasiado graciosa.

—Menos mal que tengo la autoestima alta —digo con sequedad—. O todo este descojono me haría sentir como un eunuco.

Dani se calma de inmediato.

—Ay, mierda, ¿te he ofendido? ¿Sientes algo por mí?

—No, y no estoy diciendo que no estés buena, porque lo estás, pero llevo sabiendo que te inclinas hacia un determinado lado desde secundaria.

—Sí, siempre lo he sabido. —Se muerde el labio—. ¿Se quedó tu madre disgustada?

—No ha pensado nada malo de ti, si eso es lo que preguntas. Solo está decepcionada.

Dani mueve la cabeza pensativa.

—Patterson es un pueblo tan cerrado de mente, ¿sabes? Me mola venir de visita, pero nunca podría vivir aquí. —Resalta su declaración con un estremecimiento de rechazo—. Me sorprende que vayas a volver.

—¿Por?

—Tuck, juegas al hockey —dice la última palabra como si tuviera un significado extra, pero soy tonto, así que tengo que pedirle que me lo explique.

—Hay un equipo de hockey en Dallas —le recuerdo—. No es tan raro.

—Sí lo es. Este estado es de fútbol americano, pero no, a ti, un chico de Texas, te flipa el hielo y el frío. Me sorprende que no te quedes en Boston.

Estiro mis piernas y miro hacia el cielo que oscurece. Patterson es uno de esos pueblos que parecen de otro tiempo. En su día fue autosuficiente, pero casi todos los pequeños negocios fueron barridos por las grandes tiendas de los alrededores, que ofrecen precios más baratos y más opciones. La mayoría de la

gente que vive aquí vive del campo, o de la planta de tractores que hay a dos pueblos de distancia. Claro que he pensado en vivir en Boston, pero cada vez que he sacado el tema con mi madre en los últimos cuatro años, ella ha rechazado la idea.

—A mi madre le encanta esto. Esta es la casa que mi padre compró cuando se casaron. —Acaricio los escalones—. Ella no quiere dejarla.

—¿Y no hay nadie que hayas conocido en Briar? ¿Has pasado cuatro años allí y vienes a casa para quedarte y ser el agente inmobiliario número uno de Patterson? —Levanta el dedo índice y pone voz más grave.

La verdad es que no suena a planazo.

—¿También sabes eso?

—Sí, fue parte del argumento de venta. Junto con tu enorme cuenta bancaria, capaz de mantenerme viviendo rodeada de lujo durante el resto de mi vida a base de vender casas en este pueblo. La buena noticia para tu madre es que todas las chicas de Patterson darían su teta izquierda por ser la mujer de John Tucker.

Solo hay una chica a la que quiero poner ese sello, y no estoy del todo seguro de que ella quiera.

—Tengo una chica en Briar —confieso. Hablar de Sabrina hace que la sienta un poco más cerca. Joder, me he convertido en un ñoño. Imagino que no me importa serlo, porque saco mi móvil y digo—: ¿Quieres verla?

Dani asiente con entusiasmo.

Le doy a una foto que le hice a Sabrina en un pub donde pillamos algo para cenar la última vez que fui a Boston a verla. Lleva su pelo oscuro suelto y en cascada por los hombros, y sus ojos brillan traviosos porque me acababa de dar una palmada en el culo mientras nos íbamos.

—Dios, ¡está buenísima! —Dani coge mi teléfono para aumentar la foto, primero en la cara de Sabrina y después el resto de su cuerpo—. ¿Estás seguro de que no es bi? Porque es un crimen que tenga que sufrir la vida solo con tíos.

—Oye, soy muy bueno con la lengua.

Dani me lanza una mirada un tanto despectiva.

—Ningún tío es tan bueno con el sexo oral como una lesbiana. Es una verdad científica.

—¿Sí? En ese caso comparte tus secretos, Solís. Si no por mí, por la pobre Sabrina.

Los labios de Dani se curvan en una atractiva sonrisa.

—¿Sabes qué? Que voy a compartirlos.

Y a continuación procede a darme una lección muy gráfica de cómo se hace sexo oral del bueno.

17

Sabrina

Me he encontrado con una amiga del insti. Es lesbiana. Me dijo que ningún hombre puede hacer lo que hace una mujer. La emborraché d sangría y la obligué a revelarme sus secretos. Prepárate! Voy a destrozarte.

El mensaje de Tucker aparece durante mi descanso en el club. Mientras me bajo de mis tacones de quince centímetros, escribo la respuesta:

Promesas. Promesas.

Como no responde de inmediato, guardo el móvil e intento no estar decepcionada. Supongo que estará ocupado con su madre y sus amigos de siempre.

La piedra que se instaló en mi estómago cuando se fue, hoy se hace un poco más grande. Le echo de menos. Y si soy sincera conmigo misma, creo que me estoy enamorando de él. John Tucker se ha deslizado en mi vida con destreza, llenando espacios que no me daba cuenta que existían.

Y no supone la distracción que pensaba. Cuando necesito tranquilidad, me la da. Cuando necesito diversión, él está ahí con una sonrisa fácil. Y cuando todo mi cuerpo quiere mambo, no tiene problema en follarme hasta dejarme hecha una piltrafa. Le gusta estar conmigo. Y a mí me gusta estar con él.

Me aprieto la nuca. ¿Estoy demasiado encoñada? ¿Debería salir de ahí? ¿Puedo continuar con esto sin que le duela a uno de los dos?

Tucker supuso que yo tenía toda mi vida planeada... y era verdad. La imagen que yo tenía de cuatro años de universidad, seguidos de tres años en la facultad de Derecho, seguidos de unas prácticas de verano bien pagadas, seguidas del trabajo perfecto en un bufete de abogados de los seis más importantes para terminar jubilándome en algún lugar soleado en la playa... es un plan que nunca incluyó a un hombre. No sé por qué. Simplemente no lo incluía.

Los hombres son para... el sexo. Y eso es fácil de conseguir y fácil de olvidar. O al menos, ERA fácil de olvidar. Ahora ya no tanto, porque la idea de no tener a Tucker hace que la piedra de mi estómago parezca una roca enorme. Y la verdad es que la piedra me hace sentir náuseas. Respiro profundamente unas cuantas veces e intento recordar la última vez que comí algo.

—¿Estás bien, linda? —pregunta Kitty Thompson con preocupación. Kitty es una de las propietarias de Boots & Chutes. Junto con otras tres *exstrippers* llevan el club, y es uno de los mejores sitios en los que he trabajado nunca.

Me froto la sien antes de contestar.

—Solo estoy agotada.

—Un par de horas más y ya. —Chasquea con empatía—. Esta noche está tranquilo, probablemente te puedas ir antes.

Las dos miramos las pocas mesas ocupadas.

Con un decisivo movimiento de cabeza dice:

—¿Sabes qué? Vete ya. No ganarías mucho más de veinte dólares. Vete a casa y descansa un poco.

No necesito que me lo diga dos veces. Poder dormir un par de horas más antes de ir a la oficina de

correos para clasificar paquetes es como un sueño. Así que voy rápido a casa y me dejo caer en la cama sin mirar el móvil. Seguirá ahí por la mañana.

A las 3.40 suena la alarma. Cuando me levanto y me siento en la cama, casi me desmayo del mareo que tengo. La cena entera que engullí a toda velocidad anoche en el club amenaza con reaparecer.

Cierro los ojos y hago varias respiraciones profundas. Una vez siento que puedo ponerme de pie sin potarme en los pies, me agacho para coger el móvil.

Lo que es un gran error.

Mi estómago se revuelve. El vómito está en mi boca antes de que pueda llegar al baño, y antes de que pueda subir la tapa del inodoro ya estoy potando. Caigo de rodillas y parece que todo lo que había comido la última semana sale y desemboca en la taza de porcelana.

Ay, Dios. Me encuentro fatal.

Devuelvo hasta que no queda más que bilis acuosa e incolora. Todavía de rodillas, cojo una toalla y me limpio la cara. Me doy cuenta de que estoy sudando. Temblando, sudando, y enferma a más no poder. Con sensación de total debilidad, tiro dos veces de la cadena antes de arrastrarme a una posición vertical.

En el lavabo, me enjuago la boca con agua y me quedo mirando mi pálido reflejo. Tengo que ir a trabajar. Los días de vacaciones siempre baja el número de trabajadores, y los empleados a tiempo completo reciben un 50 por ciento más de salario. No puedo permitirme quedarme en casa.

Voy tambaleándome hacia mi cuarto, pero solo llego hasta la puerta. Oh, oh. El agua que he tragado no me ha sentado bien. El sudor aparece en mi frente, forzándome a volver a la taza del váter.

Cuando tiro de la cadena, lo acepto.

Voy a tener que llamar y decir que estoy enferma. Ni de coña puedo ir a trabajar.

El reloj que hay junto a la cama indica que son las 4.05. Ya llego tarde. Cojo el teléfono y marco el número. Mi supervisor, Kam, responde de inmediato.

—Kam, soy Sabrina. He estado vomitando...

—¿Tienes un informe médico? —pregunta.

—No, pero...

—Lo siento, Sabrina, tienes que venir. Estamos hasta arriba. Tú fuiste la que pidió estos días.

—Lo sé, pero...

—Sin peros. Lo siento.

—He estado vomitando todo...

—Mira, te tengo que dejar, pero como favor voy a pasar tu tarjeta para que no te descuenten pasta ni apunten en tu expediente que has llegado tarde. Pero tienes que venir. Tenemos tantas cajas para organizar que ni siquiera puedo ver el otro lado de la habitación. ¿Nadie va ya a los centros comerciales?

Según parece es una pregunta retórica, porque cuelga inmediatamente después.

Miro el móvil fijamente y después me pongo de pie. Me voy a trabajar... supongo.

—Tienes un aspecto horrible —comenta una de las trabajadoras que hay a tiempo parcial cuando entro dando tumbos veinte minutos más tarde—. No te acerques. No me quiero poner mala.

La miro con los ojos entrecerrados y estoy tentada de vomitarle encima de su uniforme almidonado.

—Yo tampoco —digo con sequedad.

Kam llega con el ceño fruncido y su iPad.

—Vete a la zona cuatro y empieza a clasificar. Vamos tan retrasados que no tiene ni gracia.

Reprimo el impulso de hacer un saludo militar. Aunque estoy de acuerdo con él. Esta situación no tiene ninguna gracia. Me siento fatal.

La mañana se hace eterna. Me siento como si estuviera cubierta de alquitrán; cada movimiento de mi

cuerpo requiere muchísimo esfuerzo. Seguro que he pillado la gripe. Estoy agotadísima, tal y como Hope me había advertido: los dos trabajos, el curso completo y la preocupación por lo de Harvard. Me he exigido demasiado este semestre y ahora estoy pagando las consecuencias.

Cuando el turno acaba, casi no tengo energía para subirme al coche y salir de la zona de aparcamiento. Consigo llegar a casa, pero nada más llegar a la cocina, me ataca otra oleada de náuseas. Me pego una mano a la boca y corro al baño.

—¿Qué mierda pasa con vosotras? —se queja Ray, que está de pie junto a la puerta abierta. Lleva una de sus camisetas interiores sin mangas de color blanco manchado fuera de un pantalón de chándal gris. En una mano sostiene una cerveza.

Tú. Esa es la mierda que nos pasa.

A continuación, el significado de sus palabras cala en mi cabeza.

—¿Cómo que nosotras? ¿La abuela está enferma?

—Eso dice. No acabó de hacerme el desayuno. Se puso mala y se ha ido a desmayarse a la habitación.

—Hace un gesto con la cabeza hacia el dormitorio de la abuela.

Me arrastro hasta ponerme de pie y entro a trompicones en su habitación.

—Abuela, ¿estás mala? —pregunto.

La habitación está oscura y ella acostada en la cama con un antifaz en los ojos.

—Sí. Creo que me he pillado la gripe.

—Mierda. Yo también.

—Te he oído vomitar esta mañana.

—Lo siento.

Acaricia la cama.

—Ven aquí y siéntate a mi lado, cariño. ¿Has vuelto del trabajo?

Asiento con la cabeza, a pesar de que no me puede ver.

—Sí, estoy libre hasta mañana por la mañana. Esta noche no tengo club.

—Eso está bien. Trabajas demasiado.

Me meto en el hueco que ha dejado para mí. Antes, cuando era pequeña, solía dormir con ella. Me entraba miedo y ella me encontraba acurrucada bajo la colcha, llorando en mi almohada. Mamá estaba por ahí con Ray, o con uno de los muchos que hubo antes de Ray. La abuela me llevaba a su habitación y me decía que los monstruos no me cogerían si nos dábamos la mano la una a la otra.

Encuentro la mano de mi abuela y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Son solo unos meses más.

—No te mates antes de eso.

—No lo haré.

Aprieta los dedos.

—Siento lo que dije.

—¿El qué?

—Que eres arrogante. Que tu madre pensó en abortarte. Me alegro de que no lo hiciera. Te quiero, cariño.

Las lágrimas escuecen mis ojos.

—Yo también te quiero.

—Siento no ser una mejor madre para ti.

—Los has hecho bien —protesto—. Voy a ir a Harvard, ¿recuerdas?

—Sí. Harvard. —El tono al decirlo está lleno de incredulidad y asombro.

—¿Qué pasa con lo mío? —Ray se queja desde la puerta—. Al final no has *terminao* de hacerme el

desayuno, y ahora ya es la hora del papeo, cojones.

A mi lado, puedo sentir una ligera vibración en el cuerpo de la abuela, y no sé si es de enfado o por la enfermedad. Me obligo a sentarme.

—Quédate aquí, abuela. Yo lo hago.

Ella se gira dándole la espalda a la puerta, dándole la espalda a Ray, pero también dándome la espalda a mí. Supongo, en secreto, que yo deseaba que mi abuela mandara a Ray a la mierda.

Él gruñe mientras le sobrepaso en mi camino hacia la cocina.

—¿Qué quieres? —Abro la nevera y la encuentro sorprendentemente vacía. Me pregunto si la abuela lleva sintiéndose enferma un tiempo y yo no lo he notado.

—Sándwich de queso a la parrilla y sopa de tomate —dice. Arrastra una silla de la mesa de la cocina y deja caer su culo escuchimizado en ella.

—Vete a ver la tele —le digo mientras saco un bloque de queso cheddar, mantequilla y leche.

—No. Me gusta ver tu culito en la cocina. Es tan chulo como cualquier programa. —Cruza los brazos detrás de su cabeza y se inclina hacia atrás. Puedo sentir sus pequeños y brillantes ojos siguiendo cada uno de mis torpes movimientos.

El pan parece sorprendentemente apetitoso; arranco un trozo pequeño y lo mastico despacio para ver si puedo mantenerlo dentro. Cuando el estómago no lo envía directamente hacia arriba, me como otro trocito. Después de unos segundos, el mareo y las náuseas desaparecen.

La cacerola de hierro fundido ya está en el fuego y tengo el sándwich listo para dorarlo.

—No te olvides de la sopa, señorita.

Me froto el lado de mi cuello con mi dedo corazón antes de cruzar la habitación para coger una lata de sopa de la alacena.

—¿Por qué eres tan cabrón? —le pregunto como el que no quiere la cosa cuando rebusco en el cajón hasta encontrar el abrelatas—. ¿Es porque eres una mierda inútil y no puedes soportar el verte a ti mismo en el espejo? ¿O es porque la única mujer a la que puedes engañar para que se meta en tu cama últimamente es miembro de la Asociación Americana de Jubilados?

—Tengo todo el coño que quiero, no te preocupes por mí. Algún día te caerás de tu pedestal y vendrás a mí arrastrándote. —Hace un chasquido asqueroso con la boca—. Igual hasta te digo que sí a echarte un polvo, o igual solo te dejaré que me la chupes cuando a mí me apetezca.

Preferiría suicidarme.

No, rectifico: lo mataría a él primero.

Mientras uso el abrelatas, fantaseo con la tapa afilada soltándose y volando por la cocina hasta cortarle el pene a Ray. Pero de repente, el ácido del tomate me sube por la nariz y una imperiosa necesidad de vomitar me invade.

Suelto todo y corro hacia el baño, donde vomito por tercera vez en el día.

18

Tucker

Nochevieja

A las dos y cuarto Sabrina aparece en la puerta del club. Su pelo castaño está recogido en una coleta alta y se ha puesto un abrigo largo sobre su diminuto uniforme de camarera. Una mujer más mayor sale detrás de ella. Las dos intercambian unas palabras y se paran bajo la suave luz de la entrada.

Mi corazón empieza a latir de manera irregular. No he podido besarla esta noche a las doce para recibir el Año Nuevo, pero mi plan es besarla toda la noche para compensarlo. La he echado muchísimo de menos en Texas y, aunque mi madre me ha hecho trabajar como a un perro, Sabrina ha estado siempre en mi cabeza.

En Texas fijé la barandilla del porche, ayudé a mi madre a trasplantar algunas de las plantas perennes que guardaba en el garaje, cambié cinco bombillas, las pilas de todos los detectores de humo, limpié el horno y le hice los recados desde que me levantaba hasta que me acostaba. También me vi con el señor número 1 de los agentes inmobiliarios y le dije todos los monosílabos adecuados, pero por mucho que me he esforzado en imaginarme a Sabrina en Patterson, la imagen nunca salió enfocada.

—Hola, bombón —me saluda—. No sabía que ibas a venir. Pensé que no veíamos mañana.

—No podía esperar tanto —me sincero—. Feliz Año Nuevo, querida.

—Feliz Año Nuevo, Tuck.

La abrazo contra mí y entierro mi cara en su cuello expuesto. Ella responde a la ligera caricia estremeciéndose, y la semierección en mis pantalones se eleva hasta el máximo.

Con reticencia, la aparto a un lado y abro la puerta del coche.

—Será mejor que nos vayamos, o todas mis buenas intenciones se van a ir a tomar viento.

—Pensaba que tus buenas intenciones eran no parar de follarme hasta mañana —se burla, refiriéndose a uno de los mensajes que pude enviarle en medio de las tareas que mi madre me mandó.

Me entran ganas de tirar a Sabrina al suelo del parking, pero a pesar de sus alegres palabras, puedo ver agotamiento en cada línea de su precioso rostro.

En vez de eso, hago un gesto con la cabeza hacia los demás coches.

—¿Por qué darle a esta gente un espectáculo gratis?

—Tienes razón. —Da vueltas al anillo del llavero en su dedo—. Hay un pequeño problema. Mi padrastro está en casa y no sé si nos apetece mucho revivir la última escenita.

No me puedo imaginar por qué. El hijo de puta perverso necesita un puñetazo en la cara y una bota en el culo, pero no quiero sacarle en la conversación. Tengo toda una serie de cosas planeadas y no incluyen malgastar un segundo con ese mamarracho.

—No sabes lo que me la pela tu padrastro —admito—, pero había pensado que, ya que ha sido Navidad y no te he dado ningún regalo, podríamos hacer algo diferente. ¿Por qué no entras?

Hace girar las llaves de nuevo y después me las tira.

—Conduce tú. Estoy cansada.

Las cojo sin problema y desbloqueo las puertas. Meto la mano para empujar el asiento hacia atrás, para no conducir con las rodillas en el cuello.

Sabrina se mete en el asiento del copiloto

—¿A dónde vamos?

—Al centro.

—*Oooh*, suena a sorpresa. Me gustan las sorpresas.

Y yo quiero comerte. Fijo la mirada en su boca demasiado tiempo antes de darme una colleja mental a mí mismo y poner el coche en marcha.

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien. Viene y se va. Pero mi abuela está mejor, así que imagino que solo toca sudar un par de días más y me habré sacado al bicho de mi sistema.

Estiro mi brazo en el coche y meto la mano detrás de su cabeza. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la toqué y necesito este pequeño contacto.

—¿Quieres que te lleve a un médico? —le ofrezco.

—¿Tan mala cara tengo?

—No, estás preciosa, pero has dicho que has estado mala... —*Y pareces tan frágil, como vidrio quebradizo, bajo mi mano*—, y quiero cuidar de ti.

—No, no quiero ir al médico.

—¿Es por la pasta? Porque si no quieres que yo me encargue, podríamos ir a Hastings a la clínica del campus.

Niega con la cabeza, un movimiento lento de ida y vuelta en la palma de mi mano. Deslizo mi mano hacia abajo para masajear su cuello y ella gime. El sonido va directamente a mi polla abandonada.

—Tengo seguro médico. Solo necesito descansar —insiste—. Y mañana es domingo, lo que significa que puedo pasar todo el día haciendo el vago sin hacer nada.

Decido no insistir en el tema.

—Qué casualidad. Ese era mi plan.

Esta vez, cuando nuestros ojos se encuentran, su mirada es tan ardiente como la mía. Le doy al acelerador un poco más fuerte de lo que pretendo.

—¿Un hotel? —chilla cuando aparco delante del Fairmont diez minutos más tarde.

Sonrío.

—Feliz Navidad atrasada.

El aparcacoches va hacia su puerta y la abre. Yo salgo del coche y rodeo el parachoques delantero, dándole las gracias mientras le lanzo las llaves. Todo esto me está costando un ojo de la cara, pero me da igual. Igual que me da igual que el portero sonría al ver la ropa de Sabrina y nuestro coche. Probablemente piense que estoy a punto de ser estafado por llevar una prostituta a mi habitación.

—Mi regalo está en casa —dice con tristeza cuando me uno a ella en la acera.

Pongo un brazo en su espalda y la empujo suavemente hacia delante.

—Ya me lo das mañana cuando estemos vagueando.

—Vale.

La llevo directamente a los ascensores, y después me quedo mirando fijamente la pantalla digital para evitar atacarla en el vestíbulo de este lujoso hotel.

—Estoy convencida de que todo el mundo aquí piensa que soy una prostituta —dice ella con sequedad.

—Si lo hacen es porque esa es la única manera en la que alguien tan guapa y sexy como tú podría dejar que yo pudiera poner mis sucias manazas por todo tu cuerpo.

—Y una mierda, pero es un buen piropo.

—Te besaría en este momento, pero como hace diez días que no te veo, probablemente perdería el control e intentaría echarte un polvo en el vestíbulo.

—Prefiero esperar. —Se queda mirando fijamente la protuberancia en mis vaqueros—. Aunque viendo la silueta de tu monstruo, mi suposición es que nadie se sorprendería.

El din-don de las puertas del ascensor tapan mi gruñido, pero a juzgar por la sonrisa que se extiende por la cara de Sabrina, lo ha oído.

Nos bajamos en el cuarto piso. Casi no llego a la habitación. La empujo contra la puerta, meto la lengua dentro de su boca y mis manos abren su chaqueta para buscar sus pechos.

Ella gime, pero no es un sonido de pasión.

Al instante, dejo caer las manos.

—¿Te he hecho daño?

—No —Con rapidez tira de mí hacia ella—. Por lo que sea, mis pechos están muy sensibles.

Paso mis manos por sus costados.

—Entonces será extremadamente dulce esta noche. —Dejo que tire de mí para darme otro beso antes de separarla. Bajo la mano y me reajusto el tema—. Dame un minuto, cielo. Mi intención no era atacarte nada más verte, pero, puf, me vuelves loco, ya sabes.

—Me pasa igual. —Se pasa una mano por la frente y creo ver como le tiembla.

Me pregunto si será también por hambre.

—¿Por qué no te sientas? —Señalo el pequeño sofá que hay apoyado contra la pared.

Sabrina asiente y da unos pasos en la habitación. Mientras, presiono la palma de mi mano contra mi polla y me ordeno a mí mismo actuar como si ya hubiera follado antes.

—¿Cuánto ha costado esto? —Se derrumba en el sofá de dos plazas y mira a su alrededor apesadumbrada.

—Ni te preocupes —le aseguro—. El dueño de este sitio es un antiguo alumno de Briar. Nos hace una tarifa especial. No le digas nada al NCAA.

—¿En serio está prohibido?

—No lo sé. Pero prefiero no preguntar.

—Entiendo. —Se quita los zapatos y dobla el abrigo sobre el brazo del sofá, quedándose solo con sus diminutos pantalones cortos y el sujetador.

Dios, es la tía más sexy del planeta.

—¿Qué es eso? —pregunta, su mirada se ha posado en la caja envuelta para regalo que hay en el centro de la cama.

—Tu regalo. —Hice el *check-in* antes y dejé su regalo en la habitación. Extendiendo la mano, levanto el paquete de la colcha y me uno a ella en el sofá—. Felices fiestas.

Su cara se ilumina mientras coge la caja de mis manos. Me recuesto y la miro. Estoy impaciente por ver su cara cuando lo abra.

—¿Qué es? —pregunta con cautela—. Parece caro.

Suelto una risita.

—¿Puedes saber si es caro o no basándote en cuánto pesa?

—Por supuesto. Cuanto más pesa, más caro. —Se muerde el labio—. Espero que no te hayas gastado una pasta en mí.

—Te prometo que no. —Estoy mintiendo. Es, con diferencia, más dinero del que nunca me he gastado en una chica antes, pero no me pude resistir.

Una de las clientas de mi madre hace productos de cuero personalizados y los vende *online*. Me vendió el regalode Sabrina a precio de coste, porque el cuero tenía una tara. El defecto está en el

interior, pero al parecer, por los precios que cobra, incluso aunque no se vea, requiere un descuento. Estaba emocionado por comprarlo. ¿Mi madre? No tanto. Le parecía que era demasiado caro para una chica que apenas conozco, pero es que tenía el nombre de Sabrina escrito por todas partes.

A mi lado, desgarró el papel y levanta la tapa. Cuando el potente olor del cuero se eleva, su boca forma un círculo perfecto de sorpresa.

—¿Qué me has comprado? —pregunta, pero no es una pregunta que tenga que responder. Sus manos arrancan el papel de seda y aparecen el lustroso cuero y las hebillas de latón de un maletín.

—Ay, Dios, ¡esto es precioso!

No necesito preguntar si le gusta. Lo veo en cada jadeo y en cada caricia cariñosa al cuero. Toma ya, he dado en el clavo.

—¿Lo he hecho bien? —Sonríe mientras veo como abre cada compartimento y desabrocha cada cremallera. Lo analiza, dándole vueltas una y otra vez. Incluso se pone de pie para posar con él.

—¡Te has salido! Es increíble. —Por fin deja el maletín a un lado y se lanza a mis brazos—. Increíble —repite, enfatizando la palabra con un beso—. Ahora es mi turno para darte un regalo.

Lamiendo sus labios, baja por mi cuerpo y me desabrocha los vaqueros.

Mi polla salta como si tuviera un muelle. Me rodea con su mano y después me lanza la sonrisa más guarra y diabólica del mundo antes de tragarme hasta la parte de atrás de su garganta.

Joder, qué bueno. Le cojo la cabeza mientras me la chupa, admirando la forma en la que su culo sobresale en el aire cuando se inclina hacia adelante para metérsela más al fondo. Extiendo la mano y la deslizo bajo el raso de sus pantalones cortos hasta que mis dedos encuentran su coño empapado.

Y de repente, su boca en mi polla no es suficiente. Necesito estar dentro de ella.

La levanto y en tres pasos la tengo tumbada en la cama. Se aferra a mi ropa. Yo le arranco la suya. Lo hacemos demasiado deprisa, con un poco de descoordinación y con absoluta necesidad.

Cojo el condón de mis vaqueros y estoy dentro de ella en el siguiente aliento. Se corre tres embestidas después.

—Hacía bastante tiempo —jadea.

El sudor se me acumula en la frente cuando bajo el ritmo en un intento de prolongar el placer durante el tiempo que me sea humanamente posible.

Pero, como de costumbre, Sabrina tiene otras ideas.

—Vamos, Tuck. Fóllame fuerte.

Clava sus uñas en mi culo y me corro.

Se la clavo lo suficientemente fuerte como para llevarla de un lado de la cama a la otra. Se corre de nuevo y por fin me suelta.

Quiero a esta chica. La quiero hasta la muerte. Las palabras están en la punta de mi lengua y casi no consigo tragármelas de nuevo. Aún no está segura de lo que quiere conmigo. Tengo que esperar un tiempo, pero mientras esté en la partida, no estoy preocupado por el resultado.

—Voy a tirar el condón —murmuro, y ella asiente con la cabeza medio dormida.

Cuando salgo del baño, está arropada bajo las sábanas, profundamente dormida.

Sonriendo, me meto a su lado y me apoyo sobre un codo para mirar su preciosa cara. Sus gruesas pestañas descansan sobre sus mejillas y tiene una sonrisa de satisfacción en los labios. Para el mundo exterior, Sabrina James se pone su máscara de dura e impermeable a todo, pero en realidad, es una chica vulnerable, dulce y adorable.

Deslizo un brazo por debajo de su cuello y en su sueño se gira hacia mí y entrelaza sus piernas con las mías. Dormimos enredados. Dos mitades de un todo más grande y mejor.

El sonido de las arcadas me despierta. Alguien está vomitando sus entrañas en el cuarto de baño. Miro el reloj: ni siquiera son las seis.

Bajo tropezando de la cama, desnudo y no del todo despierto todavía.

En el cuarto de baño y me encuentro con Sabrina de rodillas, inclinada y vomitando en el inodoro.

Al instante estoy despierto y alerta. Cojo una toalla del estante y se la pongo por los hombros.

—¿Qué necesitas? —pregunto con voz suave.

Ella niega con la cabeza sin decir nada y después se desploma contra mis piernas. Me agacho para alisarle el pelo. Mi sangre hierve de preocupación. ¿Qué coño debería hacer?

Sin moverla, extendiendo la mano detrás de mí y lleno un vaso con agua. Después, me pongo en cuclillas y le ofrezco el vaso.

—Gracias. —Acepta el vaso con una mano temblorosa.

Acaricio su espalda mientras le da un tímido sorbo.

—Tómame tu tiempo.

En mi cabeza, ya estoy llamando a un médico y empujando una silla en urgencias, pero tengo que presentarlo bien o sé que no estará de acuerdo. Antes incluso de que pueda sacar el tema, se tambalea hacia adelante y vomita el agua que acaba de beber.

Espero hasta que se estabilice otra vez antes de levantarla en mis brazos y llevarla de vuelta a la cama.

—Te voy a llevar al médico —anuncio.

—No. —Me sujeta la muñeca, pero casi sin fuerza—. Voy a estar bien en unas horas. Es solo que esta semana he trabajado demasiado. —Las lágrimas manchan su cara—. Dios, eso ha sido megasqueroso. Lo siento.

—Joder, cielo, ¿qué más da? —La sujeto contra mi pecho mientras aparto las sábanas.

Una vez la he arropado, me aparto para buscar una toalla y otro vaso de agua. En mi camino de vuelta a la cama, cojo el cubo de basura y lo coloco en el suelo junto a ella.

Odio verla así, con tan mal aspecto, y mi lado tierno entra en acción mientras le pongo la toalla mojada en la frente.

—¿Llevas vomitando así todos los días desde hace cuánto?

—No lo sé. Unos días. Pillé un virus. Mi abuela lo pilló primero y por fin lo ha superado. Solo tengo que esperar. Me sentiré mejor en unas horas.

—¿Tienes fiebre? ¿Voy a por una aspirina? —Presiono el dorso de la mano contra su rostro. No está caliente.

—No tengo fiebre —murmura—. Solo náuseas y cansancio.

En mi cabeza se dispara una alarma.

Mientras me muerdo el interior de la mejilla, repaso sus síntomas. Las náuseas de la mañana que disminuyen por la tarde, los pechos sensibles, la sensación de fatiga. Nada de fiebre. Que nunca ha tenido la regla, o al menos no lo ha mencionado en los dos meses y pico que llevamos enrollados.

—¿Estás embarazada? —suelto.

Sus párpados se abren de golpe.

—¿Qué?

—Embarazada. —Le enumero los síntomas con cada dedo, terminando en que no ha tenido la regla.

—No. No estoy embarazada. Acabo de tener la regla... —Hace una pausa y piensa. Su cara se queda en blanco—. Hace unos tres meses —susurra—. Pero... mis reglas siempre han sido muy suaves, incluso

con la píldora. Y he manchado los últimos dos meses. Pensé que...

Me pongo de pie y empiezo a recopilar mi ropa.

—¿A dónde vas? —dice lloriqueando.

—A comprar un test de embarazo. —O cinco. Saco un paquete de crackers del minibar y se los tiro—.

Intenta comer algo, ¿vale? Ahora vuelvo.

Sigue protestando cuando dejo la habitación.

Hay una farmacia abierta veinticuatro horas a ocho manzanas. Corro hacia ella como si estuviera tratando de clasificarme para los Juegos Olímpicos, sin preocuparme de que se me ha olvidado totalmente coger el abrigo del hotel.

Dentro de la farmacia, encuentro tres tests diferentes. Los compro todos.

El farmacéutico me lanza una mirada compasiva y abre la boca para decir algo estúpido. La mirada de asesino que ve en mi cara hace que decida cerrar los labios.

Cuando regreso, Sabrina está sentada en el borde de la cama comiéndose los crackers. Tengo la sensación de que, llegados a este punto, los tests son innecesarios. Sabrina podría ser un anuncio para chicas embarazadas.

Estoy sorprendentemente tranquilo mientras abro todas las cajas.

—Aquí tienes. Tres distintos.

—Hemos practicado sexo seguro —dice. Su tono es distante, como si estuviera hablando consigo misma en vez de conmigo—. Estoy tomando la píldora.

—Menos la primera vez.

Hace una mueca.

—Fue solo la punta.

Una risa involuntaria se me escapa.

—Entonces hacer pis en los palos estos es solo para que nos quedemos tranquilos, ¿verdad?

Se termina el cracker en silencio. No sé si sentarme a su lado o en el sofá de dos plazas. Opto por el sofá para darle espacio. A veces Sabrina puede ser difícil de descifrar. En este momento, no tengo ni la más remota idea de lo que se le está pasando por la cabeza.

Despacio, se levanta y se acerca a las pequeñas cajas de cartón apiladas sobre la mesa como si contuviesen serpientes venenosas. Pero, al cabo de un rato, llega allí, recoge las cajas en sus brazos y desaparece en el cuarto de baño.

No me quedo de pie en la puerta con un vaso contra la pared, y eso que estoy más que tentado a hacerlo. En su lugar, enciendo la tele y veo a un par de señoras que tratan de venderme un chándal de terciopelo con diversos tipos de estampados de piel de animales por solo 69,99 dólares.

Miro la aburridísima pantalla durante diez minutos eternos antes de que la puerta del baño se abra. La cara de Sabrina es aproximadamente del mismo tono de blanco que el albornoz de hotel que lleva puesto.

—¿Positivo? —pregunto innecesariamente.

Sostiene una caja vacía.

—Hay que comprar diez más de estos.

Le doy unos golpecitos al cojín del sofá a mi lado.

—No voy a comprar más. Ven y siéntate.

Como un niño enrabiado, viene pisando fuerte. Después se deja caer a mi lado y se cubre la cara con las manos.

—No puedo tener un bebé, Tucker. No puedo.

Una sensación de malestar se instala en el estómago. Es una extraña mezcla de alivio y decepción. Las palabras «te quiero», esas que quería decir antes cuando estaba enterrado dentro de ella, se han quedado

atascadas en la garganta. No las puedo decir ahora.

—Haz lo que necesites hacer —le susurro en el pelo—. Yo estoy contigo.

Es todo lo que siento que puedo decir en este momento, y sé que no es suficiente.

19

Tucker

Siempre pensé que, si embarazaba a alguna chica, podría hablar con mis amigos del tema. Pero hace casi una semana que sé que mi novia está embarazada y no le he dicho ni una sola palabra a nadie.

En realidad, ni siquiera nadie sabe que TENGO novia.

Aunque en realidad, yo tampoco lo sé.

Desde que Sabrina hizo pis en tres palos y consiguió tres resultados positivos, ha estado evitando verme en persona. Nos mandamos mensajes todos los días, pero insiste en que está demasiado ocupada para quedar porque quiere ir adelantando el nuevo semestre. He estado tratando de darle el espacio que claramente necesita, pero mi paciencia se está estrechando.

Hay que sentarse a discutir esto. Joder, que estamos hablando de un posible bebé. ¡Un bebé! Ay, Dios. Me estoy volviendo majara. Soy el impasible, el que puede aguantar carros y carretas, al que la energía le dura y dura, pero ahora no sé si me va a aguantar el corazón, que late al doble de velocidad.

No sé cómo coño gestionar esto. Sabrina dijo que no podía tener un bebé y tengo la intención de apoyarla en lo que decida, pero quiero que me incluya, joder. Me desgarrar pensar que esté pasando por esto sola.

Me NECESITA.

—¿Vas a hacer algo de papeo o estás mirando los fuegos porque sí?

La voz de Garrett me hace salir de mi tristeza. Mi compañero de piso se pasea en la cocina con Logan en los talones. Ambos van en línea recta a la nevera.

—En serio —Logan se queja mientras observa detenidamente el refrigerador—, danos de comer, Tuck. Aquí no hay nada comestible.

Sí, no he hecho la compra en el supermercado durante toda la semana. Y cuando se vive en una casa llena de jugadores de hockey, saltarte la compra es una mala noticia.

Fijo la mirada en la cacerola vacía que había puesto sobre el fuego. No tenía un menú pensado cuando entré en la cocina, y con el triste surtido de ingredientes que tenemos a mano, no hay mucho que pueda hacer.

—Creo que voy a hacer un poco de pasta —digo con poca energía. Los carbohidratos a esta hora no es que sean la mejor idea, pero a buen hambre no hay pan duro.

—Gracias, mami.

Me estremezco con esa palabra. «Mami». Bien podría haber dicho «papi». Porque, puede ser que me convierta en un puto papi.

Cojo aire para tranquilizarme y lleno la olla con agua.

Logan me sonrío.

—No te olvides de ponerte tu delantal.

Le hago una peineta de camino a la despensa.

—Uno de vosotros, putos vagos, que haga algo útil y se ponga a cortar cebolla —digo.

—Me pongo —dice Garrett.

Logan se deja caer en la mesa de la cocina y nos mira como un idiota mientras preparamos la cena.

—Haced suficiente para cinco —nos dice—. Dean está entrenando con Hunter esta noche y puede que el chavalín venga con él.

Garrett me mira divertido.

—*Naah*, creo que solo haremos suficiente para cuatro ¿no crees, Tuck? Si Hunter viene, que se pille el sitio de Logan.

—Es una idea genial.

Nuestro compañero de piso resopla.

—Le diré al entrenador que estáis intentado matarme de hambre.

—Díselo —dice Garrett con amabilidad.

Pongo la cacerola sobre el fuego. Mientras espero a que hierva el agua, rebusco en el cajón de las verduras en la nevera para coger algo verde. Encuentro un pimiento y dos zanahorias. Me vale. Lo troceo y lo meto en la salsa.

Charlamos de todo y de nada mientras preparamos la cena. O mejor dicho, ellos charlan. Estoy demasiado ocupado con mi cabeza volviéndome loco con lo de Sabrina. Supongo que es una evidencia de mis habilidades interpretativas, porque no parece que mis compañeros de piso noten que hay algo distinto.

Estoy a punto de volcar dos paquetes de *penne* en el agua hirviendo cuando suena el teléfono de Garrett.

—Es el entrenador —dice un poco confundido.

Pongo la pasta en la encimera en vez de en la olla y miro como Garrett contesta la llamada. No sé por qué, pero tengo una sensación de nervios trepando por mi columna vertebral. El entrenador Jensen normalmente no nos llama a horas raras si no hay una razón. Garrett es el capitán del equipo, pero no significa que reciba llamadas por la noche de este señor.

—Hola, entrenador. ¿Qué tal? —Garrett escucha por un momento. Sus cejas oscuras se juntan y después vuelve a hablar. Con cautela—. No entiendo. ¿Por qué te ha pedido Pat que me llames?

Él escucha de nuevo. Esta vez durante mucho más tiempo.

Sea lo que sea lo que le está diciendo el entrenador Jensen, el tono de piel de Garrett está cambiando al color del yeso. Cuando cuelga, está blanco como las paredes.

—¿Qué pasa? —pregunta Logan. Tampoco se le ha escapado el cambio de aspecto de Garrett.

Garrett niega con la cabeza, aturdido.

—Se ha muerto Beau Maxwell.

¿Qué?

Logan se queda congelado.

Se me cae la espátula que tengo en la mano. Retumba en el suelo, y en el silencio de la cocina, suena como una explosión en una película bélica. Todos nos asustamos del ruido.

No cojo la espátula. Solo miro fijamente a Garrett y le hago una pregunta absurda:

—¿Qué?

—Se ha muerto Beau Maxwell. —Sigue sacudiendo la cabeza, una y otra vez, como si no pudiera encontrarle el sentido a las palabras que salen de su propia boca.

—¿Qué quieres decir con que «se ha muerto»? —gruñe Logan indignado—. ¿Es esto una especie de broma de mal gusto?

Nuestro capitán se apoya en la encimera con ambas manos. Está temblando. Creo que no he visto a Garrett perder tanto la compostura como ahora.

—El entrenador acaba de hablar por teléfono con Pat Deluca, el entrenador de Beau. Pat le ha dicho

que Beau se ha muerto.

Sin decir una palabra, apago el fuego y voy a trompicones hasta la mesa de la cocina. Me hundo en la primera silla con la que me choco y me froto los puños sobre la frente. Esto no está pasando.

—¿Cómo? —suelta Logan—. ¿Cuándo?

Parece enfadado, pero es evidente que es el *shock*. Logan y Beau son buenos amigos. No tan íntimos como Dean y Beau, pero... Ay, Dios. Dean. Alguien tiene que decírselo a Dean.

—Anoche. —La voz de Garrett es apenas un susurro—. Un accidente de coche. Estaba en Wisconsin para ir al cumpleaños de su abuela. El entrenador ha dicho que había hielo en las carreteras. El padre de Beau conducía el coche y dio un volantazo para evitar darse con un ciervo. El coche dio vueltas de campana y se salió de la carretera y... —Ahora sus palabras están ahogadas por la emoción—. Beau se rompió el cuello y murió.

Dios santo.

El terror gira en remolinos en mis entrañas como veneno. Frente a mí, Logan parpadea para contener las lágrimas. Todos estamos allí sentados. En silencio. En *shock*. Nunca se... había muerto ningún amigo antes. O ningún pariente. Mi padre falleció cuando yo era demasiado joven para llorarle de verdad. También fue un accidente de coche. Dios. ¿Por qué coño conducimos coches?

En el fondo de mi mente, un pensamiento persistente, me dice que debería estar haciendo algo. Me paso una mano sobre los ojos irritados y me obligo a concentrarme.

Sabrina.

Joder, eso es lo que necesito hacer. Tengo que llamar a Sabrina y contarle la noticia. Solía salir con Beau. Se preocupa por él.

Antes de que pueda moverme de la silla, la puerta principal chirría y se abre. Los tres nos tensamos.

Dean ha llegado a casa.

—Mierda —susurra Logan.

—Yo se lo digo —dice Garrett con voz ronca.

La cabeza rubia de Dean está hacia abajo cuando entra en la cocina. Está absorto en su teléfono, sus dedos escriben un mensaje, probablemente a Allie. Él no se da cuenta de nuestra presencia, pero incluso cuando lo hace, no creo que se fije en nuestras expresiones.

—¿Qué tal? —pregunta en tono distraído.

Cuando ninguno de nosotros dice nada, frunce el ceño y deja el teléfono. Su mirada se posa en Logan y se pone rígido cuando ve las lágrimas de nuestro amigo.

—¿Qué pasa? —exige.

Logan se limpia los ojos.

Aprieto los labios.

—En serio, si alguien no me dice lo que está pasando de una puta vez...

—El entrenador ha llamado —interrumpe Garrett en voz baja—. Acababa de hablar por teléfono con Patrick Deluca, y, eh...

Dean parece confundido.

Garrett sigue hablando, aunque me gustaría que no lo hiciera. Desearía que no tuviéramos que contarle a Dean lo de Beau. Desearía no saber siquiera lo de Beau.

Desearía... un montón de cosas. Pero en este momento, los deseos significan una mierda.

—Creo que Deluca le ha llamado porque sabe que somos amigos de Beau...

—¿Tiene que ver con Maxwell? ¿Qué pasa con él?

Logan y yo miramos fijamente nuestras manos.

Garrett tiene más valor que nosotros, porque no se asusta por la mirada ansiosa de Dean.

—Él... eh... ha muerto.

Y así, de repente, Dean entra en trance. Me duele verlo y no tengo ni idea de cómo sacarle de ahí. Garrett repite lo que nos ha dicho a mí y a Logan, pero es evidente que nuestro compañero de equipo no está escuchando. Los ojos verdes de Dean están vidriosos, su boca abierta ligeramente mientras inhala respiraciones irregulares.

Solo cuando Garrett le dice que Beau murió en el acto, Dean parpadea muchas veces y vuelve a la realidad.

—¿Me lo puedes contar otra vez? —dice—. Lo que pasó, quiero decir.

—Joder, ¿por qué?

—Porque necesito escucharlo de nuevo. —Dean se mantiene firme.

Vemos como va a los armarios y coge una botella de whisky del de arriba. Le da un buen trago directamente de la botella antes de tambalearse hasta sentarse a mi lado.

Garrett empieza a hablar de nuevo. Dios. No sé si puedo escuchar esta terrible historia otra vez. Dean me pasa el whisky y le doy un sorbo antes de pasársela a Logan. No me puedo emborrachar en este momento. Quiero coger el coche esta noche.

Cuando Garrett ha terminado, Dean echa su silla hacia atrás y se levanta. Coge la botella de Jack Daniel's con ambas manos como si fuera su peluche.

—Me voy arriba —murmura.

—Dean... —empiezo, pero nuestro compañero de equipo ya se ha ido.

Oímos unos pasos que suben las escaleras. Un golpe. El cerrojo de una puerta.

El silencio cae sobre la cocina.

—Tengo que irme —les digo a Garrett y Logan, levantándome con paso vacilante.

Ninguno de los dos me pregunta a dónde voy.

#Sabrina

Me quedo mirando fijamente a Tucker, incapaz de comprender lo que está diciendo. Cuando me envió un mensaje diciéndome que venía a Boston a verme esta noche, esperaba una charla seria sobre nuestro embarazo no deseado. Me entró el pánico y le dije que estaba estudiando, y dijo de todo menos «me la pela». Creo que su mensaje exacto era: *Voy hacia allí. Tenemos q hablar.*

La hora entera que le he estado esperando me he estado diciendo sin parar palabras de ánimo a mí misma para automotivarme. Me convencí a mí misma para afrontar esto con madurez y hacer frente a este embarazo de la misma forma en que trato todo lo demás en mi vida: de frente. Me recordé a mí misma que Tuck había dicho «Yo estoy contigo», y que me apoyaría en lo que decidiera hacer.

Pero nada de eso había conseguido librarme del miedo que se agarraba en mi garganta.

Ahora el miedo es aún mayor, pero por otra razón totalmente distinta.

—¿Beau está muerto? —Mi corazón late peligrosamente rápido. Tengo miedo de que vaya a pararse.

Tengo miedo de la pena que veo en los ojos de Tucker.

—Sí. Se ha ido, querida.

No puedo entenderlo. ¡No puedo! Beau es el *quarterback* titular de Briar. Beau es mi amigo. Los hoyuelos de Beau siempre brotan cuando enseña su sonrisa traviesa. Beau es... está...

Muerto.

Un accidente de coche, según parece. Su padre sobrevivió, pero Beau murió.

Las lágrimas que he estado reprimiendo se derraman y bajan corriendo por mis mejillas en riachuelos

salados. Trato de respirar entre sollozos, pero me cuesta, y al final acabo hiperventilando. Entonces Tucker me envuelve en un abrazo cálido y apretado.

—Respira —susurra en mi pelo.

Lo intento, de verdad que sí, pero el oxígeno no llega.

—Respira. —Esta vez lo dice con más firmeza y sus manos se mueven arriba y abajo de mi espalda en círculos reconfortantes.

Consigo respirar una vez, luego otra, y otra, hasta que ya no me siento tan mareada. Pero las lágrimas siguen cayendo. Y siento mi pecho como si alguien lo hubiera abierto y estuviera dándole con una cuchilla ardiendo.

—Él es... —Trago saliva—. Era... Era un buen tío, Tuck.

—Lo sé.

—Era bueno y joven, y no debería estar muerto —digo con fuerza.

—Lo sé.

—No es justo.

—Lo sé.

Tucker me abraza más fuerte. Me aprieto contra él hasta que no hay ningún hueco adonde ir. Su cuerpo fuerte y sólido es el ancla que necesito ahora mismo. Me deja que lllore y maldiga y despotrique contra el mundo, porque sé que Tuck está aquí, escuchándome y equilibrándome y recordándome que respire.

Un fuerte golpe hace que los dos peguemos un respingo.

—Bajad el volumen ahí dentro —Es la horrible voz de Ray—. ¿Cómo cojones voy a ver el partido si oigo tus lloriqueos desde el salón? ¿Tienes la regla o algo?

Un sollozo estrangulado se escapa de mi boca. Dios. Ahora mismo no hay nada como una interrupción de Ray para aumentar mi caos emocional. Un caos emocional que NO tiene la regla porque está embarazada, joder.

Mi respiración superficial arranca de nuevo.

Tucker sigue acariciando mi espalda mientras le responde a mi padrastro.

—Si no puedes oír la televisión, sube el volumen —dice con firmeza.

Una pausa. Y después:

—¿Eres tú, musculitos? No sabía que Rina tenía compañía.

—Pasamos justo por delante suyo cuando me abriste la puerta —me dice Tucker en voz baja.

Es verdad. Pero Ray está más borracho esta noche que habitualmente. Se pasó todo el día en un *Sports Bar* con sus amigos, poniéndose pedo mientras veían los partidos de fútbol de la tarde.

—Casi no podía caminar en línea recta al llegar a casa esta noche —le contesto.

Ray se manifiesta de nuevo, balbuceando a lo bestia.

—¡No debes ser tú *mu* bueno en la cama si haces que la zorrита esta lllore!

Sujeto el brazo de Tucker antes de que pueda ponerse de pie.

—No le hagas caso —susurro. Entonces levanto la voz y digo en dirección a Ray—: Vete a ver tu partido. Bajamos el volumen.

Después de otra pausa, oigo sus pasos distanciándose.

Las lágrimas manchan mi cara mientras vuelvo a acurrucarme contra Tucker.

—¿T...te... —Me aclaro la garganta dolorida— te quedarías conmigo esta noche?

—No tienes ni que preguntarlo —murmura antes de darme un beso suave en la frente—. Aquí me quedo el tiempo que me necesites, cielo.

20

Tucker

El estadio es un mar de negro y plata. Hay miles de personas y un buen número de ellos llevan las camisetas de fútbol americano de Briar bajo sus abrigos desabrochados. Los que no las llevan, lucen los colores de la universidad.

En el campo se ha instalado un gran escenario en donde compañeros y familiares de Beau están sentados. Antiguos alumnos han viajado desde todo el país en honor a nuestro *quarterback* caído. Niños que ni siquiera conocían a Beau están aquí. Las caras están sombrías y el ánimo es apagado.

Es absolutamente horrible.

Estoy sentado en las gradas detrás del banco del equipo local, con Garrett a mi izquierda. Hannah está junto a él, y a continuación Logan y Grace y después Allie... que está sola.

Dean ha sido un puto caos esta semana. Está metido en una espiral destructiva, saltándose los entrenamientos y encerrándose en su habitación, borracho hasta perder el sentido la mayor parte del tiempo. La otra noche se pilló tal pedo que se desmayó en el sofá del salón, la mitad de su cuerpo sobre los cojines, la otra tendida en el suelo. Logan se lo llevó arriba mientras Allie iba detrás de ellos, a punto de llorar.

Quiero tranquilizar a Allie y decirle que Dean va a salir de esto, pero sinceramente, mi cabeza ha estado megadispersa esta semana.

El motivo de mi angustia está sentado a mi otro lado. No creo que Garrett y los demás se hayan dado cuenta de que Sabrina está aquí, con sus miradas fijas en el campo, en donde una enorme pantalla proyecta los momentos más destacados de los cuatro años de Beau en la Universidad de Briar. En realidad, cinco años. El primer año solo entrenaba para así no superar los cuatro años de juego permitidos, por lo que este es técnicamente su quinto año. ERA su quinto año. Señor, es difícil recordar que de verdad ya no está.

Hace frío, así que la manga de mi voluminoso abrigo medio esconde que estoy sujetando la mano de Sabrina. Quiero rodearla con mi brazo, besarla en la mejilla, abrazarla, pero no creo que el homenaje a Beau sea el momento de anunciarle nuestra relación al mundo. No obstante, me resulta bastante surrealista que la chica sentada junto a mí esté embarazada de mi hijo y nadie tenga ni idea.

No hemos hablado del bebé en absoluto. No sé si Sabrina está pensando en planificar un aborto. Qué coño, por lo que sé, podría perfectamente haberlo hecho ya. Me gustaría pensar que me va a incluir si llega el momento y cuando llegue; pero ha estado superdistante esta semana. La muerte de Beau la ha golpeado con fuerza. Y haber sido testigo de lo que ha provocado en Dean me hace aún más reacio a animar a Sabrina a hablar, precisamente ahora que está gestionando la pérdida de un amigo.

Un sollozo discreto suena desde unos asientos más allá. Es Hannah. El ruido ahogado me alerta de que la presentación sobre la vida de Beau ha terminado. Su hermana mayor Joanna se está levantando de su asiento.

Me tenso, porque sé que las cosas se van a poner aún más desgarradoras y dolorosas.

Joanna es una chica muy guapa, con un peinado tipo paje a la altura de la barbilla y los ojos azules

como Beau. Unos ojos que tienen muy poca vida en este momento. Su cara es de angustia. Como lo son las caras de sus padres.

Con su sencillo vestido negro, se hunde en el banco de un piano de cola negro que hay al otro lado del escenario. Antes me preguntaba qué hacía ahí un piano y ahora tengo mi respuesta. Joanna Maxwell estudiaba música cuando estaba en Briar y consiguió un trabajo en Broadway después de graduarse. Hannah dice que es una cantante increíble.

Me estremezco cuando el micrófono se acopla y el pitido atraviesa el estadio.

—Lo siento —dice Joanna en un murmullo y ajusta el micrófono para acercárselo más—. No creo que muchos de vosotros sepáis esto, pero la verdad es que mi hermano era muy buen cantante. No se atrevía a cantar en público, eso seguro. Después de todo, tenía una reputación de chico malote que mantener.

La risa se extiende por las gradas. Resulta sobrecogedora combinada con el manto de dolor que se cierne sobre nosotros.

—Bueno, Beau era un gran aficionado a la música. Cuando éramos pequeños, nos colábamos en el estudio de mi padre y jugueteábamos con su tocadiscos. —Mira con timidez a su padre—. Siento que te estés enterando ahora, papá. Pero juro que no tocábamos el armario con las bebidas. —Hace una pausa—. Al menos no hasta que nos hicimos más mayores.

El señor Maxwell niega con la cabeza con pesar. Otra ola de risas se extiende por las gradas.

—Nos encantaba escuchar a los Beatles. —Ajusta el micrófono de nuevo y posa sus dedos sobre las teclas marfil—. Esta era la canción favorita de Beau, así que... —Su voz se quiebra— pensé que la cantaría hoy para él.

Me duele el corazón cuando los primeros acordes de *Let It Be* llenan el estadio. Sabrina agarra mi mano con más fuerza. Sus dedos están fríos como hielo. Yo los aprieto, con la esperanza de que entre en calor, pero sé que los míos están igual de fríos.

Cuando Joanna termina de cantar, no hay un ojo seco en las gradas. Parpadeo rápidamente para contener las lágrimas, pero acabo renunciando y dejo que corran por mis mejillas sin secarlas.

Después, Joanna se levanta con elegancia de la banqueta del piano y se reúne con sus padres. Luego vienen los discursos, y las lágrimas solo caen con más fuerza. El entrenador Deluca se pone detrás del podio y habla del talento que tenía Beau como jugador, de su entrega, de la fuerza de su carácter. Algunos de sus compañeros de equipo hablan, haciéndonos reír de nuevo con historias de las travesuras de Beau en el vestuario. La madre de Beau le da las gracias a todos por venir, por apoyar a su hijo, por quererlo.

Cuando el homenaje finalmente concluye, estoy devastado.

El dolor aumenta la densidad del aire mientras la gente se levanta de sus asientos y, arrastrando los pies, se abren camino por los pasillos. Sabrina me suelta la mano y camina por delante de mí. Hope y Carin la flanquean como dos gallinas madre, cada una pasando un brazo alrededor de sus hombros mientras el trío desciende las escaleras.

En el rellano, me acerco a ella por detrás y me inclino a decirle al oído.

—¿Quieres que vaya a Boston esta noche?

Niega ligeramente con la cabeza, y la decepción y la frustración inundan mi estómago. Debe de verlo en mis ojos, porque se muerde el labio y me susurra:

—Hablamos pronto, ¿vale?

—Vale —le devuelvo en un susurro.

Con el corazón en la garganta, la observo alejarse.

—¿Qué ha sido eso? —Garrett aparece a mi lado, centrándose en la espalda de Sabrina.

—Estaba ofreciendo mis condolencias —miento—. Es Sabrina James... Estuvo saliendo con Beau.

—Ah. —Frunce el ceño—. ¿La Sabrina de Dean?

Mi Sabrina.

Me trago otra oleada de frustración y me encojo de hombros sin darle importancia.

—Supongo.

Estoy harto de esto. Hasta los huevos. Quiero contarles a mis amigos lo de Sabrina. Quiero contarles lo del bebé y que me den su consejo, pero me hizo prometerle que no diría ni una palabra hasta que tomáramos una decisión. Por otra parte, si la decisión tiene como resultado que no hay bebé, no habría ninguna razón para contárselo a mis amigos. *¿Qué iba a decir? ¿He dejado a una chica embarazada pero ha tenido un aborto, así que no hay nada que hablar?*

Trago saliva, con la boca repentinamente seca. No tengo idea de cómo llegué aquí. Mis amigos se burlan de mí llamándome Boy Scout, y la verdad pensé que tenía lo de «estar preparados» controlado. Sin embargo, un error por un descuido y ahora podría convertirme en papá. Tengo veintidós años, por el amor de Dios.

No sé si puedo hacerlo.

El pánico gorgotea en mi garganta. Soy un tipo paciente. Sólido como una roca. Con la cabeza bien asentada sobre los hombros. Algún día quiero tener una familia. Quiero niños, mujer, un perro y una puta valla de madera blanca rodeando mi casa. Quiero todo eso... ALGÚN DÍA.

No hoy. No dentro de nueve meses a partir de hoy. No...

Puede que no tengas opción.

Dios.

—Vamos —dice Garrett, empujándome suavemente hacia adelante—. Vamos todos a casa.

Me trago el pánico, dejo que mis amigos me guíen fuera del estadio hasta el aparcamiento. Vine al campus con Garrett y Hannah, así que me subo al asiento trasero del Jeep de Garrett. Allie se desliza junto a mí. Ninguno de los cuatro dice una sola palabra durante el trayecto a casa.

Nada más entrar por la puerta principal, Allie sube corriendo a la habitación de Dean. Todavía no puedo creer que se haya saltado el homenaje a Beau, pero me da la sensación de que Dean no ha experimentado grandes pérdidas en su vida. No creo que sepa cómo gestionar la situación. Espero con todas mis fuerzas que Allie puede llegar a él.

Los demás soltamos los abrigos y las botas y caminamos penosamente hasta el salón. Hannah y Grace hacen café, y nos quedamos sentados en silencio durante un rato. Es como si todos tuviéramos estrés postraumático o algo así. Hemos perdido a un amigo y no podemos encajarlo.

Al rato, Garrett se afloja la corbata y tira de ella para dejarla caer sobre el brazo del sofá. Con un suspiro cansado dice:

—La graduación es dentro de pocos meses.

Todo el mundo asiente con la cabeza, aunque no estoy seguro de si es porque nos parezca bien, o simplemente como forma de expresar el segundo sentido de la frase. Garrett mira alrededor del salón, su expresión cada vez más triste.

—Voy a echar de menos esta casa.

Sí, yo también. Y aún no tengo ni idea de dónde estaré en mayo. El plan era regresar a Texas, pero es imposible que pueda hacer eso habiendo tanta incertidumbre entre Sabrina y yo. Por supuesto, antes de mayo tendré una respuesta sobre el bebé. Lo busqué *online* y sé que si Sabrina decide abortar, su plazo termina a principios de marzo.

Me trago un gemido ahogado. Dios. Odio no saber en qué posición me encuentro. *¿En qué posición NOS encontramos Sabrina y yo?*

—A mí me hace ilusión ir a la caza de apartamentos —dice Hannah, pero a pesar de sus palabras, no hay rastro de ilusión en su voz.

—Encontraremos algo muy chulo —le asegura Garrett.

Hannah mira a Grace.

—¿Seguís buscando algo a medio camino entre Hastings y Providence?

Grace asiente y se acerca a Logan, quien con ternura le pasa los dedos por el pelo largo.

La envidia me recorre a ráfagas. No tienen idea de la suerte que tienen de poder hacer planes para el futuro. El agente de Garrett está negociando con los Bruins, lo que significa que Garrett y Wellsy vivirán en Boston una vez firme con el equipo. A Grace le quedan dos años más en Briar, pero Logan ya ha firmado con los Providence Bruins, el equipo de preparación de los Bruins, así que va a estar jugando en Providence hasta que, esperemos, le llamen para jugar con los *pros*.

¿Y yo? ¿Quién coño sabe?

—¿Vas a volver a Texas justo después de la graduación o te quedas aquí en verano?

La pregunta de Logan provoca un nudo de incomodidad en mi pecho.

—Todavía no estoy seguro. Todo depende de qué tipo de oportunidades de negocio se presenten.

No, todo depende de si mi novia va a tener mi bebé o no.

Pero lo otro también es verdad... supongo.

—Sigo pensando que deberías abrir un restaurante —dice Hannah—. Se te ocurrirían nombres divertidos relacionados con tu nombre para todos tus platos.

Me encojo de hombros.

—*Naah*. No quiero ser chef. Y tampoco quiero el estrés de ser el dueño de un negocio con tanta presión. Los restaurantes cierran constantemente, el riesgo es demasiado grande.

Mi plan es ser cuidadoso con el dinero del seguro de mi padre. He estado ahorrando durante años y no estoy seguro de querer apostar todo a un restaurante. Pero tampoco es que tenga ninguna otra idea.

Aunque más me vale que se me ocurra algo... y rápido. La graduación está a la vuelta de la esquina. La vida real está llamando a la puerta. Mi chica está embarazada. Hay que tomar un millón de decisiones, pero por el momento, estoy en el limbo.

No puedo tomar ni una sola decisión. No hasta que Sabrina tome la más importante de todas.

21

Sabrina

Febrero

Hace un frío glacial en el aire mientras camino por el sendero bordeado de nieve en el parque Boston Common. Entierro mis manos enguantadas en los bolsillos de mi abrigo y tiro de mi gorro de punto rojo hacia abajo hasta que casi me cubre los ojos.

Hoy es un día gélido para andar por la calle. De repente, me arrepiento de haberle sugerido a Tucker que nos viésemos en el parque. Él quería que nos viéramos en mi casa, pero la abuela y Ray están ahí y no podía arriesgarme a que nos espieran y se enteraran de lo del embarazo. No se lo he dicho todavía. No se lo he dicho a nadie.

Asumo que Tucker va a sacar el tema del bebé desde el segundo uno, pero cuando llego a la fuente Brewer cinco minutos más tarde, lo primero que me dice es:

—No me gustan las fuentes.

—Eh. Vale. ¿Alguna razón en particular?

—No tienen mucho sentido. —Después tira de mí hacia sus brazos en un largo abrazo, y me encuentro hundiéndome en él, agarrándome a su cuerpo cálido y sólido.

No lo he visto desde el homenaje a Beau. Y eso fue hace dos semanas. ¡Dos semanas! Lo juro, John Tucker tiene esa clase de paciencia que yo solo puedo soñar con tener. No me ha dado la brasa para que nos viéramos. No me ha presionado para que hablemos de nuestra situación. No ha hecho otra cosa que esperar y respetar mi ritmo.

—Pero son bonitas —murmuro en respuesta a su observación.

Sus labios rozan los míos en un breve beso.

—No tan bonitas como tú. —Y entonces me abraza más fuerte, y tengo que esforzarme para no estallar en lágrimas.

Últimamente soy un caos hormonal. Siempre estoy al borde del llanto, y no sé si es por el embarazo o porque echo de menos a Tuck.

Le echo tantísimo de menos que me rompe el corazón, pero no sé qué decir cuando estoy con él.

No sé qué coño hacer.

El abrazo finalmente se rompe y los dos damos un paso atrás con torpeza. Hay una decena de preguntas parpadeando en su cara, pero no formula ni una sola. En cambio, dice:

—Demos un paseo. Si no nos mantenemos en movimiento, es posible que muramos de hipotermia.

Me vuelvo a reír y le dejo que pase su brazo por mi hombro. Arrancamos a andar por el camino y nuestras botas crujen sobre la fina capa de nieve que hay bajo las suelas.

—¿Cómo van las clases? —pregunta con voz ronca.

—Bien, supongo. —Estoy mintiendo. No van bien para nada. Me resulta imposible concentrarme en otra cosa que no sean los cambios sutiles en mi cuerpo—. ¿Tú?

Se encoge de hombros.

—No muy bien. No ha sido fácil concentrarse desde que... —Se calla.

—¿Desde esto? —Señalo mi vientre.

—Sí. Y también lo de Beau. Dean no lo está llevando muy bien y hay mucha tensión en la casa.

—Lo siento.

—Todo irá mejor. —Es todo lo que dice.

Dios, me gustaría tener su confianza. Y su resiliencia. Y su valor. En este momento me faltan todas esas cosas. Solo la idea de abrir la boca y sacar el tema de criar a un niño o a una niña me dan ganas de vomitar. O quizá sean las náuseas matinales.

Pero como de costumbre, Tucker no mete presión con el tema. Simplemente lo cambia.

—¿Venías aquí mucho de pequeña? —Señala a la preciosa naturaleza que nos rodea.

—Cuando era muy pequeña —admito—. Antes, cuando éramos solo mi madre, mi abuela y yo, nos gustaba venir aquí todos los fines de semana. Aprendí a patinar en la charca de la rana.

Me mira con el rabillo del ojo.

—No hablas mucho de tu madre.

—No hay nada de que hablar. —El resentimiento escala hasta la garganta—. No estuvo presente mucho tiempo. Bueno, cuando era muy joven hacía el esfuerzo, hasta que tuve seis años o algo así. Pero entonces los hombres de su vida se hicieron más importantes que yo.

La mano con guante de Tucker me aprieta el hombro.

—Lo siento, querida.

—Así es la vida. —Le miro—. Tu relación con tu madre es muy estrecha, ¿verdad?

Asiente.

—Ella es la mejor mujer que conozco.

La emoción me obstruye la garganta. Puede que Tucker perdiera a su padre de muy pequeño, pero es evidente que su madre hizo todo lo que pudo para compensar esa situación. Por lo que me ha contado, se dejó la piel para que su hijo pudiera tener una buena vida. Mi propia madre podría aprender alguna que otra lección de la señora Tucker. Lo mismo vale para la abuela.

—Nuestras infancias han sido muy diferentes —digo de repente.

—Y, sin embargo, hemos crecido y nos hemos convertido en personas increíbles.

Él, tal vez. Yo, no me siento muy increíble en este momento. Pero guardo esa reflexión para mí misma.

—¿Tu madre quiere que vuelvas a Texas después de la universidad?

—Sí. —Se detiene en medio del camino, exhalando en una respiración que parece cansada.

—¿Quieres volver? —pregunto a continuación, y no respiro mientras espero su respuesta.

—No lo sé.

Se pasa una mano por su pelo castaño rojizo y sigo el movimiento de su mano. Su pelo parece supersuave al tacto. Y es que ES supersuave al tacto. Lo sé porque mis dedos lo han recorrido en muchas ocasiones. Quiero hacerlo de nuevo ahora, pero tengo miedo de que, si lo toco, no vaya a poder parar.

—Mi plan ha sido siempre volver después de la graduación. Quiero estar cerca de mi madre y cuidar de ella, ¿sabes? Pero cuando he ido allí estas fiestas... —Gime en voz baja—. No hay oportunidades de negocio en Patterson. Ninguna. Es un pueblo pequeño que no ha crecido nada en cien años. Y ni siquiera podría ir y venir de Dallas, porque se tardan cuatro horas en coche. Al principio pensé que viviría en Dallas durante la semana y que me quedaría en Patterson los fines de semana, pero cuanto más pienso en ello, mas agotador me parece.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea.

Espero a que le dé la vuelta, a que ME pregunte lo mismo, que qué VOY a hacer con el bebé..., pero

no lo hace.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo patina la gente un rato? —sugiere.

—Por supuesto.

Retomamos la marcha. Su brazo sigue rodeándome. El viento trae su familiar olor a mi nariz y se me despierta el deseo. Quiero besarlo. No, quiero arrastrarlo a donde quiera que ha aparcado su *pick-up* y destrozarlo. Quiero sentir sus labios sobre los míos y sus manos en mis pechos y su polla moviéndose dentro de mí.

Los gritos felices de los niños nos saludan antes incluso de llegar a la laguna. Una sensación agrídulce me invade mientras nos acercamos a la barandilla. Decenas de personas pasan a toda velocidad por delante de nosotros en la superficie brillante de la pista de hielo. Los niños están arropados con abrigos y bufandas y guantes de colores. Las familias patinan juntas. Las parejas se deslizan por el hielo agarradas de la mano.

Tucker extiende su mano para tocar la mía y entrelaza nuestros dedos enguantados. Nos quedamos ahí viendo la pista durante un rato. El corazón me da un vuelco, porque parece como si fuésemos una pareja de verdad. Simplemente dos personas felices pasando la tarde en el parque, disfrutando de la compañía del otro.

—Mierda, ¿ves a ese señor? —dice Tucker de pronto.

Sigo su mirada hacia un hombre alto, de pelo gris, con una chaqueta azul y patines negros.

—Sí... ¿lo conoces?

Entrecierra los ojos.

—No. Por un segundo pensé que sí, pero es alguien calcado a él.

—¿A quién? —pregunto con curiosidad.

—Al entrenador Death.

Casi me ahogo con mi propia lengua.

—A ver. Vamos a rebobinar. ¿Has dicho entrenador Death, o sea, entrenador MUERTE?

Su carcajada me hace cosquillas a un lado de la cara.

—Sí. No es una broma, querida. Mi primer entrenador de hockey se llamaba Paul Death. Al parecer es un antiguo apellido británico. ¿O quizá galés? Ahora mismo no me acuerdo.

Me giro de tal forma que mi espalda está apoyada en la barandilla.

—¿Era tan malo como su nombre sugiere?

—El tío más majo que te puedes echar a la cara —afirma Tucker.

—¿En serio?

—Total. Es la primera persona que me dijo que tenía potencial. Yo tenía cinco años en ese momento. Le supliqué a mi madre que me llevara a clases de hockey, así que me llevó a un campo que había a una hora de casa porque en Patterson no hay pista de hielo. El entrenador Death se puso de cuclillas, me dio la mano y me dijo: «Sí, sí, sí. Lo veo, chaval. Tienes potencial». —Tucker se ríe—. Esa era su muletilla: «Sí, sí, sí». Empecé a decirlo yo también en casa y volvía loca a mi madre.

Me río.

—¿Así que el entrenador «Muerte» fue tu ídolo de pequeño?

—Más o menos. —Inclina la cabeza—. ¿Y tú? ¿Quién era tu ídolo?

—Tenía cinco. —Le sonrío—. Se llamaban NSYNC.

Su boca se abre de par en par.

—No, no, querida, dime que me estás tomando el pelo. ¿Te molaba una *boy band*?

—Me molaban tanto que no tiene ni gracia. La abuela me llevó a un concierto suyo cuando yo tenía doce años. Juro que tuve mi primer orgasmo esa noche.

Echa su cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—Te lo he dicho, no tiene gracia —me quejo—. Estaba obsesionada. Solía garabatear «Sabrina Timberlake» en todos mis cuadernos del cole.

—La verdad es que me cuesta imaginármelo.

—¿Por?

—Porque siempre estás muy seria. Cuando te imagino de niña, te veo leyendo libros de texto para divertirte y estudiando para la selectividad con cuatro años de antelación.

Una sonrisa irónica tira de mis labios.

—Sí, eso también lo hacía. Pero siempre hacía un hueco para Justin. Hacía descansos cuando estudiaba para darle besos a su foto. Con lengua.

Tucker se parte.

—Dios, Sabrina. No sé si puedo estar más contigo.

Y tal que así, mi buen humor se desvanece. No por lo que ha dicho, sé que está de coña, sino porque... me viene a la cabeza lo del bebé. ¡Mierda!

Tucker y yo solo hemos estado saliendo unos meses antes de esta noticia bomba del bebé. ¿Acaso podríamos haber tenido un futuro juntos? Me encanta estar con él. Es MUY fácil estar con él, más fácil de lo que nunca me ha parecido con nadie. Yo estaba... EMPEZANDO a ver un futuro para nosotros, pero ¿y él? ¿Y si él se estaba cansando de mí y estaba pensando en dejarme?

Si nos quedamos con el bebé, el futuro está asegurado. Seremos parte de la vida del otro, queramos o no. Quiera él o no.

—¿Qué pasa? —pregunta con preocupación.

Trago saliva por encima del nudo que tengo en la garganta.

—Yo... —Mi cara se arruga—. No he tomado una decisión.

Su voz se vuelve ronca.

—Lo sé.

—Estoy asustada... —Miro hacia abajo, a mis botas—. Estoy muy asustada, Tuck.

—Lo sé —repite. Después se frota la cara—. Yo también.

Mi mirada vuela hacia él.

—¿Lo estás?

—¿Me estás tomando el pelo? Estoy acojonado. —Suelta un gemido—. Estoy intentado ser fuerte para ti, Sabrina. Estoy intentándolo con todas mis fuerzas.

Parpadeo por las lágrimas que hay en mis ojos.

—Normalmente yo soy la más fuerte. Pero en este momento no me siento fuerte para nada.

Me atrae hacia sus brazos y de repente estamos agarrados de nuevo el uno al otro. Es casi seguro que todo el mundo en la pista nos está mirando, preguntándose por qué estamos abrazándonos como un par de locos desesperados, pero no me importa. Estoy en un torbellino de emociones, y puede que sea eso lo que me impulsa a decir:

—No creo que quiera quedármelo.

Tucker se echa un poco hacia atrás. Su expresión es sombría.

—¿Estás segura?

—No.

—En ese caso necesitas un poco más de tiempo para pensar en ello —dice en voz baja—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuro.

Después de un instante largo, me vuelve a coger la mano.

—Venga, caminemos otro rato. Te contaré más cosas del entrenador Death, y tú me puedes contar todo sobre tus morreos con el póster de Justin Timberlake.

Suelto una risa en forma de graznido. Dios. Este tío es... este tío. Quiero darle las gracias, besarlo, decirle lo increíble que es.

Pero todo lo que hago es enredar mis dedos en los suyos y dejar que me lleve de vuelta al camino.

22

Sabrina

El teléfono me parece un ladrillo en mi mano. Tengo que programar el aborto porque pronto estaré fuera de plazo. Debería haberlo hecho hace un mes, joder. Ya casi se está acabando febrero y estoy de quince semanas. No sé por qué he dejado pasar tanto tiempo.

Bueno, sí que sé por qué. Porque no me puedo decidir. La mitad del tiempo creo que estaré mejor sin un niño. Y el resto no me puedo quitar la imagen del ataúd de Beau de la cabeza.

La humedad cae por mis mejillas y aparto las lágrimas con una mano enfadada. Genial. Estoy llorando en público. Creía que había llorado todas mis lágrimas en el funeral de Beau. Eso fue absolutamente terrible.

Sabía que era una mala idea ir a estudiar al Starbucks hoy, teniendo en cuenta lo hormonal que he estado últimamente, pero no quería estar en casa por si finalmente reunía el valor suficiente como para llamar a la clínica. Todavía no le he contado a la abuela lo del embarazo, y no quería que lo descubriese por accidente provocado.

Por primera vez en mi vida, me siento como si estuviera completamente perdida, sin dirección. No he visto a Tucker desde el día del parque, y hace una semana dejé de contestar a sus mensajes. Estos días no puedo concentrarme en nada que no sea la inminente decisión que se cierne sobre mi cabeza.

Y no es únicamente a Tucker al que he estado esquivando. Solo he ido a uno de nuestros almuerzos semanales con Hope y Carin desde la muerte de Beau. Lo he achacado a un aumento de las horas de trabajo, pero no creo que se lo crean.

—¿Sabrina?—Mi cabeza se eleva de golpe. Joanna Maxwell está de pie delante de mi mesa. Lleva una taza de café en una mano y un elegante *clutch* blanco en la otra. Envuelta en un abrigo de lana azulón, cada centímetro suyo refleja la estrella de Broadway que va a ser.

—Joanna. —Me pongo de pie de un salto y le doy un abrazo—. ¿Cómo estás? —En el abrazo siento sus huesos tan robustos como pequeñas ramas de árbol. Le doy otro apretón antes de soltarla.

Sonríe débilmente.

—Bueno.

—¿Qué haces en Boston? ¿Estás de gira con tu espectáculo?

—No, sigue en Manhattan. —Un rubor lento sube arrastrándose por su cuello—. Yo... eh... lo he dejado.

El *shock* me enmudece por un segundo.

—¿Lo has dejado?

—Sí. Se me presentó la oportunidad de hacer otra cosa y la cogí. —Sus palabras son una mezcla de desafío y vergüenza, como si estuviera cansada de tener que justificar sus decisiones, algo que desde luego no tiene que hacer conmigo.

—Bueno, pues bien por ti. —Pero estoy confundida, porque cuando estuve saliendo con Beau, él me dijo que el sueño de Joanna era trabajar en Broadway.

—Sí, ¿verdad? Soy joven, así que si hay un momento para probar cosas nuevas, es ahora.

Probar cosas nuevas es algo que me aterrera, pero yo asiento de todos modos porque no soy la chica que ha perdido a su querido hermano.

Solo soy la chica que está preñada.

—Totalmente de acuerdo. ¿En qué andas?

—Estoy haciendo una demo —admite.

No formo parte de los estudiantes de arte de Briar, así que no tengo idea de a qué se refiere exactamente.

—Ah. Guay.

Mi desconcierto debe notarse en mi cara, porque Joanna añade:

—Es una maqueta. Un ejemplo de lo que hago para enviárselo a varios buscadores de talentos de las discográficas. Lo escuchan y, espero, alguien me llamará para firmar un contrato y grabar un disco. Si eso no funciona, cantaré versiones y las subiré a YouTube; quizá pueda ganar visibilidad de esa forma. Todo está un poco en el aire, la verdad.

—Eso está muy bien —le digo, pero en mi cabeza no lo entiendo.

¿Por qué alguien iba a dejar un espectáculo en el que está ganando dinero por algo que parece megarriesgado? Si yo tuviera un buen trabajo ahora mismo, igual me quedaba con el bebé. Creo que si me hubiera quedado embarazada al final de la facultad de Derecho en vez de al principio, vería las cosas de otra manera.

—La verdad es que es aterrador. He tenido que buscar un trabajo de camarera en un restaurante y es algo que no había hecho antes. Pero no hay otra manera de pagar mis facturas. Y el haber dejado Broadway ahora puede hacer que nunca pueda volver.

—Yo, eh, yo... —tartamudeo. La posibilidad de perder todo lo que había planeado para toda mi vida por este embarazo me ha paralizado. Joanna suena como si deliberadamente hubiese saltado por un precipicio sin red de seguridad—, espero que sigas tu sueño —termino sin convicción.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo —suspira—. Y a pesar de lo que piensan mis padres, no estoy teniendo una crisis existencial por la muerte de Beau. De hecho, él estaría totalmente de acuerdo con esto, ¿no te parece?

Beau quería mucho a su hermana, así que, sí, si esto le hace feliz, él la habría apoyado.

—Él querría que tú fueras feliz —coincido.

Joanna se muerde el labio inferior.

—¿Sabías que Beau no quería ser jugador profesional? El equipo lo hizo fatal el año pasado y tuvo ofertas para ir a otras universidades, y quizá así ganar otro campeonato. Eso lo habría colocado en una mejor posición para ser clasificado en los *drafts*. Pero él adoraba a su equipo y no estaba interesado en jugar en el siguiente nivel. A Beau lo que le importaba era ser feliz. —Se queda sin habla de la emoción y le pido a Dios que esas lágrimas no se escapen, porque si ella llora, yo también me voy a poner a llorar.

El embarazo me ha convertido en una tontaina llorona y emocional.

—Entonces deberías hacerlo —le digo con firmeza.

—Lo sé.

Se limpia la cara con la manga mientras busco en mi bolso a ver si puedo encontrar un Kleenex. Hay uno arrugado en una esquina, pero está limpio y Joanna lo coge agradecida.

—Le gustabas mucho —dice en voz baja—. Podríais haber hecho una pareja estupenda, pero quizá es mejor que no te hubieses enamorado de él—. Su cara se derrumba cuando el dolor que ha estado reprimiendo se desborda—. Así no estás fatal, como estoy yo.

Sin decir ni una palabra, le guío hasta la mesa, arrastro una silla vacía junto a la mía y me siento a su

lado mientras llora. Algunos clientes nos lanzan miradas extrañas. Yo contesto a su cotilleo con una mirada asesina.

Afortunadamente, Joanna se calma en un instante. Pronto se suena la nariz y me lanza una mirada de disgusto desde el velo formado por su pelo.

—Mierda. No había llorado en todo el día —murmura—. Un nuevo récord.

—Yo en tu lugar, ni siquiera saldría de la cama.

—Eso hice las primeras dos semanas, y luego me desperté y pensé: Beau me daría una patada en el culo si me viese mandando mi vida a la mierda. Así que, aquí estoy, intentando hacer algo estúpido y nuevo.

—A mí no me suena tan estúpido. —Y ahora lo digo con sinceridad. Joanna es joven. Si una carrera diferente en la música es su sueño, mejor que lo persiga ahora que más tarde.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto que sí.

Se mete el pañuelo en el bolsillo del abrigo.

—Beau siempre me dijo que eras muy ambiciosa y cuadrículada. Me daba la sensación de que algo así podrías... menospreciarlo.

Arrugo la frente.

—Me haces parecer una insensible.

—No. No me refiero a eso. Era un cumplido. —Hace una pausa—. Yo antes era igual. Tenía todo planeado: licenciarme en Artes Escénicas, conseguir un papel estupendo en un musical de Broadway, y llevar mi estrella a la parte de arriba del cartel. Entonces Beau se muere y nada de eso ya me parece importante, ¿sabes lo que quiero decir?

Creo que sí lo sé.

—En fin, será mejor que me vaya. —Se inclina hacia delante y me abraza de nuevo. Esta vez su abrazo es sorprendentemente feroz—. Cuídate, Sabrina. Espero que vivas tu vida haciéndote feliz a ti misma.

Sí. Si solo supiera qué camino es el que hay que tomar.

###

Al día siguiente, estoy frente a la oficina de mi tutora. La catedrática Gibson tiene la cabeza inclinada sobre su escritorio, está calificando trabajos. Digo su nombre en voz baja para no asustarla.

—Sabrina, adelante. —Me hace un gesto para que pase con una sonrisa de bienvenida—. ¿Qué tal tu último semestre?

—Fácil. Ya sé cómo hacer exámenes.

—¿O quizá es porque te has entrenado para pensar de manera más crítica, y para ser capaz de analizar mucha información y encontrar los principios simples que sustentan todas las teorías?

—O eso. —Me río mientras me siento.

—¿Estás ilusionada con ir a Harvard en otoño o tienes más ganas de las vacaciones de verano?

—Harvard, sin duda. Voy a echar de menos este lugar. —Observo la acogedora oficina de la catedrática Gibson con su cómoda silla enorme que manda volver a tapizar cada cuatro años, y la torre de libros que amenazan con caerse de un momento a otro, pero que nunca lo hacen. Tiene fotos por todas partes con sus alumnos y con su marido.

Y de repente, caigo. La razón por la que nunca he pensado en tener hijos es porque desde el momento en el que conocí a la catedrática Gibson, quería ser como ella. Es inteligente, tiene éxito, buen corazón y

es muy respetada. Dondequiera que va, la gente la admira. Y para una chica como yo, de uno de los barrios pobres de South Boston, ese tipo de admiración era un sueño... Un sueño que he perseguido sin descanso aquí en Briar.

No conozco a ninguna mujer con hijos que haya logrado tanto éxito como la catedrática Gibson. Sé que, intelectualmente, está mal, porque hay miles de madres que son médicos, abogadas, banqueras y científicas. Incluso Hope y Carin hablan de ser madres, algún día. Pero ese algún día para ellas pertenece a un futuro nebuloso, mientras que en mi vientre es ahora mismo.

—¿Te habría gustado tener hijos? —le suelto mientras observo una foto en la que está con su marido de pie delante de un antiguo castillo.

La catedrática Gibson entrecierra los ojos, y por alguna razón, lo sabe. Puedo verlo en su cara.

—Sabrina. —Hay una pregunta implícita en su suspiro.

Asiento con la cabeza.

Cierra los ojos, y cuando los abre, cada rastro de juicio de valor ha desaparecido. Pero vi el primer parpadeo. Era de decepción y me escuece.

—A veces —dice como respuesta a mi pregunta—. A veces sí, y a veces me alegro de no tenerlos. He sido la tía especial para los tres hijos de mi hermano, y eso ha cubierto la mayor parte de mi instinto maternal. Tengo a mis alumnos, y eso es tremendamente satisfactorio, pero no voy a mentir diciendo que no me he preguntado cómo sería tener un hijo propio.

—¿Crees que puedo hacerlo? ¿Tener un hijo y acabar Harvard?

Emite un sonido pequeño y triste en el fondo de su garganta.

—No lo sé. El primer año lleva mucho tiempo y es abrumador, pero tú eres muy inteligente, Sabrina. Si hay alguien que puede con eso, eres tú. Pero puede significar sacrificios. Tal vez no te gradúes con mención *Summa cum laude*.

Me estremezco, porque estar entre los primeros de mi clase en la facultad de Derecho es sin duda uno de mis objetivos.

—O que no llegues a publicar en el Boletín Jurídico de la universidad...

Me trago un gemido de consternación.

—... pero aun así te graduarás en Harvard. No tengo ninguna duda al respecto. —Hace una pausa—. ¿Qué dice el padre?

—Que depende de mí. Me apoya en cualquiera de los casos.

La sonrisa que se propaga es sincera.

—Ah, entonces tienes a uno de los buenos.

Sí que lo tengo. Tucker ha sido muy bueno conmigo, y eso es parte del problema. Si sigo adelante con el bebé, estoy afectando a su vida de mil maneras diferentes y no todas ellas buenas.

—Estoy segura de que vas a tomar la decisión correcta, sea la que sea.

—Gracias. —Me pongo de pie—. Sé que esto es raro, que haya venido a ti, pero mi madre... —No puedo seguir.

—Me alegra que hayas venido a mí —dice la catedrática Gibson con firmeza.

Le doy las gracias de nuevo y salgo de la oficina. Sé que debería hablar con mis chicas, pero me van a decir las mismas cosas que Gibson. De hecho, la razón por la que fui a hablar con ella es porque pensaba que con seguridad me diría que abortara.

Cinco minutos más tarde me siento en mi coche mirando el salpicadero sin verlo. Echo de menos a mi madre en este momento. Casi nunca ha estado presente y nuestra relación no era muy estrecha, pero sigue siendo mi madre y me gustaría que estuviera aquí. Quiero saber por qué me tuvo cuando claramente no me quería en su vida.

Cuando llego a casa, saco una hoja de papel y empiezo a enumerar los pros y los contras. A mitad de camino en los contras, arranco la hoja por la mitad y la tiro a la basura.

Mi respuesta ha estado ahí desde el principio. No necesitaba ver a Joanna ni a Gibson, ni hablar con mi madre ausente. La cuestión es que no he programado el aborto porque no quiero hacerlo. Quizá esa sea la mejor opción, pero me he pasado toda mi vida sintiéndome como una hija no deseada.

Poso una mano protectora sobre mi vientre todavía plano. Una chica más inteligente pasaría por el proceso, pero yo no soy esa chica inteligente. Hoy no.

Hoy, me quedo con el bebé.

23

Sabrina

Espero al acecho fuera de la clase de las once de Tucker. En lugar de preguntarle cuándo podríamos vernos, le he cotilleado *online* y he encontrado un post en el Briar YikYak con los horarios de todos los jugadores. Qué acojone.

Cuando los estudiantes fluyen hacia la salida del edificio cubierto de hiedra, reconozco quizá a uno de los treinta, si acaso. Mi tiempo en Briar está llegando a su fin, y no me llevo demasiado. Algunos estudiantes, tras la graduación, se llevan consigo una ristra de amigos de toda la vida. ¿Yo? Tengo mi título, a Carin y a Hope. Y ahora un bebé. Creo que el bebé supera a todas las hermanas de una hermandad de chicas.

Tucker sale junto a Garrett Graham. Los dos son guapísimos, pero Tucker es el que llama mi atención. No es que Graham no esté bueno, pero solo es Tucker lo que veo. Se ha afeitado la barba. No sé qué me parece, me gustaba la barba, pero no puedo negar que su rostro bien afeitado es igualmente atractivo. Tiene un hoyuelo en la barbilla que estaba oculto por todo el pelo. Dios, quiero explorar ese hoyuelo con la lengua.

El resto de él es igualmente tentador. Lleva un jersey de punto de manga larga ajustado con un lado metido por los vaqueros. Unas gafas de sol se sujetan en la parte superior de su cabeza castaño rojiza, que se echa hacia atrás cuando se ríe de algo que Graham murmura por la comisura de su boca. Detrás de ellos hay una cola de chicas hambrientas que quieren desesperadamente la atención de estos chicos. Pero los dos están más interesados en intercambiar ocurrencias que en mirar a las mujeres.

Un revoloteo de alivio me invade. Desde la noche en el hotel, no hemos dormido juntos. Vino el descubrimiento del embarazo, después la muerte de Beau, después el homenaje a Beau, después... nada, en realidad. Mi cabeza no ha estado en un lugar positivo desde el Año Nuevo.

Me muerdo el labio. No quería arrastrarle hacia abajo conmigo, pero eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Se para a mitad de la carcajada cuando sus ojos se posan sobre mí. Sus labios se mueven, diciendo algo como:

—Te veo luego tío. Tengo que encargarme de una cosa.

La mirada de Garrett llega a mí y probablemente dice:

—Te va a absorber el alma. Mantente alejado de ella.

Los labios de Tucker se curvan hacia arriba. O bien está respondiendo que lo tiene todo controlado, o que le gusta cómo se la chupo, o incluso puede estar diciendo «demasiado tarde». Mientras viene hacia mí, la mirada de Garrett va de la espalda de Tucker a mi cara.

Le ofrezco una amplia sonrisa, mostrando los dientes.

—Me estás evitando —murmura Tucker cuando llega.

Cambio mi atención a él, ignoro a Garrett, a las devotas chicas y al resto de nuestros compañeros de clase. Son una distracción, y le debo a Tucker estar centrada.

—He tenido la cabeza en mil cosas —admito.

—Sí. Yo también.

Cuando arquea una ceja hacia arriba, inclino mi cabeza hacia la multitud.

—¿Tienes un momento?

—Para ti siempre.

Mi corazón se contrae. He estado ausente durante semanas, y todavía encuentra la manera de mirarme como si yo fuera la única chica en su órbita. No lo merezco.

Me coge del codo y lo sigo hacia una fila de bancos que hay a lo largo del enorme patio.

—¿Estás viendo a alguien? —pregunto con el tono más casual que puedo reunir. Se detiene tan bruscamente que casi me doy un cabezazo contra los adoquines. Me ayuda a incorporarme, me planta las dos manos en mis hombros para moverme de tal forma que quedamos frente a frente.

—¿Estás de coña o qué?

—Has dejado de enviarme mensajes. —No me gusta la incertidumbre de mi voz.

Su expresión se relaja.

—Te he estado dando espacio.

Me fuerzo a encoger los hombros.

—No pasaría nada si estuvieras viendo a alguien.

Un músculo de su mandíbula salta y me sujeta los hombros con más fuerza. Vale, he juzgado eso de forma equivocada.

Por fin, suspira y coge sus gafas de sol para ponérselas.

—No, no estoy viendo a nadie —le oigo murmurar en voz baja—: Al parecer, ni siquiera a ti.

—Lo siento —suelto—. No era mi intención si ha parecido un insulto. Solo quería que supieras que esto —Muevo mis dedos en un círculo alrededor de mi vientre—, no debería detenerte a hacerlo.

Sus facciones se tensan de nuevo.

—Necesito un poco de comida antes de continuar esta conversación. Vamos.

—¿A dónde?

—A un lugar privado. —Sin interrumpir el ritmo de sus pasos, me lleva desde la zona de la sala de conferencias hasta el aparcamiento que hay detrás del edificio.

Unas cuantas personas le saludan con la mano mientras caminamos, pero él no se detiene para hablar con ninguno de ellos, ni tampoco para hablar conmigo. Cuando llegamos a su *pick-up* me empuja hacia el lado del copiloto y después me mira expectante.

—¿Qué? —murmuro.

—El cinturón.

—Me lo pongo cuando entres tú.

—Ahora.

—¿Todo esto es porque te he preguntado si estabas viendo a alguien?

El músculo de la mandíbula se le mueve otra vez.

—No. Esto es porque estás embarazada. —Una ceja se sube por encima de la montura de las gafas de sol—. Todavía lo estás, ¿verdad?

Me pongo colorada. Pero supongo que me lo merezco.

—Sí. Yo no haría nada sin decírtelo a ti primero.

—Guay. Ponte el cinturón.

Hago lo que me manda porque es obvio que no nos vamos a mover ni un centímetro hasta que escuche el clic. Subo después las manos y digo:

—¿Vale así?

Él asiente y cierra la puerta.

No decimos ni una palabra cuando arranca la *pick-up* y sale del aparcamiento. Conduce unos cinco kilómetros y nos paramos delante de una pequeña pista de patinaje al aire libre. El hielo se ha fundido y, en vez de patinadores, la pista está llena de mesas de pícnic. Solo hay unas pocas personas ocupando las mesas, ninguno de ellas estudiantes.

—¿Por qué no te sientas? —pregunta Tucker mientras me ayuda a salir del coche—. ¿Quieres algo de comer o de beber?

—Un agua.

Se dirige al puesto de comida mientras cojo una mesa en la esquina más alejada, sentándome de tal forma que puedo ver a Tucker atravesar el local al aire libre.

Si tuviera que elegir al padre de mi hijo, no habría nadie mejor que John Tucker. Es guapísimo, alto y con un cuerpo atlético excepcional. Pero, sobre todo, es una buena persona. Pase lo que pase en el futuro, nunca se apartará de su hijo. Nunca hará que él, o ella, se sienta no deseado. Nunca amenazará su vida de alguna manera. Pase lo que pase, incluso si meto la pata —y sé que la meteré—, Tucker estará allí para arreglar mis cagadas.

Es justo por eso, porque es tan buena persona, que esta decisión de tener al bebé ha sido tan increíblemente difícil. Si hubiera abortado, creo que le habría dolido, pero ahora que me quedo con el bebé, su vida cambiará para siempre. Y será por mi culpa.

Tengo que recordarme eso a mí misma todo el rato. No puedo depender de él demasiado, ni pedirle demasiado, porque me daría todo sin quejarse. Pero no soy una gorrón ni alguien que utilice a la gente. Sería muy fácil enamorarse de Tucker y permitir que él se encargue de todo.

Sería fácil. Pero no justo.

Un minuto más tarde, se acomoda en su silla y empuja una botella de agua sobre la mesa. Se ha comprado un perrito caliente y un café, y ninguno de los dos habla mientras engulle rápidamente su comida. Una vez ha terminado, hace una bola con la servilleta y la mete en el contenedor vacío del perrito caliente. Se mete las gafas de sol en el cuello de su camiseta, dobla sus enormes y hábiles manos alrededor de su taza de café y espera. Es mi momento.

Me lamo los labios una vez, dos veces, y después simplemente me lanzo.

—Voy a tener el bebé.

Sus ojos revolotean y se cierran, ocultando cualquier emoción que le esté invadiendo. ¿Alivio? ¿Miedo? ¿Infelicidad? Cuando levanta sus párpados, su mirada es clara e inexpresiva.

—¿Cómo puedo ayudar?

Una sonrisa reticente asoma a la superficie. Esa frase es tan de Tucker. Lo que refuerza mi determinación para asegurarme de que él no tenga casi que sufrir ninguna carga, y esté libre de encontrar a quien sea o lo que quiera en el futuro. En el segundo en el que quiera salir, le dejaré hacerlo sin pelear por evitarlo.

—Por ahora estoy bien. Tengo seguro médico por mi trabajo en correos. Llevo trabajando ahí desde el instituto. Solía quejarme de mi prima del seguro médico, ya que nunca lo he utilizado, pero, mira, ahora me viene genial.

—De acuerdo. Entonces el tema de la asistencia médica está solucionado. ¿Y qué pasa después de que tengas el bebé? ¿Sigues adelante con los estudios de Derecho?

—Sí, por supuesto. —La idea de dejarlo ni siquiera se me había ocurrido—. Es como la universidad. Hay tres o cuatro horas de clase al día. El resto del tiempo estaré en casa estudiando.

Su boca se estrecha en su primera señal de emoción.

—¿Con tu padrastro?

Es difícil no ruborizarse de la vergüenza.

—Es un gilipollas, pero nunca me ha tocado.

—Eso no garantiza nada.

Ruedo la botella de agua entre mis manos un par de veces. Tucker espera que hable. Tiene más paciencia que un santo.

—He tenido que dejar mi trabajo en el club —digo en voz baja—. Contaba con ese dinero para parte de la matrícula de la facultad de Derecho. No me puedo permitir vivir en otro sitio distinto al que estoy ahora. Además, espero que la abuela cuide del bebé mientras esté en clase.

—¿Y yo? ¿Confías en mí?

Mi cabeza se levanta de pronto hasta encontrarme con su expresión un poco frustrada.

—Por supuesto.

—Entonces ¿por qué no me puedo quedar yo cuidando al bebé mientras estás en clase?

—Porque tú tienes que conseguir un trabajo, ¿no? Mi abuela no trabaja. Vive de su pensión de la seguridad social.

Tucker se lleva una mano a la frente, como si por fin registrara la enormidad de la tarea que estamos a punto de emprender.

—Tienes razón. Necesito encontrar un trabajo.

—¿Aún no has encontrado una empresa?

—Hay un montón, pero si hay algo que he aprendido sobre la gestión empresarial es que, si no te gusta lo que haces, está destinado a ser un fracaso. —Toma un sorbo de su café—. Este verano trabajaré en la construcción. Lo he hecho alguna vez y se gana pasta. Durante mi tiempo libre, seguiré buscando diferentes oportunidades hasta que encuentre la correcta.

—Pues hasta ese momento, tiene sentido que mi abuela ayude.

Le da una vuelta, pero no puede pensar en una solución mejor.

—Solo por ahora. Hasta que encontremos algo mejor. —Hace una pausa—. Tengo que decírselo a mi madre. Y a mis compañeros de equipo.

La agitación que empiezo a sentir en el vientre no tiene nada que ver con el embarazo, y todo que ver con la vergüenza. Lo que provoca un pinchazo de enfado dirigido a mí misma, porque el embarazo no es un suceso horrible y vergonzoso. Soy una persona adulta. Voy a tener un bebé. No es nada del otro mundo.

—¿Puedes esperar un poco más? A ver, que me parece guay que se lo digas a tu madre, pero ¿puedes mantenerlo en secreto con tus amigos por ahora? —Dudo y luego confieso—: Yo no se lo he dicho a nadie.

—¿A nadie? —dice con incredulidad.

Asiento con la cabeza apenada.

—No eres el único al que he estado evitando. Casi no he visto a Carin ni a Hope.

—Entonces admites que me estás evitando.

No puedo mirarle a los ojos. En vez de eso, finjo estar concentrada en una veta de la madera de la mesa de pícnic. Me muero por decirle lo mucho que lo he echado de menos. Porque es verdad. He echado de menos besarlo y hacer bromas con él y escucharle llamarme «querida» con su acento sureño.

He sido una persona bastante solitaria toda mi vida. He evitado a la abuela y a Ray cuando podía. En Briar, me hice amiga de Carin y de Hope, pero no he sentido la necesidad de ampliar mi círculo. Por eso, la sensación de inmensa soledad provocada por no ver a Tucker me ha pillado por sorpresa.

Pero ¿cómo puedo estar con él sabiendo que yo he sido la que ha puesto su mundo al revés? El peso de la culpa me aplastaría más que el peso de la soledad.

Tomo una respiración profunda, empujando hacia fuera las palabras que no quiero decir.

—Si quieres ver a otras personas... puedes hacerlo. Yo no lo voy a hacer. No tengo tiempo para eso.

Pero si tú quieres, no me importa.

Se hace el silencio entre nosotros.

Un largo dedo encuentra su camino bajo mi barbilla y la levanta hasta que tengo que decidir entre cerrar los ojos o mirar a Tucker. Elijo lo último, pero me resulta imposible leer su expresión.

Me ofrece una mirada larga y contemplativa antes de decir:

—¿Qué tal esto? Si encuentro a alguien nuevo, te lo diré. Y tú y yo, podemos ser simplemente amigos. —Suaviza su tono—. Si decides que quieres más, hablamos del tema.

—¿Amigos? —repito en voz baja—. Me quedo con lo de amigos. —Y después, porque es muy buena persona, se me escapa—: Nunca he tenido novio. Solo sé cómo enrollarme con tíos y cómo cagarla.

—Querida...

Escuchar esas tres suaves sílabas solo aumenta mi pánico.

—No puedo creer que vaya a ser madre. Dios, Tuck, solo he pensado en una cosa en toda mi vida: salir del cuchitril en el que vivo. Y ahora estoy arrastrando a alguien ahí dentro conmigo y no sé si puedo.

Las lágrimas que he estado reprimiendo durante semanas se derraman. Tucker me coge la mejilla con su cálida mano y me mira fijamente a los ojos con firmeza.

—No estás sola —dice con intensidad y en voz baja—. Y no estás arrastrando a nadie. Estoy aquí contigo, Sabrina. En cada paso del camino.

Eso es lo que me da miedo.

#Tucker

En el hockey, casi todo el mundo juega con un compañero. La línea de ataque se compone de un ala izquierda, un jugador central, y un ala derecha. La defensa patina por parejas. Únicamente está solo el portero y siempre es una persona peculiar. Siempre.

Kenny Simms, que se graduó el año pasado, ha sido uno de los mejores porteros en Briar y probablemente la razón por la que ganamos tres *Frozen Fours* seguidas, pero el tío tenía los hábitos más raros del planeta. Hablaba consigo mismo más de lo que hablaba con nadie más, se sentaba atrás del todo en el autobús, prefería comer solo. En las raras ocasiones en las que salió con nosotros, no paraba de discutir. Una vez empecé a debatir con él si había demasiada tecnología disponible para los niños o no. Discutimos sobre ese tema las tres putas horas de reloj que estuvimos enchufándonos cervezas en un bar.

Sabrina me recuerda a Simms. Ella no es peculiar, pero es tan cerrada como lo era él. Piensa que está sola. Básicamente, nunca ha patinado con nadie, ni siquiera con sus amigas, Carin y Hope. Lo puedo entender. Los chicos fuera de mi equipo de hockey con los que he sido amable son buena gente, pero no he sangrado con ellos, no he llorado con ellos, no he ganado un partido con ellos. No sé si me respaldarían porque nunca hemos estado en una posición en la que se haya probado la lealtad.

Sabrina no sabe lo que es tener a alguien a su lado, y mucho menos detrás de ella, respaldándola. Y es por eso por lo que no me dejo llevar por el impulso de sacudirla como a una piñata por decirme cosas como que soy libre para ver a otras tías. El miedo en sus ojos es evidente, y me recuerda a mí mismo que la paciencia es la clave.

—¿Quieres que te siga a casa? —Ofrezco cuando aparco en el parking del campus donde ella dejó su coche—. Podemos estar un rato juntos, hacer planes.

Ella niega con la cabeza. Por supuesto que no. La chavala no ha sido capaz de mirarme desde que se echó a llorar. Odia llorar delante de mí. Qué coño, probablemente odia llorar en general. Para Sabrina, las lágrimas son una señal de debilidad, y ella no puede soportar que se la vea como algo menos que a

una amazona.

Reprimo un suspiro y salgo de la *pick-up*. La acompaño hasta su coche y arrastro su rígido cuerpo contra el mío. Es como abrazar un palo de hielo.

—Quiero ir a la próxima consulta contigo —le digo.

—Vale.

—No te emociones demasiado con todo esto. Despertarás al bebé —digo serio.

Una sonrisa dolorida aparece un instante.

—Es raro, ¿verdad? Decir que vamos a tener un bebé...

—Hay cosas más raras. Simmsy, nuestro antiguo portero, solía comer caramelos con forma de cacahuete antes de cada partido. Eso sí que es bastante raro. Que una mujer vaya a tener un bebé parece entrar dentro de la categoría de las cosas normales.

Sus orejas se enrojecen

—Quiero decir, «nosotros». —Mueve su dedo índice de mí a ella—. Que tú y yo vayamos a tener un bebé es raro.

—No. No creo que eso sea raro tampoco. Eres joven y superfértil, por lo que parece, y a mí me resulta imposible no estar tocándote. —Agacho la cabeza y le planto un fuerte beso en su sorprendida boca—. Vete a casa y échate una siesta, o algo así. Mándame un mensaje cuando sepas cuándo tienes la próxima cita con el médico. Nos vemos.

Y entonces me largo antes de que pueda discutir conmigo. ¿Raro? No es raro. Es aterrador e impresionante al mismo tiempo, pero no raro.

Cuando llego a casa, la casa está vacía, lo cual es maravilloso. Si llegan a estar mis compañeros, podría acabar yéndome de la lengua y tengo que respetar los deseos de Sabrina. Ahora somos un equipo, le guste o no. Ella está acojonada a más no poder, llena de culpa y abrumada por lo que va a ocurrir. Considero que llegados a este punto, todo lo que puedo hacer es estar ahí para ella.

Cuando llega un nuevo compañero de equipo, no siempre confía en ti de inmediato. Al principio no pasará el disco porque creerá que así es como se consigue el éxito individual, marcando un gol sin ayuda. Criar a un niño es un deporte de equipo. Sabrina tiene que aprender a confiar en mí.

No obstante, aunque no se lo vaya a contar a mis compañeros hasta que Sabrina esté lista, hay alguien a quien sí se lo tengo que decir.

Así que subo a mi cuarto, me siento en el borde de la cama y le mando un mensaje a mi madre.

Yo: *Tienes un minuto?*

Ella: *En 20, cielo! Acabando el tinte de la señora Nelson.*

Me paso los siguientes veinte minutos buscando en Google cosas de bebés. No me había permitido hacerlo antes. No sabía si Sabrina iba a quedarse con el bebé o no, y si hubiese decidido seguir adelante con el aborto, no quería encariñarme para que después se me partiese el corazón.

Ahora, soy libre para lanzarme a la paternidad. A diferencia de Sabrina, ya no me acojona tanto. Siempre me he imaginado a mí mismo teniendo una familia. Vale, no pensé que pasaría hasta dentro de un tiempo, al menos no hasta haber acabado la universidad, tener un buen negocio y ganar la suficiente pasta. Pero la vida siempre va cambiando y hay que adaptarse.

Hago unas cuentas en el margen de los apuntes de Traspasos de Negocios para ver si puedo comprarme una casa en Boston, y enseguida me doy cuenta de que no puedo permitirme el lujo de comprar un negocio y una casa con el dinero que me dejó mi padre. El suelo es ridículamente caro en Boston. Creo que voy a tener que alquilar por un tiempo.

Bueno. Vale. Voy a necesitar un lugar para vivir, un trabajo, y tengo que averiguar qué coño voy a hacer con mi vida después de la universidad. He estado posponiendo un poco la búsqueda de negocios porque

no había ninguna urgencia, pero con un bebé en camino y Sabrina viviendo en el cuchitril en el que vive, voy a tener que organizarme.

Estoy pidiendo un par de libros sobre embarazo y educación de los hijos en Amazon cuando llama mi madre.

—¡Mi amor! ¿Cómo va todo? ¡Solo un par de meses más y estás de vuelta en casa! —me canturrea al oído.

Mi estómago se desploma. Si hay una persona a la que odio decepcionar es mi madre, y que yo no vaya a volver a Texas va a destrozarla. Pero si soy sincero, llevo indeciso sobre lo de Texas ya un tiempo. Y en cierto modo, el bebé me está salvando de ir.

Hago una nota mental para contarle eso a Sabrina, porque sé que piensa que ha arruinado mi vida.

—Ahora que lo dices, respecto a eso. Mi... —Dudo porque no sé lo que somos después de nuestra pequeña charla de esta mañana— novia —termino, a falta de un término mejor. Nuestra relación es demasiado complicada como para entrar en profundidad con mi madre en este momento. Además, no puedo condicionarla porque sé que mi madre va a estar disgustada con lo que le voy a decir. —
¿Recuerdas que en Navidad te conté que había conocido a una chica?

—Sí... —dice con prudencia.

Lo suelto del tirón a sabiendas que va a doler.

—Está embarazada.

—¿El bebé es tuyo? —pregunta mamá inmediatamente. Hay un atisbo de esperanza en su voz. Rápidamente lo tumbo.

—Sí, mamá, por eso te llamo.

Hay un largo momento de silencio. Tan largo que casi dudo de si ha colgado.

Por fin, dice:

—¿Se lo va a quedar?

—Sí. Está de dieciséis semanas. —Ya he hecho los cálculos. La fecha de la concepción probablemente fue la primera vez que mantuvimos relaciones sexuales, cuando tenía tanta prisa por estar dentro de su apretado coño que olvidé ponerme el condón.

Sabrina James me hace perder la cabeza en más de un sentido.

—¡Dieciséis semanas! —grita mamá—. ¿Lo sabías en Navidad y no me dijiste nada?

—No, claro que no. No lo he sabido hasta después.

—Ay, John. ¿Qué vas a hacer?

Dejo escapar una respiración lenta y constante.

—Lo que haga falta.

24

Sabrina

Tres semanas después

Cuando llego al Della's, la mesa de la esquina está vacía. Es una buena señal. Me cubro la tripa con los lados del abrigo. Hace demasiado calor para mi chaqueta larga, pero se me está empezando a notar. Gracias a Dios que existen las mallas. No sé cuánto tiempo más voy a poder ponerme ropa normal.

He estado mirando todo lo que he podido sobre el embarazo, y un hecho triste que he encontrado es que la experiencia de cada una es distinta. Por cada mujer que ha cogido solo el peso exacto del bebé más un par de kilos de más, hay cinco que juran que se han tragado un campo entero de sandías. Muchas admiten que en algún momento tuvieron que dejar de conducir porque el volante se les metía en la tripa, por no hablar de que los cinturones de seguridad no están hechos para las mujeres embarazadas. Ya puedo dar fe de ello.

Todo está cambiando y estoy cagada de miedo. Todavía no se lo he dicho a la abuela ni a mis amigas. Tucker todavía no se lo ha dicho a sus amigos, porque yo lo he dicho que no lo haga. Sé que es irracional, pero es como si una parte de mí creyera que si no decimos nada, la vida no tiene por qué cambiar. Cuando le dije eso a Tucker anoche por teléfono, él me respondió con una risa suave y dijo:

—Ya ha cambiado, querida.

Y entonces me desperté esta mañana y no me podía meter en mis pantalones vaqueros, y la realidad me cayó encima como el martillo de Thor. Ya no puedo ocultar este embarazo. Esta mierda es real.

Así que hoy es el día de «vamos a soltar la bomba del bebé». Tengo la esperanza de que, una vez que deje de esconderlo, podré retomar el control de mi vida y empezar a dirigir mi barco de nuevo. Tal vez entonces seré capaz de dormir toda una noche sin despertarme con sudores fríos.

—¿Quieres esperar a tus amigas o te voy trayendo algo? —Me pregunta Hannah mientras me siento.

Mi mirada se posa involuntariamente en su esbelta cintura y siento una punzada de envidia. Me pregunto si la mía volverá a ser igual. Estoy empezando a sentir mi cuerpo como algo extraño. La protuberancia dura de mi estómago no es algo que pueda eliminar haciendo dieta. ¡Hay un ser humano ahí dentro! Y el bulto no va hacer más que crecer.

—Leche —digo de mala gana. Los refrescos están en la lista de las cosas que son malas para mí, junto con todo lo que está rico y es maravilloso en este mundo.

Cuando Hannah se marcha trotando, aparece Hope.

—¿Qué pasa? Tu mensaje era superinquietante. —Se quita su gabardina y se deja caer frente a mí—. Todo sigue ok con Harvard, ¿no?

—Vamos a esperar a Carin.

Frunce el ceño con ganas.

—¿Estás bien? Tu abuela no está enferma, ¿verdad?

—No, está bien. Y todo está igual con lo de Harvard. —Le echo un vistazo a la puerta, con ganas de que llegue Carin.

Hope sigue interrogándome.

—¿Ray se ha caído por un precipicio? No, eso serían buenas noticias. Ay, Dios, se ha roto la pierna y tienes que atenderle día y noche.

—Cállate ya. No queremos tentar a la suerte con sugerencias como esas.

—Ah, todavía puedes hacer bromas. El mundo no está llegando a su fin. —Hope le hace un gesto a Hannah antes de fijar su mirada en mí—. Vale, si no es tu abuela, sigues yendo a Harvard y Ray sigue siendo el mismo gilipollas de siempre, ¿qué es? No te hemos visto en las últimas semanas.

—Te lo diré cuando llegue Carin.

Hope levanta las manos con frustración.

—¡Carin siempre llega tarde!

—Y tú siempre eres impaciente. —Me pregunto cómo será mi hijo: ¿un tardón, impaciente, ansioso, relajado? Espero que relajado. Yo siempre estoy tan ansiosa. Ojalá Tucker me hubiera disparado un poco de paciencia en lugar de su esperma. Por desgracia, las cosas no funcionan así.

—Es cierto. —Se desplaza en su asiento—. ¿Qué tal Tucker? ¿Sois ya algo?

—Somos algo, sí —murmuro.

—¿Qué se supone que significa eso? Os habéis estado viendo desde finales de octubre. Eso son más de cuatro meses. En los Mundos de Sabrina, podríais incluso estar prometidos.

En realidad, llevamos dieciocho semanas y tres días, pero ¿quién lleva la cuenta además de mi ginecóloga y yo? Ay, Dios.

Antes de que Hope pueda seguir presionándome, Carin entra como si nada diciendo:

—Lo siento, llego tarde. —Y nos abraza solo con un brazo a cada una.

Hannah aparece otra vez con mi leche y dos cartas más antes de desaparecer para atender a la siguiente mesa.

Hope coge a Carin por la muñeca y la arrastra a su silla.

—Te perdono —le suelta. Después se vuelve hacia mí con una mirada severa—. Dispara.

—Carin ni siquiera se ha quitado el abrigo —protesto, aunque no sé por qué estoy retrasando lo inevitable. Da vergüenza que no sepa cómo usar los anticonceptivos correctamente, pero tener un bebé es normal. Al menos, ese es mi mantra estos días.

—Que les jodan a Carin y a su abrigo. Ha llegado. Empieza a hablar.

Tomo una respiración profunda y, dado que no hay manera fácil de decirlo, simplemente lo escupo:

—Estoy embarazada.

Carin se queda congelada con su abrigo a la mitad de los brazos.

La boca de Hope se abre de par en par.

Con uno de sus brazos atrapados, Carin le da un golpecito a Hope.

—¿Es el Día de los Inocentes? —pregunta, sin apartar su mirada de mí.

Cuando Hope responde a Carin, también mantiene su mirada clavada en mi cara.

—No creo, pero estoy teniendo mis dudas.

—No es ninguna broma. —Tomo un sorbo de mi leche—. Estoy de casi cinco meses.

—¿Cinco meses?! —Hope grita tan fuerte que todas las cabezas en el restaurante se giran hacia nosotras. Incliniéndose sobre la mesa, repite las palabras, esta vez en un susurro—: ¿Cinco meses?

Asiento con la cabeza, pero antes de que pueda añadir nada más, Hannah llega a tomarnos nota. Hope y Carin parecen haber perdido el apetito tras mis noticias, pero yo tengo hambre, así que pido un sándwich de pavo.

—¿Se te nota algo? —Hope todavía parece aturdida.

—Un poco. Todavía puedo usar pantalones elásticos. Pero nada de vaqueros ajustados.

—¿Has ido al médico? —pregunta. A su lado, Carin permanece en silencio.

—Sí. Tengo un seguro por el trabajo en correos. Todo va bien.

—¿Pensabas contárnoslo después de tener el bebé? —suelta Carin. Está herida y eso tiñe sus palabras.

—Ni siquiera estaba segura de querer quedármelo —admito—. Y una vez lo decidí, me daba...

vergüenza. No sabía cómo decíroslo, chicas.

—Sabes que aún estás a tiempo —dice Hope con una sonrisa esperanzada.

Carin se ilumina ante la idea.

—Exacto. Puedes abortar en cualquier momento hasta el tercer trimestre.

Su falta de apoyo me escuece, pero de alguna manera me hace actuar incluso con más firmeza. Toda mi vida ha girado en torno a mostrarles a los escépticos que puedo tener éxito.

—No —les digo con decisión—. Esto es lo que quiero.

—¿Qué pasa con Harvard? —pregunta Hope.

—Sigo yendo. No ha cambiado nada.

Mis amigas intercambian una mirada que dice que no tengo remedio y que una de las dos me va a soltar la noticia. Supongo que gana Hope, porque me dice:

—¿De verdad piensas que no va a cambiar nada? ¡Vas a tener un bebé!

—Lo sé. Pero hay millones de mujeres que tienen bebés todos los días y aun así funcionan como personas adultas.

—Va a ser muy difícil para ti. ¿Quién va a cuidar al bebé mientras estés en clase? ¿Cómo vas a poder estudiar? —Extiende su mano sobre la mesa para apretar mi mano inerte—. Es solo que no quiero que te quedes con la sensación de que estás cometiendo un error.

Mi expresión se tensa.

—Sigo yendo a Harvard.

No sé si es mi tono o mi gesto lo que las convence de que la decisión está tomada, pero sea como sea, reciben el mensaje. A pesar del escepticismo que permanece en sus rostros, pasan página.

—¿Es niño o niña? —pregunta Carin—. Espera, Tucker es el padre, ¿verdad?

—Por supuesto que Tucker es el padre, y no sé lo que es. Aún no hemos hecho la ecografía.

—¿Qué te dijo cuando se lo dijiste? —Hope mete baza.

Que no estoy sola.

—Que le parece bien. No se puso a llorar ni gritó de enfado. No tiró una mesa ni despotricó diciendo que era injusto. Simplemente me abrazó y me dijo que no estaba sola. Creo que tiene un poco de miedo, pero va a estar conmigo en cada paso. —Me trago el nudo que tengo en la garganta—. Y aunque quiero protegerle, voy a agarrarme a su mano todo el tiempo que pueda. Es megaegoísta por mi parte, pero en este momento la idea de afrontar el futuro sola me quita el sueño.

—Eso está bien, por lo menos —dice Carin con dulzura.

—Tucker es increíble. No lo merezco. —Dios, si a mis mejores amigas les cuesta asumirlo, no puedo ni siquiera imaginarme lo que estará pasando por la cabeza de Tucker.

Hope frunce el ceño.

—¿Qué te hace decir eso? No te has quedado embarazada sola.

—Él no tenía otra opción.

—Y una mierda. Cada vez que se tienen relaciones sexuales, hay un riesgo. No hay ninguna forma de anticoncepción que sea cien por cien efectiva, ni siquiera una vasectomía. ¿Quieres divertirte? Pues tienes que pagar el precio.

—Es un precio muy alto.

Hace un gesto con la mano.

—Un precio que tú también estás pagando.

—¿Podemos dejar de estar de bajón? —suelta Carin—. Vamos a hablar de las cosas importantes.

¿Cuándo te hacen la ecografía? Quiero empezar a comprar cositas para el bebé.

Abro la boca para decir que no lo sé cuando el teléfono de Carin nos interrumpe.

—Mierda. —Lo saca del bolso y se levanta de la silla—. Es mi asesora. Tengo que cogerlo.

Cuando desaparece en dirección a donde están los aseos, Hope vuelve su mirada preocupada hacia mí.

—Joder, B. De verdad espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también. —Sé que me quiere y que por eso está tan preocupada, pero igual que Carin, no quiero insistir en los aspectos negativos. Mi decisión está tomada y darle más vueltas solo va a conseguir que me sienta mal.

—Solo quiero que seas feliz —dice en voz baja.

—Lo sé. —Esta vez es mi turno para extender la mano Sobre la mesa—. Estoy asustada, pero esto es lo que quiero. Te lo prometo.

Agarra mi mano con fuerza.

—De acuerdo. En ese caso, estoy aquí para lo que necesites. Lo que sea.

Carin vuelve y empuja a Hope en su asiento.

—Voy a aprender a hacer punto —anuncia.

—¿A hacer punto? —repito con ironía.

—Sí, a tejer patucos. Estás de cinco meses, ¿no? Eso me da unos cuatro meses para aprender a hacer punto, así que prepárate para sorprenderte y asombrarte ante mi nueva habilidad.

Finalmente esbozo una sonrisa.

—Considérame preparada.

Y no solo para la nueva habilidad de Carin. Pero bueno, tengo a mis amigas y tengo a Tucker, que es más de lo que jamás pensé que tendría y más de lo que probablemente merezco.

Pero no lo rechazo.

25

Tucker

La cocina está tan en silencio que es como si estuviera en una iglesia. No es que haya ido a la iglesia muchas veces en mi vida. Mi madre, cuando yo era un niño, me llevó unos cuantos domingos a misa, pero finalmente decidió que prefería con creces quedarse en la cama durmiendo los fines de semana. A mí ese plan me pareció estupendo.

Pero ahora no son Dios ni el pastor Dave los que me juzgan. Son mis mejores amigos.

—¿Por qué coño no nos lo has dicho antes? —Es Garrett.

—¿De verdad vais a quedaros con el niño? —Logan.

—¿Sabrina James?! —Dean.

Aprieto mis manos alrededor de mi botella de cerveza y le frunzo el ceño a Dean. Le culpo a él por esta pequeña asamblea. Dos segundos después de contarle la noticia a él y a Allie, envió un SOS a Garrett y Logan ordenándoles que vinieran a casa echando hostias. Estaban en las residencias de sus novias, y ahora me siento un cabrón por joderles la noche.

—Chicos, ¿por qué no le dejáis hablar en vez de soltarle preguntas a voz en grito? —dice Allie en un tono cauteloso.

Es evidente que ella no quiere estar aquí para esta movida, pero Dean ha arrastrado a su novia a la cocina con nosotros, se ha agarrado a su mano y no deja que se vaya. No entiendo por qué está tan enfadado. Ni que fuese ÉL quien va a convertirse en padre. Y sé que no le mola Sabrina, porque mira a Allie como si hubiese sido la primera mujer en llegar a la luna. Atravesaron una mala racha tras la muerte de Beau, pero los últimos meses han estado asquerosamente enamorados.

—¿Tuck? —suelta Allie, metiéndose su pelo rubio detrás de la oreja.

Le doy un pequeño trago a mi cerveza.

—No tengo mucho más que decir. Sabrina y yo vamos a tener un niño. Fin de la historia.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —pregunta Logan.

—Bastante. —Las arrugas de sus frentes me dicen que no les ha gustado mi respuesta, así que añado —: A principios de noviembre.

Logan se queda atónito. Garrett no, lo que me hace mirarle con los ojos entrecerrados.

—Lo sospechaba —admite.

Los otros chicos giran sus cabezas hacia él acusándolo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Lo sospechabas? —repite Logan.

—Estoy diciendo que lo sospechaba. —Garrett me mira desde el otro lado de la mesa—. Te vi sujetando su mano en el homenaje a Beau.

Un destello de culpa atraviesa los ojos de Dean, y sé que está pensando en cómo, en vez de asistir a la ceremonia en memoria de uno de sus mejores amigos, se encerró en su habitación con un pedo que te cagas.

Logan se vuelve hacia mí.

—¿Así que vais en serio?

Una risa se me escapa.

—Vamos a tener un bebé. Por supuesto que vamos en serio.

O por lo menos mi plan es que así sea. Sabrina todavía necesita tiempo, eso sí. Tiempo para asimilar totalmente lo del embarazo. Tiempo para bajar la guardia y darse cuenta de que puede confiar en mí. Tiempo para bajar la guardia aún más y darse cuenta de que me quiere. Porque sé que me quiere. Es solo que tiene demasiado miedo de admitirlo o reconocerlo. A mí y a ella misma.

—¿Por qué no ha abortado?

La pregunta de Dean provoca que Allie suelte un jadeo, que los chicos frunzan el ceño y que yo arrugue la frente de cabreo.

—Porque hemos decidido tenerlo —digo con dureza.

Todo el mundo se estremece. Estoy bastante seguro de que nunca me han oído hablarle así a nadie antes. Normalmente no ladro, pero Dean se está acercando peligrosamente al territorio «te voy a partir la cara». Entiendo que no le caiga bien Sabrina, pero más le vale mostrarle respeto, incluso cuando no esté presente.

—Eh, chicos. Tranquilicémonos, ¿vale? —Garrett demuestra por qué es nuestro capitán del equipo, hablando en un tono tranquilo y apaciguador.

Aunque caigo en que ya no es el capitán de Dean, porque a Dean lo expulsaron del equipo en enero. Creo que el hecho de que lo pillaran en ese test antidoping fue uno de los catalizadores para su vuelta al mundo de los sobrios. Eso, y Allie.

—Es la vida de Tuck —continúa Garrett—. No tenemos derecho a juzgar sus decisiones. Si esto es lo que quiere, le apoyaremos. ¿De acuerdo?

Un segundo después, Logan asiente con la cabeza.

—De acuerdo.

Dean aprieta la mandíbula.

—Esto te va a arruinar la vida, tío.

Cada vez me cuesta más controlar la ira que hierve en mis entrañas.

—Bueno, es mi vida la que se arruina —digo con frialdad—. Tú no tienes voz en ella.

—¿Y Harvard? —continúa—. ¿Aún va a ir allí?

—Sí.

Él niega con la cabeza.

—¿Pilla Sabrina la cantidad de horas que requiere ir a la facultad de Derecho?

—Por supuesto.

Vuelve a sacudir de cabeza.

—¿Así que te suelta todas las responsabilidades sobre tus espaldas?

Al instante salgo en defensa de Sabrina.

—No, vamos a compartir las responsabilidades.

Más negaciones con la cabeza.

Juro por Dios que si no deja de hacer eso, le voy a arrancar su puta cabeza rubia del cuello.

—Dean —le advierte Allie.

—Lo siento, pero es que creo que esto es una locura —anuncia—. Esa chica es más fría que el hielo. Es una listilla. Es...

—La madre de mi hijo —le suelto en un gruñido.

Dean me devuelve el gruñido.

—Vale, pues de puta madre. Adelante, destruye tu vida. A mí qué más me da.

Mi boca se abre de par en par mientras se levanta y se larga de la cocina. ¿En serio?

Hay un largo silencio y después Allie se levanta.

—Voy a hablar con él —dice con un suspiro—. No le hagas caso, Tuck. Está siendo un capullo.

No contesto. Estoy demasiado cabreado para hablar.

—Por si sirve de algo, tienes mi apoyo. Creo que vas a ser un gran padre. —Su mano se posa suavemente en mi hombro antes de que se vaya hacia la puerta.

Cuando Allie se marcha, me quedo mirando a mis amigos aún en la cocina.

—¿Lo decís en serio? ¿Cuento con vuestro apoyo?

Ambos asienten. Aunque los labios de Logan tiemblan, como si estuviera intentando no reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto con recelo.

—Tío, ¿eres consciente de todas las cosas asquerosas que te vienen encima?

Parpadeo, confuso.

—Mira vídeos de partos en YouTube —me aconseja—. Hemos tenido que ver algunos para la clase de Estudios de la Mujer que cogí en primero. Es horrible. —Logan se estremece—. ¿Sabías que el 80 por ciento de las chicas se cagan en la mesa de parto?

Garrett resopla.

—Te estás inventando esa estadística totalmente.

—Vale, puede que no sea el 80 por ciento. Pero pasa la hostia de veces, y es ASQUEROSO. Ah, ¿y la placenta? ¿Un enorme saco sangriento que se cae al suelo después de que el niño salga? Después de ver eso, te garantizo que nunca más querrás meter la polla ahí dentro.

—De repente me da mucha pena Grace —subraya Garrett.

—Voy a insistir en que sea por cesárea programada —dice Logan con arrogancia, pero el brillo en sus ojos me indica que solo está bromeando. Siempre se puede contar con Logan para relajar el ambiente.

—Mirad —continúo—, sé que esto es un *shock*, y creedme, todavía no lo he asimilado. Pero quie... me preocupo por Sabrina. —Me corrijo antes de que el verbo que empieza por Q salga de mi boca. Ni de casualidad se lo voy a decir a mis amigos antes que a ella—. Dean está totalmente equivocado respecto a ella. Es muy ambiciosa, sí, pero no es ni fría ni una listilla. Tiene el corazón más grande que he conocido. Es... la hostia de increíble.

Un bulto obstruye mi garganta. Mierda, cómo me gustaría que Sabrina pudiese verse a sí misma a través de mis ojos. Ella cree que me está arrastrando a la alcantarilla con ella, pero se equivoca. Me está dando la única cosa que siempre he querido: una familia. Vale que está pasando antes de lo planeado, pero la vida no siempre sigue un horario.

—Así que de verdad vas a hacerlo, ¿eh? —Garrett suena un poco asombrado.

—Sí.

—¿Voy a ser el padrino?

—¡Y un huevo! —objeta Logan—. Me ha elegido a mí, obviamente.

—Una mierda. Yo soy sin lugar a dudas la mejor opción.

—Tú, sin lugar a dudas, eres el egocéntrico más grande de la historia, eso es lo que eres.

Me río.

—Seguid así y no escogeré a ninguno de los dos. Pero me alegra saber que los dos estáis deseosos de serlo. Creo que voy a pensar en algún tipo de competición, para que luchéis los dos un poco.

—Voy a ganar —dice Garrett de inmediato.

—¡Y un huevo!

Todavía están discutiendo cuando salgo de la cocina. Puede que Dean se haya comportado como un idiota tras mi supernoticia, pero es un alivio saber que por lo menos tengo el apoyo de Garrett y Logan.

Estoy muy seguro de que voy a necesitarlo.

###

Estoy aquí. Donde estás?

El texto de Fitzy aparece mientras aparco en el parking frente al Malone's. He venido aquí directamente desde casa, porque decirle a mis compañeros de piso lo del bebé no es el único punto en mi agenda esta noche. Todavía tengo que encontrar un lugar para vivir y de verdad espero que Fitz me pueda ayudar con eso.

Rápidamente le escribo una respuesta.

Yo: *Acabo d llegar. Entrando.*

Él: *Mesa de atrás en la esquina.*

Guardo mi teléfono, cierro la *pick-up* y me dirijo al bar. Fitzy está bebiendo una cerveza cuando me deslizo en la silla frente a él. Ha pedido una para mí también. La acepto con gratitud.

—Hola. Gracias por reunirte conmigo.

Se encoge de hombros.

—No hay problema. Me estaba poniendo de los nervios de todas formas. Mi apartamento es demasiado enano.

¿Eh? No esperaba una oportunidad tan pronto en la conversación, pero, qué coño, no pienso dejarla pasar.

—Eso es en realidad de lo que quería hablar contigo.

Fitzy arquea una ceja.

—¿De mi minúsculo apartamento?

—Algo así. —Paso mi dedo sobre la etiqueta de la cerveza—. Me dijiste que tu contrato se acababa en mayo, ¿verdad?

—Sí, ¿por?

—¿Has pensado qué vas a hacer después? ¿Vas a renovar el contrato? ¿Piensas cambiarte a otro sitio?

Una sonrisa tira de las comisuras de su boca.

—¿Qué pasa con este interrogatorio?

—Solo estoy intentando averiguar qué tienes en mente —Le doy otro sorbo a la birra—. No voy a volver a Texas después de la graduación.

Me mira por encima del cuello de su botella.

—¿Desde cuándo es eso?

—Desde que voy a tener un niño en agosto.

Unos fuertes ruidos estallan en su lado de la mesa. Se está ahogando con la cerveza. Probablemente no debería habérselo soltado mientras bebía. Me siento fatal mientras le veo toser con violencia.

—¿T... tú... —Tose de nuevo. Se aclara la garganta— vas a tener un niño?

—Sí. Sabrina está embarazada.

—Ah. —Un brazo tatuado se levanta para frotarse la sien—. Mierda. Bueno. Enhorabuena, ¿supongo?

Una sonrisa involuntaria llega a mis labios.

—Gracias.

Me analiza con detenimiento.

—Parece que te parece bien el tema.

—Es porque me lo parece —digo sin más—. Pero sí, sin duda necesito encontrar un sitio para vivir en Boston. Y recuerdo que dijiste una vez que no te importaría vivir en la ciudad, así que... —Me encojo de

hombros—, pensé que no estaría de más preguntar si estás disponible para compartir piso.

—Ah. —El arrepentimiento se intuye en su rostro—. He decidido no hacer eso. Pensaba que no me importaría viajar de un sitio a otro, pero estuve hablando del tema con Hollis y me recordó lo coñazo que es ir en coche de Boston a Hastings en invierno, así que me voy a quedar aquí mi último año.

Me trago la decepción.

—Ah, vale. Tiene sentido.

—Una pregunta estúpida... ¿Por qué no te mudas con Sabrina?

¿Es una pregunta estúpida? No. ¿Una buena pregunta? Ya te digo.

—No estamos ahí todavía —le contesto, porque la alternativa es la hostia de embarazosa: *Porque no quiere estar conmigo.*

—Vale. Bueno. Si vas en serio con lo de vivir en Boston, resulta que conozco a alguien que necesita un compañero de piso.

Se me ilumina la cara.

—¿Quién?

—No te va a gustar —advierde.

—¿Quién? —insisto.

—El hermano de Hollis. Su casero le ha subido el alquiler y no está seguro de poder pagar la casa él solo.

Mierda. ¿Brody Hollis, el rey de los gilipollas? ¿El hombre que dice que lo de llamarse «bro» es por «Brody»? Prefiero... que no. Pero ya no hay un «prefiero». No se puede decir que en este momento me lluevan las opciones. Puede que Brody sea... un pijo rollo fraternidad, pero recuerdo que su apartamento era grande, tenía dos habitaciones y estaba limpio.

Y a solo a cinco minutos en coche de la casa de Sabrina.

Por mucho que me disguste la idea, no puedo negar que es una buena opción. Y muy práctica.

Le doy otro sorbo a mi cerveza y después digo:

—¿Me pasas su número?

26

Sabrina

—Estoy nerviosa —susurro esas palabras al oído de Tucker para que las otras madres embarazadas que hay en la sala de espera no me escuchen. Todas tienen un resplandor de emoción y felicidad en sus caras, y no quiero estropeárselo. Solo porque yo esté siempre en modo pánico, no significa que deba acojonar a nadie más.

Pero estoy acojonada. Esta es la primera cita a la que viene Tuck y es en la que nos dicen el sexo del bebé, si es que llegamos a un acuerdo al respecto. Yo quiero saberlo. Él quiere que sea una sorpresa. Y esta es la ilustración perfecta del tipo de personas que somos.

A mí me gusta tener el control de las cosas. Si conozco el sexo del bebé, podré planificarlo. Comprar cosas bonitas de bebé niña, o cosas bonitas de bebé niño, y pensar en nombres.

Tucker es del tipo de persona que se deja llevar por la corriente. Él piensa que deberíamos comprar ropa de color amarillo y punto pelota.

—No hay nada de lo que preocuparse. —Me aprieta la mano y se inclina para besarme en la mejilla.

Me da un escalofrío involuntario. Sus labios son suaves y cálidos y quiero sentirlos contra mi boca, no en mi mejilla. Quiero besarle el cuello y chuparlo hasta que gima. Quiero deslizar la mano en sus pantalones, agarrarle la polla y tocarlo hasta que se corra en mi mano.

¿He dicho ya que estoy megacachonda?

No sé si es toda la creciente sensibilidad, o los tres meses de inactividad sexual, pero, por Dios, ¡tengo que echar un polvo ya! Incluso el roce accidental de mi propia mano contra mis tetas me pone cachonda y mojada. He leído que por lo general las mujeres están muy excitadas el primer trimestre, pero mi deseo sexual no pisó el acelerador hasta el segundo. Cada vez que veo a Tucker, quiero arrancarle la ropa.

Y él lo sabe.

—¿Estás ya preparada para ser algo más que amigas? —murmura.

Le miro fijamente.

—¿Te digo que estoy nerviosa y ya estás pensando en el sexo?

—No, eres TÚ la que está pensando en el sexo. —Sonríe—. Tus ojos me están pidiendo que te folle.

Me apresuro a mirar a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie le ha oído, pero las otras embarazadas están hablando con sus parejas o tienen sus cabezas enterradas en revistas de bebés.

—No es verdad —miento—. Mis ojos están demasiado ocupados preocupándose por lo que van a ver en la ecografía. He leído que es probable que podamos ver la cara del bebé, y sus dedos de los pies y manos. —El terror revolotea en mi vientre otra vez—. ¿Y si solo tiene tres dedos, Tuck? ¿Y si no tiene nariz? —Mi respiración es cada vez más pesada—. Ay, Dios de mi vida, ¿y si tenemos un bebé mutante?

Tucker se encorva y empieza a temblar. Me lleva un segundo darme cuenta de que está temblando de la risa. Una risa histérica y silenciosa. Genial. El padre de mi hijo se está riendo de mí.

—Madre mía. Joder, querida. —Resuella mientras levanta la cabeza—. No tenía que haberte dejado ver *Las colinas tienen ojos* anoche.

—No había nada más en la tele —protesto. Y *lo que no quería era que te fueras*.

Soy superpatética. Esta última semana, he estado buscando razones para que Tucker se quedara a dormir en casa. Tipo «tenemos que buscar en internet los tipos de respiración»; o «la espalda me está matando. ¿Te importa darme un masaje?»; o «quizá debería tener el parto en el agua». Me animó a que reconsiderara eso último, pero lo cierto es que no se lo había planteado en serio. La idea de tener mi culo de embarazada sumergido en una bañera llena de agua y fluidos del parto me da ganas de vomitar.

Pero como es Tucker, ha venido a Boston cada vez que le he llamado. En el fondo, me da miedo estar aprovechándome de él, pero insiste en asegurarme que esto es a lo que se apuntó.

—No vamos a tener un bebé mutante. —Su risa ha parado y ahora vuelve a cogerme la mano—. Él o ella va a ser perfecto. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza débilmente.

—¿Sabrina James? —llaman desde la puerta.

—Soy yo. —Me pongo de pie tan rápido que me tambaleo por un momento. Tucker me estabiliza poniendo un musculoso brazo alrededor de mis hombros.

—Somos nosotros —corrige.

Seguimos a la enfermera de la bata rosa por un ancho pasillo bien iluminado. Nos guía a una sala y me da instrucciones para que me sienta en la camilla. La máquina de las ecografías está al lado y mi corazón da un pequeño vuelco de excitación.

—Lo quiero saber, en serio —suelto en cuanto la enfermera ha salido de la habitación.

Tucker pone mala cara.

—Pero piensa en lo emocionante que será cuando la doctora grite: «¡Es un niño!»; o: «¡Es una niña!»

Este es su argumento recurrente. Pero, francamente, no necesito más emociones en mi vida en este momento. Mi situación en casa está ya demasiado cargada, con mi abuela soltándome sermones todos los días sobre haberme quedado preñada, machacándome por haber decidido quedarme con el bebé, y recordándome constantemente que ella no va a hacer de *babysitter* gratis solo porque sea su nieta. Y, por supuesto, está Ray, con sus comentarios sarcásticos sobre mi promiscuidad, mi gordura y mi estupidez por no saber cómo usar un condón.

Ray, no me importa una mierda. La abuela... Bueno, estoy segura de que cambiará de opinión en cuanto tenga a su bisnieta o bisnieto en brazos. Siempre ha sentido debilidad por los bebés.

—Quiero saberlo AHORA —digo con tono quejica, sin preocuparme de sonar como si tuviera cinco años, en plan berrinche.

—¿Qué te parece este plan? Lo echamos a piedra, papel y tijera.

Sí, vamos a ser unos padres estupendos.

—Vale. —Me chasco los nudillos, lo que provoca su risa—. ¿Listo?

—Listo.

Contamos al unísono. A la de tres, mostramos nuestras manos. Él saca papel. Yo, piedra.

—He ganado —dice con aire de suficiencia.

—Lo siento, cariño, pero has perdido.

—¡El papel cubre la piedra!

Le lanzo una sonrisa de satisfacción.

—La piedra sujeta con su peso el papel para que no se vuele. Lo atrapa.

Un fuerte suspiro llena la habitación.

—No voy a ganar en esto, ¿verdad?

—No. —Pero está tan mono ahora mismo que le ofrezco un trato—: ¿Qué te parece esto? Puedes salir de la sala cuando la doctora me lo diga, y te juro que no se me va a escapar. Esconderé todo lo que

compre para el bebé en mi armario para que así no puedas verlo.

—De acuerdo.

La técnico nos interrumpe, me saluda con cariño y me dice que me suba la holgada camiseta para poder untarme una sustancia viscosa congelada por todo el vientre.

—¿Tienes la vejiga llena? —pregunta.

—Mi vejiga siempre está llena —contesto con resignación.

Eso le provoca una risa.

—No te preocupes. Esto no nos llevará mucho tiempo. Pronto podrás hacer todo el pis que desees.

—Maravilloso. Mi sueño hecho realidad.

Es mi segunda ecografía, así que no me quedo preocupada cuando la técnica deja de hablar una vez empezamos. De vez en cuando señala alguna cosa, como que la forma de la columna del bebé parece una diminuta cadena de perlas o que, gracias a Dios, ¡tiene diez dedos en las manos y diez en los pies!

Tucker está ahí de pie, maravillado y en silencio, observando las imágenes granuladas de la pantalla. En un momento dado, se inclina y me besa la frente, y unos lazos de calor se desenrollan dentro de mi cuerpo. Estoy contenta de que esté aquí. De verdad que lo estoy.

—Bueno. Esto ya está. —Después de limpiar la cosa viscosa de mi vientre, la técnica le da a un botón y la máquina hace un zumbido y escupe una foto de la ecografía. Pero no nos la da. En vez de eso dice—: La doctora vendrá enseguida para hablar con vosotros. Si quieres ir a orinar, el baño está dos puertas a la izquierda.

Tucker se ríe cuando salto disparada de la camilla.

—Ahora vuelvo —digo, saliendo de la sala.

Hago pis, me lavo las manos y cuando entro de nuevo en la sala de exploración, la doctora Laura ya está ahí, charlando con Tuck. Cuando la vi por primera vez, no sabía bien qué pensar. Me resulta extraño llamar a un médico por su nombre de pila. Supongo que quizá pensé que era un signo de falta de profesionalidad o algo así, pero la mujer parece conocer bien su trabajo. Debe de andar por los treinta y cinco y habla sin rodeos, algo que agradezco.

—Aquí, el papá, dice que habéis estado discutiendo sobre si saber o no el sexo del bebé —dice en tono de broma cuando entro.

—El papá es muy terco —me quejo.

La boca de Tucker se abre de par en par.

—No, no. Mamá es la terca a la que no le gustan las sorpresas.

Me paso una mano por el protuberante vientre que ha crecido considerablemente el último mes.

—¿Esto no ha sido una sorpresa lo suficientemente grande para ti? —pregunto con remilgo.

La doctora Laura resopla antes de mirar a la carpeta de archivos que lleva en la mano.

—Bueno, tenemos una imagen muy clara en la ecografía. Dado que Sabrina es mi paciente y tú, John, no, le voy a decir el sexo si eso es lo que quiere.

—Traidora —dice con una mirada burlona.

—Quiero saberlo —le digo a la doctora antes de mirar a Tucker con la cabeza ladeada—. Puedes salir de la habitación, papá.

—*Naah*. He cambiado de opinión. Quiero saberlo.

Lo miro con inquietud.

—¿Estás seguro?

Él responde con un gesto serio.

—De acuerdo entonces. Dínoslo —le digo a la doctora.

Sus ojos brillan.

—Enhorabuena. Vais a tener una niña.

Suspiro, aspiro todo el oxígeno en mis pulmones y se queda allí atrapado. Mi pulso se acelera, y es como si mi entorno, mi mundo entero, se viese con más claridad. Los colores parecen más brillantes y el aire parece más ligero, y esta experiencia, esta vida que crece dentro de mí, de repente se torna «verdadera».

—Vamos a tener una niña —exhalo, girándome hacia Tucker.

Su mirada es casi de adoración.

—Vamos a tener una niña —susurra.

La doctora Laura nos permite maravillarnos en silencio durante unos segundos antes de aclararse la garganta.

—Bueno, todo está muy bien. La bebé está sana, el latido del corazón es fuerte y constante. Sigue tomando las vitaminas prenatales, intenta no exigirte demasiado y nos vemos otra vez en cuatro semanas.

En la puerta, ella se detiene, gira la cabeza y le guiña un ojo a Tucker.

—En cuanto a la otra pregunta que me hacías, puedes proceder sin problemas. Una vez se ha marchado, frunzo el ceño.

—¿Qué otra pregunta?

Se encoge de hombros. Es el misterio personificado.

—Una pregunta de padre. —Extiende la mano para coger la mía—. Venga, vámonos. Quiero enseñarte algo antes de dejarte en casa.

Mi frente se arruga.

—Enseñarme, ¿qué?

—Es una sorpresa.

—¿No acabamos de dejar claro que no me gustan las sorpresas?

Se ríe.

—Confía en mí, esta te va a gustar.

Sabrina

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunto quince minutos más tarde, analizando la calle por la que Tucker acababa de girar. Este barrio parece un poco chungo. A ver, está a solo cinco minutos en coche de mi casa, así que por supuesto que parece un poco chungo.

—Paciencia —contesta, aparcando en la acera de en frente de un edificio de ladrillo de diez pisos.

Consigo reunir un poco de esa paciencia y espero a que se abra la puerta. Este tío se niega a dejarme que abra las puertas. Es como si no le entrara en la cabeza que tengo manos.

Cuando mis zapatos planos aterrizan en el cemento, Tucker coge mi mano y me lleva a la entrada del edificio. Yo reprimo un millón de preguntas, porque sé que no va a responderlas, y obedientemente lo sigo a un pequeño hall de entrada con un ascensor aún más pequeño. Vamos hasta el décimo piso, caminamos por un pasillo corto y nos paramos en frente del apartamento 10C.

Tucker coge unas llaves del bolsillo y abre la puerta.

—¿Quién vive aquí? —pregunto.

—Yo.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde hace tres días —admite—. Bueno, técnicamente no me mudo hasta el final de esta semana, pero fue hace tres días cuando llegamos a un acuerdo.

—¿Llegamos?

—Brody Hollis y yo. Brody es el hermano de un compañero del equipo.

—Ah. —Estoy superconfundida, porque en toda la semana no ha mencionado nada de mudarse a Boston—. ¿Qué pasa con tu casa en Hastings?

—El contrato de alquiler es hasta junio. Tenía que irme de todos modos. —Se encoge de hombros—. Tenía más sentido encontrar algo aquí en Boston. Así puedo estar cerca de ti y del bebé—. Me tiende una mano—. ¿Quieres que te haga un *tour*?

—Eh. Claro. —Todavía estoy un poco aturdida.

Tucker entrelaza sus dedos con los míos y me lleva por todo el apartamento. Mientras que el aspecto exterior del edificio es bastante *regulero*, el interior es sorprendentemente agradable. El apartamento tiene mucha luz natural, suelo de pino y una distribución espaciosa. Al final del pasillo hay tres puertas que conducen al cuarto de baño y a dos dormitorios.

—Todavía no he traído ninguna de mis cosas —dice.

Entramos en una habitación grande y vacía con una enorme ventana que deja pasar tanto la luz del sol, que desearía tener mis gafas de sol conmigo.

—No me digas —bromeo mientras camino por la habitación vacía. Me acerco a la ventana y miro al exterior. —Oh, qué guay. Tu habitación tiene la escalera de incendios.

—Aún mejor. Va directa a la azotea donde hay un patio. Solo los apartamentos de la planta décima tienen acceso. Hay una barbacoa y un montón de mobiliario de jardín.

—*Oooh*, eso es genial.

Volvemos a la cocina, donde Tucker abre la nevera para ver qué hay dentro.

—¿Quieres algo de beber? Hay zumo de naranja, leche y agua. Y una tonelada de cerveza, pero tú no puedes beber eso.

—Agua. —Mientras saca una jarra y me sirve un vaso de agua, paso una mano sobre la impecable encimera—. Qué limpio está todo.

—Sí. Una de las cosas que salvan a Brody es que le gusta la limpieza. Todo porque a las chicas no les pone nada que la ropa esté esparcida por el suelo, ya sabes.

—Y tiene razón.

—La toma de decisiones del tío consiste solo en «¿esto me hará follar?»

Sonrío.

—La previsibilidad puede estar bien.

—¿Te importa si me tomo una birra?

—Bebe hasta la inconsciencia si quieres. Por cierto, ¿dónde está? ¿Currando?

—Sí. Trabaja de nueve a cinco en Morgan Stanley. En planificación financiera, lo que, por lo que puedo deducir, significa que se dedica básicamente a vender cuotas anuales a personas mayores.

Le doy un sorbo a mi agua, mientras Tucker abre una cerveza. En la encimera, cerca del microondas, hay un montón de folletos de colores apilados encima de unas carpetas de tres centímetros de grosor.

—¿Qué es esto? —Paso los dedos por uno en el que pone: «Fitness. Tu momento. Su momento. En cualquier momento».

—Más propuestas de negocios. Cogí todo este material el otro día durante una expedición para ver franquicias. —Revuelve el montón y me acerca uno—. Este es un negocio de depilación femenina con cera y con láser. Hollis dijo que es como ser ginecólogo sin tener que pasar por la escuela de medicina. Coños constantes.

Mis labios se contraen.

—Sabe que hacerle la cera a una chica en sus partes íntimas no significa que vaya a tocarla de nuevo, ¿verdad?

—No, estoy bastante seguro de que él piensa que le da vía libre para tirárselas.

—Qué bonito.

Yo hojeo un par de fotos brillantes de piernas largas depiladas junto a letra en negrita que asegura que este láser particular es el mejor invento del futuro. Mmm. Si Tucker compra un salón de depilación láser, igual me lo hace gratis. Mi vientre en crecimiento está empezando a hacer que las tareas sencillas sean difíciles. Me tengo que sentar para afeitarme las piernas, porque tengo miedo de caerme si hago mi figura del flamenco con una sola pierna en la ducha.

Tucker coge otro folleto.

—Este es para vender palas. Puerta a puerta.

Hago una mueca.

—Eso suena horrible. ¿Hay pasta en algo así?

—De acuerdo con los documentos de la franquicia, sí, pero tengo mis dudas.

—¿Qué más tienes?

—Juguetes sexuales, lavanderías, clubs deportivos, un millón de restaurantes. Los de Fast Casual están súper de moda.

—Suenas cero entusiasmado con todos ellos.

—Lo sé. —Apila los folletos en un montón y los lanza a un contenedor de reciclaje—. Puede que las franquicias no sean para mí.

Me muerdo el labio inferior, dudando por un momento.

—¿Qué estarías haciendo si no fuera por esto? —Me toco el vientre en círculos con mi mano.

—Ahorcándome con mi propia corbata —dice—. Mi madre quería que comprara la inmobiliaria de mi pueblo...

Me muerdo el labio aún más fuerte.

—... pero prefiero hacerle la cera a cualquier tío en la raja del culo antes que vender casas en Patterson. Así que, ya puedes quitarte esa expresión ansiosa de tu cara.

Su mirada se desvía a mi tripa otra vez. Desde la ecografía, no puede dejar de mirarla. Lo mío no es muy diferente. Siempre tengo mi mano en la curva o debajo de ella, y ahora es aún más especial porque sé que mi niñita está justo debajo de la palma de mi mano.

Me subo al taburete de la cocina y le hago un gesto para que se acerque.

—¿Quieres tocar?

—Siempre. —Da la vuelta a la encimera para ponerse en cuclillas frente a mí, con las manos sosteniendo la protuberancia a cada lado—. Hola, preciosa. Papá está aquí. —Sube la mirada hacia mí con su pelo castaño despeinado y sus ojos marrón claro llenos de afecto—. ¿Ha dado patadas?

—Algunas. —Le pongo la mano en el lado en el que la bebé muchas veces intenta salir de mi útero a patadas—. Prueba aquí.

Esperamos, conteniendo la respiración. La mano de Tuck presiona con firmeza y el calor de su mano se hunde en mi piel, extendiéndose hasta que todas mis terminaciones nerviosas comienzan a sentir un cosquilleo.

¡Fuera de lugar! Está comunicándose con su hija, no sobándote.

Pero... es tan agradable. Tucker y yo no nos hemos acostado en meses. Y últimamente, todo en lo que pienso es en follármelo.

Ya sé que, para empezar, es lo que me hizo estar en esta situación, pero por la noche, cuando la bebé no me deja dormir, me acuerdo de como era tenerlo entre las piernas. Sus muslos rugosos por el vello rascando contra mi piel mientras se hunde en mi interior. Recuerdo el grosor de su pene y la deliciosa forma en la que me daba de sí al entrar. Recuerdo sus dientes en mi pecho, raspando su camino hacia abajo hasta tener un pezón en la boca. Lo recuerdo todo y hace que mi respiración se entrecorte y mi piel sea más sensible.

Los dedos en mi estómago aprietan con más fuerza.

—Sabrina —dice con voz ronca—. ¿En qué estás pensando, querida?

Mi mirada desenfocada se concentra en su rostro. Mientras me lamo los labios, recuerdo el gran peso de su polla en mi lengua.

—En ti.

Su respiración se detiene.

—¿En mí como tu amigo o en mí como algo más?

—Algo más —susurro.

Lentamente arrastra sus manos desde mi estómago hasta la parte superior de mis muslos. Mis piernas se separan de forma involuntaria y sus pulgares rozan la goma de la cintura de mis mallas.

—Sé más específica —susurra él ahora.

De repente me transporto a la primera noche que pasamos juntos, cuando él estaba recostado como un sultán en su *pick-up* mientras me decía —no, me ordenaba— que cogiera lo que necesitaba.

—Estoy pensando en tu polla en mi boca.

Sus dedos se clavan en mis muslos.

—¿De verdad? Porque yo estoy pensando en lo mucho que quiero quitarte los pantalones y chuparte el coño hasta que toda esa preocupación salga a chorros de tu cabeza.

Ese coño en cuestión se aprieta ante sus palabras.

—Estoy... joder, estoy gorda.

—No. Estás perfecta. —Entonces se incorpora de repente y me levanta con él.

—Espera. —Me retuerzo en sus manos—. Peso mucho.

—Qué dices —contesta y camina hacia el salón. Sin soltarme, me acuesta en el sofá de cuero negro.

Rechisto en protesta.

—¡Este es el sofá de tu nuevo compañero de piso!

—Lo que mi nuevo compañero de piso no sepa no puede hacerle daño. Ahora desnúdate. Tengo hambre.

Toda la sangre en mi cuerpo late bajo su mirada ardiente. Nos miramos el uno al otro por un momento, y después los dos nos quitamos la ropa a todo correr. Se quita la camiseta y la tira al otro lado de la habitación. Mi camisa y mis pantalones la siguen. Sus vaqueros y sus bóxers son los siguientes. Cuando me quita el sujetador, maldice.

—Hostia puta. Dios—. Hay un punto de admiración en su voz cuando se echa hacia adelante para unirse a mí en el sofá. Su polla dura se balancea con cada paso que da.

—Lo sé. Han crecido.

Se arrodilla entre mis piernas y extiende las manos hasta cubrir mis grandes tetas.

—Están increíbles.

Me estremezco cuando sus pulgares frotan mis pezones erectos.

—Y muy sensibles —jadeo.

Un brillo travieso ilumina los ojos.

—¿Crees que te podrías correr si te las chupo?

—No sé. —Paso una mano por su pelo—. Averigüémoslo.

Sin perder un segundo, su boca agarra un pecho mientras su mano aprieta el otro. La fuerte succión de su boca provoca que me arquee y me separe de los cojines. Dios, es como si hubiese una línea directa entre su lengua y mi coño. Cuando gime, lo siento por todas partes. Mis caderas se levantan del sofá, buscando presión para aliviar el deseo, pero sin encontrar nada.

—Fóllame —suplico.

Se deja caer hacia atrás sobre su culo y tira de mí hasta que estoy encima de él. No sé cómo, pero ni una sola vez pierde el contacto con mis pechos. Me subo a horcajadas sobre él e intento frotar mi pubis húmedo contra su pene, pero mi estúpida tripa se interpone entre nosotros y se me escapa un gemido de frustración.

Como respuesta, desliza una mano entre los dos. Aparta mis bragas y sus dedos encuentran mi piel resbaladiza y empiezan a frotar. Dos dedos se deslizan a lo largo de mi coño mientras su pulgar rasga mi clitoris como la cuerda de una guitarra. Y de repente, me resulta casi demasiado. Me corro en un fogonazo salvaje de placer, gimiendo su nombre, e incluso cuando bajo flotando desde el maravilloso cielo, no es suficiente. Bajo la mano y le doy a su pene una fuerte caricia desesperada.

—Esto —jadeo—. Quiero esto.

—A sus órdenes.

Con una mirada brillante y hambrienta, me arranca las bragas y me pone boca arriba. Después agarra su polla y la conduce hasta mi apertura. Se me corta la respiración a la primera embestida de su grueso capullo abriéndome.

Se detiene con brusquedad a mitad de movimiento.

—¿Estás bien?

Puedo ver sus brazos en tensión mientras su deseo lucha con fuerza contra su autocontrol. Pero yo

quiero que me folle fuerte. Quiero que me recuerde que soy guapa, que soy digna de deseo, que todavía le parezco la mejor.

Flexiono mis piernas alrededor de sus caderas e intento tirar de él para que entre más adentro.

—Estoy más que bien. Necesito que me folles. Por favor.

La mirada feroz que atraviesa su cara es impresionante. Me pone a mil. Empuja hasta el fondo, con fuerza, llenándome con su polla hasta que eso es todo lo que conozco. Llevo mucho tiempo sin sentirlo así de cerca. Es como volver a casa...

Su boca encuentra mi cuello, la delicada piel detrás de la oreja. Me planta besos húmedos a lo largo del hombro y la clavícula. Me vuelve a chupar el pezón y unas estrellas brillan intermitentes frente a mis párpados cerrados. Una mano se desliza por debajo de mi culo, apartándome ligeramente del sofá, y sus caderas se mueven, y empujan, y empujan, y empujan hasta que golpean un punto que me fuerza a gritar de nuevo.

Es incansable, se sumerge en mí una y otra vez. Su capullo roza ese manojito blando de nervios que hay dentro de mí hasta que me convierto en un cuerpo jadeante que se retuerce.

—Te he echado de menos —dice en un ahogo—. Te he echado la hostia de menos.

No le digo que yo también porque se me ha olvidado cómo hablar. El placer es demasiado intenso y empaña mi cerebro. Continúa sobando mis pechos, uno y después el otro. Y a continuación se sienta, me coge de las caderas, y se clava en mí más, con más fuerza y más velocidad que antes.

El cuero del sofá bajo mis hombros me irrita la piel. Mi pelo está pegado a mi cara y me está costando tomar cada respiración, pero nada de eso importa porque estoy perdida en un torbellino de sensaciones. De lo único de lo que soy consciente, lo único que sé, es ÉL. Lo bien que se siente ahí dentro, lo mucho que mi cuerpo lo desea, lo fuerte que mi corazón late por él.

Lo profundamente enamorada que estoy de él.

—Córrete para mí —dice con voz ronca—. Córrete encima de mi polla, Sabrina.

El placer se acumula dentro de mí hasta que finalmente explota, haciendo añicos mi entereza, deshaciendo mi cuerpo. Tucker echa la cabeza hacia atrás y gime su propia liberación, mientras yo me quedo tumbada como un cuerpo caótico destrozado bajo su cuerpo.

No sé cómo encuentra la fuerza para levantarse e ir a la cocina. Estoy demasiado aturdida como para hacer otra cosa que no sea murmurar un «gracias» cuando vuelve con un poco de papel de cocina mojado y suavemente limpia el líquido que corre por mi muslo.

Antes de que pueda protestar, vuelve a reunirse conmigo en el sofá y lanza una manta sobre nuestros cuerpos desnudos. Empuja un brazo bajo mi cabeza y me abraza en su calor, mientras rezo para que hoy no sea el día que Brody Hollis salga pronto del trabajo.

Mientras Tucker me acaricia el pelo, las palabras de amor que esperan hundidas como plomo luchan por salir de la garganta. Pero me las trago. Solo es sexo. Necesitaba mucho liberarme, eso es todo. No puedo interpretarlo de otra forma, y además ni siquiera puedo confiar en mis propios sentimientos últimamente, con todas las hormonas del embarazo aumentando sin parar en mi sangre.

Me acurruco junto a su cuerpo empapado en sudor. Esto es suficiente para mí. Lo que pueda darme es suficiente. No pienso pedir más.

—¿De qué hablabais antes la doctora y tú? —pregunto al rato.

Se ríe.

—De esto.

—¿Esto?

—Sí... Esto —Mete una mano debajo de la manta y me pellizca un pezón—. Le pregunté si podíamos tener relaciones sexuales.

Se me abre la boca de par en par.

—¿Le has pedido permiso a mi obstetra para follarme?

—Quería asegurarme de que no le haría daño a la bebé —protesta—. Dios, pido disculpas por ser un padre preocupado.

No puedo evitar sonreír.

Los dos gruñimos con descontento cuando suena el tono de un teléfono. Es el suyo. Reticente, se inclina sobre la esquina del sofá en busca de su pantalón. Coge su móvil y después regresa a mi lado deslizando un dedo sobre la pantalla.

Con curiosidad —*vaaaaale*, con entrometimiento—, me asomo a la pantalla.

Y suelto un grito de terror.

Salto disparada hasta sentarme y le arranco el teléfono a Tucker de la mano.

—¡Ay, por Dios! —chillo—. ¡¿Qué es ESO?!

28

Tucker

Sé que no debería reírme. La madre de mi hija está cabreada. Lo último que debería hacer es reírme de ella, pero la expresión de terror de su cara no tiene precio.

—¡Tucker! —Me da un puñetazo en el hombro—. Para ya de reírte y dime qué coño es eso.

Miro la foto y me empiezo a partir la caja otra vez.

—Reconfortar —suelto.

Sabrina me da otro puñetazo.

—Logan —digo con voz ahogada por la risa—. Ha hecho esto para la niña. Es la primera prueba: reconfortar.

—Juro por Dios, Tuck, que si no empiezas ya a decir algo coherente voy a enviar esta foto a la policía diciéndoles que soy víctima de un crimen de odio.

Mi hipo ahora es incontrolable.

—¡Tucker!

Respirando con dificultad consigo sentarme. Toso durante un minuto para sacar la risa fuera de mi sistema y después me quedo mirando la cosa de peluche que hay en la pantalla.

Creo que debería tratarse de un oso de peluche, pero en algún momento del proceso, algo salió terriblemente mal. La costura parece salida de una película de Tim Burton. Un ojo es un botón y el otro es una X en plan asesino en serie cosido con hilo negro. Le falta un trozo de tela en un lado de la cabeza, y los brazos y las piernas tienen todos diferentes tamaños.

Debajo de la foto, Logan ha escrito:

Grace piensa que asustará a la BB. Está equivocada, ¿verdad?

No está equivocada.

—¿Por qué nos ha hecho Logan algo así? —pregunta Sabrina.

Resoplo.

—Está compitiendo para el padrino.

—¡Di algo coherente ya!

Reprimo otra carcajada y rápidamente aclaro la situación.

—Tanto él como Garrett quieren ser el padrino de nuestra niña. Un día dije de coña sin pensarlo bien que les haría competir por el título, y ellos decidieron que era una buena idea. Así que ahora están compitiendo.

Sabrina arquea una ceja.

—Y ¿alguna vez se te ocurrió que tal vez yo no quiero que ninguno de los dos sea el padrino de la niña?

—Por supuesto. Pensé que hablaríamos del tema en algún momento, pero sinceramente, creo que Garrett y Hannah serían unos padrinos increíbles.

—Van a tener que pelearlo contra Hope y Carin. ¿Pero ya estás descartando a Logan?

Mi mirada se desvía de nuevo al teléfono.

—Eh. Sí.

Finalmente deja salir una sonrisa.

—Bueno. Entonces ¿cómo funciona esta competición?

Suspiro.

—Es complicado. Estúpidamente complicado.

—Eso no me sorprende lo más mínimo —dice con alegría.

—Hay cinco, no sé, categorías, supongo. Cada una está diseñada para mostrar una habilidad necesaria a la hora de criar a un niño. —Dios. No me puedo creer que esté diciendo esto ahora mismo. Ya tuve que soportar la ridícula explicación de Logan. Me siento como si estuviera apoyando a un colgado al repetirlo.

Sabrina, en cambio, parece fascinada.

—¿Cuáles son esas categorías?

Hago memoria.

—Reconfortar. Mantener la calma ante una situación de emergencia. Apoyo firme. Eh... finanzas. Y... mierda, no me acuerdo de la última.

—¿Por qué comprar un peluche es algo reconfortante para la cría?

—¿Comprar? Querida. Ese muñeco lo ha hecho él solo. Tienen esos kits de «Hazte tu propio oso de peluche».

Abre la boca.

—Ay, Dios. Eso es... dedicación.

—Son jugadores de hockey. La dedicación está en nuestro ADN.

—¿Cómo se sabe quién gana? ¿Reciben puntos?

—Se supone que debo escoger a un ganador en cada categoría. —Porque mis amigos, según parece, me odian.

—¿Te han enseñado su declaración de la renta para determinar quién gana en el apartado de las finanzas? —pregunta con sequedad.

—*Naah*. Pero en eso empatan, porque los dos van a jugar en equipos profesionales. Igual que en la categoría de Apoyo Firme, ni de coña pienso escoger entre Hannah y Grace. Quiero que mis huevos se queden donde están.

Se ríe.

—Entonces ¿quién gana en la de Reconfortar?

—A menos que Garrett cosa algo que provoque aún más pesadillas que esto... —Señalo mi teléfono con el pulgar—, estoy bastante seguro de que va a ganar esta ronda.

—Tus amigos son la hostia de raros, Tucker. Lo sabes, ¿no?

—Soy muy consciente de ello. —Dudo por un segundo—. Oye, ¿trabajas en correos mañana por la tarde?

—No. ¿Por?

—Tenía la esperanza de que igual podías pasarte por casa a ayudarme a recoger algunas cosas. Los chicos estarán allí. Y Hannah, Grace, y tal vez Allie. He alquilado una furgoneta grande de mudanzas, así que me van a ayudar a cargar los muebles que me llevo de allí. —Y me apresuro a añadir—: Obviamente, no voy a permitir que cargues con nada que pese, pero estaba pensando que me podrías ayudar con las cosas más ligeras, tipo ropa y demás. Voy a pedir unas pizzas, así que habrá comida... —Dejo que la palabra «comida» quede colgando en la conversación tentadoramente, porque sé el apetito voraz que tiene últimamente.

Pero la frente de Sabrina está arrugada con reticencia.

—¿Estás seguro de que no les importará que yo esté ahí?

—Por supuesto que no. Se mueren de ganas de conocerte mejor. Wellsy decía el otro día que le da bajón el que nunca vengas.

—¿Wellsy? —dice sin comprender.

—Hannah. Su apellido es Wells, así que Garrett la apodó Wellsy. —Y, de repente, estoy preocupado porque llevo con Sabrina desde el invierno y prácticamente no sabe nada de mis amigos más cercanos.

—No sé, Tuck...

—Por favor —Le lanzo mi mejor sonrisa de niño tímido—. Significaría mucho para mí.

—Ah. —Su expresión se derrite como la mantequilla en el sol—. Vale. Voy.

###

Sabrina se mantiene fiel a su palabra y se presenta en mi casa sobre las dos de la tarde del día siguiente. Cuando llega, casi la tiran con el colchón que Logan y Fitzzy están cargando a la furgoneta de mudanzas. Es todo un caos ahora mismo.

La aparto para que nada le pueda hacer daño y le planto un beso en los labios.

—Hola, querida. Gracias por venir.

El rubor crece en sus mejillas cuando se da cuenta de que Hannah y Grace están de pie justo detrás de mí y de que han presenciado el beso. A mí, en cambio, me daría igual incluso que nos vieran echando un polvo contra la puta pared. Sabrina está preciosa con su vestido de flores azul de tirantes y su pelo oscuro recogido en una coleta baja. Estos dos últimos meses sus mejillas han estado constantemente sonrosadas, dando credibilidad a todo eso del resplandor durante el embarazo.

—Hola —dice ella, con un tono extrañamente tímido.

Le presento a las chicas. La saludan con cariño y Sabrina, rápidamente, es amable con ellas también. Al parecer, ya conoce a Hannah del restaurante, y Grace tiene un tic muy gracioso que la hace no poder parar de hablar cuando está nerviosa, así que incluso antes de se hayan acabado las presentaciones, ya le está diciendo cosas a Sabrina sin parar.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrezco, guiándola hacia la cocina mientras Hannah y Grace nos siguen.

—No, estoy bien. Ponme a trabajar.

—Íbamos a tomarnos un descanso ahora de todos modos. Fitzzy se ha presentado antes de lo previsto y se tiene que ir en una hora, así que ya hemos sacado todos los muebles de mi habitación. Todo lo que queda es vaciar el armario y los cajones. —La empujo hacia una silla—. Siéntate. ¿Agua te parece bien?

—Por supuesto.

Cuando Hannah y Grace se unen a ella en la mesa, no me pasa desapercibido el que sus miradas no paren de dirigirse a la tripa de Sabrina. Es evidente que está embarazada, pero aún no está gigante en plan sandía. ¿Quizá rollo balón de fútbol?

Sea como sea, mi hija está ahí dentro, y cada vez que lo pienso, el orgullo me llena el pecho. Mi hija. Dios. La vida es extraña, impredecible y supermaravillosa.

—¿Cómo estás? —Hannah le pregunta a Sabrina—. ¿Todavía tienes náuseas matinales?

—No, eso paró hace un par de meses. Ahora estoy cansada y hambrienta, y necesito ir a hacer pis cada dos minutos. Ah, y cada vez me cuesta más verme los pies. Lo que probablemente no esté mal porque están hinchados al doble de su tamaño.

—Vaya, qué mierda —dice Grace con empatía—. Pero al menos vas a tener un milagro adorable y

mofletudo a cambio de tu dolor y sufrimiento. No es un mal negocio, ¿no?

—Ya... —Sonríe Sabrina—. Y si te llamo a las tres de la mañana cuando mi milagro mofletudo esté gritando a todo pulmón, ¿me dirás que no es un mal negocio?

Hannah se ríe.

—Ahí te ha pillado, Gracie.

Le alcanzo a Sabrina un vaso de agua y después me apoyo contra la encimera, sonriendo mientras las chicas bromea sobre todas las cosas «maravillosas» que nos esperan a Sabrina y a mí: no dormir, cambiar pañales, los cólicos, o que salgan los dientes.

A decir verdad, nada de eso me asusta. Si no se tiene que trabajar duro para conseguir algo, entonces ¿cómo puede ser eso de verdad gratificante?

Unos pasos se acercan a la cocina. Garrett entra, secándose el sudor de la frente. Cuando se da cuenta de la presencia de Sabrina, su cara se ilumina.

—Dios. Estás aquí. Espera, tengo que ir a buscar una cosa.

Se vuelve hacia mí como si me quisiera decir: *¿Me está hablando a mí?*

Pero Garrett ya se ha marchado. Oigo sus pasos golpeando las escaleras al subir.

En la mesa, Hannah se pasa la mano por el pelo y me lanza una mirada suplicante.

—Solo recuerda que es tu mejor amigo, ¿vale?

ESO no ha sonado bien.

Cuando Garrett regresa, sostiene una libreta y un bolígrafo que pone sobre la mesa mientras se sienta frente a Sabrina.

—Tuck —dice—. Siéntate. Esto es importante.

Estoy megadesconcertado en este momento. La expresión resignada de Hannah no ayuda a que baje el nivel de confusión.

Una vez estoy sentado junto a Sabrina, Garrett abre el cuaderno y se pone en plan serio.

—Bueno. Empecemos a ver los nombres.

Sabrina levanta una ceja hacia mí.

Me encojo de hombros, porque de verdad que no tengo ni puta idea de lo está hablando.

—He creado una buena lista. De verdad creo os van a gustar estos. —Pero cuando mira hacia abajo, su expresión se mustia—. Joder, mierda. No podemos usar ninguno de los nombres de niño.

—Espera. —Sabrina levanta una mano, con el ceño fruncido—. ¿Estás eligiendo nombres para nuestra bebé?

Él asiente con la cabeza, ocupado en pasar la página.

Sabrina me mira boquiabierta.

Me encojo de hombros otra vez.

—Solo por curiosidad, ¿cuáles eran los nombres de niño? —añade Grace, claramente reprimiendo una sonrisa.

Garrett se anima otra vez.

—Bueno, la opción principal era Garrett.

Me río lo suficientemente fuerte como para sacudir el vaso de agua de Sabrina.

—Ajá —digo, siguiéndole la corriente—. ¿Y la segunda opción?

—Graham.

Hannah suspira.

—Pero no pasa nada. También tengo nombres de niña que son la hostia. —Golpea ligeramente el boli en el cuaderno, nos mira a los ojos y pronuncia dos sílabas. —Gigi.

Mi boca se abre como un túnel.

—¿Me estás tomando el pelo? No voy a llamar a mi hija Gigi.

Sabrina está perpleja.

—¿Por qué Gigi? —pregunta lentamente.

Hannah vuelve a suspirar.

De repente se me enciende la bombilla y lo pillo. Puf, por el amor de Dios.

— G. G.: Garrett Graham —le digo bajito a Sabrina.

Sabrina se queda en silencio durante un segundo. A continuación se empieza a reír, lo que provoca la risa de Grace y finalmente de Hannah, que sigue negando con la cabeza mirando a su novio.

—¿Qué? —Garrett dice a la defensiva—. El padrino debe opinar sobre el nombre. Está en la normativa.

—¿Qué normativa? —suelta Hannah—. ¡Te inventas las reglas sobre la marcha!

—¿Y qué?

—Además, no has sido coronado padrino todavía —Señalo con una sonrisa, justo cuando Fitzzy y Logan entran en la cocina. Señalo a Logan con el pulgar—. Este bobo sigue en la carrera.

—Bueno, en realidad... —Garrett nos mira con el rostro iluminado—. Logan ha quedado fuera de la competición.

Me giro en mi silla para mirar a nuestro compañero de equipo.

—¿Desde cuándo?

La expresión de Logan al instante se muestra inescrutable.

—He decidido retirarme —murmura—. Es una gran responsabilidad.

Un fuerte resoplido suena por la zona de Garrett.

—¿Has decidido retirarte? ¿Así es como lo vas a llamar ahora?

Logan lo fulmina con la mirada.

—Lo llamo así porque es la verdad.

—¿Sí? —Garrett salta a sus pies—. Vuelvo enseguida.

Sabrina y yo intercambiamos miradas de perplejidad cuando sale de la cocina. Lo escucho moverse en el salón. Un poco más tarde, aparece de nuevo a la vista y bate sus manos delante de la cara de Logan.

—Entonces ¿cómo explicas ESTO?

Sabrina grita de terror.

Yo... yo tengo mucha curiosidad por saber por qué Garrett está sosteniendo una muñeca recién nacida diminuta.

A la que por cierto le falta la cabeza.

—¿¿No me jodas que te la has traído a casa?! —Logan suena indignado.

—Pues claro que sí. ¿Para qué les servía ya ahí? No tiene cabeza, hermano.

—¿Ahí? ¿Dónde es ahí? —pregunto con cautela, aunque no estoy seguro de que quiera saber la respuesta.

—Reanimación cardiopulmonar para recién nacidos —explica Garrett—. Hicimos un curso en el centro de salud del campus esta mañana.

—¿Reanimación cardiopulmonar para recién nacidos? —Sabrina niega con la cabeza, aturdida.

—Era el test de cómo mantener la calma ante una situación de emergencia —Garrett sonrío con aire de suficiencia—. Él ha suspendido. Yo, por supuesto, lo he pasado con enorme éxito.

—¿Es mi culpa no conocer mi propia fuerza? — protesta Logan.

—¡Sí! —Garrett dice en un chorro de risa—. ¡POR SUPUESTÍSIMO que es tu culpa! —Sostiene la muñeca y la agita en plan coña—. Señala en la muñeca dónde está tu cerebro. Ah, claro, no se puede. ¡Porque está decapitada!

Sabrina se vuelve hacia mí.

—¿Podemos subir ya y empezar recoger las cosas?

—Estáis asustando a Sabrina —suelta Hannah a los idiotas que siguen peleándose—. Cariño, guarda esa muñeca. Y, Logan, recuérdame que nunca te pida que hagas de canguro con mis hijos en el futuro. —Dicho eso, vuelve a centrar su atención en Sabrina—. Vale. Vamos a guardar lo de Gigi para luego. ¿Qué otros nombres tienes en mente?

Sabrina y yo intercambiamos otra mirada.

—Ni siquiera hemos hablado del tema —admite.

—¿Hay algún nombre que te guste en general?

Sabrina reflexiona.

—Me gusta el nombre de Charlotte.

—¡Ay, me encanta! —exclama Grace—. Charlotte Tucker. Suena precioso.

—Charlotte James —corrige Sabrina.

La miro fijamente.

—Su apellido va a ser Tucker.

—No, no. Va a ser James.

—¿Qué tal Tucker-James? —dice Fitzy en voz alta mientras coge una cerveza de la nevera.

—No —decimos al unísono. No porque estemos en contra de los guiones, sino porque los dos somos unos cabezotas absurdos.

No me había dado cuenta de que me importara tanto que mi hija llevara mi apellido, pero sí que me importa. Qué coño, si fuera por mí, Sabrina también tendría mi apellido. Pero eso requeriría que nos casáramos, lo que significa que antes necesitaría proponerle matrimonio y estoy bastante seguro de que huiría a otro continente si lo hago. Puede que nos estemos acostando otra vez, pero noto claramente que Sabrina sigue luchando contra la idea de tener una relación seria.

Por alguna absurda razón, la boba piensa que tiene que hacerlo todo sola.

—Vale. —Hannah sonrío—. ¿Qué os parece si posponemos la discusión sobre el nombre hasta que hayáis resuelto el dilema del apellido?

Parece una buena idea. Lo último que quiero hacer es discutir con Sabrina delante de todos mis amigos.

—Vayamos arriba a embalar cosas —le digo a Sabrina.

Asiente y me deja que le ayude a levantarse de su silla.

Desde la encimera, la expresión de Garrett se vuelve sombría.

—No puedo creer que te mudes.

Resoplo.

—Vosotros también os mudáis.

—Sí, pero no hasta dentro de dos semanas.

Me doy cuenta de que Logan parece igual de disgustado ante la perspectiva de mi salida de hoy. Me querían hacer una fiesta de despedida, pero les dije que no, porque técnicamente esto no es una despedida. Simplemente me estoy yendo a Boston, que es donde los dos estarán en unos pocos meses de todos modos.

En cambio, Dean se marcha a Nueva York. Pasa de la facultad de Derecho y ha conseguido trabajo como profesor de educación física en un colegio. A Allie le ha salido un papel en una serie que se graba en Manhattan, así que supongo que se irán a vivir juntos.

La verdad es que estoy triste y aliviado a partes iguales de que Dean se vaya a vivir a otro estado. No se puede decir que haya sido exactamente un apoyo con lo de mi inminente paternidad, pero, qué coño,

sigue siendo uno de mis mejores amigos.

—¿Habéis decidido ya quién se queda con el dormitorio principal?

Ahora Garrett está hablándole a Fitzy, que encoge sus hombros tatuados.

—Yo. Obviamente.

—No sé —advierte Logan—. Hollis y el de primero van a pelear por ella.

Fitzy levanta una ceja y después flexiona sus grandes bíceps.

—Que se peleen.

Contengo la risa. Sí, Hollis y Hunter no tienen ninguna posibilidad contra Colin Fitzgerald. Sin embargo, teniendo en cuenta lo reservado que es, todavía me sorprende que haya querido hacerse cargo de nuestro contrato de alquiler con ellos. Me imaginé que buscaría un sitio para él solo, pero supongo que Hollis ha metido presión hasta convencerle.

Sabrina y yo vamos arriba, donde yo hago un barrido por mi vacía habitación. La cama ya no está y no hay ningún sitio donde sentarse. Me he fijado que Sabrina se anda frotando la zona lumbar, así que hago una nota mental de no dejar que esté de pie durante mucho tiempo.

—Vale —dice con tono decisivo mientras abre la puerta del armario—. ¿Quieres que doblemos todo bien, o lo echamos a las cajas de cualquier manera?

—¿Qué cajas? —Cojo una caja de cartón con bolsas de basura del suelo de madera—. La ropa va aquí.

—Ay, Dios. Eres tan «chico».

—¿Lo soy? —Sonrío con satisfacción mientras me paso la mano por mis abdominales y después me cojo el paquete sobre los pantalones vaqueros—. ¿Quieres inspeccionar la mercancía para asegurarte?

—¿Me has pedido que venga aquí para hacer cajas o para echar un polvo?

—¿Ambas?

Sabrina mueve una mano señalando la habitación.

—No hay cama.

—¿Quién necesita una cama?

—Mi pobre cuerpo gordo embarazado la necesita —responde con una sonrisa resignada y autocrítica.

—¿Qué te parece esto? —respondo—. Recogemos las cosas lo más rápido que podamos, y después te sigo de vuelta a Boston y follamos como animales en tu cama grande y cómoda.

Se pone de puntillas y me planta un beso en los labios.

—Trato hecho.

#Sabrina

Estaba nerviosa por pasar tiempo con los amigos de Tucker, pero la verdad es que no tenía nada de lo que preocuparme, porque son geniales. Hannah y Grace son supermajas. Garrett y Logan son graciosísimos y mucho más relajados de lo que esperaba. A ver, son unos jugadores de hockey increíblemente guapos. ¿No les pega más ser tan presumidos como...

—Necesitamos hablar.

Como ESTE tío.

Me pongo rígida cuando Dean Di Laurentis aparece en la puerta. Tucker acaba de irse para despedirse de Fitzy, dejándome sola para vaciar el último cajón de la cómoda. Dejo de hacer lo que estaba haciendo cuando Dean entra y cierra la puerta tras de sí.

Simplemente verlo me cabrea. No es justo que alguien tan capullo sea tan absolutamente atractivo.

Objetivamente, Dean es quizá el tío más guapo que he visto fuera de la pantalla de un cine. Tiene el pelo rubio, facciones cinceladas de modelo y un cuerpo espectacular. Y es encantador hasta decir basta, que es como consiguió meterme en la cama para empezar. Bueno, eso y los tres daiquiris que me bebí. Podría incluso haberle vuelto a ver, si no me hubiese enterado de que estaba acostándose con nuestra profesora asistente a cambio de buenas notas.

—Tenemos que hablar, ¿eh? —digo arrastrando las palabras—. ¿Y de qué necesitamos hablar, Riquito?

Él se estremece, como siempre hace cuando utilizo ese apodo. Le puse el mote de Riquito cuando descubrí que usa su dinero y su aspecto para conseguir cosas.

—Sabes perfectamente de lo que tenemos que hablar.

Arrugo la frente.

—Si te refieres a esto —Señalo mi estómago—, no hay nada de lo que hablar. Mi bebé y yo no somos de tu incumbencia.

—Tucker es de mi incumbencia —dice con frialdad, cruzando los brazos sobre su musculoso pecho—. Lo que quiero decir es que, joder, Sabrina, siempre supe que eras una capulla ambiciosa, pero no pensé que fueras una egoísta.

El cabreo me sube hasta la garganta.

—Uau. Beau siempre intentó convencerme de que eras un buen tipo, pero estaba *taaaan* equivocado.

Dean exhala con un silbido.

—Deja a Beau fuera de esto. Estamos hablando de ti y de Tuck.

—¿De verdad quieres tener una bronca con una chica embarazada ahora mismo? Porque te advierto...: mis hormonas están disparadas. Te podría sacar los ojos a arañazos.

Me mira sin perturbarse.

—Estás jodiendo la vida de mi amigo. ¿De verdad crees que voy a cruzarme de brazos y permitirte que hagas eso?

Apretando los dientes, cierro de golpe el cajón de la cómoda e imito su pose, cruzando los brazos firmemente sobre mis pechos hinchados.

—Tucker es un adulto. Y resulta que también es el padre de este bebé. Si quiere formar parte de su crianza, no puedo impedirselo precisamente.

La frustración nubla su expresión.

—Esto va a mandar a tomar por culo toda su vida. ¿No lo entiendes? Va a renunciar a todo por lo que ha estado currando por una chica que ni siquiera le quiere.

Mi mandíbula casi cae al suelo de lo mucho que abro la boca. ¿De dónde coño se saca el derecho a soltarme esta mierda?

—¿Qué te hace pensar que no le quiero? —contesto desafiante.

—Pues que si lo hicieras, ya tendrías un anillo en el dedo. Tuck no hace las cosas a medias. Él te quiere, vas a tener a su hija. Si pensara por un momento que tú también lo quieres a él, os estaríais casando en el ayuntamiento antes de que la niña saliese de ahí dentro. En vez de eso, se va a quedar en Boston cuando lleva hablando de volverse a Texas desde primero.

La culpa me escuece la garganta. Mucho.

—Y ahora va a pillar el primer curro que encuentre en lugar de abrir un negocio sobre el que ha pensado e investigado todo el tiempo necesario. —Dean niega con la cabeza—. ¿No te das cuenta?

Dudo. Tiene razón. A Tucker NO le va hacer las cosas a medias. Y, sin embargo, aquí está, yéndose a vivir con un tío que apenas le cae bien y pensando en comprar franquicias de mierda que no le entusiasman, y todo porque una noche estaba tan megacachonda que se me olvidó que «solo la punta» es

tan eficaz en preñar a alguien como que el tío eyacule dentro de ti. Está cambiando toda su vida por mí. Está cambiando sus objetivos, y sus planes, y su estilo de vida para adaptarse a este bebé. Y YO soy la que le he hecho hacerlo.

A pesar de mi amenaza de sacarle los ojos a Dean, ya no me siento para nada salvaje. Estoy... hundida.

Estoy tan hundida que soy incapaz de detener el llanto que brota. Tan hundida que me derrumbo justo en frente del puto Dean Di Laurentis de los cojones.

Me dejo caer en el suelo y entierro la cara entre las manos. Lloro tanto que no puedo ni siquiera coger aliento. Sollozo para coger aire mientras las lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas y empapan mis manos. Soy una masa patética, temblorosa y embarazada, y solo cuando una mano firme me agarra el hombro me doy cuenta de que Dean está sentado en el suelo junto a mí.

—Mierda —murmura, sonando igual de impotente como yo me siento—. No era mi intención hacerte llorar.

—Merezco llorar —ahogo entre sollozos.

—Sabrina... —Me toca el hombro de nuevo.

—¡No! —Me deshago de su mano y le miro con los ojos llenos de lágrimas—. Tienes razón, ¿vale? ¡Estoy arruinando su vida! ¿Crees que me alegro por eso? ¡Porque no me alegro nada, joder! —Trago saliva rápidamente, intentando recordar cómo respirar—. Tuck es amable y dulce, y tan increíble, que no se merece que el mundo se le dé la vuelta de esta forma. Él debería estar haciendo mil planes ahora mismo y debería estar emocionado por graduarse en la universidad y comenzar un nuevo capítulo en su vida. Y en vez de eso, ¡SE HA ACABADO TODO! El mejor tío del universo entero está atrapado conmigo... ¡PARA SIEMPRE! ¡Y todo por lo que suponía sería un rollo de una noche!

Termino con una ráfaga de jadeos, limpiándome con fuerza las lágrimas. A mi lado, Dean está total y completamente aturdido.

—Qué coño —dice por fin—. Le quieres.

Cuelgo mi cabeza.

—Sí.

—Pero no se lo has dicho.

—No.

—¿Por qué no, joder?

—Porque... —Mi cara se derrumba de nuevo—. Porque estoy intentando que todo esto sea tan fácil para él como sea posible. El amor complica las cosas, y todo esto es ya bastante complicado ahora mismo. Y...

—¿Y qué? —pregunta Dean.

Y no sé si él me quiere a mí.

A veces pienso que sí, pero en el fondo de mi mente siempre hay una pequeña semillita de duda. Sinceramente no estoy segura de si Tucker quiere estar conmigo porque me quiere, o porque piensa que deberíamos estar juntos por el bien de nuestra niña.

—No importa —le digo con voz ronca—. Tienes razón. Esta bebé está jodiendo sus planes. —Me limpio la cara de nuevo—. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que no los joda más de lo necesario. Voy a asumir la mayor parte de la responsabilidad. Eso liberará un montón de tiempo en su agenda para que pueda abrir un negocio que le haga feliz.

Dean duda.

—¿Qué pasa con Harvard?

—Sigo yendo. —La amargura se une a la pena que se aferra en mi garganta—. No te preocupes, tienes

tres años más para odiarme y llamarme capulla.

—Lo cierto es que no estaré allí —confiesa.

Arrugo la frente.

—¿Desde cuándo?

—He aceptado un trabajo como profesor en una escuela privada en Manhattan. —Se encoge de hombros—. Me di cuenta de que no quiero estar en la facultad de Derecho.

—Ah. —Me pregunto por qué Tucker no me ha contado nada, pero lo cierto es que no me sorprende. Ha admitido que Dean no ha sido precisamente «Don Apoyo» con el tema del bebé.

—Cuando Beau murió... —comienza Dean, pero su voz se rompe y se detiene para aclararse la garganta—. Cuando murió se podría decir que se me fue la olla un tiempo. Pero después, salí a rastras del agujero que había cavado e hice un balance de mi vida, ¿sabes?

Asiento con la cabeza lentamente. Joanna Maxwell había hecho lo mismo. La muerte de Beau a mí me hizo darme cuenta de lo importante que es la vida, de lo corta que puede ser. Me pregunto si la pérdida de Beau supuso un punto de inflexión para todos aquellos que lo conocían y se preocupaban por él.

—Para mí también cambiaron algunas cosas —confieso.

Ahora es el turno de Dean para asentir.

—Se nota. —Hace una pausa, con tristeza—. A veces me resulta imposible creer que tú y yo nos enrollamos una vez. Parece que fue hace un millón de años.

Consigo reír.

—Sí.

—De verdad quieres a Tuck, ¿eh?

—Sí.

Deja escapar un profundo suspiro.

—Deberías decírselo.

—No —Trago saliva—. Y tú tampoco se lo vas a decir.

—Lo tiene que saber...

—No —repito, esta vez más firme—. Lo digo en serio, Dean. No le digas nada. Me lo debes.

El humor parpadea en sus ojos.

—¿Y eso?

Echo la barbilla hacia delante.

—No te merecías un sobresaliente en Estadística en segundo.

—Ah. ¿Así que mantener la boca cerrada es mi castigo por tener una nota que no me merecía?

—¡Así que admites que no te la merecías!

—Por supuesto que sí. —Su tono de voz cambia a afligido—. Créeme, hice todo lo que pude para intentar que el profesor me suspendiera.

—Y una mierda.

—Te lo juro. Después de sacar un sobre en ese proyecto que hacíamos juntos y tú solo un notable, me di cuenta de que la profesora asistente estaba haciendo lo que le daba la gana con mis notas. Le pedí al profesor que repasáramos todas mis pruebas y los trabajos, y resultó que debería haber suspendido.

—Ay, Dios. ¡Lo sabía! —Aunque no siento tanta satisfacción como pensé que sentiría. Mis movidas con Dean de repente parecen muy poco importantes. Y, como él dijo, es como si hubieran pasado hace un millón de años.

—Bueno, pues yo no lo sabía —dice con franqueza—. Sé que piensas que me estaba tirando a la profe por las notas. —Me lanza una sonrisa—. Pero me la estaba tirando porque tenía unas tetas increíbles y un culito precioso.

De coña me meto los dedos en la boca como si fuese a vomitar antes de hablar en serio.

—¿Por qué nunca me dijiste nada de esto?

Se ríe.

—Porque no somos amigos.

Me río también.

—Es cierto. —Le doy vueltas a una cosa—. Pero quizá deberíamos declarar un alto el fuego.

—Dios. ¿Se ha congelado el infierno?

La vergüenza me hace cosquillas en el vientre.

—Eres uno de los mejores amigos de Tucker. Estoy a punto de tener a su hija. Lo lógico es que intentemos coexistir.

—Es lo lógico —repite.

Dean salta del suelo para ponerse de pie y me tiende una mano.

Dudo solo un segundo antes de permitirle que me ayude a incorporarme.

—Gracias.

Un incómodo silencio se extiende entre nosotros. No intento llenarlo con palabras. Todavía no estoy convencida del todo de que Dean no sea un *playboy* superficial, y estoy segura de que una parte de él todavía piensa que soy una capulla. Pero la hostilidad se ha esfumado, y aunque nunca seremos mejores amigos, sé que Tucker agradecerá que haga un esfuerzo por llevarme bien con Dean.

Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que Tucker ya ha sacrificado por mí.

29

Sabrina

Junio

—Madre de Dios, los bebés necesitan un montón de movidas. —Carin entra tambaleándose en mi habitación cargada con tres bolsas—. Creo que este bomboncito tiene ya más ropa que Hope.

—Eso es imposible —dice el novio de Hope, al que hemos enredado para ir a recoger una cuna que encontré en una venta de garaje en Dunham.

Él y Tucker la han desmontado y ahora están metiendo todas las partes dentro de la habitación y miran el pequeño espacio.

—¿Te va a caber todo aquí dentro? —pregunta D'Andre dudando.

Froto mi mano sobre la tripa. Nada parece caber ya. A mí no me cabe la ropa ni los zapatos. Y ahora, aquí no cabe la cuna. Mi habitación es lo suficientemente grande como para que quepan un escritorio y una cama, pero no un escritorio, una cama y una cuna.

Suspiro.

—Creo que voy a tener que sacar la mesa.

Tucker no abre la boca, pero veo la frustración arder un instante en sus ojos. Ya hemos hablado de esto antes. Él quiere que me vaya, pero yo me niego.

Hemos establecido una cómoda rutina desde el mes pasado, en el que he estado haciendo exactamente lo que le dije a Dean que haría: intentar que la vida sea más fácil para Tuck.

No le pido nada. No le dejo que pague o ni siquiera que dividamos los gastos de todas las cosas del bebé que estoy comprando. No le llamo de madrugada cuando la bebé me despierta con sus patadas y me duele la espalda. Y, por supuestísimo, no me voy a comprometer a irme a un apartamento con él. No podría pagar nada decente y, o pago lo mío, o de lo contrario esto nunca podría funcionar.

Aun así, pedirle a John Tucker que no ayude es como pedirle al sol que no salga. Viene a las citas de mi doctora, me da masajes en la espalda y en los pies cada vez que estamos juntos en el sofá, se ha leído tantos libros para bebés como nos caben en nuestras manos, y siempre me compra cositas ricas: un bote de helado de vainilla con galleta, una bolsa de Oreo doble crema, un frasco de aceitunas, etcétera. He empezado a guardarme los antojos que tengo de repente para mí misma, porque como insinúe que algo parece tentador, Tucker se va directo a su *pick-up* y conduce hasta el súper.

—¿Y dónde vas a estudiar? —pregunta Carin megalarmada.

D'Andre gruñe mientras sujeta la cuna.

—Fuera, en la cocina —contesto. Señalando la puerta del armario, les pido a los chicos que dejen las piezas en el suelo—. Ahí. Supongo que pondremos el escritorio en la acera para ver si alguien se lo lleva.

Mientras los dos chicos maniobran para meter las piezas de la cuna en la habitación, me pongo a limpiar los cajones del escritorio, echando los papeles sobre la cama. Carin salta por encima para echar una mano.

—Buena idea lo de Dunham —le digo a Tucker. Fue idea suya lo de ir a esa zona lujosa y elegante a veinte minutos de Boston.

Se encoge de hombros como si no tuviera importancia.

—Estuve mirando cosas por allí para comprar y por el sitio más barato pedían seis cifras. Imaginé que habría cosas chulas para nosotros.

—¿Qué hacías en Dunham? —pregunta D'Andre.

—Echando un vistazo a algunos negocios que hay en venta. Voy a comprar uno con el dinero del seguro de mi padre. —Tucker se agacha junto a mí y comienza a toquetear las distintas piezas de la cuna.

—¿Encontraste algo interesante?

—Un montón de franquicias, pero nada que parezca estar bien. No me veo haciendo sándwiches el resto de mi vida, aunque los resultados sean buenos. Podría comprar un par de sitios para alquilar. Buen *cash flow*.

D'Andre asiente con la cabeza.

—Sí. Además, podrías hacer la mayor parte del mantenimiento. ¿Qué más hay por ahí?

—¿En mi rango de precios? Sobre todo empresas pequeñas. Hay un par de gimnasios, muchos locales de comida y alguna otra cosa que en mi opinión sería ruinosa.

—Tienes que encontrar algo que te guste.

—Ya te digo. —Tucker salta a sus pies—. Voy a la *pick-up* a por lo que queda de esta movida.

Asiento con la cabeza, ausente, cuando se va. En nada de tiempo conseguimos vaciar el escritorio. Hope y yo empezamos a moverlo, pero D'Andre se acerca y me echa a un lado.

—¿Estás de coña? Vete ahí y sienta el culo. —Él niega con la cabeza—. Loquita. Está del tamaño de una casa y todavía intenta fingir que no está embarazada —dice entre dientes, pero lo suficientemente fuerte como para que todo el mundo en la habitación lo oiga.

Con la reprimenda encima, me abro paso hasta la cama para empezar a ordenar las cosas. Voy a tener que hacer limpieza en el armario y los cajones de la cómoda porque, como dijo Carin, los bebés necesitan un montón de movidas. Ya hay pañales apilados en la esquina del armario. Es un regalo de Hope. No me imagino gastándolos todos, aunque en los libros ponga que hay que cambiarles el pañal de seis a diez veces al día.

Los libros que cogí en la librería de libros usados eran viejos, así que supongo que parte de la información está obsoleta. ¿De seis a diez veces al día? ¿Quién tiene tiempo para eso? Tucker tiene algunos libros nuevos, así que compararé algunas notas con él más tarde.

Hope se une a mí en la cama.

—«Futura Abogada. 8º de primaria». —Hace una mueca—. Eras la alegría de la huerta de pequeña, ¿verdad? ¿Votaron eso tus compañeros?

Le arranco el estúpido diploma de la mano.

—Soy malísima en ciencias, pero no me importaba decirle a la gente lo que pensaba exactamente de ellos, así que, médico quedaba descartado y abogada encajaba.

—Creo que eso va mejor con presentadora de un programa de entrevistas, no con abogada. —Extiende la mano para acariciarme la tripa—. ¿Cómo está hoy nuestra bebé?

—Dormida.

—Quiero sentir una patada. Despiértala.

Hope está obsesionada con el bebé. Cada vez que la veo, quiere frotarme la tripa como si fuera la estatua del Buda de la suerte en un restaurante chino. Por desgracia para Hope, la bebé y yo no llevamos el mismo horario. Cuando me muevo, ella duerme. Nada más meterme en la cama, ella decide despertarse. La doctora Laura me ha dicho que es porque mi movimiento adormece al bebé. Todo eso

está genial, pero no me ayuda a dormir bien ninguna noche, ¿a que no?

—¿Cómo se supone que puedo hacer eso? ¿Pegando saltos de tijera?

—¿Eso haría que la bebé se cayese al suelo? Oye, si tu fecha de parto estuviera cerca, ¿podrías sacarla fuera a base de... salto, salto, salto? —Carin retuerce sus brazos como si formara parte del grupo de baile de Taylor Swift.

Me la quedo mirando fijamente.

—Por favor, dime que el campo de la ciencia que vas a escoger para tu postgrado no va a ser importante.

Carin me hace una peineta y camina de lado por la habitación antes de agacharse para recoger una de las bolsas llenas de cosas que hemos comprado en Goodwill. Tira el contenido al suelo y comienza a separar las cosas blancas de las de color. En la tienda quedamos en que, por el olor de algunos de los artículos, íbamos a lavar todo con agua hirviendo.

—¿Sabíais que, en inglés, cuando el bebé comienza a moverse, se dice «Quickening»? ¡Como la segunda parte de *Los inmortales*! —dice Hope.

Yo suelto una risita.

—¿Así que la niña va a salir de golpe de mi tripa con una espada declarando que solo puede haber una y ella es la elegida?

—Posiblemente. Muchas mujeres han muerto en el parto, ¿no? Un bebé es esencialmente un parásito. Vive de sus nutrientes, nos quita la energía. —Se da golpecitos en el labio con la parte inferior de una percha—. Así que, sí, creo que lo de *Los inmortales* podría encajar.

Carin y yo la miramos con terror.

—Hopeless, puedes callarte la boca cuando quieras a partir de ya —le ordena Carin.

—Lo estaba diciendo desde un punto de vista médico; es una teoría posible. No aquí, pero quizá sí en otros países menos desarrollados. —Ella se acerca y acaricia mi vientre—. No te preocupes. Estás a salvo. Deberías haber pillado más ropa de premamá —dice, cambiando de tema, mientras yo aún trato de digerir que mi bebé es un parásito.

Niego con la cabeza.

—No. Esa ropa era terrible. Ya parezco un barco. No necesito parecerme a uno feo.

—Creo que, si yo estuviera embarazada, llevaría caftanes... ¡o batas como Lucille Ball! —reflexiona Carin.

—Pero ¿siguen haciéndolas? —pregunta Hope.

—Deberían.

Asiento con la cabeza porque, ya te digo, sin duda preferiría ponerme algo así que los horrorosos vaqueros, las prendas esas de poliéster con la cinta blanca y extensible. Sé que estaré agradecida de que existan en un par de semanas, pero ahora mismo no me apetece nada estar cada vez más grande.

—Esta mañana he intentado agacharme para tocarme los dedos de los pies —les digo a las chicas—. Me caí de bruces, me golpeé la cabeza contra el escritorio y tuve que llamar a mi abuela para que me levantara. Literalmente, tengo el tamaño de un Umpa Lumpa.

—Eres la Umpa Lumpa más bonita del mundo —dice Hope.

—Eso porque no es de color naranja.

—¿Los Umpa Lumpas eran naranjas? —Intento evocar una imagen mental de esas criaturas, pero solo puedo recordar sus petos blancos.

Carin frunce los labios.

—¿Se supone que eran caramelos? ¿Tipo los gajos esos superácidos? ¿O más bien gominolas de naranja?

—Eran ardillas —informa Hope.

—Ni de coña —decimos las dos a la vez.

—Claro que sí. Lo leí en la parte de atrás de un palote de Wonka Laffy Taffy cuando tenía diez años. Era una pregunta en plan Trivial, y yo acababa de ver la película. Durante los siguientes años, las ardillas me dieron un miedo terrible.

—Mierda. No te acostarás sin saber una cosa más. —Me fuerzo a ponerme recta, una tarea que últimamente requiere bastante fuerza en el tronco, y doy unos pasos para mirar la cuna.

—No me lo creo —le dice Carin a Hope—. La película va sobre dulces y chocolate. Se llama *Willy Wonka y la fábrica de chocolate*. ¿Desde cuándo hay ardillas de caramelo? Me podría creer que son conejos porque están, ya sabes, los conejos de Pascua de chocolate, pero una ardilla, no. No me lo trago.

—Míralo, Miss Cautela. Tengo razón.

—Te estás cargando mi infancia. —Carin se vuelve hacia mí—. No le hagas esto a tu hija.

—¿Hacerla creer que los Umpa Lumpas son ardillas?

—Sí.

Hope se ríe.

—Aquí va mi teoría sobre la paternidad y maternidad. Vamos a meter la pata. A tope. Muchas, muchísimas veces. Y nuestros hijos van a necesitar terapia. El objetivo es reducir la cantidad de terapia que van a necesitar.

—Esa es una visión bastante oscura de la paternidad —observo—. ¿Cómo se juntan estas dos cosas? ¿Nos falta algo? —Están las dos piezas grandes de los lados, pero el resto de las tablas que hay en el suelo son como un Lego sin instrucciones.

Carin se encoge de hombros.

—Soy científica. Puedo estimar el volumen y la masa de las piezas, pero me voy a hacer daño si intento montarlas.

D'Andre aparece en la puerta; el sudor brilla en su piel oscura. Las tres nos giramos a la vez con ojos suplicantes.

—¿Por qué todas me estáis mirando de esa manera? —pregunta con recelo.

—¿Puedes montar esta cuna otra vez? —pregunto esperanzada.

—Y si lo haces, haznos el favor de quitarte la camiseta —pide Carin.

D'Andre frunce el ceño.

—Tienes que dejar de tratarme como un trozo de carne. Tengo sentimientos.

Pero se quita la camiseta de todos modos y las tres nos tomamos un momento para darle las gracias a Dios por crear una criatura como D'Andre, cuyo pecho parece esculpido en mármol.

Él sonríe.

—¿Suficiente?

—No, la verdad es que no. —Carin apoya la barbilla en una mano—. ¿Por qué no te quitas también los pantalones cortos?

Admito que tengo curiosidad. D'Andre es un tío grande. No me opongo a ver su maquinaria.

Hope lanza una mano hacia arriba en el aire.

—No, nada de *striptease*. Hemos venido para ayudar a montar la cuna. Amor, ¿qué puedes hacer?

—Estoy estudiando Económicas y Contabilidad —le recuerda—. ¿Te acuerdas? Soy bueno con los números y cargando cosas. Tucker la montará. Está ahí fuera convenciendo a un desconocido para que se lleve el escritorio. —Le dirige una mirada directa a mi vientre—. Así que esperemos a que vuelva tu hombre.

—Ella no necesita un hombre —dice Hope—. Nos tiene a nosotras.

—Entonces ¿por qué estoy yo aquí?

—Porque me quieres y porque no quieres dormir en el sofá —dice Hope con dulzura.

—Eso no es un sofá, Hope. Eso es un una madera con un poco de espuma encima.

Me río. La nueva casa de Hope en Boston está llena de muebles y cosas de la buhardilla de su abuela, que contiene mobiliario suficiente para llenar aproximadamente tres casas.

—Es un Saarinen original.

—Eso no lo convierte en un sofá —insiste.

—Te puedes sentar en él. Tiene tres cojines. Ergo, es un sofá. —Hope resopla. Fin de la conversación

—. Necesitamos un amigo o amiga ingeniero. —Señala a Carin con el dedo—. Vuelve a Briar y enróllate con un estudiante de ingeniería.

—Vale, pero necesitaré acostarme con él antes, así que no voy volver hasta las... —Hace que mira la hora—, las diez más o menos.

—Todos nos hemos graduado en la universidad —proclamo—. Seguro que podemos montar esto nosotros solos.

Dando palmas con las manos, hago gestos para que todo el mundo, yo incluida, vayamos al suelo. Después de tres intentos para agacharme y consiguiendo que Hope y Carin casi se hagan pis en los pantalones de la risa en el proceso, D'Andre se apiada de todas nosotras y me ayuda a ponerme de rodillas. Así es como nos pilla Tucker.

—¿Es esto un nuevo ritual de fertilidad o algo? —dice arrastrando las palabras desde la puerta, con un hombro apoyado contra el marco—. Porque ella, no sé si sabéis, ya está embarazada.

—Trae aquí tu culo blanco, chaval, y monta esto —suelta D'Andre—. Es ridículo.

—¿Qué es ridículo? —Tucker se detiene junto a mí y yo aprovecho para apoyarme en sus piernas. Incluso estar de rodillas es difícil cuando una está cargando con unos trece kilos extra—. Lo hemos desmontado nosotros. ¿Cómo es posible que no sepas cómo montarlo otra vez?

D'Andre repite su excusa de antes.

—Soy estudiante de Economía y Contabilidad.

Tucker resopla.

—¿Tienes una llave Allen?

—¿Te estás cachondeando de nosotros? —me quejo—. No tengo ninguna llave, así que imagina una con ese nombre.

Él sonrío.

—Déjame esto a mí, querida. Yo lo monto.

—Quiero ayudar. —Hope se ofrece de voluntaria—. Esto es como una cirugía, excepto que con madera en vez de personas.

—Que Dios nos ayude —murmura D'Andre.

—Venga. —Carin tira de mi brazo—. Vamos a lavar algunas de las cosas que hemos comprado.

Con un impulso en mi culo de Tucker, me pongo de pie y camino detrás de Carin.

—¿Qué tal es no trabajar de camarera? —pregunta mientras vamos al cuarto de la lavadora.

—Es extraño. Es difícil encontrar un trabajo para solo tres meses que no requiera un esfuerzo físico potente. Fui a una agencia de trabajo temporal para ver si tenían algo para mí y no se mostraron muy optimistas. Al parecer, las mujeres embarazadas no encabezan la lista de candidatos.

—Entonces ¿Tucker no va volver a Texas?

—No. Quiere estar cerca de la bebé. —Hago una mueca—. Pero su madre... su relación es muy estrecha. Creo que ahí hay un problema.

—Ay, Señor. Créeme, no quieres meterte con una mamá del sur —advierte Carin—. Hope no para de

echar pestes de las gachas de maíz.

Yo también he escuchado esas quejas. Pero, ¿cuáles son mis opciones?

—Entonces ¿me olvido de Harvard y me mudo a Texas?

—No. Pero cómete sus gachas de maíz. Cada vez que te las ofrezca. No importa el asco que te den.

—Eso es masoquismo.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer con el bebé cuando estés en clase? —me pregunta mientras cargamos la lavadora.

—No lo sé todavía. Harvard no ofrece servicio de guardería. Supongo que intentaré encontrar a alguien que cuide bebés en casa.

Pensar en todos estos asuntos me está agobiando, pero no quiero quejarme del tema demasiado. Carin y Hope ya se sienten culpables por no poder ayudar más, pero, joder, tienen sus propias vidas de las que preocuparse.

—¿Y tu abuela?

—Dios. Deberías haber visto su cara cuando le pregunté. Me dijo que ya había criado una niña... — Señalo con el pulgar a mi pecho— que no era suya, y que no iba a criar a otra.

—Qué duro.

Nos movemos a la cocina y empezamos con los biberones.

—Duro pero cierto. No puedo ponerle esta carga sobre su espalda.

—¿Y Tucker? —Carin sacude un biberón limpio y lo coloca en el escurrerplatos.

—¿Qué pasa con él?

—Que es el padre. Tiene que ayudar. Puedes llevarlo a juicio y obligarle a que te pague una pensión alimenticia.

Mi boca se abre de par en par.

—No voy a hacer eso. Y claro que VA a ayudar. —Hago una pausa—. Todo lo que yo le deje.

Carin hace un ruido de disgusto.

—Eres tan cabezota... No tienes que hacerlo todo por tu cuenta, B. Por como lo dices da la sensación de que estás sola en esta aventura. ¿Qué pasa con vosotros dos?

Cojo uno de los biberones limpios y retuerzo la tetina, intentando imaginarme a mí misma sosteniendo a la bebé y alimentándola con uno de ellos.

—Él nunca tuvo intención de quedarse en la costa este. Está aquí por mí y por la bebé, y siento que estoy arruinándole la vida.

Arquea las cejas y suelta una carcajada.

—Él también es parte de esto. No eres la Virgen María. No hubo inmaculada concepción.

—Lo sé. Pero podría haber abortado. —Lo cierto es que es un pensamiento que me pesa cada minuto que paso intentando averiguar cómo voy a hacer para que todo esto funcione.

—Pero no lo has hecho, así que deja de mirar atrás.

—Es verdad —le digo de nuevo.

—Tienes sentimientos por él.

Me pongo a buscar un sitio para los bibes limpios y las demás cosas para bebé.

—Me gusta.

—Se puede decir la palabra con Q. No te vas a morir.

Molesta, miro fijamente a Carin.

—Como si tú fueses mejor, Doña Compromisófoba. ¿Desde cuándo te pones a decirles a los tíos con los que te acuestas que los quieres?

—Nunca, pero yo no tengo miedo, y tú sí.

—No tengo miedo. —¿Lo tengo?

Resopla y niega con la cabeza.

—Mira, da igual —sigo—. De todos modos, es irrelevante. Tucker está en esto porque está enamorado de la bebé y eso es suficiente para mí.

Carin abre la boca para reprenderme, pero Tucker entra en la cocina antes de que pueda decir una palabra.

—¿Lista? —me pregunta.

Le echo un ojo al reloj del microondas. Mierda. Dice que tenemos unos veinte minutos antes de que comience la clase.

—Sí. Vais a tener que iros —le digo a Carin—. Tuck y yo nos vamos a una clase de respiración.

Ella levanta una ceja.

—¿Para qué?

—Para ayudarla cuando esté de parto —explica Hope cuando entra en la cocina con D'Andre pisándole los talones. Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Llámanos luego, ¿vale?

—Claro. Y gracias por la ayuda de hoy. A todos.

—No hay por qué darlas —dice Hope, y Carin y D'Andre asienten con la cabeza—. Estamos aquí para ti, B. Ahora y siempre.

La emoción inunda mi garganta. No tengo ni idea de cómo he acabado teniendo unos amigos tan increíbles, pero lo que sí sé es que no pienso quejarme.

###

—No pareces muy entusiasmada con esto —comenta Tucker veinte minutos más tarde. Mantiene la puerta del Centro de Salud abierta para que pase.

—¿Tú lo estás? —Un cartel amarillo decorado con globos nos da la bienvenida—. ¿El proceso del parto es tan duro que tengo que aprender a respirar? No es muy normal que digamos.

—¿Has visto alguno de esos vídeos en YouTube?

—Dios, ¡no! No quería ponerme de los nervios. ¿Tú?

—Algunos.

—¿Y?

Gira un pulgar hacia abajo.

—No te lo recomiendo. Me pregunto por qué decimos que *tiene huevos* cuando describimos a alguien que es muy fuerte, porque después del segundo video, mis huevos empezaron a intentar trepar dentro de mi cuerpo. Además, mi historial en YouTube está oficialmente jodido.

—Ja. Precisamente por eso no he visto ninguno. —Muevo un dedo en su dirección como advertencia—. O estás junto a mi cabeza durante el parto, o no querrás volver a querer tener sexo conmigo.

—*Naah*, puedo separar las dos cosas. —Arrastra su mano por mi espalda hasta descansarla en la parte superior de mi trasero, que, al igual que mis tetas, está creciendo en tamaño—. Este culo está hecho para dar palmaditas.

—¿Así que sexo anal es todo lo que me vas a dar después del parto?

Me mira con una amplia sonrisa.

—¿Por qué no las dos cosas?

Antes de que pueda responder, una señora mayor de pelo rizado, con una falda hippy larga hasta los pies con los colores del arco iris se aproxima para saludarnos.

—¡Bienvenidos al taller del Alumbramiento de Amor! ¡Soy Stacy!

—John Tucker y Sabrina James. —Tuck nos presenta a los dos.

Stacy no le estrecha la mano. En vez de eso, hace un gesto de oración.

—Por favor, colocaos en una esterilla en el suelo.

—Esto va a ser demasiado *hippy dippy* para mí —susurro mientras nos abrimos paso por las tres filas de colchonetas de yoga que hay espaciadas en el suelo. La sala está casi llena, pero encontramos una esterilla vacía en la parte de atrás.

—Es una clase de respiración. Creo que esa es la definición de *hippy dippy*. —Tucker me ayuda a que me siente—. ¿Quieres que practique cómo ponerte inyecciones en vez de esto?

—Igual sí. —Estoy medio en serio, medio en broma. He leído que hay complicaciones con las medicinas, y aún no he decidido si voy a ponerme la epidural.

Las luces se apagan y Stacy se mueve por la habitación, con las manos todavía juntas en oración.

—Creo que ella sabe algo que nosotros no —susurra Tucker en mi oído—. Por eso está rezando todo el tiempo.

—Sabe que por muchas horas que le dediques a la meditación, no vas a conseguir que el parto sea sin dolor.

El hombre de al lado carraspea. Tucker se ríe en voz baja, pero ambos nos callamos.

En la parte delantera de la sala, Stacy enciende un proyector. Las palabras «Bienvenidos al Alumbramiento del Amor» aparecen. Y después ella procede a leernos la diapositiva.

—Estamos aquí para ayudaros en el proceso del alumbramiento. Los principales medios de comunicación y organizaciones de la salud nos alimentan con una cantidad infinita de miedo y paranoia, pero la verdad es que el parto no tiene por qué ser una experiencia dolorosa. Hoy vamos a comenzar nuestro viaje hacia un parto alegre y placentero. Estas tres clases os ayudarán a reorientar vuestras sensaciones negativas, trayendo la serenidad y echando el temor.

—¿Estamos en una clase de respiración o nos estamos apuntando a una secta? —susurra Tucker.

Una secta. Sin duda, una secta.

—Los acompañantes, las parejas, moveos a vuestra posición detrás de la mami.

—Ya odio a esa mujer —siseo mientras se agacha detrás de mí.

—¿Porque te ha llamado mami o porque ha dicho que no es una experiencia dolorosa?

Un hombre un par de esterillas a la derecha levanta la mano.

—¿Dónde debemos poner nuestras manos?

—Muy buena pregunta, Mark.

Ay, Dios, recuerda todos nuestros nombres.

—Durante el parto, la posición adecuada será la zona lumbar, pero hoy nos estamos concentrando en la relajación, así que por favor poned las manos sobre los hombros de vuestras parejas.

A mi lado, una mujer embarazada está tomando apuntes como loca, como si Stacy, con su falda hippy hasta los pies, fuese el oráculo de *Partoland*, citando los diez mandamientos del nacimiento.

—Si dice «no hay nada a lo que tener miedo más que al miedo en sí mismo» nos largamos —digo un poco demasiado fuerte.

La sargento y su igualmente serio acompañante se giran para mirarnos. Una oleada de risas amenaza con escapar. ¿Nos pueden arrestar por alterar el orden en una clase de respiración?

Stacy señala la pantalla de proyección con un gesto de la mano.

—Primero, vamos a ver un pequeño video sobre cómo se hace la respiración apropiada y después vamos a practicar.

El vídeo consiste en cinco minutos de una mujer jadeante, sus labios toman diferentes formas mientras

que su pareja va contando.

—¿Crees que de verdad tienen un bebé ahí dentro, o es una de esas cosas de espuma? —pregunta Tucker, mientras sus manos me aprietan ligeramente los hombros.

—Espuma —le digo al instante. Ni siquiera está sudando. Yo sudo con solo intentar ponerme los zapatos.

Cuando el vídeo termina, Stacy se da una vuelta por la sala para comprobar todas nuestras posiciones de respiración.

—Respiraciones más profundas, Sabrina. John, por favor, masajea un poco más fuerte. Coloca los dedos más cerca de su cuello. Su cuello necesita más atención.

Sus dedos empiezan a darme un masaje recorriendo el lado de mi cuello de arriba a abajo, provocándome un gemido. Dios, qué bien. Supongo que Stacy tiene razón. Necesitaba más atención en el cuello.

—Buen trabajo, John —dice Stacy con entusiasmo. Se endereza y se dirige a la clase—. Ahora, me gustaría que todos pensarais en vuestro recuerdo favorito. Algo muy bueno que os haya pasado en la vida. Cerrad los ojos y traed ese recuerdo al primer plano. Fijadlo en el ojo de vuestra mente.

—Me estoy imaginando que uno de nosotros es un cíclope. —El aliento de Tucker me hace cosquillas en la oreja y comienzo a sentir algo totalmente inadecuado allí abajo.

—Tal vez el ojo es tu polla —contesto.

La pareja que hay junto a nosotros resopla con fuerza. Esta vez los dos los ignoramos.

—Todo este «shhh» me recuerda a la biblioteca. —Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja—. En realidad, es peor que la biblioteca, porque no hay mesas para ocultar mi mano mientras se arrastra dentro de tu falda.

Me retuerzo.

—Calla.

—Stacy ha dicho que fuéramos a un recuerdo favorito. La mayoría de ellos incluyen a mi cabeza grande, o a mi cabeza pequeña, entre tus piernas.

—Lo importante —dice Stacy, elevando la voz y lanzando una mirada seria en nuestra dirección— es encontrar la paz. Ahora, cerrad los ojos e imaginad el lugar que os hace feliz.

Tucker tararea algo.

Tengo que admitir que mis buenos recuerdos recientes también implican a Tucker, pero este, definitivamente, no es ni el momento ni el lugar para ponerme cachonda. Así que aparto esos pensamientos e intento canalizar la euforia de cuando me enteré que me habían admitido en la facultad de Derecho. Eso también fue un buen recuerdo.

—Los acompañantes, mientras la mami está respirando, por favor, dadle un buen masaje en el cuello y en los hombros. Muchas madres tienen su tensión localizada ahí. No lo hagáis con demasiada suavidad. Vuestras mamis son pilares de fuerza. El siguiente video que vamos a ver es del nacimiento.

Stacy pulsa algo en el ordenador portátil conectado al proyector. La foto de un par de tenazas de cocina gigantes aparece en la pantalla. Vale, puede que no sean pinzas de cocina, pero, joder, se parecen mogollón. La cámara hace un *zoom out* y vemos que las pinzas las sostiene un cirujano enmascarado. A medida que la escena va revelándose, una exclamación llena la sala.

Aparecen las piernas abiertas de una mujer y no es agradable. Me tapo los ojos. Las manos de Tucker se aprietan alrededor de mi cuello.

La alegre voz de Stacy narra la escena.

—Recordad el lugar que os hace felices mientras observamos estos próximos vídeos. El instrumento que se está utilizando no es un instrumento de tortura, es un fórceps. Si no sois capaces de empujar con la

fuerza suficiente, vuestro doctor se verá obligado a utilizar este aparato para sacar al bebé de vuestro útero, algo que puede afectar a la forma de la cabeza de vuestro hijo y posiblemente provocar un daño cerebral. Mantened la respiración, mamis. Acompañantes, continuad con el masaje. Esto es lo que sucederá si no podéis vencer el dolor. Recordad que vuestra mente controla el resultado.

Hay otra inhalación de aire colectiva cuando la pantalla muestra un corte con el bisturí en la carne de una mujer.

Tucker me aprieta con más fuerza.

—Me estás ahogando —murmuro.

No me suelta. En todo caso, la sujeción va a más.

—Y aquí tenemos la cesárea. El bebé se apartará de la luz cuando corten la cavidad del estómago. El médico tiene que meter la mano y arrastrar al bebé fuera de vuestro vientre. De nuevo, si no sois capaces de cumplir con vuestro deber como madres y empujar al bebé por el canal de la vagina, el médico se verá obligado a cortaros el vientre para sacar al bebé.

Tiro de los dedos de Tucker.

—Me estás ahogando —repito.

Stacy pasa a otra escena. Un chorro de líquido, sangre y..., ¡¡¡¿es eso mierda?!!!—, sale de la mujer en la mesa de parto.

—Esta es la cosa más natural del universo tal y como demuestran los nacimientos en la naturaleza —dice con voz soñadora.

Un montaje de escenas sangrientas de los partos de diferentes mamíferos le siguen.

Cojo el dedo corazón de Tucker y tiro de él tan fuerte como puedo.

—¿Qué pasa? —pregunta, soltándome de inmediato.

—¡Me estabas ahogando! —le suelto.

—¡Pensé que murmurabas «me está gustando»! —Nos miramos el uno al otro conteniendo a partes iguales horror y risa.

—La comunicación es siempre la clave —canturrea Stacy desde delante.

La risa gana. Tucker y yo colapsamos el uno contra el otro. No podemos parar de reír, y tras unos segundos diciendo nuestros nombres y dando palmas para llamar nuestra atención, Stacy finalmente nos pide que salgamos de la sala.

30

Tucker

4 de Julio

—En una escala de uno a «estoy lista para saltar de esta *pick-up* en marcha», ¿en qué grado de acojonamiento estás?

Sabrina sacude su cabeza fuera de la ventanilla del coche. Ha estado mirando el paisaje de Boston como si nunca lo hubiese visto antes, como si no hubiese vivido aquí toda su vida.

—¿Se me nota que estoy nerviosa? —Hace una mueca, sus labios carnosos se afinan.

—Tus dedos están blancos, así que, o estás sufriendo una enfermedad grave que requiere atención médica de inmediato, o estás impidiendo que les pase la sangre de forma intencionada.

Por el rabillo del ojo, veo como desenrosca lentamente los dedos hasta que están rectos y rosados de nuevo.

—Nunca he conocido a los padres de un chico —admite, jugueteando con la radio.

—Lo bueno es que solo hay uno —bromeo. Después mi mente absorbe sus palabras—. Espera, ¿nunca?

Recuerdo que me dijo que nunca antes había tenido un novio, pero yo entendí que se refería a la universidad. Sabrina es preciosa. Si la hubiese visto en el instituto, me habría sentado enfrente de su taquilla todos los días hasta que accediera a salir conmigo.

Ahora todo cobra sentido. Por eso ha estado tan nerviosa e inquieta desde que le dije que mi madre venía a conocerla. En un primer momento, intentamos planear una visita a Texas, pero el coste de los dos billetes de avión y el coche de alquiler no tenía sentido. Así que mi madre ha tenido que reprogramar algunas citas. Además, resulta que una gran cantidad de aerolíneas se resisten a meter a mujeres embarazadas en sus vuelos. Supongo que no tienen mucho interés en partos que se producen a bordo de los aviones.

Lo positivo de quedarnos en la ciudad es que podré trabajar este fin de semana y ganar ese «50 por ciento más» del que Sabrina siempre anda presumiendo. He estado trabajando a tiempo parcial en un proyecto de construcción en el centro, ganando un buen dinero, algo que es fantástico, porque estoy intentando no echar mano de mis ahorros a menos que sea absolutamente necesario.

—Ya te lo dije —murmura Sabrina desde el lado del copiloto—. No he tenido ningún novio.

Abandona la radio y se echa hacia atrás con un suspiro. Su tripa es tan grande que ni siquiera puede cruzar los brazos a menos que los apoye en la parte superior de la protuberancia. Una parte que no es un estante, como ya me ha recordado más de una vez.

—Pensé que te referías a la universidad. ¿Los chicos de tu instituto eran sordos, mudos y ciegos?

—No. Sí que iban detrás de mí, pero yo no tenía tiempo para ellos. —Agacha la cabeza con aire ausente y se frota la curva de su vientre.

Cada vez que la miro, me quedo fascinado ante el hecho de que mi niña esté en el interior de su cuerpo. También me pone la hostia de cachondo. Gracias a Dios que estamos teniendo relaciones sexuales de

forma regular otra vez.

—Me pasaba la vida trabajando duro para conseguir el dinero de las becas —continúa—, currando casi a tiempo completo en la oficina de correos desde que tenía dieciséis años, los veranos trabajaba de camarera sirviendo mesas por la noche y en la oficina de correos durante el día. Los chicos eran... innecesarios. Excepto para lo que... ya sabes. —Señala con la mano su entrepierna en un gesto sencillo—. Además, no sabían qué hacer con su maquinaria en el instituto. Me salía mejor ocuparme de mí misma en casa.

Mi pene se contrae contra mi cremallera. La idea de Sabrina tocándose a sí misma me aturde, y tengo que esperar un segundo hasta que una parte de mi sangre viaje de vuelta a mi cerebro.

—¿Y tú? ¿Saliste con muchas chicas en el insti? ¿Eras el Rey del Baile? —se burla.

—No. Salí con tres chicas. Y los reyes del baile en Texas son siempre jugadores de fútbol americano.

—¿Tú no jugaste al fútbol?

—Solo hasta primero de secundaria. Jugaba al hockey todo el año. La pista del entrenador Death estaba a una hora, e iba allí prácticamente todos los días.

—Háblame de esas tres chicas.

—¿Tan desesperada estás por una distracción?

—Sí —dice con entusiasmo.

Doy golpecitos con mis dedos contra el volante mientras tiro de mis recuerdos polvorientos.

—Salí con Emma Hopkins en primero de secundaria hasta que uno de tercero de secundaria le pidió ir al baile de bienvenida. Después de eso, a ella solo le interesaban los hombres mayores.

—Fascinante. Cuéntame más cosas.

Sonrío. No me importa sufrir un poco de vergüenza si eso le hace olvidarse de su preocupación por conocer a mi madre.

—June Anderson era mi novieta en tercero de secundaria. Teníamos casi todas las clases juntos, pero el factor decisivo fue que podía hacerle un nudo a un rabo de cereza con la lengua. En tercero de secundaria, eso era lo más, estaba tan arriba de la lista como atravesar el Gran Cañón andando sobre una cuerda floja.

Sabrina se ríe.

—Creo que para algunos chicos eso aún puntúa como uno de los grandes logros de la humanidad. Apuesto a que Brody lo tiene en su lista de requisitos para enrollarse con él.

Su tono despectivo no pasa desapercibido. La primera vez que Sabrina y Brody se conocieron no fue bien. La conversación empezó con él insinuando que su coño quedaría destruido por el parto y terminó con ella diciéndole que, independientemente del estado en el que estuviera su *chichi*, él jamás estaría invitado a verlo.

—Ese tipo es un gilipollas integral —refunfuña—. ¿Es terrible vivir con él?

Sip.

—He tenido mejores compañeros de piso. —Con tristeza, pienso en la increíble época en la universidad con Dean, Logan y Garrett.

Mi problema con Brody no es que sea un salido que se pasa persiguiendo faldas desde el momento en que se levanta hasta que se acuesta por la noche. A ver, mis antiguos compañeros de piso se acostaban con tías de forma habitual. Qué coño, si hasta yo tuve mis correrías, incluyendo un cuarteto una Nochevieja muy loca y muy empapada de alcohol. Es difícil no volverte un poco loco cuando estás jugando hockey al nivel en el que estábamos jugando. Había una fila infinita de chicas entrando en nuestra casa.

Y, sin embargo, incluso después de haber experimentado tres pares de tetas frotándose contra mí y tres

lenguas en mi polla, me sigo quedando con Sabrina por encima de cualquier orgía alcohólica sin dudarlo. Pero eso no es algo que realmente se le pueda contar a una chica. Ni siquiera Hallmark puede hacer una tarjeta de felicitación que transmita el mensaje de que una vez te zumbaste a tres chicas al mismo tiempo, pero ninguna de las tres era tan buena como ella.

El problema de Brody es que tiene cero respeto por el sexo opuesto.

—¿De verdad se niega a hacerse *selfies* con una chica, o se lo estaba inventando para tomarme el pelo? —pregunta Sabrina.

—No, es cierto. Cree que cualquier foto de él con una tía apretándose a su lado espantaría a sus potenciales rollos. Los *selfies* son un símbolo de compromiso. —Me expuso este tema en profundidad y muy detalladamente después de decirme que mantuviera activa mi cuenta en Tinder y que no le dijera a nadie que iba a tener un niño.

—Puaj. Qué asco de tío.

—Me he hecho una cuenta falsa en Instagram para joderle. Cuando publica algo, espero un día o dos y después aparezco con un comentario sobre lo guay que es que mi abuelo y él lleven la misma camisa. Lo he hecho dos veces, y cada una de ellas, lo he visto tirando la camisa al compactador de basura del apartamento.

Sabrina echa hacia atrás la cabeza y se parte de risa.

—No es posible.

—Oye, todos tenemos nuestras formas de divertirnos, ¿no? Las mías son joder a Brody en Instagram y ahogar a mi «mami» en las clases de respiración.

Sabrina se ríe aún con más fuerza, su vientre rebota hacia arriba y hacia abajo. Acercó mi mano y acaricio la curva. Es fantástico volver a verla reír.

—Mi madre va a adorarte —le aseguro—. Ya verás.

###

Mi madre la odia.

O al menos está haciendo un buen trabajo en ocultar su amor. El inicio no fue tan malo. Recogimos a mi madre en el Holiday Inn y la llevamos a mi apartamento, en donde, afortunadamente, no está Brody en este momento. Él y Hollis se han ido a celebrar el 4 de Julio a New Hampshire con su familia.

En el trayecto a casa, mamá y Sabrina han estado charlado con cierta incomodidad, pero la tensión ha sido llevadera.

Ahora, esa tensión está muy cerca de asfixiarme.

—¿Dónde vives, Sabrina? —pregunta mamá mientras inspecciona mi apartamento de dos dormitorios.

—Con mi abuela y mi padrastro.

—Mmm.

Sabrina se estremece ante esta evidente falta de aprobación.

Le lanzo a mi madre una mirada cabreada.

—Sabrina está ahorrando dinero para que su deuda no sea demasiado grande cuando acabe la facultad de Derecho.

Mi madre levanta una ceja.

—¿Y de qué deuda estamos hablando?

—De una muy grande —bromea Sabrina.

—Supongo que no esperarás que John la pague por ti.

—Por supuesto que no —exclama Sabrina.

—¡Mamá! —le digo al mismo tiempo.

—¿Qué? Te estoy protegiendo, cariño. Del mismo modo que tu tarea será proteger a tu hija. —Señala con la cabeza el vientre de Sabrina.

Sabrina sonrío con tensión y decide cambiar de tema.

—Ojalá hubiésemos podido ir a Patterson. Seguro que es un lugar estupendo para criar a los niños. La verdad es que hiciste un trabajo increíble con Tucker.

La sinceridad brota de cada palabra, e incluso mi madre lo percibe. Afortunadamente, se tranquiliza un poco.

—Sí, es un lugar maravilloso. Y se hace un picnic encantador el 4 de Julio. Este año, Emma Hopkins ha sido la organizadora.

—Tu exnovia, Tuck —Sabrina dice en plan broma mientras va hacia la nevera—. Deberíamos haber hecho más por volar hasta Texas.

—La compañía aérea no nos dejó. Además, podemos emborracharnos y lanzar cohetes aquí, y será igual que si estuviéramos allí —digo con sequedad—. Hablando de beber. Mamá, ¿te apetece una copa de vino?

—Tinto, por favor —dice ella, sentándose en un taburete junto a la encimera.

Sabrina saca las empanadas de carne que cuidadosamente ha preparado hoy. A mí se me da mejor cocinar, pero no me ha dejado mover un dedo. Ha preparado todo, desde la ensalada de patata hasta las alubias con tomate.

Conseguimos llegar a la mitad de la cena sin ninguna hostilidad, mientras Sabrina le hace a mamá un montón de preguntas sobre Patterson, su peluquería, e incluso sobre papá. Es el tema de mi padre lo que de verdad hace que mi madre siga hablando.

—Me dijo que tenía una avería en el coche, pero yo no me lo creí —afirma entre bocado y bocado de su hamburguesa.

Los ojos de Sabrina se abren como platos.

—¿Piensas que lo fingió para poder quedarse allí y conocerte?

Mi madre sonrío.

—No es que lo piense. Lo sé.

He oído esa historia mil veces, pero ahora es tan entretenida como lo fue siempre. Más aún en realidad, porque esta vez Sabrina es el público, y ella no cree en el amor. La devoción de mi madre hacia mi padre es indudable.

—John Tucker, padre, lo confesó cuando me quedé embarazada de Tucker. Dijo que sacó la bujía de encendido del coche y que sacó la idea al ver *Sonrisas y lágrimas* con su madre. Incluso le pregunté a Bill, el mecánico del pueblo, y me confirmó que lo único que le pasaba al coche de John era que le faltaba una bujía.

—Es la historia más romántica que he escuchado en mi vida.

Me doy cuenta de que Sabrina está esparciendo la ensalada por todo el plato. La mayor parte del tiempo, ha hecho un buen trabajo ocultando su nerviosismo, pero su falta de apetito es un claro indicativo. Hago una nota mental para prepararle un plato después de lavar los cacharros.

—Mi más sentido pésame. Lo siento mucho —añade Sabrina, con tono suave y compasivo.

—Gracias, cielo.

Sonrío para mí mismo. Mi madre por fin se ha ablandado.

Sabrina se vuelve hacia mí.

—¿Cuántos años tenías cuando pasó lo de tu padre? ¿Tres o cuatro?

—Tres —confirmo, estallando un trozo de patata en mi boca.

—Eras tan pequeño. —Se pasa la mano distraída por el vientre.

—¿No lo sabías? —interviene mamá, con la frialdad de vuelta a su tono.

—Sí, sí que lo sabía —balbucea Sabrina—. Olvidé la edad exacta.

—¿Habéis hablado de algo importante, o esto es solo una cosa física? Porque desde luego no se puede criar a un niño solo con deseo.

—Mamá —digo con brusquedad—. Claro que hemos hablado de cosas importantes.

—¿Vais a vivir juntos? ¿Cómo vais a compartir los gastos? ¿Quién cuidará de la niña cuando estés en clase?

La mirada de Sabrina se vuelve temerosa.

—Yo, eh, yo... Mi abuela nos va a ayudar.

—John dice que es reacia a colaborar. No estoy segura de que una *babysitter* reticente sea una buena idea.

Sabrina dirige una mirada de traición en mi dirección.

—Lo que dije fue que no sabía qué tipo de ayuda querría ofrecer. —Dejo el tenedor en la mesa—. Todo saldrá bien. —Esto se lo digo a las dos, pero ninguna de ellas se lo toma bien.

—No se puede criar a una niña improvisando así sobre la marcha, John. Yo sé que quieres hacer lo que hay que hacer. Es tu forma de hacer las cosas, pero en este caso, si los dos no podéis cuidar de la cría, deberíais plantearos otras opciones. ¿Habéis pensado en darla en adopción?

La cara de Sabrina palidece ante el insulto implícito de que no está lista para ser madre.

Estiro la mano para tocarla.

—Sabrina, va a funcionar...

Pero ella ya se está yendo a todo correr de la cocina, con un sollozo aferrado en la garganta mientras murmura algo que suena a «baño» y «lo siento». Sus pies chocan contra el suelo de madera mientras se mueve más rápido de lo que una mujer embarazada de ocho meses debería.

Salto de la silla.

—Sabrina...

—Dale un poco de tiempo —dice mamá detrás de mí.

Una puerta se cierra y me estremezco ante el fuerte ruido. Doy un paso hacia la puerta, pero después me detengo en medio de la cocina y me giro.

—Sabrina es una buena persona —digo con voz ronca—. Y va a ser una buena madre. Pero incluso si fuera la peor, tendrías que aceptarla, porque la niña que lleva en su vientre es mitad mía.

Esta vez es la cara de mi madre la que palidece.

—¿Es una amenaza? —Su voz tiembla.

Me paso una mano nerviosa por el pelo.

—No. Pero no hay necesidad de estar en lados opuestos. Estamos todos en el mismo equipo.

Mi madre adelanta la barbilla desafiante.

—Eso aún habrá que verlo.

Niego con la cabeza con decepción antes de dirigirme hacia el pasillo para ver si Sabrina todavía quiere hablarme.

Sus ojos están rojos cuando abre la puerta del cuarto de baño.

—Siento haber salido corriendo de esa manera.

—No pasa nada, querida. —La empujo hacia el interior y cierro la puerta detrás de mí. Me permito acercarla a mí..., bueno, acercarla todo lo que se puede con una bola de bolos entre nosotros—. Vas a ser una mamá maravillosa. Yo confío en ti.

Su cuerpo parece ligero a pesar del peso que ha cogido.

—No te enfades con tu madre —susurra contra mi pecho—. Está protegiéndote. Quiere lo mejor para ti. Lo sé.

—Cambiará de opinión. —Pero mi voz muestra más seguridad de la que siento por dentro.

31

Tucker

Agosto

—¡Mmm, Dios! ¡¡Mmm, Dios!! ¡Brody! ¡Sí! ¡Sí, sí, síiii! ¡Justo ahí, cariño! ¡¡Mmm, Diossssssss!!

Ni siquiera el volumen del televisor a todo trapo puede ahogar los ruidos sexuales que salen del dormitorio de Brody. Si tuviera unos alicates, me arrancarían las orejas para no tener que escuchar esto. Por desgracia, Brody ni siquiera tiene caja de herramientas. Lo descubrí los primeros días cuando me puse a buscar herramientas para arreglar el grifo de la cocina que goteaba. Brody se encogió de hombros y me dijo:

—Las fugas pasan, tío. Y la vida no siempre te da las herramientas.

Habría querido decirle que sí, que la vida SÍ te da herramientas, para eso tenemos el puto Home Depot. Pero discutir con la lógica de Brody es un ejercicio inútil.

No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar esto. Es imposible vivir con el hermano de Hollis. Trae una chica diferente cada noche y, o son estrellas del cine porno, o son muy buenas en gritar lo que les gusta, lo que les encanta y qué les flipa en la cama. Deja las toallas mojadas por el suelo del baño. Su idea de cocinar es meter una pizza congelada en el horno, después anunciar que no le ha llenado y acabar pidiendo una pizza de verdad.

—¡Mmm, Dios, sí! ¡Más fuerte, cariñito!

—¿Así de fuerte?

—¡Más fuerte!

—¡Sí, morbosa!

Jesús, María y José. El odio que le tengo a este apartamento es intenso como el calor de mil soles.

Me levanto de un salto del sofá y me dirijo a la puerta. Le envío un mensaje a Sabrina mientras me deslizo en un par de chanclas.

Yo: Hola, amor, quieres q me acerque a darte un masaje n la espalda?

Debe de tener su móvil en la mano, porque me mensajea de forma inmediata.

Ella: Esta noche no. Están los amigos d póquer d Ray y están todos un poco pedo.

Frunzo el ceño a la pantalla. Joder, no puedo soportar que siga viviendo en esa casa con ese *colgao*. Pero cada vez que saco el tema de buscar un sitio para irnos juntos, Sabrina cambia de tema. Y ha estado un poco distante desde que mi madre volvió a Texas.

Quiero a mi madre a muerte, pero la verdad es que estoy cabreado con ella. Entiendo que esté preocupada por mí y que piense que tener un bebé a mi edad es una idea terrible, pero no me gusta cómo interrogó a Sabrina. No solo el primer día. Todos los días de su visita estuvieron plagados de comentarios pasivo-agresivos y críticas veladas. Creo que Sabrina se ha quedado hecha polvo y no me extraña.

Le envío otro mensaje.

Me: En serio? No m mola la idea d q estés cerca de unos borrachos. Sales d cuentas en 4 días.

Necesitas estar con adultos responsables.

Ella: *No te preocupes. Abuela está sobria como un juez. Ella no bebe, recuerdas?*

Algo es algo, por lo menos. Aun así, no me gusta no estar allí con ella.

—¡Ooooooooooh! ¡Me corrooooooooo!

Vale. Hasta aquí. No me puedo quedar aquí ni un segundo más escuchando cómo eyacula Brody Hollis.

Me meto el móvil y la cartera en el bolsillo, salgo a zancadas del apartamento y cojo el ascensor hasta el vestíbulo. Son más de las nueve, así que cuando salgo a la calle el sol de agosto que ya se ha puesto y una agradable brisa me hace cosquillas en la cara.

Camino por la acera sin ningún destino concreto en mente, cualquiera menos mi apartamento. Con el trabajo en la construcción a tiempo parcial, la visita de mamá e ir y venir a casa de Sabrina, todavía no he tenido la oportunidad de explorar bien mi nuevo barrio. Ahora me tomo el tiempo para hacerlo y descubro que no es tan cutre como pensaba en un principio.

Paso por delante de varios cafés con pintorescos patios al aire libre, algunos edificios de oficinas no muy altos que tienen buena pinta, unos cuantos salones de manicura y una barbería, de la que hago una nota mental para visitar uno de estos días. Al rato me encuentro frente a un bar en una esquina. Me quedo mirando con admiración la fachada de ladrillo rojo, su pequeño patio separado por una verja de hierro forjado y el toldo verde sobre la puerta.

El letrero es viejo y anticuado y está un poco torcido. Pone «El Antro de Paddy», y cuando atravieso la puerta de madera chirriante, efectivamente me encuentro con un antro. El bar es más grande de lo que parece desde fuera, pero todo lo que hay parece que fue renovado, comprado y puesto en marcha en los años setenta.

Excepto por un parroquiano que hay al final de la larga barra, el lugar está vacío. Es viernes por la noche. Boston. Nunca he estado en un bar, en ningún sitio, que no haya estado repleto de gente un viernes por la noche.

—¿Qué te sirvo? —me pregunta el hombre que hay detrás de la barra. Debe de rondar los sesenta y cinco o algo más. Tiene una mata de pelo blanco, la piel arrugada y bronceada, y el agotamiento le marca los ojos.

—Tomaré una... —Me paro ahí, dándome cuenta de que no estoy de humor para tomar alcohol—. Un café —termino.

Me guiña un ojo.

—Viviendo al límite, ¿eh, hijo?

Me río, me siento en uno de los taburetes altos de vinilo y junto las manos sobre la barra. Uy, espera, mala idea haber tocado la barra. La madera está tan hecha polvo que estoy bastante seguro de que me acabo de clavar una astilla.

Distraídamente me saco la astilla de madera del pulgar mientras espero a que el camarero prepare mi bebida. Cuando pone una taza de café frente a mí, la acepto con gratitud y le echo un vistazo a la sala.

—Una noche tranquila, ¿no? —pregunto.

Él sonríe con ironía.

—Una década tranquila.

—Vaya. Siento oír eso.

No obstante, puedo ver por qué. Nada de lo que hay en el bar está actualizado. La máquina de discos es de esas en las que hay que echar monedas de veinticinco centavos, ¿quién usa ya monedas? Las dianas están perforadas con agujeros tan grandes que no creo que un dardo pudiese jamás quedarse dentro del tablero. Las sillas están hechas jirones. Las mesas están torcidas. Da la sensación de que el suelo podría ceder en cualquier momento.

Y no hay ninguna televisión. ¿Qué clase de bar no tiene televisión?

Sin embargo, a pesar de todos sus evidentes defectos y desventajas, veo potencial. La ubicación es increíble, y el interior tiene techos altos con vigas de madera expuestas y unos preciosos frisos de madera en las paredes. Una pequeña obra y un poco de modernización, y el propietario podría darle totalmente la vuelta a este lugar.

Le doy un sorbo de café, observando al camarero por encima del borde de mi taza.

—¿Es usted el dueño?

—Por supuesto que sí.

La duda me hace quedarme en silencio durante un segundo. A continuación, dejo la taza y le pregunto:

—¿Ha pensado alguna vez en venderlo?

—La verdad es que estoy...

Mi teléfono suena antes de que pueda terminar.

—Lo siento —le digo a toda prisa, metiendo la mano en el bolsillo. Cuando veo el nombre de Sabrina, instantáneamente me pongo en alerta—. Tengo que cogerlo. Es mi chica.

El señor asiente con complicidad y se aleja.

—Claro.

Le doy a CONTESTAR y me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola, querida. ¿Todo bien?

—¡No! ¡Nada está bien!

Su chillido casi me rompe los tímpanos. La angustia de su voz hace que mi pulso se eleve a un nivel de pánico máximo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —¿Ese hijo de puta de Ray la habrá tocado?

—No —resopla, y después hay un gemido de dolor—. No estoy bien. ¡He roto aguas!

32

Tucker

No hay peor sensación en este mundo que ver a la mujer que amas sufriendo de dolor y no poder hacer nada al respecto.

Durante las últimas ocho horas, he sido igual de útil que un pez fuera del agua. O un pez EN el agua, porque ¿qué coño ofrecen los peces a la sociedad?

Cada vez que intento animar a Sabrina a que haga sus respiraciones, me mira como si hubiese asesinado a su querida mascota. Cuando le ofrezco unos cubitos de hielo para que los mastique, me dice que me los meta por el culo. La única vez que me asomé por encima del hombro de la doctora Laura para ver las partes femeninas de Sabrina, me dijo que si lo volvía a hacer, rompería mi palo de hockey y me lo clavaría.

Esta es la madre de mi hija, amigos.

—Cuatro centímetros —informa la doctora Laura en su última revisión—. Todavía nos falta un largo camino por recorrer, pero las cosas están progresando estupendamente.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunto con preocupación—. Rompió aguas hace horas. —Ocho horas y seis minutos, para ser exactos.

—Algunas mujeres dan a luz pocas horas después de romper aguas. Algunas no empiezan a tener contracciones hasta cuarenta y ocho horas después. Cada parto es diferente. —Me da unas palmaditas en el hombro—. No te preocupes. Vamos a llegar al final. Sabrina, si el dolor es demasiado fuerte para ti, díselo a la enfermera y te pondremos la epidural. Pero no esperes demasiado. Si tu bebé está muy abajo en el canal del parto, no funcionará. Vuelvo en un ratito para ver qué tal vas.

—Gracias, Doc. —El tono de Sabrina es tan dulce como el azúcar, probablemente porque la doctora Laura es la que controla las drogas.

Y sí, un segundo después de que la doctora se haya marchado, la sonrisa de mi chica se desvanece y me mira con el ceño fruncido.

—¡TÚ me has hecho esto! —gruñe—. Sí, ¡tú!

Reprimo una risa.

—Se necesitan dos para concebir, querida. Al menos de acuerdo a la ciencia.

—¡No te atrevas a meter la ciencia en esto! ¿Acaso te importa lo que le está pasando a mi cuerpo ahora mismo? Yo... —Su garganta se parte con un gemido — ¡Noooooo! Ay, Tuck, otra contracción.

Me pongo en marcha. Masajeo su zona lumbar tal y como Stacy la Hippy me enseñó a hacer. Le digo que coja aire y que cuente mientras lo suelta, a la vez que, diligentemente, compruebo el monitor al que está conectado, que mide y cronometra sus contracciones.

Se pasa rápidamente y la siguiente contracción tarda un tiempo en llegar. Esto me desanima. He leído bastante sobre el proceso del parto, y según parece, Sabrina se encuentra todavía en las primeras etapas. Ni siquiera ha llegado a la fase activa del parto aún. Deseo con todas mis fuerzas que este bebé no tarde días en salir.

—Duele. —Gime después de que termine otra contracción. Hay una capa de sudor en su rostro y sus

labios están tan secos que se están poniendo blancos.

Froto un cubito de hielo en su boca y me inclino para besar su sien.

—Lo sé, querida. Pero todo terminará pronto.

Estoy mintiendo. Transcurren cuatro horas más antes de que dilate a cinco centímetros, y luego otras tres antes de que pase a seis. Eso hacen ya quince horas, y puedo ver que la energía de Sabrina comienza a agotarse. Además, el dolor va a más. Su última contracción hace que me agarre la mano con tal fuerza que siento como se mueven mis huesos.

Cuando termina, se desploma en la cama como un saco sudoroso y anuncia:

—Quiero la epidural. Joder, incluso quiero los fórceps de la muerte. ¡Por Dios, sácame esta niña del cuerpo!

—Vale. —Le retiro el pelo húmedo de la frente—. Le diremos a la doctora Laura cuando vuelva que...

—¡Ahora! —grita Sabrina—. ¡Sal y díselo AHORA!

—Cariño, va a venir en cualquier momento. Y tienes contracciones cada tres minutos. Todavía tenemos tiempo antes de la próxima...

Antes de que pueda terminar la frase, hay una pequeña mano letal agarrando mi camisa. Sabrina bufa como un gato salvaje acorralado y me asesina con los ojos.

—Juro por Dios, Tucker, si no vas a buscarla.... ¡AHORA MISMO! Te voy a arrancar de cuajo tu cabeza de mierda, de tu cuello de mierda y se lo VOY A DAR A LA BEBÉ.

Asintiendo con calma, suelto sus dedos del cuello de mi camisa y le planto un beso en la frente. Después salgo a toda hostia para buscar a la doctora.

###

Las cifras siguen aumentando.

Tiempo de parto: 19 horas.

Tiempo entre contracciones: 60 segundos.

Número de veces que Sabrina ha amenazado con matarme: 38.

Número de fracturas de huesos en la mano: quién sabe.

Lo bueno es que, por fin, estamos en la línea de meta. A pesar de que le han puesto la epidural, Sabrina sigue sufriendo. Su cara tiene un tono color rojo profundo y ha estado llorando desde que la doctora Laura le dio instrucciones para que empezara a empujar. Pero no es gritona. En la cama, sí. En el parto, no. Los únicos sonidos que hace son gemidos de angustia y gruñidos bajitos.

Mi chica es una guerrera.

Hace unas horas pude salir de la habitación para mear y escribir a mi madre y amigos, pero desde que comenzó la parte más dura, Sabrina no me ha permitido que me separe de su lado. No hay problema, porque no pienso ir a ninguna parte hasta que nuestra bebé esté sana y salva en nuestros brazos.

—Muy bien, Sabrina, un empujón más —ordena la doctora Laura entre las piernas de Sabrina—. Veo la cabeza. Un empujón más y vas a conocer a tu hija.

—No puedo —gime Sabrina.

—Sí, sí puedes —digo con dulzura, metiéndole el pelo detrás de las orejas—. Ya lo tienes. Un empujón más, eso es todo. Puedes hacerlo.

Cuando empieza a llorar de nuevo, le cojo la barbilla con la mano y le miro a sus nebulosos ojos.

—Ya lo tienes —repito—. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida. Has trabajado durísimo en la universidad, te has dejado la piel para entrar en la facultad de Derecho y ahora vas a

trabajar un poco más fuerte y dar a luz a la bebé. ¿De acuerdo?

Sabrina coge aire; la fuerza y el valor endurecen sus facciones.

—De acuerdo.

Y a continuación, después de casi veinte horas soplando y resoplando hasta echar la casa abajo, Sabrina da a luz a una niña sana.

Después de que la pequeña y viscosa niña caiga en manos de la doctora Laura, hay una fracción de segundo de silencio y, a continuación, un llanto agudo llena el paritorio.

—Bueno, los pulmones parecen sanos —comenta la doctora con una sonrisa. Se vuelve hacia mí. —
¿Quieres cortar el cordón, papá?

—Joder. Sí.

—No digas tacos —me regaña Sabrina, mientras la doctora Laura se ríe.

Tengo el corazón en la garganta cuando corto el cordón que ata a mi hija con su madre. Por el rabillo del ojo veo una cosita pegajosa de color rojo, pero una enfermera me la quita de la vista tan rápido que suelto un gruñido de protesta. Es solo para pesarla, y mientras lo hacen, la doctora cose algo con discreción entre las piernas de Sabrina.

Me duele pensar en todo lo que ha pasado, pero Sabrina parece más serena de lo que la he visto jamás.

—Tres kilos, trescientos gramos —anuncia la enfermera mientras coloca con suavidad a la bebé en los brazos de Sabrina.

Mi corazón se expande hasta triplicar su tamaño.

—Ay, Dios —susurra Sabrina, mirando hacia abajo, a nuestra hija—. Es perfecta.

Lo es. Es tan jodidamente perfecta que estoy a punto de llorar. No puedo apartar la mirada de su pequeña carita y del mechón de pelo castaño rojizo que cubre su pequeña cabeza. Ya no está llorando, y tiene unos ojos azules grandes que nos miran a los dos, con curiosidad y sin parpadear. Sus labios son rojos y sus mejillas son de color de rosa. Y sus dedos son tan diminutos...

—Lo has hecho genial, querida. —Mi voz está ronca cuando extiendo la mano para acariciar el pelo de Sabrina.

Ella sube la mirada con una sonrisa maravillosa.

—Lo HEMOS hecho genial.

###

Horas más tarde, los dos estamos acostados en la cama del hospital, maravillándonos con la pequeña criatura que hemos traído al mundo. Han pasado alrededor de veinticuatro horas desde que Sabrina me llamó para decirme que estaba de parto. En principio debería quedarse aquí dos noches para que los médicos puedan monitorizarla a ella y al bebé, pero ambos parecen estar sanos.

Una experta en lactancia ha pasado hace una hora para enseñarle a Sabrina las técnicas adecuadas para la lactancia materna, y nuestra hija ya ha demostrado que es mejor que cualquier otro bebé vivo, porque se agarró de inmediato al pecho de su madre y empezó a mamar felizmente mientras los dos la mirábamos con puro placer.

Ahora está saciada y con sueño, y duerme mitad en los brazos de Sabrina y mitad en lo míos. Nunca en mi vida me he sentido más en paz que en este preciso momento.

—Te quiero —le susurro.

Sabrina se pone un poco rígida. No responde.

De repente, me doy cuenta de que probablemente piensa que estoy hablando con la niña. Así que

añado:

—A las dos.

—Tucker... —Hay un punto de advertencia en su voz.

Lamento al instante haber abierto la boca. Y como no me apetece mucho oírle decir que ella no me quiere, o que empiece con excusas de por qué no me lo puede decir, me pego una sonrisa alegre en la cara y cambio de tema.

—Ahora ya sí que tenemos que escoger un nombre.

Sabrina se muerde el labio.

—Ya lo sé.

Con mucha ternura le paso mi pulgar por la perfecta boca diminuta de nuestra hija. Hace un ruidito como de mocos y se agita en nuestros brazos.

—¿Nos ponemos con el nombre o con el apellido?

Albergo la esperanza de que decida lo primero. No hemos ni empezado a discutir lo del nombre porque hemos estado demasiado ocupados discutiendo sobre el dilema James-Tucker.

Sabrina me sorprende diciendo:

—Ya sabes... James-Tucker tampoco es una idea terrible.

Mi respiración se entrecorta.

—James Tucker.

—Eso es lo que he dicho.

—No, lo que quiero decir es que ese debe ser su nombre: James Tucker.

—¿Estás loco? ¿Quieres llamar a la niña «James»?

—Sí —le digo lentamente—. ¿Por qué no? Podemos llamarla Jamie. Pero en la partida de nacimiento pondrá James Tucker. De esa manera la niña es a partes iguales tú y yo, sin el guion que tanto parece odiar.

Sabrina se ríe y se inclina para besar la mejilla perfecta de nuestra bebé.

—Jamie... me gusta.

Y en eso queda.

33

Sabrina

La pequeña James está en el asiento de atrás de la *pick-up*. Los enfermeros nos despiden con la mano desde el interior del vestíbulo. Tengo una bolsa llena de cosas gratis a mis pies. Las manos de Tucker están en el volante. Pero no nos movemos.

—¿Por qué no nos movemos?

Tucker gira sus ojos enrojecidos hacia el asiento trasero.

—Tenemos una bebé en esta *pick-up*, Sabrina.

—Lo sé.

Traga saliva de forma evidente.

—Esto está fatal. No deberían permitirnos salir del hospital con una niña. Ni siquiera he tenido jamás una mascota.

No debería reírme de las penas de Tucker. De hecho, me duele un poco estar simplemente sentada sin moverme en una posición ligeramente reclinada. Pero su frustración, su expresión algo aterrorizada es tan rara en él que no puedo evitar que se me escape una carcajada. Me tapo la boca para amortiguar el sonido, después de haber aprendido rápidamente en las cuarenta y ocho horas desde el parto que el sueño es un bien precioso y demasiado escaso para los nuevos padres.

—Me encanta que estés tan acojonado. Arranca el coche, Tuck. Hay una familia detrás de nosotros que quiere salir.

Se gira para mirar por el parabrisas trasero.

—Los de atrás ya tienen dos hijos. Vamos a seguirlos a casa.

—No.

Con cuidado, llego a la silla de Jamie y tiro de la manta hacia abajo, porque a pesar de que la bebé está durmiendo y sin duda no debería molestarla, no puedo evitar querer mirar otra vez su preciosa y arrugada carita. Su diminuta boca de bebé está entreabierta y sus pequeños puños de bebé están apretados a su lado.

—Vamos a casa —le digo con firmeza—. Quiero abrazarla.

Mis brazos se sienten vacíos. Sí, Tuck y yo solo tenemos veintidós años. Ninguno de los dos tiene un trabajo estable. Yo estoy viviendo en casa con una abuela cabreada y el gilipollas de mi padrastro. Tucker vive con un chico cuyo sueño es hacer de extra en la serie *Entourage*. Y ahora tenemos una hija juntos.

Pero al mirar el dulce rostro de Jamie, todo en lo que puedo pensar es en lo mucho que la quiero a ella... y a Tucker.

Me acomodo de nuevo en mi asiento y miro como Tucker arranca la *pick-up* y avanza lentamente. Yo podría caminar más rápido de lo que va, pero al menos estamos en marcha. Eso sí, nos lleva casi cuarenta y cinco minutos llegar a casa, porque Tucker mantiene una velocidad constante de diez kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad.

—Me sorprende que el policía de Boston que te ha hecho la peineta y te ha pitado no te haya obligado

a ir más rápido.

—Debería denunciar a ese imbécil —contesta—. Quédate donde estás que voy a ayudarte.

He aprendido en estos últimos diez meses que a Tucker le chifla ayudarme a bajar de la *pick-up*, y yo, no voy a mentir, me estoy acostumbrando.

Tiene esos modales de cortesía de la vieja escuela. En plan, abrirme las puertas siempre, o que tengo que caminar en la parte de dentro de la acera por si hay un tiroteo. Incluso me sostiene el abrigo.

Mamá Tucker le ha educado como Dios manda. Yo podría aprender mucho de ella. Y ya que estamos unidas por esta niña y por su hijo, he decidido que vamos a llevarnos bien. No me importa cuántas flechas me lance en mi camino, voy a recogerlas y a demostrarle que soy lo suficientemente buena para ser la madre de su nieta.

—Me pregunto si debería comprar una de esas pegatinas de «bebé a bordo». Así los capullos que vayan detrás de mí pueden aprender un poco de paciencia en vez de tocar el puto claxon sin parar como si estuviésemos en una emergencia —se queja Tucker mientras me ayuda a salir.

—¿Qué pasará cuando uno de esos capullos aparezca en tu puerta pidiéndole a Jamie una cita?

Tucker se detiene bruscamente, haciendo que me choque contra su espalda rígida.

—Va a ir a un colegio solo para chicas.

—Vale. ¿Qué pasará cuando una de esas *capullas* aparezca en tu puerta pidiéndole a Jamie una cita?

—Nada de esto sería un problema —acusa— si nos hubiésemos quedado en el hospital como sugerí.

Me río y le aparto a un lado con suavidad para poder llegar a mi pequeña.

—Sigue durmiendo.

La sólida estructura del cuerpo de Tucker presiona mi espalda mientras se inclina para mirar dentro del vehículo.

—Es tan bonita. No puedo creer que la hayamos hecho nosotros —dice en voz baja contra mi oído—.

Voy a comprarle un cinturón de castidad.

—No creo que necesite uno de momento.

—Estoy pensando en el futuro. —Suavemente me mueve a un lado para quitar la silla de bebé de la base.

Arqueo una ceja.

—He oído que una vez hiciste un trío.

Casi se tropieza con una grieta inexistente en la acera. Una ligera tos precede su pregunta.

—¿Un trío? ¿Quién te ha contado eso?

¡Ja! No lo niega. Divertida, me aprieto contra él hasta llegar a la puerta principal.

—Carin lo oyó por ahí. Dijo que siempre pasaba con los más callados.

—Nada de tríos para Jamie —declara—. Tal vez deberíamos educarla en casa hasta que tenga treinta años.

—Nos estamos convirtiendo en hipócritas.

Tucker asiente con entusiasmo.

—Sí, y no me siento nada culpable. —Justo antes de meterse en la casa, murmura—: Por cierto, no fue un trío, éramos cuatro.

Jadeo.

—¿Dos chicos y dos chicas?

Él sonríe.

—Tres chicas y yo.

—Uau. —Estoy más impresionada que enfadada—. Bien por ti, semental.

Riéndose, entra al recibidor y se quita las chanclas.

Dentro, la casa está sorprendentemente tranquila. Ray debe seguir en la cama, porque la televisión está encendida pero a un volumen muy bajo, y en vez del canal deportivo ESPN, hay un programa de juegos.

—¿Eres tú, Sabrina? —La abuela llama desde la cocina.

—Voy a llevar a la niña a la habitación —dice Tucker, intentando hablar lo más silenciosamente posible.

Me dirijo a la cocina.

—Hola, abuela. Yo, eh, he sobrevivido. —Levanto las manos en una pose absurda de victoria.

Se seca las manos en un trapo. Detrás de ella, el beicon chisporrotea en una sartén, y el olor a huevos y vainilla inundan el aire. Mi estómago cruje de placer. La comida del hospital era horrible.

—¿Está dormida la bebé?

—Sí. —Abro la puerta del horno. Unas rebanadas gruesas y doradas de pan mojadas en leche descansan en almíbar de melocotón. Se me hace la boca agua—. Qué buena pinta.

—Come y después acuéstate. Estas primeras semanas no son fáciles. —Me empuja hacia la mesa; su tono y su forma de tocarme son sorprendentemente cariñosos.

—¿Quieres ver a Jamie? —pregunto, intentando no parecer demasiado optimista. Carin y Hope fueron a visitarme, pero la abuela se mantuvo al margen. Por supuesto que eso hirió mis sentimientos, pero dado que la abuela va a ser mi *babysitter* recurrente, no quiero mostrarme borde con el tema.

—Está durmiendo —dice mi abuela de forma despectiva—. Ya habrá tiempo para cogerla en brazos cuando la cosita se despierte. Los bebés no duermen mucho tiempo, así que tienes que aprovechar mientras puedas. ¿Está aquí tu chico?

—Aquí mismo, señora James. ¿En qué puedo ayudarla? —Tucker entra con decisión, llenando la pequeña habitación con su alto cuerpo y su espalda ancha. El temor que tenía al salir del hospital parece haber desaparecido.

—Tú también, siéntate. Vamos a desayunar. Torrijas y beicon.

—Me gustaría poder quedarme, pero me tengo que ir. Mi jefe me ha llamado porque uno de los trabajadores se ha caído de una escalera en una obra. Me ha dicho que me pagaría extra por avisarme con tan poca antelación.

—El dinero extra siempre es bueno —dice la abuela asintiendo con la cabeza.

Tucker se inclina para besar mi mejilla.

—¿Me acompañas?

Me levanto sin pensarlo y le sigo a la calle hasta su *pick-up*. Ahora que no hay una tripa enorme entre nosotros, la sensación es extraña. Sin embargo, él me ha visto en mi peor momento, y aún sigue a mi lado.

—Gracias por todo.

—No he hecho mucho.

—Has estado ahí conmigo. Eso es mucho.

Recorre mi mandíbula con su pulgar.

—En el hospital estabas un poco aturdida. ¿Recuerdas todo lo que ha pasado?

¿Como por ejemplo que me has dicho que me quieres?

—No recuerdo mucho —miento—. Hacía cosas en piloto automático por puro agotamiento.

Su rostro se tensa con decepción.

—Vale. Si quieres que juguemos a eso, no te diré nada por ahora. —Abre la puerta del conductor—. Te veo después del trabajo. Llámame si necesitas algo.

Quiero decirle que necesito que me diga que me quiere cuando no estoy dejándome los pulmones gritando de dolor, o cuando no estoy llorando por el miedo que me provoca la maternidad.

Una decena de emociones se deslizan y palpitan bajo la fina membrana de mi autocontrol. Con

sensación de vulnerabilidad, doy un paso atrás.

—Estaremos bien. Ven cuando puedas.

Por la forma en la que su mandíbula se endurece como el granito, sé que no es la respuesta que quiere.

Con un pequeño gesto de despedida con la mano, me meto en casa con rapidez, sin esperar a ver la *pick-up* rugir en la distancia. En el salón me encuentro a la abuela con Jamie en brazos.

—Estaba llorando —dice a la defensiva.

—Está bien —digo, intentando reprimir una sonrisa—. ¿Te importa si me meto en la ducha? Me siento asquerosa.

—Adelante. —Su mirada está pegada a la carita de Jamie—. Esta pequeña quiere mucho a su abuela, ¿verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Con un peso menos en el corazón, me meto en la ducha. Es obvio que la abuela ya está medio enamorada de Jamie. Pero ¿quién no lo estaría? Jamie es la cosa más increíble del mundo.

Me doy una ducha de agua caliente de las largas, algo que no me dejaron hacer en el hospital por la epidural. A pesar del dolor, es un gusto estar fuera de la cama del hospital. Después de secarme, me pongo unos pantalones de chándal viejos y una camiseta, y después analizo mi reflejo en el espejo.

Mi cuerpo todavía parece extraño y ajeno. Las venitas de los ojos estallaron durante el parto, así que mi aspecto es un poco demoníaco, con el pelo superalborotado y los ojos rojos. Podría retar a Helena Bonham Carter en rareza. Mi tripa sigue siendo grande y redonda, solo que ahora está blanda y suave. Mis pechos han crecido hasta llegar a un tamaño enorme y caricaturesco.

Me parece hasta positivo no poder tener relaciones sexuales durante seis semanas. Ni siquiera puedo observar mi cuerpo postparto sin estremecerme. Así que, imagínate las ganas que tengo de que TUCKER lo mire.

—¿Sigues con la historia de darle el pecho? Yo siempre he usado la leche de fórmula, y tú y tu madre salisteis bien. —La abuela me mira expectante cuando me uno a ella en el salón.

—Dicen que es lo mejor.

—Bah. Igual he leído algo de eso en la *People*. Bueno, pues probablemente deberías darle de comer a la pobre chiquilla.

Me pasa a la niña y yo, con mucho cuidado, empujo a Jamie contra mi pecho y la llevo a mi dormitorio. Sentada en el borde de la cama, me levanto un lado de mi camiseta, la sujeto contra el pecho con la barbilla y después levanto a Jamie hasta mi teta. La niña busca a tientas como si fuera un pequeño animal hasta que encuentra el pezón. Afortunadamente, se engancha.

Suspiro de alivio y me deslizo hacia atrás en el colchón hasta que mis hombros tocan la pared. La especialista en lactancia ya me advirtió que la lactancia materna es la hostia de difícil... Bueno, no usó esas palabras exactamente, pero esa es la esencia. Así que, estoy feliz de que por ahora todo vaya bien.

Cojo el teléfono y con una sola mano escribo un par de mensajes.

Yo: *Estoy en casa.*

Hope: *Cuándo puedo ir?*

Carin: *NO!!!!!!! No he terminado los patucos. Vuelve al hospital!*

Yo: *Te pareces a Tucker. Él tampoco quería irse.*

Carin: *Hazle caso al papá de tu BB.*

Hope: *No va a volver al hospital solo xq no has acabado d tejer lo tuyo! Los hospitales solo t tienen ahí 2 días por un parto natural. Q tal te encuentras?*

Yo: *Cansada. Asustada. Tucker me dijo en el hospital que me quería.*

Hope: *OMG.*

Carin: *OMG.*

Hope: *Q le dijiste tú?*

Carin: *Le dijo q no cree en el amor, a que sí?*

Le saco la lengua al teléfono.

Yo: *Hice como si no lo hubiese oído.*

Hope: *OMG.*

Carin: *Ves?!*

Hope: *Eso es lo peor.*

¿Lo es? ¿De verdad lo es?

Yo: *Era un momento muy emotivo. No le voy a tomar la palabra.*

Hope: *Estás tonta. Hasta aquí nuestra amistad.*

Carin: *No, está siendo egoísta.*

Yo: *Gracias, C.*

Hope: *Sigues estando tonta.*

Yo: *No estoy tonta. Su madre me odia. Ahora está obligado a vivir en Boston. No quiero atarlo. T debería estar x ahí, yendo a bares, tocando culos.*

Carin: *Retiro lo dicho. Estás tonta.*

Hope: *Ves?!*

Carin: *T cargarías a cualquier tía que lo mirase dos veces.*

Una imagen de Tucker con otra mujer, sosteniendo en brazos a otro bebé, además de a Jamie, se forma en mi cabeza y un dolor sordo brota en mi pecho. Carin tiene toda la razón del mundo. No estoy preparada para que Tucker dé el paso, no importa cuán indiferente e insensible intento parecer.

Jamie lanza un grito agudo y miro hacia abajo para ver como la boca de mi preciosa bebé busca el pezón de nuevo.

Yo: *Me tengo q ir. La nena está llorando.*

Hope: *Buena suerte.*

Carin: *No le deseas buena suerte. Esto no es un partido de fútbol.*

Hope: *:PCuál es la peor respuesta a TQ?*

Carin: *Quedarse n silencio y después decir «me gustaría sentir lo mismo».*

Hope: *Estaba pensando en «¿por qué?»*

Carin: *Q tal «qué bien».*

Hope: *Brutal.*

Yo: *Hasta aquí, chicas.*

Jamie abre la boca y el volumen que sale de sus pulmones me sorprende incluso a mí. Es como si tuviera un amplificador en su garganta.

—*Shhhh. Shhhh.* —Me giro y cojo la manta de la silla de coche. Me lleva unos cuantos intentos conseguir envolverla como un rollito de primavera. Durante todo el proceso la intento hacer callar con mil «shhh». Hay un montón de gente en internet que jura que hay un sistema de cinco pasos que funciona: decir «shhh», envolver al bebé, balancearlo, ponerlo de lado o boca abajo y... Mierda, no me acuerdo del quinto.

A Jamie no le gusta que me haya olvidado. Su rostro se retuerce en un puchero infeliz mientras expresa a voz en grito su opinión sobre mis habilidades maternas.

—*Shhh*, envolver, balancear, de lado, boca abajo... ¿cantar? —Tarareo unos compases.

Jamie sigue llorando.

—Por Dios, ¿qué cojones está pasando ahí? —Ray se ha levantado y está aporreando mi puerta.

—Venga, pequeña Jamie. Deja de llorar. Mamá está aquí.

A la pequeña Jamie se la sopla. Grita aún más fuerte.

—¡Succionar! —chillo triunfante—. ¡Succionar es la última!

Me lanzo hacia la cómoda de la esquina, donde está almacenada toda la parafernalia de Jamie. La puerta se abre de golpe y la abuela entra con energía.

—¿Qué le estás haciendo a esa niña? —grita sobre el llanto de la bebé.

—Ya te dije que la iba a cagar. —Ray está justo detrás de ella, impaciente por aportar su opinión.

—Ray, ya vale. Vete a comerte tu torrija. —La abuela me empuja a un lado—. ¿Qué estás buscando?

—El chupete. —Rebusco en los cajones entre los diminutos *bodies*, mantas y gasas hasta encontrar un chupete.

—Pensé que la ibas a amamantar —comenta la abuela mientras intento empujar el chupete en la boca de Jamie. Su lengua es más fuerte que la de la novia de Tucker que hacía el nudo con la cereza. Me rindo cuando lo escupe por quinta vez.

—¿Qué hago? —le pregunto a la abuela desesperada.

—Quiere pezón —dice Ray desde la puerta.

¿Tendrá razón? Presa del pánico, me subo la camiseta, sin que me importe que Ray pueda verme el pecho desnudo. Jamie se engancha casi de inmediato y todo su cuerpo tiembla por el llanto. Unos leves hipos interrumpen su succión, pero al menos el llanto se ha detenido. Me echo sobre la cama, aliviada.

En el medio de la habitación, la abuela niega con la cabeza.

—No deberías haberla puesto en la teta. Ahora no va a querer otra cosa.

—Me gusta. —Ray me mira y sube un pulgar en un gesto adulador de aprobación—. Buenas tetas, Rina.

—Sal de aquí —digo soltando la camiseta. Jamie da un pequeño gritito cuando la tela cae sobre su cara—. En serio, sal de aquí. Abuela, por favor.

—Deberías haberle dado biberón —me reprende la abuela.

—Deberías quietarte la camiseta —Es la útil sugerencia de Ray.

Aprieto los dientes.

—Necesito un poco de privacidad. Por favor.

—¿Cómo la vas a dar de comer mientras estés en clase? —pregunta la abuela.

Jamie empieza a llorar de nuevo. Tiro hacia arriba de la camiseta a pesar de saber que Ray me está mirando. Le lanzo otra mirada suplicante a la abuela, y por fin se mueve hacia la puerta.

—Vete, Ray. Se te va a enfriar el desayuno.

—Esto no va a funcionar, Joy —murmura—. Esa niña no puede estar *pegá* a la teta de Rina *tol* día.

—Déjalas en paz. —La abuela le lanza una mirada asesina antes de dirigirse a mí—. Los bebés lloran.

Incluso antes de que se cierre la puerta, me quito la camiseta. Jamie se calma cuando dirijo mi pezón a su boca. Cuando se engancha de nuevo, la tensión comienza a salir fuera de mí.

Ay, Dios.

No sé si voy a poder sobrevivir a esto. Su pequeña cabeza está eclipsada por una teta gigante, pero cuando sus ojos se abren y su mano empieza a amasarme, un amor tan inmenso inunda mi sistema que me siento débil.

Todo el proceso de amamantamiento dura menos de quince minutos. Son los únicos quince minutos de paz que tengo en las siguientes dos horas. No puedo dejarla echada. Cada vez que lo intento, empieza a llorar, lo que desencadena una pelea a gritos entre Ray, la abuela, y yo. Así que, termino llevándola en brazos, aprendiendo a comer con una mano, cambiando el pañal usando tres pañales porque me cargo las tiras de los dos primeros.

Para cuando Tucker llama al mediodía, estoy agotada.

—Tu papi te está llamando —le digo a Jamie mientras me mira con sus ojos rasgados. Me he derrumbado en el suelo y la sostengo en mis brazos envuelta en una tela.

—¿Cómo va todo? —pregunta cuando contesto al teléfono.

—He tenido días mejores. —Subo a Jamie un poco más cerca de mi hombro. Su cara se entierra en mi cuello—. Pero creo que tienes razón. No deberíamos haber dejado el hospital.

—Ya no podemos dar marcha atrás.

—No te puedes hacer una idea de lo que es esto.

—Háblame de tu mañana.

Me alegra tanto escuchar su voz tranquila que casi me echo a llorar. De alguna manera consigo controlarme, y le cuento como Jamie va a ganar medallas olímpicas en levantamiento de pesas porque ya tiene una fuerza que te cagas, o que puede convertirse en escapista porque es capaz de contornearse y salirse de todas las mantas en las que he intentado envolverla.

Tucker se ríe y me da ánimos y, para cuando colgamos, estoy convencida de que puedo con esto.

34

Sabrina

Septiembre

La maternidad es difícil. Más difícil de lo que jamás había imaginado. Es más difícil que estudiar para la selectividad. Para los exámenes de acceso a la facultad de Derecho. Un reto más grande que el trabajo que tuve que hacer para el curso de Estudios de la Mujer en mi primer año de carrera; recuerdo que cuando me lo devolvieron corregido, parecía que dos bolígrafos rojos se habían matado entre ellos sobre mi texto mecanografiado. Más agotador que tener dos trabajos y un curso completo durante cuatro años.

Mi respeto por la abuela está arriba en la estratosfera. Si yo tuviese que criar a una niña tras otra, también sería un poco cascarrabias. Pero con su ayuda y la de Tucker he entrado en una rutina que parece funcionar, y para cuando empieza la segunda semana de clases, estoy convencida de que lo tengo controlado. Después de todo, solo voy a clase tres horas al día como máximo. Y ya no tengo dos curros.

Esto está chupado.

Chupado.

Hasta que salgo de mi última clase el viernes de esa segunda semana, cargada con mis biberones, botellas, dos kilos de libros y mi ordenador con la tarea de leerme más de mil páginas durante el fin de semana. Los trabajos se siguen acumulando. Cuando el profesor Malcolm anunció que teníamos que leer todo el capítulo sobre la culpabilidad y la intención, esperé a que alguien —cualquiera— se opusiera. Pero nadie lo hizo.

Cuando acaba la clase, ninguno de mis compañeros parece verse afectado por el hecho de que prácticamente estamos obligados a leer en dos días una cantidad de material que parece digno de todo un semestre. En vez de eso, tres alumnos de mi fila deciden empezar una intensa discusión sobre el sistema de clasificación de Harvard, que ya deberían haber conocido incluso antes de matricularse.

Espero con impaciencia a que concluyan la conversación para que todos podamos salir de clase de una maldita vez. Necesito empezar con la lectura, pero lo más importante, mis pechos parecen estar a punto de estallar. Llevo sin darle de mamar a Jamie casi tres horas, y si no voy ya a la sala de lactancia de la biblioteca, acabaré empapando mi puta camisa.

—No me gusta que no califiquen con números. ¿M para Matrícula, A para Aprobado, AB para Aprobado Bajo y S para Suspenso? —protesta el chico rubio de nariz afilada sentado junto a mí.

—He oído que los AB son poco habituales. Es o Matrícula o Aprobado. Hay que cagarla mucho para sacar un Suspenso —dice la chica que hay a su lado. Sus pómulos están tan marcados que podrían atravesar mi libro de texto de un tajo.

Recojo todas mis cosas de forma muy exagerada y las meto en mi bandolera. Nadie se mueve. En vez de eso, otra chica, que lleva falda con volantes hasta los pies y trae a mi memoria el mal recuerdo de Stacy la Hippy, interviene.

—Mi primo se graduó aquí hace un año y dijo que los bufetes *BigLaw* calculan sus propias calificaciones basándose en los M, A, AB y S, así que funciona igual. H es un diez y así sucesivamente.

—A mí lo que me parece fatal es que solo una persona consiga la calificación *summa cum laude*. En cualquier otra facultad de Derecho, si tienes todo matrículas, te la dan. Que solo se lo den a uno es una mierda —declara Miss Pómulos.

Miss Falda Hippy la tranquiliza.

—Pero sí que puedes conseguir el premio Dean's Scholar.

—Qué va, solo se lo dan a un par de personas.

—Son supertacaños con los premios y distinciones —añade el chico.

Me aclaro la garganta. Siguen ignorándome.

—Pero es Harvard, así que los bufetes importantes van a querer verte de todos modos —dice Miss Pómulos con la despreocupación de alguien que está seguro de sus perspectivas tras acabar el postgrado—. ¿Cuándo podemos empezar a ofrecernos para el Programa de Entrevistas?

—¿Para el Programa de Entrevistas? —Miss Hippy sonrío—. Para el carro. Solo en el segundo año. Antes de eso, aprende a escribir un informe.

Ella comparte una mirada burlona con el chico mientras Miss Pómulos se sonroja. No es divertido ser el blanco de las bromas, lo que me empuja, imprudentemente, a meter baza.

—No me preocupan tanto las notas como la cantidad de material que tenemos que leer. Me gustaría empezar a trabajar esta tarde. —Indirecta. Indirecta. Circulad de una vez, gente.

Miss Pómulos levanta la barbilla, feliz de ser la que insulta en vez de la insultada.

—Eso no es difícil. Difícil es elegir bien el tema del artículo para el Boletín Jurídico. Leer y digerir algunos casos está tirado.

Se da la vuelta con un movimiento despectivo de pelo, recoge sus libros y me deja tras de sí con la boca abierta. Los otros dos estudiantes la siguen. El tipo le susurra a Miss Falda Hippy:

—Oye, he oído que hay un grupo de estudio al que se entra solo por solicitud. Me interesa. ¿Cómo puedo entrar?

Resopla.

—Si tienes que preguntar, es que no encajas.

Encantador. Al menos nos estamos moviendo.

Mis tetas me duelen como si mi cuerpo se estuviera preparando para dejar salir toda la leche que hay dentro. Apresuradamente, camino hacia la puerta, rozando a dos compañeros que se han parado en medio a charlar con otro estudiante. ¿Esta gente no tiene nada mejor que hacer que quedarse aquí de pie y soltar mierda?

Fuera, un estudiante está repartiendo unos folletos. Cojo uno y me paro en seco. Es una invitación para asistir a un curso de información sobre cómo conseguir entrar en el Boletín Jurídico de la universidad. La reunión es en quince minutos. Mi corazón palpita.

—Tu camisa tiene una fuga —dice con tono divertido una voz masculina.

Bajo la barbilla de golpe para ver de lo que está hablando y palidezco ante la vista de dos manchas redondas en mis pezones.

—No sé qué pasa, pero quizá deberías consultarle a un médico lo de esa infección. Es asqueroso.

Lo reconozco al instante: Kale no sé qué, el gilipollas de la práctica jurídica. Su cabello está arreglado en plan el muñeco Ken, pegado a un lado de la cara. Todo en él anuncia a gritos «caro y privilegiado». Le da un codazo al tío que hay a su lado, que parece completamente asqueado.

Me pego el folleto contra el pecho.

—Estoy amamantando, imbéciles.

Juro que puedo escuchar un mugido detrás de mí, pero cuando me doy la vuelta, ambos tíos están yéndose.

Tardo quince minutos en atravesar el campus. Con cada paso, goteo más. Mis emociones son un cruce entre la vergüenza, el cabreo y la frustración. La vergüenza por estar goteando por todas partes. El cabreo porque me llegue a importar el gilipollas. Y la frustración porque toda mi valiosa leche materna está llenando las copas del sujetador y manchando mi camisa. Cruzar los brazos sobre mi pecho no ayuda para nada. La presión hace que la leche salga más rápido.

Cuando llego a la biblioteca, estoy hecha un puto desastre. El bibliotecario, que tiene las llaves de la sala de lactancia, me las entrega con cautela, procurando no hacer ningún contacto con mi cuerpo. Una mujer está a punto de salir cuando llego.

—Todo tuyo —dice con alegría.

—Gracias —es mi seca respuesta.

Sujeta la puerta cuando entro en la sala.

—Un mal día, ¿eh?

Su voz es tan amable y comprensiva, que casi rompo a llorar.

—No te puedes ni hacer una idea —contesto, pero luego me doy cuenta de que, de todas las personas que hay, ella es probablemente la que sí se hace una idea—. O quizás sí. Pero sí, ha sido un día de mierda.

—Espera un segundo. —Rebusca en su bolso—. Aquí tienes. —Me entrega un paquete pequeño de plástico—. Tengo un segundo set y nunca los he usado.

—¿Qué es esto? —Miro el paquetito, analizando una especie de parches de silicona en forma de pétalo.

—Te los pegas en los pezones e impide que se filtre la leche.

—¿En serio? —La miro boquiabierta.

—Sí. No son perfectos, y si esperas demasiado, con el tiempo la leche desgasta el adhesivo, pero funcionan.

Aprieto el paquete en el puño, invadida por un alivio abrumador. Otra vez tengo que reprimir las lágrimas.

—Te daría un abrazo ahora mismo si no estuviese tan asquerosa. Pero muchas gracias. —Veo un libro de texto inconfundible rojo con letras en negro y oro en el canto que sale de su bolsa. —¿Primero de Derecho? —Pregunto.

—Bueno, es el tercer año, en realidad. Tenía la esperanza de terminar el postgrado antes de todo esto. —Hace un gesto con la mano a su bolsa térmica portalimentos que lleva colgada. Su leche debe estar ahí. —¿Y tú?

—Primero de Derecho.

Hace una mueca.

—Buena suerte, cariño. Solo recuerda una cosa, cada año, después del primero, se hace más fácil. Y primero es en realidad una guerra de desgaste. —Me da una palmadita en la espalda—. Te irá bien.

Entro en la sala y me engancho al extractor de leche de uso hospitalario. Supone una buena caminata llegar a la Biblioteca Widener desde el edificio de Derecho, pero el extractor está aquí, lo que significa que solo tengo que traer mis biberones, trompetas y tubos, y no he tenido que soltar pasta para un carísimo sacaleches portátil. Mi cuenta corriente ya está llorando por la sangría que hicieron los libros de texto.

Me desabrocho la camisa de seda y aparto el sujetador. Debería darme asco, pero estoy demasiado cansada. Lo que más me cabrea es que la estúpida máquina tarda veinte minutos en sacar sesenta mililitros de comida de mis tetas que Jamie ni siquiera quiere comer.

Meciéndome en la silla, saco mi teléfono. Hope y Carin me han enviado mensajes, pero los paso por

alto y le doy al que dice Tucker.

Tucker: *He ido a ver a J a la hora d comer.*

Debajo del mensaje hay una foto de Jamie durmiendo en el hueco de su brazo. Mi corazón se contrae, y mi entrepierna, que pensaba que estaba muerta por el parto, late con violencia.

No hay nada más sexy que un padre tierno.

Tucker hace que todas mis hormonas bailen break dance.

Yo: *Es un ángel.*

Tucker: *No me gusta separarme d ella.*

Yo: *He manchado de leche toda la camisa. Lo h pasado fatal de la vergüenza.*

Tucker: *Ayyyyy. Pobrecita. Luego me paso y te masajeo la espalda.*

Yo: *Tengo 1000 páginas q leerme para el lunes y no estoy exagerando.*

Tucker: *Yo cuido a J. Tú estudias.*

Yo: *T tomo la palabra.*

Tucker: *Guay. Nunca me dejas hacer lo suficiente.*

Porque no quiero espantarte.

Por supuesto, no escribo eso.

Yo: *Eres el mejor papá q J podría tener.*

Tucker: *Tu listón está bajo, cariño, pero me gusta.*

Yo: :)

Yo: *Voy a echarme una siesta ahora mientras me aspiran toda mi sangre vital fuera de mi cuerpo.*

Me parece que estoy en Matrix, conectada a una máquina.

Tucker: *Q pastilla has tomado, la roja o la azul?*

Yo: *Cuál d las dos hace q Jamie duerma? Esa es la q m voy a tomar.*

Tucker: *Voy a ir a comprar una caja de Orfidal.*

Yo: *Una pena q no me dejen tomar eso.*

Tucker: *Mi madre dijo q su madre le solía frotar brandy en las encías para conseguir q se durmiera.*

Yo: *Espero q los servicios d inteligencia no estén espiando nuestros mensajes. Funcionó?*

Tucker: *No lo sé. Dejaré una botella de brandy junto al Orfidal.*

Yo: *Ves. El mejor papá del mundo.*

Tucker: *JJJ. Duerme un rato, querida.*

###

Hope y Carin me han comprado un libro llamado *Vete a dormir de una puta vez*. Se lo he leído a Jamie cien veces. No funciona. Es una mierda. Durante el fin de semana Jamie decide que es alérgica a dormir. La única vez que llega a cerrar los ojos es cuando me muevo.

Si bien puedo leer y caminar al mismo tiempo, dormir y caminar a la vez está más allá de mis capacidades, así que empiezo mi tercera semana en la facultad de Derecho ochocientas páginas por detrás de lo que debería. Llego arrastrándome a clase, sin haber leído ni una sola palabra para mi clase de Contratos. He acabado lo de Derecho Penal, pero ya está.

Con suerte, el profesor Clive hoy llamará a cualquiera menos a mí.

—La semana pasada, repasamos los primeros dos elementos que forman un contrato. Señor Bagliano, por favor, comparte con la clase esos dos elementos y el caso *Carlill* de 1898.

El señor Bagliano, cuyo aspecto es tan italiano como su apellido, recita obedientemente los dos

principios que hemos aprendido anteriormente.

—La oferta y la aceptación. El caso *Carlill* de 1898 discutió si un anuncio se podría interpretar como una oferta. El caso fue decidido por la Corte Inglesa de Apelaciones, quien sostuvo que sí, que era una oferta unilateral que unía a dos partes y que podía ser aceptada por cualquier persona que respondiera al anuncio.

—Excelente, señor Bagliano. —El profesor Clive consulta una hoja de papel en la que supongo que tiene todos nuestros nombres.

Cierro los ojos y rezo para que mi nombre desaparezca por arte de magia.

—Señora James, ¿nos cuenta cuál es el tercer elemento de un contrato y el caso *Borden*?

Mientras mi corazón cae a plomo en mi estómago, desesperadamente escaneo el aula como si de alguna manera pudiese leer la respuesta en los ojos de alguno de mis compañeros de clase. Ninguna bombilla aparece sobre la cabeza de nadie, y menos sobre la mía.

A mi lado, un chico cuyo nombre no he hecho el esfuerzo de aprender, murmura algo desde un lado de su boca. Suena a «confederación». Pero no parece ser correcto. Vuelve a susurrar «confederación» sobre su mano semicerrada. Una risa nerviosa se propaga a través de la sala mientras mis mejillas se encienden como llamas gemelas.

Al fondo, en la parte delantera de la sala, los labios del profesor Clive se estrechan:

—El señor Gavriel está diciendo «consideración», señora James. —Cambia la mirada hacia el pobre chaval a mi lado. —Señor Gavriel, ya que usted se sabe la respuesta, tal vez pueda compartir el caso con nosotros.

El señor Gavriel me lanza una mirada compasiva antes de sacar sus apuntes perfectamente ordenados y proceder a discutir la reciprocidad y las promesas ilusorias y otras movidas sobre las que no tengo ni la más remota idea.

Sin que se me note, pongo un cuaderno sobre mis garabatos indescifrables para esconderlos. La tinta está corrida y ha traspasado a la siguiente página en las partes en donde se me cayó la baba cuando me quedé dormida, donde también hay una buena dosis de la leche materna y saliva de la niña. Me resulta difícil concentrarme en la última parte de la conferencia y siento la vergüenza rugiendo en mis tímpanos, pero cojo muchos apuntes con la esperanza de que cuando revise todo esto, las cosas tengan sentido.

Cuando termina la clase, el profesor Clive me hace un gesto con la mano para que me acerque a la parte frontal del aula.

Se da golpecitos debajo de la barbilla con los dedos.

—Señora James, la catedrática Fromm compartió conmigo su situación y, aunque le aseguro que soy consciente de lo difícil que debe de ser, las normas de la clase no se modifican por la maternidad.

Con tono tenso, contesto.

—Sé que es así. Le pido disculpas por lo de hoy y le prometo que no habrá ningún fallo en el futuro.

—Honestamente, espero que no, pero por otra parte, en esta universidad se califica con la campana de Gauss, y alguien tiene que estar en la parte de abajo.

Levanto la mano para rascarme el cuello, no porque me pique, sino por la imperiosa necesidad de hacerle un corte de mangas.

—No seré yo —le aseguro.

Me observa durante unos segundos largos e incómodos antes de despedirme con una ligera inclinación de cabeza.

—Ya veremos.

35

Tucker

Sabrina se presenta en mi apartamento el viernes por la tarde con material suficiente para llenar una tienda entera de bebés. Desde que nació Jamie, he aprendido que ya no puedo salir de casa solo con mi cartera, el móvil y las llaves.

No. Simplemente llevarse a Jamie a dar un paseo corto requiere una bolsa a desbordar de todo, desde toallitas de bebé o chupetes, hasta el pequeño pato de peluche por el que la niña grita en plan «asesinato sangriento» si se lo intentas quitar. Además del coche, su sombrero y ropa extra por si se pone perdida de baba.

Y con todo ese material a mano, la mitad de las veces acabo usando solo un pañal y un biberón, convirtiendo en inútiles al resto de las cosas.

Pero no me importa. Me encanta ser papá. Me encantaría ver a Sabrina y a la niña todos los días, todo el día, pero en este momento solo tengo un par de días completos a la semana y mis visitas por la noche a casa de Sabrina. Cada vez que estoy allí, me ofrezco para pasar la noche, pero ella niega suavemente con la cabeza. Creo que se siente incómoda conmigo ahí y su padrastro, el chungo. Cuanto más conozco a Ray, más lo odio. Es una mala persona. El hijo de puta es maleducado, desconsiderado y un degenerado. Y sí, el Dr. Seuss podría escribir una colección de libros de rimas para adultos sobre ese cabrón.

—Hola. —Sabrina empuja el cochecito por la estrecha puerta de entrada y las bolsas oscuras bajo los ojos no me pasan desapercibidas.

Cuando hablamos esta mañana, me dijo que no había podido dormir ni un segundo porque Jamie la había despertado cada dos horas. Nuestra hija tiene un apetito voraz, y es un hecho que le gustan las tetas de Sabrina tanto como a mí, porque cada vez que intento darle un biberón con leche materna, tarda el doble de tiempo que cuando toma el pecho.

—Hola. ¿Cómo está mi chica hoy? —pregunto con una sonrisa.

—Sorprendentemente animada teniendo en cuenta que me ha tenido despierta toda la noche.

—Me refería a ti, querida. —Suspiro y me inclino para besarla.

Sabe un poco a fruta por el *gloss* sabor a fresa, creo. Y es tan delicioso que bajo mi boca para probarlo otra vez. Le paso la lengua por su labio de abajo y gimo suavemente.

Joder, quiero quedarme aquí besándola para siempre. O mejor aún, quiero arrancarle la ropa y perderme en su cuerpo durante una semana entera. Pero nuestras seis semanas no han llegado a su fin, e incluso si hubieran llegado, no estoy seguro de que Sabrina quiera sexo. Está supercansada todo el tiempo, y va de camino a convertirse en un zombi.

No sé cómo se las está arreglando para ir a sus clases, leerse los textos, redactar trabajos y además estar ahí para nuestra hija. Es una prueba de su fuerza y determinación, supongo, aunque me gustaría que me dejara hacer más cosas para aliviar su estrés. Joder, pero si incluso para pedirle que viniera hoy a casa, donde puede estudiar en silencio mientras yo cuido de la niña, he necesitado un debate de treinta minutos antes de que finalmente aceptara. Le está costando bastante estudiar en su casa, con su abuela constantemente dándole la brasa sobre lo que hacen o dejan de hacer las Kardashians, mientras Ray entra

y sale de la cocina para reponer una cerveza fría.

Yo aquí tengo un compañero de piso que trabaja durante el día, así que es un lugar agradable y tranquilo. Además, últimamente no me han llamado mucho para trabajar en la construcción porque ha estado lloviendo sin parar, así que esta última semana he estado en casa, haciendo el vago y analizando diversos proyectos empresariales.

Cuando escucho un graznido de descontento desde el carrito de bebé, me río en voz baja.

—A la princesita no le gusta que la ignoren, ¿eh? —Me pongo de cuclillas frente al carrito de bebé y desabrocho con cuidado las distintas hebillas y sujeciones que mantienen a Jamie segura en su sitio. Después la levanto en brazos sosteniendo su culito con una mano y su cuello con la otra mientras la elevo delante de mí.

Como siempre, mirarla me corta la respiración. Es la bebé más bonita del mundo. Incluso mi madre lo dice. Le envió fotos de la niña todos los días y constantemente se maravilla por la perfección de James Tucker. Mi madre se muere de ganas de conocer a Jamie en persona, pero no puede escaparse hasta las vacaciones, para las que todavía faltan un par de meses. De momento, las fotos diarias parecen estar calmándola.

—¿Cómo está el angelito de papá esta mañana?

Jamie balbucea y me lanza una sonrisa sin dientes. Y sí, es una sonrisa DE VERDAD. Sabrina sigue insistiendo en que son gases, pero yo creo saber cuando mi hija me está sonriendo. ¿O no?

Le beso su mejilla increíblemente suave y ella acaricia su dulce carita contra mi pectoral. Una punzada aguda sacude inmediatamente mi pezón. Grito cuando su ansiosa boca intenta engancharse.

Mierda, me olvidé que no llevaba camiseta. A Brody no le mola encender el aire acondicionado si no es totalmente necesario, así que la mayor parte del tiempo dejamos las ventanas abiertas. Me he acostumbrado a ir en pantalones cortos de baloncesto y nada más.

—Tranquila, querida —le digo, apartándole la cara.

Su boca se abre y se cierra rápidamente mientras intenta succionar aire y se me derrite el corazón.

Miro hacia arriba para compartir una sonrisa con Sabrina, y me encuentro que sus oscuros ojos están vidriosos y su boca está abierta.

Arrugo la frente.

—¿Qué pasa?

Le lleva un segundo responder. Cuando lo hace, su voz es un poco ronca.

—Acabas de proporcionarme unas cien horas de material para mis noches en solitario.

Ahogo una risa.

—Jesús, Sabrina. ¿Te estás poniendo cachonda al ver a nuestra hija intentando comer de mí?

—¡No! Lo que me pone cachonda es ESO. —Hace un gesto hacia nosotros.

Sigo sin entenderlo.

—¿Un tío espectacular, con el torso desnudo sosteniendo un pequeño bebé? —suelta—. Es la cosa más sexy que he visto en mi vida.

Y vaya si mi polla no se endurece bajo mis pantalones cortos.

—Ah, ¿sí? —digo lentamente.

—Oh, sí. —Suspira—. Eres un capullo, Tuck. Ahora no voy a ser capaz de concentrarme en Contratos en todo el día.

—Voy a ponerme una camiseta —le ofrezco con amabilidad.

—Más te vale. —Sabrina deja la bolsa de pañales, pero se aferra a la bolsa estilo bandolera, que cuelga de su otro hombro. Se va hacia la mesa del salón, deja caer la bolsa y empieza a sacar sus libros.

Silbo en voz baja. Dios, ¿ha cargado con esa pesadísima bolsa de pañales en una mano y todos esos

libros de texto en la otra? Es el puto Hulk.

—¿Qué tal la clase de esta mañana?

—Un no parar de hablar —Gira la cabeza para mirarme— ¿Estudio aquí o en tu habitación?

—Mejor quédate aquí.— Cambio a Jamie a mi otro brazo; me encanta lo poquito que pesa y cómo su pequeña mejilla está pegada a mi hombro desnudo—. Estaba pensando en llevarme a la princesa a dar un paseo por la zona.

Sabrina asiente con la cabeza.

—Guay, pero asegúrate de que no le dé el sol.

Yo también asiento con la cabeza. Los dos hemos leído los mismos libros, por lo que sabemos que la luz directa del sol es perjudicial para los bebés. Cada vez que me llevo a Jamie, me aseguro de que lleva puesto su sombrero y que está bien cubierta bajo la pantalla del carrito. Casi la trato como si fuera un vampiro.

—¿Te importa cargar con esta preciosidad mientras me pongo una camiseta?

Sabrina abre los brazos y deposito a Jamie en ellos. Mi pecho se convierte en una sustancia caliente y viscosa cuando veo a Sabrina agacharse para darle pequeños besitos en las mejillas y la frente de Jamie. En respuesta, Jamie tiembla como un gusanito y lanza sus puños en el aire. Aún no ha aprendido a reírse, al menos no usando sus cuerdas vocales, pero he descubierto que si su cuerpo se retuerce es porque se está divirtiendo.

Entro en mi dormitorio y me pongo una camiseta de tirantes, unos calcetines de deporte y me meto la cartera y el móvil en el bolsillo trasero. En el vestíbulo de entrada, me ato las zapatillas antes de recoger a Jamie y su montaña de cosas. Una vez le he abrochado el cinturón del carrito, tiro hacia la puerta, mientras Sabrina nos despide con la mano.

—Estudia mucho, mamá —bromeo.

—Divertíos —responde ella ausente. Ya está escribiendo algo en un bloc amarillo y su mirada está concentrada en uno de sus libros de derecho.

Hay que hacer una pila de maniobras estratégicas para empujar la silla en el ascensor. Unos minutos más tarde, Jamie y yo vamos paseando por la acera. El sol ha decidido esconderse tras una espesa nube gris, dejando el cielo nublado, así que subo la pantalla protectora de Jamie unos centímetros para que pueda disfrutar del paisaje.

Y no es la única que disfruta. ¿Otra cosa que he aprendido desde que tengo una niña? Que las mujeres se vuelven locas cuando me ven con la bebé.

Cada vez que voy con la silla de paseo por la calle, me encuentro con decenas de fans. Las chicas aparecen de todas partes y me paran para hablar con entusiasmo y admiración de Jamie. Casi siempre echan un vistazo a mi mano para ver si llevo una alianza y después asienten con satisfacción cuando no la ven. Las más atrevidas tienen cero problemas en preguntarme a bocajarro si la madre del pequeño angelito sigue en mi vida.

Siempre se muestran totalmente decepcionadas cuando les informo de que la madre está muy en mi vida. A continuación les lanzo una amable sonrisa, les deseo un buen día y sigo caminando. La única vez que Logan me acompañó en uno de estos paseos, no paró de sacudir la cabeza con asombro, señalando que era una pena que ninguno de nosotros estuviese soltero, porque Jamie era un imán para las tías.

Mis amigos la adoran. Sé que les encantaría poder verla más a menudo, pero todos nosotros tenemos nuestras vidas megaocupadas. Desde que empezó la temporada de hockey, Garrett ha estado entrenando a saco y está todo el rato en la carretera yendo a partidos fuera de la ciudad. Los entrenamientos con el equipo de preparación de Logan son igual de duros, y él y Grace todavía no han acabado de instalarse en su nuevo apartamento. A pesar de eso, todos vienen a ver a Jamie en cuanto tienen un momento libre.

Hannah, sobre todo. De momento, trabaja solo media jornada y compone canciones el resto del tiempo.

—Oye, mira eso, querida —le digo a mi hija cuando nos detenemos en el paso de peatones—. Es un perrito.

Dicho perrito intenta olfatear la silla mientras él y su dueña se acercan a nosotros. Mierda, tenía que haberme callado la boca, porque ahora he atraído la atención de la propietaria del perro.

—¡Ay, Dios! ¡Pero mira este precioso angelito!

La chica se agacha y empieza a manosear a Jamie, lo que me pone un poco de los nervios. ¿Es esto normal? ¿Que los desconocidos estén constantemente intentando tocar a tu bebé? Me pasa demasiado a menudo para mi gusto.

La mujer planta un beso en los pequeños dedos de Jamie, y hago una nota mental para limpiarle las manos nada más perderla de vista. Qué coño, le daría con una manguera si supiese que no la voy a hacer daño. No quiero que todos esos gérmenes estén por toda mi niña.

—¿Cómo se llama? —pregunta la mujer.

—Jamie. —Miro fijamente al semáforo del paso de peatones, deseando que el pequeño hombre verde aparezca antes de que la chica empiece a ligar conmigo.

—¿Y cómo se llama su papi?

Demasiado tarde.

—Tucker, pero mi mujer me llama Tuck.

Eso la calla rápidamente. Normalmente no soy así de borde durante estos ligoteos al azar en la calle, pero la verdad es que no me ha gustado nada cómo ha tocado a mi hija sin pedir permiso. Qué coño.

Cuando el semáforo cambia a verde, empujo rápidamente el cochecito hacia delante, despidiéndome con un murmullo de la mujer y de su perro.

—Bueno, por lo menos el perrito era precioso, ¿verdad, querida?

No me responde, pero no importa. Me he acostumbrado a mantener conversaciones enteras con esta nena. Me tranquiliza.

—¿Ves eso de ahí? Es un columpio —le informo mientras caminamos junto a un pequeño parque—. Cuando seas un poco mayor, papá te va a traer aquí y te va a empujar en el columpio.

Camino dos manzanas más, acelerando cuando nos acercamos a una tienda de juguetes para adultos.

—Y aquí es un sitio en el que no vas a entrar NUNCA —le digo con alegría—. Porque nunca jamás vas a tener relaciones sexuales, ¿verdad, princesita?

Oigo un fuerte carraspeo.

Giro la cabeza y veo a una pareja de ancianos caminando detrás de mí. Me recuerdan un poco a Hiram y Doris. Vaya, me pregunto qué tal estarán. La verdad es que me habría gustado pedirles el contacto después de la maravillosa cita en la que pintamos los desnudos.

—Buena suerte con eso —me dice el hombre con una sonrisa torcida.

—Cuatro hijas —confirma la mujer—. Aquí, el pobre Freddie no pudo convencer a ninguna de ellas de que no perdieran su virginidad.

Sonrío de nuevo.

—Obviamente no se esforzó lo suficiente. ¿Pensó en comprar una escopeta?

La pareja se ríe a carcajadas.

Jamie y yo seguimos paseando unos minutos más, hasta que de pronto me paro en seco en una esquina familiar. No he estado en el Antro de Paddy desde la noche en la que Sabrina se puso de parto, pero de alguna manera he llegado de nuevo a él.

Y hay un cartel de «SE VENDE» en la ventana.

36

Sabrina

—Siento llegar tarde —me disculpo mientras me deslizo en una silla en el Della's.

Carin y Hope ya tienen sus bebidas, y por el charco de condensación que hay sobre la mesa, me doy cuenta de que llego más tarde de lo que pensaba. O igual ellas han llegado antes de tiempo. Desde que nació Jamie, me cuesta mucho llegar a todas partes a tiempo.

—¿Dónde está la bebé? —pregunta Carin, quitándole importancia a mi retraso con un gesto de la mano.

—Está con mi abuela. —Cojo la carta y busco la cosa más jugosa y rica que pueda haber.

Las dos chicas hacen un puchero.

—¡Queríamos ver a la niña! —grita Hope.

—Claro. Lo que tiene sentido es que traigas a Jamie para que podamos decir lo preciosa que es. Ya casi he terminado mis patucos. —Carin saca una madeja de hilo que no se parece en nada a un patuco, o ni siquiera a un calcetín.

—¿Qué es esa cosa? —Suelto el menú para tener una mejor visión del objeto que sostiene en sus manos. Es algo así como el equivalente al terrorífico muñeco de peluche de Logan.

—Es un calcetín. ¿Es demasiado grande o demasiado pequeño? —Lo estira y veo algo que vagamente me recuerda a un barco.

—Es un... ¿estás segura de que es un calcetín?

Hope se ríe detrás de su carta.

Carin frunce el ceño.

—¿Alguna vez habéis intentado hacer punto? Es la hostia de chungo, jo. —Con un resoplido, mete la maraña moteada en su bolso.

—Además de tejer, lo cual de verdad te agradezco, ¿qué tal en el Instituto Tecnológico?

Hope se ilumina

—Carin ha tachado «barba» de su lista.

—Qué guay. —Levanto mi dedo pulgar—. Cuéntamelo todo.

—No, no es nada. —Carin levanta la carta para ocultar su rostro.

—Mister Barba es el profesor asistente de Carin —explica Hope—. Piensa que te vas a cabrear.

—No es mi profesor asistente —protesta Carin.

—Vale, vale —cede Hope—. Es el profesor asistente en otra clase, a la que Carin probablemente vaya el próximo año.

—Eh. Me parece guay. —Cojo otra vez la carta y estudio mis opciones.

Estoy dudando entre la hamburguesa con queso azul y el sándwich de tiras de ternera. ¿Puedo comer queso azul? Bajo la carta para preguntárselo a Hope, pero me encuentro a mis amigas mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —Mi mirada vuela a mi pecho con pánico—. ¿Estoy goteando? —No, mi camiseta está seca, gracias a Dios. Esos pequeños discos de lactancia de silicona funcionan genial.

—Estábamos convencidas de que te cabrearías por lo de Dean —explica Carin.

—Se puede decir que Dean y yo hemos hecho las paces. —Si yo rompiendo a llorar y Dean dándome palmaditas torpes en la espalda significa hacer las paces. En mi opinión, así es. Además, por lo que sé, no le ha contado a Tucker que estoy locamente enamorada de él.

—Bueno, pues eso está guay.

La camarera llega y pedimos nuestras cosas. Hope se pide una ensalada, Carin una sopa y una ensalada, y yo un sándwich de tiras de carne con queso y una ración extra de patatas fritas. Me muero de hambre.

—¿Qué tal la facultad de Medicina? —le pregunto a Hope.

—Bien. La carga de trabajos es insoportable.

—Te entiendo perfectamente.

—La facultad me está drenando toda mi energía hasta el punto de que no tengo tiempo para D'Andre. Él no para de hablar de ir a esquiar de sol a sol durante las vacaciones de Navidad, pero yo todo lo que quiero hacer es tumbarme frente a la chimenea de la cabaña y dormir. B, no sé cómo puedes con todo.

—No sería capaz de hacerlo sin Tucker. Él siempre está ahí. Bueno, la mayoría de las veces —corrijo. Porque últimamente ha estado muy ocupado y yo, en silencio, me estoy acojonando.

Hope frunce el ceño.

—Oh, no. ¿Hay problemas en el paraíso?

—No, en realidad no. Está haciendo más de lo que había soñado, la verdad. Me hace sentir culpable.

—A la mierda con eso —dice Carin—. También es su hija. ¿Está aflojando el ritmo? Porque le voy a dar una patada en el culo tan bestia que lo voy a mandar volando al puerto.

—No, para nada. Es... —Me detengo, reacia a darle voz a mis miedos, como si decir las palabras en voz alta las fuese a convertir en realidad. Pero estas dos de aquí son mis amigas más cercanas, así que cedo—. Creo que ha encontrado a otra persona.

—No —Hope niega inmediatamente—. ¿Cuándo tendría tiempo para eso? Dices que va a tu casa casi todas las noches y que lo ves los fines de semana también.

—Solo eso. Antes, estaba disponible todo el tiempo, pero en las últimas dos semanas ha estado muy ocupado.

—Igual hay un montón de empresas de construcción intentando acabar sus proyectos antes de que llegue la nieve —sugiere Carin—. Y por eso todo el mundo está haciendo turnos dobles o algo así.

—Puede ser. —Exhalo un suspiro—. No es solo que él no esté tanto tiempo. Es que está distraído y callado, más que de costumbre. Siento como si me quisiese decir algo, pero que tiene miedo a mi reacción.

—Pues declárate y dile que le quieres —ordena Hope, sacudiendo su tenedor en mi dirección—. De hecho, me sorprende que no se te haya escapado. En algún mensaje o algo.

—Es muy difícil —admito—. El otro día iba a coger un vaso de agua del armario y se le subió la camiseta y casi me caigo de rodillas de deseo. ¿Y cuando está con Jamie? Se hace casi imposible. La otra noche estaba sentado en el sofá dándole de comer y empecé a decir «te quiero». Me di cuenta mientras hablaba, pero ya al final. Acabé diciendo: «Te quiero decir algo. Me encantan tus calcetines».

—¿Me encantan tus calcetines? —exclama Carin.

—Es superridículo. Ya lo sé.

—¿Por qué no se lo dices?

—Porque si lo hago, se sentirá atado a mí. Es tan honesto y cortés, que ni siquiera miraría a otra mujer.

—Pues ya está, pregúntale si está viendo a alguien. Si te dice que no, entonces dile que lo quieres en exclusividad —aconseja Carin—. Si te dice que sí, pues por lo menos ya lo sabes. Es mejor saberlo que

estar comiéndote la cabeza con las dudas.

—Tener la certeza es mejor. —Hope está de acuerdo.

Les ofrezco una sonrisa tensa y cambio de tema preguntándole a Carin más cosas sobre el profesor asistente con barba al que se está tirando. Carin me complace alegremente, a pesar de que toda la conversación sobre sexo me recuerda lo poco que lo he tenido últimamente. Antes de tener a la cría, me resultaba difícil encontrar una postura cómoda, y ahora que la prohibición de hacerlo en seis semanas ha acabado, no estoy segura de querer que Tucker vea mi cuerpo. Está acostumbrado a tías buenas universitarias con cero grasa corporal y abdominales de acero. Mis abdominales ahora mismo son más de gelatina.

Por fin llega nuestra comida. Empiezo a comer bajo el pretexto de que me muero de hambre, pero sobre todo lo hago por esconderme de mis amigas, porque no estoy de acuerdo con sus consejos. Saber que Tucker quiere a otra persona me destrozaría.

Prefiero vivir en el limbo a que me cuente que se ha enamorado de una mujer que no soy yo.

###

Cuando llego a casa, la abuela está durmiendo con Jamie, lo que me permite tener unas cuantas horas de estudio antes de la cena. Ray está en el sofá, con la televisión a todo volumen, lo que significa que no puedo estudiar en la cocina. Me estoy cansando de estar encerrada en mi atestado dormitorio con la cuna, mi cama y los mil cachivaches para bebés, pero no tengo elección. Me meto unos tapones para los oídos y consigo leer todo lo que me han mandado para Derecho Penal y Responsabilidad Civil antes de escuchar el llanto de mi niña hambriento.

—¿Estás en casa, Sabrina? —pregunta la abuela detrás de la puerta.

Me levanto y la saludo.

—Sí. He llegado a casa hace un par de horas. Estabais las dos durmiendo. —Me acerco para coger a Jamie de sus brazos. Mi muñequita gime y se retuerce, mordiéndome por encima de mi camisa—. Será mejor que le dé de comer.

—Sí. Voy corriendo a la tienda a comprar algunas cosas. Estamos casi sin leche ni queso.

—Vale. —Empiezo a cerrar la puerta, pero la abuela me detiene.

—Tienes que salir de esa habitación —dice ella, mirando por encima de mi hombro el claustrofóbico espacio—. Te vas a volver loca.

—Estoy bien —le contesto, a pesar de que tiene razón. Mi cuarto cada vez me parece más pequeño.

Se encoge de hombros: su lenguaje corporal me dice que haga lo que me dé la gana.

Antes de cerrar la puerta, oigo cómo le grita a Ray:

—¡La tele está demasiado alta, Ray! ¡Vas a hacer daño a los oídos de la niña!

Él murmura algo indescifrable. Estoy seguro de que es alguna variación de «que se joda la niña».

Tres años más. Tres años más y tendré mi trabajo en un bufete importante y mandaré a tomar por saco este lugar.

La abuela y Ray intercambian unas cuantas palabras más. La voz de mi abuela es aguda y la de Ray enfadada. La energía en esta casa no podría ser más negativa.

Acurruco a Jamie acercándola más a mí.

—Pronto nos iremos de este sitio.

Me contesta con un llanto quejumbroso y hambriento. Me desabrocho la camisa y tiro de ella hacia un lado, balanceándola en mis brazos a la vez. Pero la cría no para de llorar.

Un poco más tarde, Ray golpea mi puerta.

—Cállale la boca a la puta niña esa. Están echando mi partido.

Cierro los ojos y le pido a Dios que me dé paciencia. Jamie expresa a gritos su disgusto, y yo miro hacia abajo para descubrir que la almohadilla de silicona del pezón está obstaculizando sus esfuerzos para comer. Me la arranco y la tiro sobre la cómoda.

Ray golpea la puerta de nuevo.

—¡Estoy hablando contigo, Rina!

Abro la puerta de golpe, con Jamie pegada a mi teta, y me enfrento al cabronazo.

—La niña es un bebé, no una máquina. No la enciendo y apago según quiera, ¿vale? Y no es que yo disfrute con sus lloros, gilipollas. Estoy haciendo todo lo posible para hacerla feliz.

—Pues no parece que se te dé bien, excepto ser un juguete para chupar —gruñe. Su aliento a cerveza caliente cae sobre mí.

La ira se enciende en mis entrañas. Cierro la puerta de golpe, pero rebota hacia mí de nuevo cuando él le pega un manotazo.

—Lárgate —le ordeno. No quiero que este tío se acerque a mi hija y no me importa si tengo que darle una patada en los huevos para que le quede claro.

Ray no es mucho más alto que yo y está flaco como un lápiz, pero consigue arrancar la puerta de mi mano y entrar haciendo palanca.

Me echo hacia atrás. Mis piernas golpean el colchón.

—Lárgate —repito.

Mi corazón comienza a latir rápidamente. Ray nunca ha sido violento, nunca me ha levantado la mano, pero en este momento, la forma en la que me mira me pone todos los pelos del cuerpo de punta. Acercó a Jamie aún más a mí. Ella gime y me esfuerzo en aflojar el abrazo.

—Tus tetas son gigantes. —Su lengua se asoma entre los labios.

Me cubro con un lado de la camisa. Pero en el otro todavía está Jamie enganchada.

—¿A qué sabe la leche?

Un escalofrío recorre mi espalda. Mi leche es dulce, pero el miedo sabe a cobre contra mi lengua.

—Sal de aquí ahora mismo —gruño.

—Tienes dos tetas y solo una boca en ellas. —Se acerca a mí, despacio. Me da miedo.

Retrocedo rápido, protegiendo a mi hija con mi abrazo.

—No te acerques a nosotras, Ray. Lo digo en serio. Si te acercas más, te juro que te arranco los ojos.

—¿Por qué no me dejas probar? He estado pensando en lo rica que tienes que estar. Ya he *probao* a tu madre y a tu abuela. ¿Por qué no a la más joven? Será la traca final de Ray Donaghy.

Estiro la mano a mi espalda en busca de un arma, pero la necesidad nunca se materializa. En vez de eso, oigo un estruendo en la puerta y a continuación, un torpedo de metro noventa se abalanza hacia Ray y le da la vuelta.

Tucker le suelta un puñetazo en la cara antes de que el hijo de puta se dé cuenta de que hay otra persona en la habitación con nosotros.

Me acurruco en la esquina, echando una manta sobre mi pecho, para teparle los ojos a Jamie y evitar que vea la escena delante de ella. Tucker lanza a Ray contra la pared, levantando al enclenque de mi padastro con una mano fuerte contra su garganta.

—Puto degenerado de mierda. Tienes suerte de que mi hija y mi chica estén en esta habitación ahora mismo, porque si no ACABARÍA contigo.

Su mano aprieta más fuerte, y aunque creo que Ray merece escupir la nuez por la boca, no quiero que Jamie tenga que visitar a su padre en una cárcel del estado de Massachusetts durante los próximos veinte

años.

—En serio, deberías esperar a que acabe la facultad de Derecho para matar a Ray —le digo a Tucker, débil de alivio.

Aprieta la garganta de Ray una vez más antes de dejar que el cabrón caiga al suelo.

—Vamos —suelta Tucker en un ladrido, girándose hacia mí. Tiene las pupilas dilatadas y las aletas de la nariz se le mueven mientras intenta recuperar la compostura—. Nos largamos de aquí.

No discuto.

###

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? —pregunta Tucker cuando arranca su *pick-up* y se adentra en la calle. Aparto mi mirada del gorgoteo de Jamie con su cara de felicidad y me encuentro una expresión sombría.

—¿Que Ray se comporte como un imbécil? Desde el principio de los tiempos. ¿Que haya intentado tocarme mientras le daba de comer a Jamie? Es la primera vez.

Aunque en algún recoveco de mi cabeza siempre tuvo que haber cierta sospecha porque, si no, no habría sentido la necesidad de esconderme en mi habitación todo el tiempo.

—No te puedes quedar en esa casa —dice Tucker con rotundidad.

Me paso una mano temblorosa por la cara.

—No tengo otra opción en este momento. Los bebés son caros y mi cuenta está desangrándose. Hope me regaló una tarta hecha con pañales que tenía unos doscientos cincuenta. Me partí de risa cuando los conté. Pues bien, los he usado todos en las primeras tres semanas. Y tú estás viviendo con Brody, quien se piensa que su dormitorio es un casting para el Circo del Sol con banda sonora de acompañamiento.

—Ya. —Tucker se muerde el labio—. No estaba listo para hacer esto porque quería esperar al momento adecuado, pero voy a tener que hacerlo.

Me muerdo el interior de la mejilla con nerviosismo.

—¿El momento adecuado para qué?

¿Está rompiendo conmigo?

Ay, Dios.

Lucho contra las ganas de vomitar por todo el interior de la *pick-up* impoluta de Tucker.

—Para esto. —Detiene la *pick-up* frente a un bar en una esquina. Es un bar clásico de Boston con el exterior de ladrillo rojo, un toldo verde y un patio tamaño sello de correos en la parte de atrás.

—No puedo beber mientras doy el pecho —le recuerdo.

—Vale, ahora me cuentas eso —dice y después sale del vehículo.

Mientras saca a Jamie de su silla, bajo de mi asiento y me quedo junto a él en la acera.

—No podemos meter un bebé en un bar.

—No vamos a hacer eso. —Pone su mano en mi zona lumbar y me dirige hacia el flanco del pequeño edificio. Hay unas escaleras que llevan al segundo piso—. Adelante —dice cuando dudo.

—¿Has alquilado un apartamento? —Intento mantener la preocupación fuera de mi tono voz. Es su dinero y puede hacer lo que quiera con él, pero alquilar un apartamento solo porque estoy teniendo problemas en mi casa me parece malgastar su pasta—. Porque Ray es claro ejemplo de perro ladrador, poco mordedor.

—Ya, claro. O sea, que el hecho de que te atacara en tu dormitorio no ha sido más que un par de ladridos.

—Estaba borracho. —Por Dios, pero ¿por qué estoy inventándome excusas para proteger a ese psicópata?

Tucker me da otro empujoncito.

—¿Vas a mover el culo o tengo que llevaros a las dos arriba?

—Voy —cedo. El pomo de la puerta gira solo bajo mi mano y veo un teclado electrónico recién instalado.

—Funciona por tecnología de comunicación de campo cercano —me informa Tucker.

—En cristiano, por favor.

—Se desbloquea cuando un dispositivo asociado está cerca del teclado. Así, aunque tengas las manos ocupadas, puedes entrar.

—Qué guay —digo en voz baja. Y esa es solo la primera de muchas sorpresas.

Arriba, me encuentro un enorme apartamento de dos dormitorios. La cocina es pequeña y los electrodomésticos son viejos, pero hay ventanas por todas partes. El salón está lleno de polvo y de ladrillos vistos.

—He estado derribando los paneles de yeso. —Tucker señala las paredes—. No he tocado el dormitorio porque pensé que querrías dar tu opinión, pero lo de aquí se estaba pudriendo. Ven.

Esta vez me adelanta. Al final del pasillo hay dos dormitorios. Empuja la primera puerta, deja la silla del coche en el suelo y se arrodilla para sacar a la adormilada Jamie. La pequeña siempre se queda dormida en el coche.

Me pego a la puerta como si hubiera un asesino en serie detrás, pero lo único que encuentro es una habitación infantil decorada con mucho gusto.

—Dios mío —jadeo.

Está pintada de un rosa pálido. Unas cortinas blancas cuelgan sobre las grandes ventanas. Una cuna de color blanco roto está apoyada contra una pared y una cómoda con un cambiador se apoya contra otra. Entre ambas hay una butaca tapizada, una que me había encantado y que había publicado en mi cuenta de Instagram.

Le lanzo una mirada de estupefacción a Tucker, pero está demasiado ocupado adorando a Jamie. Dios, él es demasiado increíble para las palabras. Su bíceps es más grande que su cabeza, pero es suave como un cordero con ella.

Pero esa imagen define a Tucker. Fuerte, estable, con el toque exacto y perfecto para hacer que las damas se derritan. A mí, desde luego, me pasa.

Arranco mi mirada de su cabeza inclinada para lanzarme a su pobre cuerpo desprevenido. A mi derecha, al final de la habitación hay una puerta entreabierta. Me acerco a investigar y me encuentro con un baño en suite. Es demasiado.

—¿Qué está pasando? ¿Has ganado la lotería?

Él me lanza una sonrisa torcida.

—No. He comprado un bar. Esto venía con él.

—¿Esto? —Agito mi mano por toda la habitación—. El dormitorio de color rosa, la cuna, ¡la entrada con teclado electrónico!

—Vale, el edificio venía con un apartamento. No he terminado con la reforma aquí. Va a llevar un tiempo. Tenía la esperanza de darte la sorpresa en noviembre cuando se inaugure el bar.

Se me aflojan las rodillas y me apoyo en la pared.

—No sé qué decir.

Camina por la habitación y se mete una mano debajo de la barbilla.

—Di que esto es nuestra casa. Para ti, para Jamie y para mí.

Cierro los ojos para que no pueda ver la emoción que hay dentro... el alivio, la gratitud, el amor abrumador que siento por él. No lo merezco. Ni un poquito, pero por alguna razón me quiere en su vida.

Giro mi cara hacia la palma de su mano y presiono mis labios contra su piel caliente.

—Me encanta este sitio. Es increíble. Eres increíble. —Y porque no lo puedo evitar, me pongo de puntillas y lanzo mis brazos alrededor de su cuello—. Gracias.

Un musculoso brazo me sujeta, mientras el otro sostiene a nuestra niña.

—Esto va a funcionar —murmura—. Ya verás.

Eso espero. Dios, eso espero.

37

Tucker

Noviembre

—¡Joder, chaval! Este sitio es la HOSTIA.

Me pongo rojo de orgullo ante la exclamación de Logan. Semanas de duro trabajo han culminado en este momento, pero mis agotadores esfuerzos valen aún más la pena cuando soy testigo de las reacciones de mis amigos.

Y estoy increíblemente emocionado de que todo el mundo haya venido aquí por mí esta noche. Dean y Allie han cogido un tren desde Nueva York y el entrenador Jensen ha cancelado el entrenamiento de por la tarde para que todos mis excompañeros de Briar pudieran asistir a mi gran inauguración.

Pero las clientas más importantes son mis dos chicas. Jamie está atada a mi pecho en una mochila portabebés de BabyBjorn con un *body* de color rosa hecho por encargo que pone «Tucker's Bar» en purpurina dorada.

Sabrina está a mi lado, vestida un poco menos elegante que nuestra niña, con pantalones vaqueros desteñidos y un jersey verde ajustado. Sus enormes tetas casi se salen del escote en V y cada vez que la miro mi polla se convierte en granito. Casi desearía que siguiera quejándose del peso del bebé que lleva y que se negara a que la tocase, porque, aunque aún no tiene el mismo cuerpo que antes del bebé, estoy a mil 24x7.

—Voy a mear —dice Logan—. Ahora vuelvo.

Cuando desaparece entre la multitud, Garrett barre con la mirada el concurrido bar.

—No puedo creer lo bien que ha quedado la reforma —dice maravillado.

Miro a mi alrededor, intentando ver la sala a través de sus ojos. Después de haber restaurado por completo los paneles de madera y las vigas a la vista, fui a la caza de objetos deportivos chulos para colgar en las relucientes paredes. Técnicamente no es un *Sports Bar*, pero bueno, soy jugador de hockey. No puedo no tener fotos enmarcadas de deportistas en mi bar.

Y tener amigos en las altas esferas ayuda. Garrett me ha conseguido camisetas firmadas de varios de sus nuevos compañeros de equipo, muchos de los cuales están aquí esta noche. Una de las chicas de la mesa de billar tardó un segundo en compartirlo en las redes sociales, y una hora después de abrir las puertas, había gente haciendo cola para entrar, con la esperanza de conseguir un autógrafo o charlar con los jugadores de hockey profesional.

Las *groupies*, sin embargo, han sido sorprendentemente discretas, y han dejado beber en paz a los compañeros de equipo de Garrett sin acosarlos demasiado. Se lo agradezco de verdad, porque el ambiente que le quiero dar a este bar es más en plan bar de barrio. Un lugar donde la gente pueda venir después del trabajo, o del entrenamiento de hockey, y simplemente relajarse. Un sitio que no sea demasiado ruidoso ni en el que haya demasiado alboroto.

De momento, es exactamente lo que quería que fuera.

—Gracias por toda tu ayuda —le digo a Garrett, que ignora mi agradecimiento. No obstante, se lo

merece. Ha invertido demasiados días libres viniendo aquí a ayudarme a arrancar el suelo y desmontar los cuartos de baño.

—Y a ti también —le digo a Fitzy, que ha venido en coche a Boston todos los fines de semana desde que compré el bar, se ha quedado a dormir en el suelo de la habitación de Jamie y se ha despertado a horas intempestivas para ayudarme.

Contraté a un equipo para que hiciera los trabajos que mis amigos y yo no podíamos hacer. También he contratado gente para llevar el bar, ya que no tengo ningún interés en servir en la barra a no ser que sea necesario. Lo mío es más la gestión. Samira y Zeke, los dos camareros que trabajan esta noche, son maravillosos. Ya discuten como una vieja pareja de casados y esta es solo su primera noche trabajando aquí.

—Ha sido muy divertido —gruñe Fitzy antes de darle un sorbo a su Coors.

—Tronco —dice Dean, que viene a darle una palmada en el hombro a Fitz—. Menudo partidazo el de la semana pasada. Aplastasteis a Yale.

Fitzy frunce el ceño.

—¿Lo viste en Nueva York? No sabía que lo ponían por la tele.

—*Naah*, alguien lo estaba tuiteando en directo. Seguí sus tuits.

Igual que yo, la verdad. Quise haber ido en coche a Briar para verlo en directo, pero Jamie pasó mala noche la noche anterior, y Sabrina y yo estábamos destrozados. El equipo está arrasando esta temporada. Los resultados de mierda del año pasado están ya casi olvidados ahora que Briar lleva una racha de cinco victorias seguidas.

—Hunter anotó una belleza absoluta de gol en el tercer tiempo —dice Hollis desde su taburete—. Casi me corro en los pantalones.

—No digas esas cosas delante de la niña —digo inmediatamente.

—Hermano, has traído a un bebé a un BAR. Estás tirando cristales sobre tu propia casa. —Cuando todo el mundo se empieza a reír, Hollis parece visiblemente confundido—. ¿Qué pasa?

—El dicho no es así —dice Hannah amablemente.

—Claro que sí.

—La verdad es que no.

Hollis agita una mano.

—No sabes nada, «Jon Nieve».

Ella suspira y va hacia la mesa donde Allie, Hope, Carin y Grace están sentadas.

—¿Vienes? —le pregunta a Sabrina girando la cabeza.

—Sí. —Mi chica me mira—. ¿Quieres que me la lleve?

—Ni de casualidad —dice Dean al instante—. ¡No puedes alejarla de nosotros! ¡La nena casi no pasa tiempo con sus tíos! —Saca a Jamie del BabyBjorn y la arrima contra su pecho—. Dale un besito a tu tío Dean, princesa.

Sabrina resopla cuando Dean presiona la boca de nuestra hija en su mejilla y empieza a hacer ruidos de besos como si la niña estuviese dándole un beso de los buenos.

—Me voy allí con la gente normal —dice Sabrina con sequedad y después se dirige a la mesa de las chicas.

Mis amigos se pasan a Jamie de uno a otro hasta que finalmente acaba en los brazos de Fitzy. Lleva una camiseta de manga corta, por lo que sus tatuajes son totalmente visibles y por alguna razón fascinan a la niña. Cada vez que la sostiene, le mira fijamente los tatus con los ojos muy abiertos y forma un circulito con su boca color rojo.

—Madre, qué niña más linda —dice Garrett, moviendo la cabeza.

Logan regresa del baño justo para oír el comentario de Garrett.

—¿Verdad que sí? Os juro, yo estaba la hostia de preocupado de que al final saliera una niña fea y tuviera que mentir. Un día antes de conocerla, me pasé una hora delante del espejo ensayando «¡ohhhhhhh, qué niña tan guapa!»

Le hago un corte de mangas.

—¡Es verdad! Pregúntale a Gracie. Y relájate, tío. No tengo que mentir, ¿verdad? Es la hostia de guapa.

—Tuck tiene espermatozoides mágicos —coincide Dean.

Hollis resopla.

—No, Tuck tiene una chica que está megabuena. Los genes, tronco.

—Hablando de la madre de la niña... —Dean eleva una ceja hacia mí.

Arrugo la frente.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Estáis juntos oficialmente, o qué?

—Vivimos juntos. —Es todo lo que puedo pensar en decir.

—Vale. Pero eso no responde a mi pregunta.

Mi mirada se desvía al otro lado de la sala. Sabrina se ríe histéricamente de algo que Hope acaba de decir. Con sus ojos oscuros infinitos y su rostro perfecto, es, de lejos, la chica más guapa del bar. La deseo con todas mis fuerzas. Y sí, la quiero. Tanto que hasta duele.

Pero ni de coña voy a decirlo otra vez después de que pasara de mí la noche que dio a luz a Jamie.

—Estamos juntos —digo por fin—. ¿Vamos en serio? —Me encojo de hombros—. Yo quiero creer que sí. Pero ella es la que pone los tiempos.

Dean tiene una expresión de preocupación, pero no dice nada más sobre el tema. Es más, lo cambia por completo, girándose para sonreírle a Fitzy.

—Oye, se me olvida una y otra vez escribirte un mensaje, pero probablemente debería adelantarte una cosa.

—¿Adelantarme qué?

—¿Recuerdas a Summer?

—No entiendo.

Dean se ríe.

—A mi hermana Summer.

Escondo una sonrisa cuando veo que Fitzy estrecha su mirada. No es ningún secreto que la visita el pasado invierno de Summer Di Laurentis le dejó acojonado. Yo no estaba allí para presenciarlo, pero al parecer la hermana increíblemente echada *pa'lante* de Dean casi se le tira a su enorme cuello.

—¿Qué pasa con ella?

—Se cambia a Briar el próximo semestre.

La cara de Fitzy se vuelve blanca como el vómito de Jamie, que está cayendo en la manga de su camiseta. No se ha dado cuenta todavía, y estoy esperando a que otro se lo diga para no tener que hacerlo yo.

—¿Por qué? —Fitzy está claramente hablando con los dientes apretados.

Dean suspira.

—La han expulsado oficialmente de Brown. O mejor dicho, se le pidió educadamente que abandonara la universidad, tal y como le gusta decirlo a ella. Pero sí, mi padre es amigo de la jefa de admisiones de Briar, así que la llamó para pedirle el favor. Summer estará ahí a partir de enero.

—¿Todavía quiere verle la polla a Fitzy? —interviene Hollis.

El propietario de dicha polla me pasa de nuevo a mi hija, coge su botella de cerveza y se enchufa todo el contenido.

Mi sonrisa aparece. Pobre chaval. Las mujeres van a saco con Colin Fitzgerald, pero en todos los años que le conozco, siempre ha sido muy selectivo sobre con quién sale. Creo que en el fondo es tan chapado a la antigua como yo.

—¡Tuck! —me llama Zeke desde detrás del mostrador—. ¡Tengo que hacerte una pregunta rápida sobre la carta de bebidas!

Meto a Jamie de nuevo en el Bjorn y les hago un gesto a mis amigos indicándoles que tardo un minuto. A continuación me voy a cuidar del negocio. MI negocio.

###

—Oye —dice Sabrina horas más tarde, sonriendo mientras entro en nuestra habitación.

Está tumbada en medio de la cama con un libro de texto sobre su regazo, un espectáculo que no me sorprende. Sabrina estudia cada vez que puede y el mejor momento para ella es cuando Jamie se ha dormido. Casi todas las noches, sigue con la nariz enterrada en un libro mucho después de que me haya quedado dormido.

Lo bueno es que ahora que la reforma del bar ha acabado y oficialmente el negocio está abierto, voy a poder cuidar de Jamie durante el día mientras Sabrina está en clase. Después nos cambiaremos: ella estará atendiendo a la niña mientras yo voy abajo a trabajar. No tenemos un calendario sencillo, pero estamos haciendo todo el esfuerzo que podemos. Y todo está siendo mil veces más fácil desde que se vino a vivir conmigo.

Bueno, más fácil. Y más difícil. Todavía no estoy seguro de dónde estamos. No nos hemos acostado juntos en tres meses a pesar de dormir en la misma cama. Uno de nosotros, por lo general, está caminando de un lado a otro en la habitación de la niña con Jamie en brazos, mientras que el otro se pone al día con las más que necesitadas horas de sueño. No me ha dicho que le gusto, y mucho menos que me quiere. A veces pienso que sí, pero otras veces da la sensación de que solo somos dos personas que están criando a una hija juntos.

Pero la única cosa que sé sobre Sabrina es que metiéndola presión se consigue el resultado contrario al que esperas. No obstante, la entiendo. Ella ha estado sola toda su vida. Su padre se largó antes de que ella naciera. Su madre la abandonó. Su abuela, por mucho que le diga que la quiere, siempre actúa como si le hubiera hecho un gran favor a Sabrina por haberla criado.

Sabrina James no está acostumbrada a que la gente la quiera. A veces me pregunto si incluso ella sabe querer, pero luego la veo con nuestra hija, la forma en la que sus facciones se ablandan con amor y adoración cada vez que mira a Jamie, y sé que es capaz de sentir amor profundo.

Es solo que me encantaría que sintiese ese amor profundo por MÍ.

—¿Por qué estás tan serio? —pregunta, apartando a un lado su libro de texto—. Has triunfado esta noche. Deberías estar sonriendo de oreja a oreja.

Me quito los pantalones vaqueros y los dejó caer al suelo.

—Estoy sonriendo por dentro. —Después me deshago de mi camisa a cuadros—. Estoy demasiado cansado para mover los músculos faciales.

—¿De verdad? Qué pena. Porque yo no estoy cansada para nada.

El tono travieso de su voz hace que mi cuerpo ruja y venga a la vida. Dios. Por favor, por favor, POR FAVOR, dime que está diciendo lo que creo que dice.

—Jamie está dormida en la otra habitación —añade, moviendo el monitor para bebés seductoramente

—. Últimamente puede estar dos horas tranquila antes de empezar a gritar a todo pulmón.

Dos horas.

Mi polla se levanta de golpe, brota e intenta salir por la raja de mis bóxers.

Sabrina ve la respuesta de mi cuerpo. Lamiendo sus labios, se coge la parte de abajo del jersey, tira hacia arriba y se lo saca por la cabeza.

—Querida... —comienzo a decir con voz ronca.

—¿Mmm?

—Si esto es una broma de mal gusto y no estás pensando en follarme en este momento, necesito que me lo digas ya. Mi polla no podrá asimilar la decepción.

Se echa a reír y a continuación se tapa la boca con la mano para ahogar el sonido. Afortunadamente, el monitor de bebé permanece tranquilo.

—No es ninguna broma —me asegura. Después se desabrocha el sujetador, y madre del amor hermoso, sus tetas son increíbles—. Llevo queriendo saltarte al cuello toda la noche.

Me acerco a ella como un depredador.

—¿Sí?

—Ajá. Llevo pensando en esto todo el día. Y esta noche, el pensamiento se convirtió en obsesión. No tienes NI idea de lo sexy que estás cuando le dices a tu equipo lo que tiene que hacer. —Sabrina ya se está quitando sus mallas y las braguitas estilo bikini.

Mi respiración se bloquea cuando puedo ver su coño. Está completamente desnuda. *Oh, yeah*, esto no es algo improvisado. Está totalmente preparado.

Estoy encima de Sabrina antes de que pueda parpadear y mi boca aprieta la suya en un beso que nos deja sin aliento. Pero, por mucho que me encante su boca, no es lo que quiero estar besando en este momento.

Tres meses. Han pasado tres putos TORTUOSOS meses desde que tuve mi lengua en el paraíso. Aparto mi boca y me deslizo hacia abajo de la cama hasta que mi cara está al nivel de su coño. Su precioso y empapado coño.

—Quédate así abierta, nenita. Hace mucho tiempo que no como y me muero de hambre.

Las manos de Sabrina bajan y separan los labios. Sumerjo mi lengua y la arrastro una vez de adelante hacia atrás, cubriendo mis papilas gustativas con su sabor. Mi polla palpita con dolor de pura necesidad. Dios, cómo he echado esto de menos. La he echado de menos.

—Tucker, por favor —suplica.

Mi polla está tan dura que podría romperse por la mitad, pero no me importa porque mi cara está enterrada entre las piernas de mi chica. Sus talones se clavan en mis hombros, empujándome. Más arriba, ella se agita, haciendo los ruiditos más morbosos de la historia.

Vamos, amor. Córrete para mí.

—Sí, ah, sí. Justo ahí. —Grita y pone una mano sobre su boca de nuevo.

Ambos nos quedamos congelados, esperando algún sonido en la puerta de al lado. Cuando no pasa nada, suspiro de alivio, cojo una almohada y se la tiro.

Sonrío traviesamente.

—Por mucho que tus sonidos sexys me vuelvan loco, probablemente sea mejor que grites en la almohada.

Ella deja caer la cabeza hacia atrás, se pone la almohada sobre la cara y me enseña el dedo pulgar hacia arriba. Riendo, me vuelvo a aplicar a la maravillosa tarea en la que estaba, pero tan pronto como tengo la boca de nuevo en su sitio, mis risas rápidamente se extinguen.

Cada lengüetazo me da más hambre. Sus muslos se tensan bajo mis manos y su coño vibra contra mi lengua, lo que indica que está cerca. La chupo más fuerte. Lamo más rápido. La muerdo y la beso y le paso la lengua hasta que ella grita contra su almohada y se corre por toda mi cara.

Esto es la hostia. Pura maravilla.

Me incorporo y me paso una mano a la boca.

—¿Condón? —pregunto.

Aparta la almohada a un lado.

—Estoy tomando la píldora. Me dieron la receta en el último chequeo.

Me cojo la polla y recorro su húmedo coño con la punta. Su aliento silba cuando el ancho capullo traspasa su entrada. El cuerpo de la mujer es mágico.

Cuando me deslizo dentro, no puedo evitar que mi propio gemido se escape. La sensación es deliciosa. Cuando estoy totalmente dentro, me detengo, sintiendo sus músculos internos latir a mi alrededor.

—Joder, me tendría que haber hecho una paja rápida antes de abrir el bar —gruño entre dientes—. Me voy a correr en menos de diez segundos.

—Por favor, no. Esto es maravilloso. —En su tono hay cierta sorpresa.

—¿Pensaste que sería una mierda? —Subo sus piernas a mis hombros para poder meterme más profundo.

—He tenido un bebé.

—Tu cuerpo es perfecto. —Le beso un tobillo precioso—. Si fuese un poco más perfecto, estaría muerto. Sigue igual de deliciosamente apretado y mojado como el cielo.

Se ríe.

—¿El cielo está mojado?

Hago girar mis caderas y los dos gemimos.

—Mi cielo está mojado y es sexy y pertenece a una chica llamada Sabrina.

Sonriendo, aprieta sus músculos alrededor de mi polla.

—Para. —Suspiro—. ¿Quieres correrme otra vez o quieres que me avergüence de mí mismo?

Me responde apretando con más fuerza. Cierro los ojos con fuerza y busco el más mínimo control. Una vez pasa el impulso de correrme dentro de ella, comienzo a moverme a un ritmo lento y constante.

Su mirada se aferra a la mía y le digo con la mente todo lo que siento, todo lo que no le puedo decir, todo lo que hay en mi corazón para ella.

Eres la única para mí.

Mi sol sale y se pone en tu sonrisa.

Mi corazón late porque el tuyo late.

Sus caderas se mueven hacia arriba, recibiendo cada embestida.

—Agárrate a mí, amor. —Unas gotas de sudor se forman en mi frente mientras clavo una rodilla en el colchón para metérsela con más fuerza, más adentro.

Ella tira de mí hasta que sus tetas se frotan contra mi pecho con cada golpe.

—Estoy a punto —susurra—. Bésame. Quiero tu lengua en mi boca cuando me corra.

Joder.

Mi boca se estrella contra la suya. Nuestras lenguas se enredan con avidez. Esto es todo lo que quiero y lo que voy a querer. Su cuerpo bajo el mío. Su sabor en mis labios. Su olor en mis pulmones.

Grita contra mi boca mientras se corre. Me trago su grito de éxtasis y después permito que mi propio orgasmo me atravesara, chocando contra ella con tanta fuerza que probablemente le esté dejando moratones. Una vez el placer desaparece por fin, caigo a su lado, apenas consiguiendo lanzar mi cuerpo hacia un lado para no aplastarla.

—Dame unos diez minutos y estaré listo para otra ronda —murmuro en el colchón.

Una mano suave me recorre con una acaricia la espalda y me coge el culo, mandando escalofríos por todo el cuerpo. Mi polla se contrae con interés.

—Que sean cinco minutos.

Ella se ríe.

Me pongo boca arriba y meto un brazo por debajo de los hombros para tirar de ella contra mí.

—Me has matado, Sabrina. Estoy muerto.

Pasa un dedo por la cara interior de mi muslo. Como era de esperar, mi polla se endurece.

—Si esto eres tú estando muerto, me da un poco de miedo pensar en cuánto tiempo va a durar nuestra próxima ronda.

—Quizá quieras ir a cogerte un sándwich para luego. Voy a tenerte en la cama durante mucho tiempo.

Sus piernas se enredan con las mías como si ni siquiera pudiese soportar que estemos separados un milímetro. Algo que me parece perfectamente bien.

—Todo parece funcionando —murmura, moviendo los labios contra el costado de mi pecho. Otra vez parece sorprendida.

—¿Por qué no iba a funcionar? Los dos lo queremos, ¿no?

Aguanto la respiración mientras espero su respuesta. Esto es lo máximo que la he presionado últimamente, y medio pienso que puede saltar de la cama y salir corriendo hacia la puerta.

En vez de eso, inhala profundamente.

—Sí.

—¿Eso significa que puedo parar de buscar a otra chica?

—Esto significa que TIENES que parar ya —afirma. Sus delicados dedos se clavan de forma posesiva en mi piel y yo ronroneo de placer.

—Genial. Ya le he dicho a muchas chicas de la zona que estoy casado.

—¿Por?

—Jamie es un imán para las chicas. Nunca en mi vida me habían entrado tantas tías.

Y entonces, como si la hubiera convocado, mi móvil emite un sonido que anuncia que Jamie está llorando en la otra habitación.

—¿Qué es eso? —Sabrina se incorpora, apartándose el pelo de la cara.

—Lo ha configurado Fitzy. Hay unos monitores en la cuna que envían una alerta a mi teléfono si la niña deja de moverse o si llora. Luego te instalo la aplicación en tu móvil. —Salgo de la cama—. Quédate aquí —le digo mientras se pone de rodillas—. Voy a traer a Jamie.

Cuando llego a la puerta, miro hacia atrás. Sabrina se ha recostado contra el cabecero acolchado y está organizando las almohadas alrededor de sus costados para prepararse para darle de mamar a nuestro bebé. Levanta la cabeza y sonrío, y es como un ángel.

Esto no es lo que había planeado para mi vida, al menos no tan pronto, pero no renunciaría a ello ni por todo el oro del mundo.

Con el corazón en la garganta, y sintiéndome más feliz que cualquier hombre en la tierra, me voy a por nuestra niñita.

38

Sabrina

Diciembre

Entro arrastrándome en el apartamento después de mi grupo de estudio, una hora más tarde de lo que pensaba y sintiéndome culpable por ello. Cuando entro, con los brazos llenos de libros y una pequeña bolsa de la compra que contiene solo la mitad de las cosas que se suponía que debía haber traído hace una hora, levanto la voz para ofrecerle una disculpa a Tucker.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Tenía el teléfono apagado y...

El resto de mi excusa muere en mi garganta cuando me encuentro con la madre de Tucker en la cocina. Me lanza una mirada asesina y habla desde donde está, detrás de la encimera.

—John ha ido a por algunas cosas a la tienda. Intentó enviarte un mensaje para ver si podías pasarte tú de camino a casa, pero nunca respondiste.

Sus palabras son más frías que los vientos invernales frente a la bahía. Me estremezco debajo del abrigo.

—Pensé que no llegabas hasta el viernes —tartamudeo.

—La boda para la que tenía que trabajar se pospuso, así que decidí aprovechar y venir antes. Así puedo pasar más tiempo con mi nieta.

—Ah. Genial. Es genial.

Me he convertido en una idiota. Y no puedo evitarlo. La madre de Tucker me intimida mogollón. No la había visto desde esa desastrosa visita durante el verano, y aunque Tucker la mensajea todos los días y organiza llamadas por videoconferencia entre ella y Jamie, no ha pedido nunca hablar conmigo.

—¿Por qué has llegado tarde? —Es una acusación y las dos lo sabemos.

Trago saliva.

—Estaba en un grupo de estudio. Los finales están a la vuelta de la esquina.

Hace un gesto con la cabeza hacia el salón.

—Supongo que es por eso por lo que este sitio no está tan limpio como te gustaría.

Yo sigo su mirada con profunda consternación. Esta semana se me ha echado el tiempo encima y el apartamento muestra a cada paso mi distracción. Los armarios de la cocina están tan vacíos que da pena verlos. Los platos limpios —por lo menos, los fregamos— están apilados en la encimera. Me iba a poner a recogerlos esta noche después de darle de comer a Jamie. En el salón, los libros de texto, esquemas y guías de estudio ocupan todas las superficies disponibles. Por el baño de Jamie, el que la señora Tucker iba a utilizar, parece haber pasado un huracán. Todo está fatal porque pensé que teníamos dos días más para arreglarlo.

Y eso es justo lo que le digo.

—Mi plan era ordenar todo antes de que llegaras.

Su ceja arqueada muestra que mi excusa es terrible.

—Lo estás intentando con todas tus fuerzas, ¿verdad?

La daga se clava más adentro. Todas mis fuerzas no son suficientes para los ojos de la señora Tucker.

El aliento oprime mi pecho, me quito los zapatos despacio y recorro el corto camino que atraviesa el espacio diáfano hacia la cocina, arrastrando con cada paso mis pies cubiertos por unas medias. El apartamento es más grande que la casa donde pasé mi infancia, y casi todos los días toda esta amplitud me aturde, pero la señora Tucker consigue aspirar todo el aire de la habitación.

En silencio, dejo en la encimera la leche, los huevos y la mantequilla. La tienda de la esquina es cara, pero estaba cerca y me sentía un poco desesperada. ¿Ahora? Ahora me siento pequeña e incompetente.

—¿Está Jamie con Tucker? —pregunto. El apartamento es tan silencioso como un cubículo en la biblioteca de Harvard.

—Está en su cuna durmiendo — dice la señora Tucker con sequedad, sin levantar la vista de las cebollas que está cortando.

Intento sonreír.

—¿Te ha gustado verla en persona por primera vez?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que sí. Es mi única nieta.

Mi tímida sonrisa se desvanece. Trago saliva de nuevo. Ay, Dios, esta visita va a ser muy fuerte.

—Voy a ver qué tal está. —Meto un *brick* de zumo en la nevera antes de salir pitando de la cocina.

En la habitación de la niña, la cama, que Tucker y Fitzzy arrastraron hasta aquí la semana pasada, se burla de mí aún sin hacer. Las sábanas metidas solo en un lado sirven exclusivamente para poner de relieve mi ineptitud como madre y ama de casa. Si esas son las cualidades que la señora Tucker valora en una nuera, la estoy cagando estrepitosamente.

Jamie duerme feliz en su cuna, envuelta firmemente en su mantita. Resisto la tentación de cogerla en brazos, a pesar de saber que coger su precioso y nada prejuicioso cuerpecito me hará sentir mucho mejor. Pero tiene que dormir y yo, mogollón de cosas que hacer.

Lo más silenciosamente posible, hago la cama y me arrastro fuera de la puerta para reunirme con la señora Tucker en la cocina.

—¿Quieres beber algo?—ofrezco. Ya tiene la cebolla en la sartén y el apartamento se está llenando del olor perfumado a hierbas aromáticas y ajo picante.

—No. Estoy bien.

—¿Puedo ayudarte a hacer tu... —Señalo el fuego con la mano.

—¿Chili? —Termina mi frase—. No.

Pues vale. Me lamo los labios y pienso en mis opciones. Lo que más me apetece es esconderme en el dormitorio hasta que Tucker llegue a casa, pero cuando mi mirada se posa en el montón de platos secos, decido que poner un poco de orden debe ser lo primero. Incluso si tengo que mantener una conversación con alguien que claramente piensa que no estoy a la altura ni de una babosa.

—¿Te ha enseñado ya Tucker el bar? —pregunto, apilando primero los cuencos—. Ha hecho un gran trabajo y ya está ganando bastante dinero. El Tucker's Bar ha estado lleno desde que abrió sus puertas.

—Todavía es pronto. La mayoría de los bares caen después de los primeros dos años. No es en lo que yo quería que se gastara el dinero del seguro de su padre. —Sus labios se tensan—. Se lo habría dicho si me lo hubiera preguntado.

Menos mal que no lo ha hecho. Es evidente que Tucker está enamorado de su bar. Ya está hablando de comprar otro. El efectivo estimado del primer año le reportaría suficientes beneficios como para invertir en otro negocio. Es un hombre de negocios, no un camarero, como puede dar fe cualquiera que le escuche durante cinco minutos. Él habla de apalancamiento financiero, de riesgo, de rendimiento de las inversiones, de márgenes de beneficios y de oportunidades ocultas.

—Yo creo que va a ser un gran éxito —declaro con confianza.

—Sí, ya, es lo que tú crees. —Resopla—. Tucker podría haber comprado la inmobiliaria del pueblo. Él debería estar en una oficina, no trabajando en un bar.

Dice «bar» como el que dice «puticlub».

—Y ahora está viviendo encima. —Suelta otro gran suspiro decepcionado—. Esto no es lo que su padre habría querido.

No sé qué responder, así que giro la conversación hacia Jamie porque seguramente no pueda ser crítica con la peque.

—¿Estaba Jamie despierta cuando llegaste a casa? Es superlista. Le leemos un cuento todos los días. He leído un artículo que dice que, si a los bebés se les lee por lo menos dos horas al día, aprenden a leer antes.

Dios, estoy empezando a sonar como la abuela, soltando comentarios pseudocientíficos de artículos con titulares impactantes como si fueran el evangelio.

La madre de Tucker ignora mis observaciones.

—Tuck me ha dicho que le das el pecho y que solo está en el percentil cinco de peso. Eso parece peligrosamente bajo. En mi época todo el mundo utilizaba leche de fórmula. Llenaba las tripas y les ayudaba a crecer.

Me resigno al hecho de que, en todo lo que yo haga, la señora Tucker vaya a encontrar algún fallo.

Sujetando los hilos de mi cada vez más deshilachada paciencia digo:

—Ahora la mayoría de los médicos apoyan con fervor la lactancia materna. La leche de la madre está calibrada para que coincida con las necesidades del niño, y hay estudios....

—Hay estudios que no demuestran nada —dice con desdén. Baja el fuego y se va hasta el fregadero, donde comienza a lavarse las manos con vigor—. He oído que hay un estudio que dice que los niños que están en un ambiente con alcohol tienden a tener un montón de problemas. Espero que no sea el caso de Jamie.

Pongo un pie sobre el otro y me pego un pisotón, con la esperanza de que el dolor me sirva como distracción ya que triturarme los molares no está consiguiendo el objetivo. Me recuerdo a mí misma que la señora Tucker quiere mucho a su hijo y que todas sus críticas, algunas de ellas fundadas, vienen del amor. No para mí, pero sí para su hijo. Y debo respetarlo.

—No vamos a vivir aquí siempre —digo con falsa alegría.

Termino de recoger los platos y voy al salón. Quizá la distancia evite que diga alguna estupidez fruto del cabreo. Eso solo causaría más daños a la ya difícil relación que tengo con la madre de Tucker.

Si me voy a quedar con Tucker, necesito conseguir que mi relación con ella funcione.

—Voy bien en la facultad de Derecho. Me he metido en un grupo de estudio excelente. Los grupos son superimportantes, porque nos ayudamos entre nosotros a ver las cosas con perspectiva. Cuando empecé las clases, pensé que no iba a hacer amigos, pero todos estábamos nerviosos los primeros días. —Voy charlando mientras ordeno mis apuntes y libros—. Hay un chico en mi grupo, Simon, que es un genio. Tiene una memoria fotográfica brutal y además tiene la gran habilidad de reducir todo a las cuestiones que de verdad son importantes. Yo me enfrasco demasiado en los detalles.

—¿Simon? ¿Estudias con otros hombres?

Me pongo recta de golpe ante su tono de sospecha.

—Sí, hay chicos en mi clase —contesto con cautela.

—¿Sabe John eso? —Cruza los brazos sobre el pecho, mirándome como si acabara de confesar que me he tirado a otro estudiante delante de su hijo.

—Sí. Él conoce a Simon. Hemos estudiado todos aquí. —Bueno, en realidad en el bar. A mi grupo de estudio le encanta venir.

Ella niega con la cabeza, sus mechas de oro rojizo brillan con la luz de la cocina a su espalda.

—Es... —Vuelve a sacudir la cabeza—, es exactamente lo que esperaba —termina.

Arrugo la boca.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que te estás aprovechando de mi hijo y lo llevas haciendo desde el día en que os conocisteis.

La respiración se me corta.

—¿Q... qué?

—¿Cuánto tardaste en atarlo cuando te enteraste de lo de la herencia, Sabrina? —Su expresión es más fría que el hielo—. Es muy práctico que él pague todo, mientras tú estás por ahí «estudiando» con otro hombre.

¡¡¿Perdona?!!

Me tenso por completo, la indignación fluyendo en mi torrente sanguíneo.

Una cosa es que me critique por la limpieza. Se me da fatal.

Puedo aguantar su objeción a que dé el pecho. A mí también me preocupa el peso de Jamie, a pesar de que la pediatra me asegura que es perfectamente normal que el peso de los bebés alimentados con leche materna sea más bajo.

Me la sopla de aquí al otro lado de Boston que se meta con mis habilidades como madre o como ama de casa.

Pero no voy a aguantar, NI DE PUTA COÑA, que vaya a susurrar al oído de Tucker sospechas terribles e infundadas.

Puedo sobrevivir por mi cuenta. No necesito a Tucker. Lo quiero, que es distinto. Lo quiero tanto que dejaría todo de lado por estar con él y con Jamie.

Con toda la dignidad que me queda, me enfrento a la señora Tucker.

—Te respeto mucho. Llevo siendo madre cuatro meses y he metido la pata probablemente mil pu... puñeteras veces. Es difícil, y tengo a Tucker, a tu increíble hijo, ayudándome cada milímetro del camino. No me puedo ni imaginar cómo pudiste hacerlo sola. Pero no voy a dejar que me insultes por todo lo que hago aquí. Esta es mi casa. Y sí, no soy perfecta, pero estoy esforzándome. Quiero mucho a Jamie y quiero mucho a Tucker y si, en cualquier momento, Harvard o el trabajo, o lo que sea, pone en riesgo su felicidad en lo más mínimo, dejaría todo al instante.

Sus ojos marrones se abren como platos.

Pero no he terminado.

—Él y Jamie son lo más importante de mi vida —digo con intensidad—. Y todo lo que estoy haciendo ahora en mi vida es para asegurarme de que no los pierdo, para asegurarme de que puedo contribuir a nuestra familia y darle a Jamie una mejor infancia que la que yo tuve, incluso si esto significa estudiar con un «hombre», que, por cierto, está felizmente casado y tiene dos hijos.

Oigo un crujido detrás de la señora Tucker y lentamente enfoco la mancha que hay detrás de su cabeza. Tardo un segundo en darme cuenta de que es Tucker. Está de pie en la puerta principal.

Apoya un brazo en el marco de la puerta y una sonrisa brota en su cara inclinada.

—Así que me quieres, ¿eh?

39

Tucker

Sabrina parece querer esconderse debajo de una piedra. O tal vez saltar por una de las muchas ventanas de nuestro apartamento. Sé que no le gusta convertirse en el centro de atención, y probablemente no podría siquiera culparla si decide largarse.

Pero sea lo que sea lo que le ha dicho mi madre antes de que yo entrara en casa —y tengo la intención de conocer hasta la última palabra que aquí se haya dicho—, claramente le ha dado a Sabrina una dosis de coraje. Le frunce el ceño brevemente a mi madre y después se vuelve hacia mí y me mira directamente a los ojos.

—Te quiero —confirma.

Doy un paso hacia adelante.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre, joder. —Cuando mi madre se estremece, Sabrina le lanza una mirada tímida—. Lo siento. Tuck y yo todavía estamos en plena transición del lenguaje. No siempre nos acordamos de decir «miércoles» o «joroba», ¿vale? —Levanta una ceja—. ¿También me vas a dar un sermón sobre eso?

Los labios de mi madre se contraen como si estuviera intentando no reírse.

—No —dice ella en voz baja—. No lo haré. De hecho... —Se pone sus botas de invierno y el abrigo exageradamente—, creo que voy a dar un paseo por la zona. Me encanta mirar la nieve.

—Y una mierda. —Toso en mis manos. Mi madre odia el invierno y ambos lo sabemos.

Me mira en su trayecto hacia la puerta.

—Por favor, acelerad esa transición del lenguaje, John. —Se marcha, y Sabrina y yo intercambiamos sonrisas.

Pero el buen humor no nos dura mucho tiempo.

—Lo siento —me dice Sabrina.

—¿Por? —Acorto la distancia entre nosotros y le planto mis dos manos en sus delgadas caderas.

—No era mi intención ser maleducada con tu madre. Es solo que... me dijo varias cosas hirientes... — Sabrina levanta la mano cuando ve preocupación en mi rostro—. No merece la pena repetir las, y tengo la sensación de que no va a decir ese tipo de cosas nunca más.

Asiento con la cabeza lentamente.

—¿Quieres decir que no las va a decir ahora que sabe que me quieres?

—Sí.

Miro su hermoso rostro un momento antes de sonreír de nuevo.

—Desde siempre, ¿eh? Joder.

—Bueno, tal vez no desde siempre —admite—. No te voy a mentir, Tuck. ¿Esa conexión de la que hablas cuando nos conocimos? ¿Eso de que nuestras miradas se encontraron en la sala y que tú sentiste algo en ese momento? —Sabrina suspira—. Todo lo que sentí yo esa noche fue deseo sexual.

—Lo sé.

—Pero ya no es solo deseo. Lleva sin ser eso mucho tiempo.

—¿Desde cuándo? —No puedo evitar pincharla—. ¿Cuándo te diste cuenta de que estabas locamente enamorada de mí?

—No lo sé. ¿Quizá en esa cita doble absurda? ¿Quizá cuando me cuidaste porque pensaste que estaba enferma? ¿Quizá cuando me regalaste el maletín? ¿Cuando le pegaste un puñetazo a Ray para protegerme? —Cada palabra está subrayada con asombro—. No sé exactamente cuándo, Tuck, pero sé que te quiero.

Un nudo se eleva en mi garganta.

—¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Porque tenía miedo. Y porque no estaba segura de que realmente me quisieses tú a mí.

—¿Me estás tomando el pelo? Me volví loco por ti nada más conocernos. Ya lo sabes.

Con cabezonería saca la barbilla.

—Pensé que estabas pensando con la polla. Muchos chicos hacen eso.

Le daré la razón en eso. Pero yo nunca he sido uno de esos chicos.

—Y después me quedé embarazada y estaba preocupada de que estuvieses confundiendo tus sentimientos por el bebé con tus sentimientos por mí. —Se pasa una mano por su sedoso cabello oscuro—. Pero lo más importante es... era... que yo... yo...

Acaricio sus caderas.

—¿Tú qué?

Las lágrimas se aferran a sus largas pestañas.

—No puedo ser la persona que se cargue tu vida. Ya te he convertido en padre antes de lo que querías. No quería que el amor lo complicara todo. Yo no quería que... —Parpadea rápidamente—. Yo no quería que te despertases un buen día y me odieras.

Gruño.

—¿Odiarte? Por Dios, mujer. —La aprieto con más fuerza contra mí, y entierro mi cara en su cuello—. Sigues sin entenderlo, ¿verdad?

—¿Entender qué? —pregunta en voz baja.

—Tú. Yo. Nosotros. Esto. —Suelto las palabras según van surgiendo en mi cabeza—. Tú eres «ella», la elegida, Sabrina. No hay nadie más para mí en este mundo, nadie más que tú. Si estuviese conduciendo y te viese en el arcén de una carretera, ya lo creo que arrancararía una bujía o dos si eso significara pasar aunque fueran cinco segundos en tu presencia. Eres «ella», joder...

Su aliento se entrecorta.

—Incluso si no me hubieses dado a Jamie, que por cierto es el mejor regalo del puto universo, todavía querría estar contigo. Incluso si no me hubieras dicho que me quieres, querría tener las migajas que estuvieses dispuesta a darme todo el tiempo que pudiera estar contigo. Me importa una mierda si eso me convierte en un tío patético.

—No eres patético. —Su expresión ahora es rotunda—. Tú nunca podrías ser patético.

—No me importaría si pensaras que lo soy. —Le cojo la cara entre las manos y limpio sus lágrimas con mis pulgares—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Sabrina James.

—No —sonríe—. Tú eres lo mejor que me ha pasado a mí.

Antes de que pueda inclinarme para besarla, un fuerte llanto se extiende por el apartamento.

—Y eso —murmuro—, es lo mejor que nos ha pasado nunca a ninguno de los dos.

Una lágrima se libera de sus pestañas y se desliza por su mejilla.

—Sí que lo es.

Jamie deja escapar otro grito desgarrador y ambos nos apresuramos hacia el pasillo que conduce a las habitaciones. Justo fuera de la puerta del dormitorio de la niña, paro a Sabrina cogiéndola de la mano.

—Puede llorar cinco segundos más —decido—. Estamos intentando esa movida del autoconsuelo,

¿recuerdas?

Sus labios tiemblan de risa.

—Pensé que estabas en contra. —Hace su voz más grave y pone acento sureño para imitarme—. No voy a dejar que mi princesa sufra, querida. ¿Qué clase de papi hace algo así?

Mi mandíbula cae en indignación.

—Yo no hablo ASÍ.

—Puede que sí.

Resoplo negando con la cabeza, tiro de ella y me meto su labio de abajo entre los dientes. Sabrina gime en respuesta, lo que despierta a mi polla.

—Quería un beso —me quejo contra su boca—, no ruiditos morbosos.

—Ya lo siento. Te llevas las dos cosas. —Entonces me mete la lengua en mi boca y empieza a darme un beso de la hostia hasta que los dos estamos haciendo ruidos morbosos.

Cuando nos separamos, los dos nos estamos riendo y respirando con dificultad, y Jamie sigue gritando su cabreo al viento para cualquier persona que la quiera escuchar.

—Venga, vayamos a atender a la princesa —dice Sabrina con una sonrisa.

Me da un cachete juguetón en el culo y entramos en el cuarto de la niña, juntos, de la mano, para ver a nuestra hija.

Epílogo

Sabrina

Un año después

Tucker entra delante de mí en el palco privado del TD Garden. Lleva a Jamie en sus brazos. No para de retorcerse, pero sus esfuerzos para liberarse de su papi son inútiles, porque su papá está la hostia de fuerte. Desde que empezó a caminar, exige ir a todas partes sobre sus pequeños pies. Y es megarrápida. En serio, es girar la cabeza y la niña ha desaparecido. Últimamente he estado replanteándome mi opinión sobre los padres que llevan a sus hijos con correa.

—Sentimos llegar tarde —dice Tucker a la sala.

Varias cabezas se giran en nuestra dirección. No reconozco a la mitad de las personas que están en esta suite, pero los que sí reconozco provocan una sonrisa feliz en mis labios.

—¡Habéis venido! —Grace salta de su asiento y viene corriendo hacia nosotros—. Logan va a ponerse supercontento de que hayáis venido.

—Casi no podemos —contesta Tucker con tristeza. Despeina el pelo castaño rojizo de nuestra hija—. La princesita no decidía qué camiseta ponerse, si la de un tío, o la del otro.

—Ja —digo con un resoplido—. ¿ELLA no se decidía? —Le doy un cariñoso abrazo a Grace y después hago lo mismo con Hannah, que se ha acercado a saludar—. Ha sido Tuck el que no ha parado de quejarse por el tema.

—Y, sin embargo, optó por no ponerle ninguna de las dos —señala Hannah, sonriéndole a la camiseta de hockey rosa de Jamie, que tiene las palabras «La niña de Papá» bordadas en la parte posterior.

Por supuesto, está hecha por encargo. A Tucker le gusta hacer las cosas por encargo. Probablemente porque las chorradas que se le ocurren en su cabeza no están disponibles para los consumidores normales.

—Empezará a alternarlas —promete Tucker—. A uno de los partidos llevará la camiseta de G, y al siguiente la de Logan. Hola, Jean. Qué bueno verte. —Da un paso hacia delante para abrazar a la madre de Logan, que está radiante de orgullo.

La entiendo. Su hijo está a punto de debutar en la liga profesional después de pasar un año jugando para el equipo de preparación, o algo así. Todavía no me he tomado la molestia de estudiar la terminología del hockey. Estoy demasiado ocupada dejándome el culo en mi segundo año en Harvard. Al final conseguí atravesar el primer año sin tener un ataque de nervios. Incluso llegué a publicar en el Boletín Jurídico, para gran consternación de Cabeza de Lechuga, también conocido como Kale.

A Tucker también le está yendo bien. En su primer año, el bar ha dado más beneficios de los que ninguno de los dos esperábamos. Parte del dinero irá a una cuenta para la universidad de Jamie, pero está pensando en invertir el resto en un segundo local. Esta vez en el centro, que puede ser o bien un fracaso total, o un éxito rotundo. Tengo fe en mi chico, así que apuesto por lo segundo.

—Miércoles —maldice Tucker, su mirada se dirige al enorme ventanal que da al campo—. ¿Ya ha empezado el partido?

—Estamos solo en el minuto dos del primer tiempo —asegura Hannah—. Logan ni siquiera ha jugado aún.

—Tal vez no juegue nada hoy —dice Grace con tristeza—. Me advirtió que era posible que no le diesen ni un minuto en el hielo.

—Por supuesto que sí —declara Jean—. Es una superestrella.

Escondo una sonrisa detrás de mi mano. Sí. Sé lo que se siente al ser una madre orgullosa. Jamie dijo su primera palabra la semana pasada, «Bu», y sí, por supuesto que cuenta como una palabra, y estuve a punto de gritarlo a los cuatro vientos. La grabé tres veces diciéndolo y después le envié el video a la madre de Tucker, que inmediatamente me llamó y nos pasamos treinta minutos exaltando lo inteligente que es.

La madre de Tucker y yo nos hemos llevado estupendamente bien desde que aceptó que quiero a su hijo y que no me voy a ninguna parte. No estoy segura de si seguirá siendo así cuando se mude a Boston la próxima primavera. Que viva tan cerca me pone un poco nerviosa, pero la señora Tucker, después de no poder asistir al primer cumpleaños de Jamie, decidió que simplemente NO PODÍA soportar estar tan lejos de su preciosa nieta. Quiere ahorrar un poco más de dinero y después se mudará a la costa este para abrir su propia peluquería. Tucker, por supuesto, insiste en prestarle el capital que necesita

Mi casi marido es un santo. Cuando me propuso matrimonio después de la pequeña fiesta de cumpleaños que hicimos para Jamie, casi le digo que no. A veces me da miedo lo increíble que es este hombre. Me aterroriza pensar que, de alguna manera, pueda acabar arruinándolo todo, pero Tucker me recuerda constantemente que esto es ESO. Que él y yo somos ESO. Para siempre.

—¿Dónde está Dean? —pregunto, buscando en la sala una cabeza rubia.

—No podía llegar a tiempo —explica Hannah—. Está entrenando al equipo de hockey femenino de su colegio. Los entrenamientos son los martes y jueves por la tarde.

Asiento con la cabeza. Yo he tenido que saltarme una sesión de estudio para poder asistir a este partido un martes por la tarde. Pero para Dean y Allie es más difícil dejarlo todo al estar viviendo en Manhattan. Vinieron a la fiesta de Jamie, eso sí. Dean le compró un unicornio de peluche que ella arrastra a todas partes.

Hannah, Carin, Hope, Grace y yo nos reunimos una vez al mes, pase lo que pase, a compadecernos sobre los estudios, la vida y el amor. Carin ha pasado de su profesor asistente y está locamente enamorada de un profesor invitado de Londres. Dice que todo es más sexy con acento británico. No puedo discrepar. Me encanta el acento sureño de Tucker y espero que nunca lo pierda.

Hope me contó que ella y D'Andre están hablando de casarse y formar una familia. Están celosos de Jamie y dicen que quieren ser padres jóvenes.

En resumidas cuentas, somos un grupo feliz.

A veces me preocupa que seamos «demasiado» felices, pero después hago una visita a la casa de la abuela y todo se vuelve más nítido. Somos felices porque queremos serlo, porque ponemos nuestra energía y nuestras emociones en ello de la mejor manera posible.

Mi objetivo, en otros tiempos, era tener éxito. No me daba cuenta de que el éxito no son las notas, ni las becas, ni los logros. El éxito son las personas que he tenido la suerte de tener en mi vida.

Observo la sala y quiero darles a todos un abrazo y las gracias. Un abrazo para expresarles lo mucho que les quiero y las gracias por quererme.

Porque el amor es el objetivo final. No es el objetivo por el que he estado luchando, pero he tenido la suerte, la enorme suerte, de haberlo logrado.

Nota de la autora

¡No me puedo creer que este sea el cuarto (y último) libro de la serie #KISSME! Siempre me resulta muy triste decir adiós a los personajes que adoro, pero no te preocupes, querido lector... ¡Hay un *spin-off* en proceso!

Una vez más, no podría haber sobrevivido a este proyecto sin la ayuda de algunas personas increíbles:

Las primeras lectoras, Viv, Jen, Sarina y Vi por sus inestimables comentarios y por ser mis mejores amigas.

Mi editora, Gwen, la segunda persona que más quiere a los perros del mundo (después de mí, por supuesto), y por lo tanto la mejor persona de la historia.

Mi publicista/animadora/compañera del alma, Nina Bocci por amar esta serie tanto como yo.

Sarah Hansen (Okay Creations) por la deliciosa portada. Mmm, qué abdominales.

Nicole y Natasha: mis ángeles enviados del cielo.

Kristy, ¡por todo el trabajo que haces en el grupo de FB!

Sharon Muha, porque sí.

Y, por último, ¡A TI! Los *bloggers* y colaboradores que siguen poniendo por las nubes la serie y corren la voz. Los lectores que me envían los mensajes más preciosos y entusiastas. Los miembros de mi grupo de Facebook (*Everything Elle Kennedy*), que me hacen reír cada día.

Así que, sí... A TI. ¡Gracias por usar tu tiempo en leer mis libros!

Sabrina es una chica con la cabeza bien amueblada y las ideas muy claras..., hasta que llega John Tucker y lo desbarata todo. Contigo hasta el final es la última entrega de la tetralogía #Kissme.

Él cree en el amor a primera vista. A ella le va a costar un poco más...

Sabrina tiene un plan infalible para escapar de su pasado: graduarse, romper moldes en la facultad de Derecho y conseguir un trabajo bien pagado en una prestigiosa firma de abogados. Una noche de pasión (sorprendentemente tierna) es todo lo que puede darle a John Tucker, el rompecorazones que cree en el amor a primera vista.

Pero, a veces, una noche es suficiente para cambiar tu vida. Cuando Tucker descubre que Sabrina se ha quedado embarazada, sabe que es el momento de demostrar lo que vale. Si quiere una familia con la chica de sus sueños, tendrá que convencerla de que estará a su lado... hasta el final.

Chicos que saben lo que hacen. Chicas que saben lo que quieren.

Risas, amor, y mucha, mucha tensión sexual.

Miles de lectoras lo avalan: ¡Déjate seducir por #KissMe!

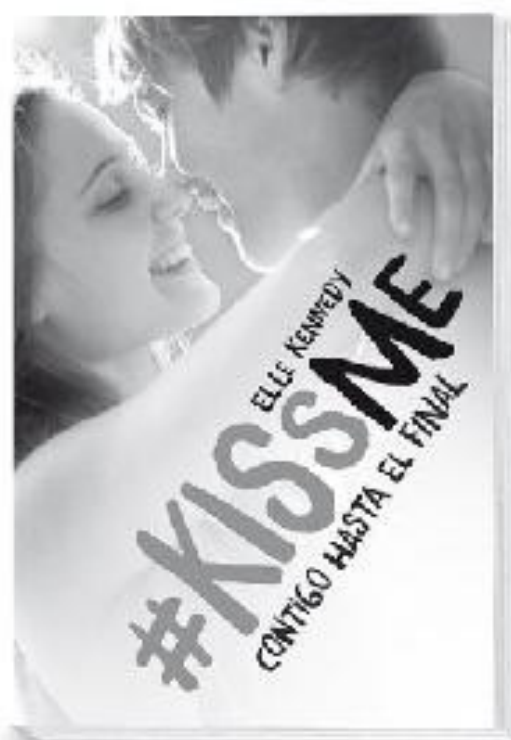
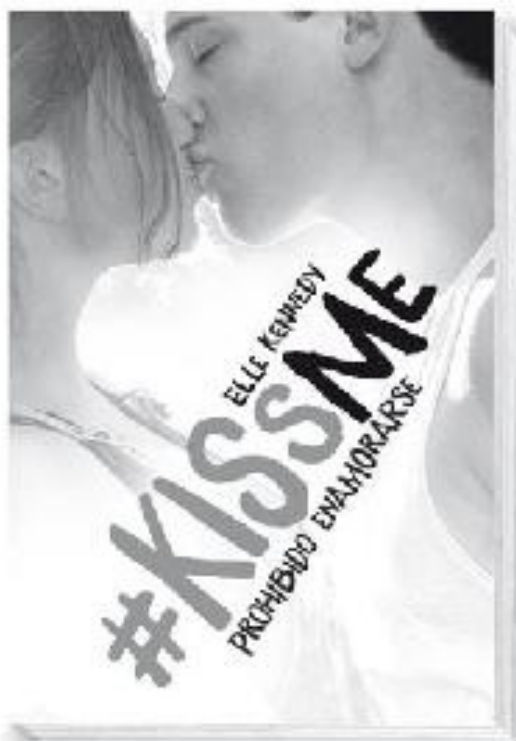
4,5 estrellas y un 97% de ratings positivos en Goodreads



Sobre la autora

Elle Kennedy es una de las nuevas revelaciones de la novela romántica. Tras graduarse en Letras Inglesas por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros: suspense, thriller o novela erótica. Es autora best seller según el *New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.

¡ADICT@S A #KISSME!



Título original: *The Goal*

© 2016, Elle Kennedy

Todos los derechos reservados

© 2017, Lluvia Rojo, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-8622-2

Diseño de la cubierta: Compañía

Fotografía de la cubierta: © Shutterstock

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Contigo hasta el final \(#KissMe 4\)](#)

[1. Sabrina](#)

[2. Tucker](#)

[3. Sabrina](#)

[4. Tucker](#)

[5. Sabrina](#)

[6. Tucker](#)

[7. Sabrina](#)

[8. Tucker](#)

[9. Tucker](#)

[10. Sabrina](#)

[11. Tucker](#)

[12. Sabrina](#)

[13. Sabrina](#)

[14. Sabrina](#)

[15. Tucker](#)

[16. Tucker](#)

[17. Sabrina](#)

[18. Tucker](#)

[19. Tucker](#)

[20. Tucker](#)

[21. Sabrina](#)

[22. Sabrina](#)

[23. Sabrina](#)

[24. Sabrina](#)

[25. Tucker](#)

[26. Sabrina](#)

[27. Sabrina](#)

[28. Tucker](#)

[29. Sabrina](#)

[30. Tucker](#)

[31. Tucker](#)

[32. Tucker](#)

[33. Sabrina](#)

[34. Sabrina](#)

[35. Tucker](#)

[36. Sabrina](#)

[37. Tucker](#)

[38. Sabrina](#)

[39. Tucker](#)

[Epílogo. Sabrina](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Créditos](#)